

HIJO DE LA LUZ



❖ LOS DARWOOD 2 ❖
JANA WESTWOOD

Lisa es una joven dulce, comprensiva y una diseñadora maravillosa. Lisa ama a Reece, su mejor amigo, futuro heredero de la fortuna de su abuelo, Marcel Dubois.

Reece es dulce, bueno y leal con Lisa, con su familia y con su mejor amigo. Pero Reece no está solo, comparte su cuerpo con un ser oscuro. Un alma cruel e insaciable a la que no puede controlar.

El sueño de Reece es abrir Le Colisée, un santuario en París al servicio de la alta costura.

Jana Westwood

Hijo de la luz

Los Darwood - 2

HIJO DE LA LUZ

Los Darwood 2

Jana Westwood

Capítulo 1

París, Francia, 1881

Estaba parado frente a *Le Colisée*. Llevaba unas cuantas noches sin dormir, dándole vueltas a su proyecto. Aquella era una buena excusa para no pensar en otras cosas.

—¿Qué haces aquí parado como un pasmarote? Habíamos quedado a las once y si no llego a tomar este camino para ir a casa de tus abuelos, me habrías tenido allí esperando. ¿Me equivoco? No, no me equivoco.

Reece giró un momento la cabeza y miró a su amigo, Jacques, que sonreía burlón.

—¿Vas a decírselo de una vez? — preguntó Jacques.

—Sí, Jacques. Y cuando lo haga, no habrá vuelta atrás. ¿Estás seguro de querer participar?

Su amigo lo miró con sorpresa.

—Esto fue idea de los tres, ¿por qué iba a quedarme fuera?

Reece sonrió abiertamente y le puso una mano en el hombro.

—No se me ocurren mejores socios. Aparte de mi hermano, claro.

—¿Connor ha aceptado?

Reece asintió y volvió a fijar la mirada en las galerías.

—Adrien Canaveris tuvo una buena idea — dijo volviendo a mirar el edificio abandonado, cuyas ventanas tapiadas ocultaban uno de los proyectos más ambiciosos del París de las últimas décadas —. Acercar la moda a las clases bajas sin dejar atrás a la alta sociedad. Un proyecto ambicioso y muy arriesgado. Por desgracia no tenía la capacidad suficiente para llevarlo adelante.

Jacques pensó en el meditabundo y siniestro Adrien Canaveris y en su dramático final.

—Espero que su fantasma no vague por el edificio — dijo en voz alta —. No me gusta la idea de compartir despacho con un fantasma.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has tenido el placer? — Reece sonrió burlón.

—¿Cuál ha sido la respuesta de tu hermano?

—El treinta por ciento.

Jacques abrió los ojos como platos. Aquello era mucho más de lo que esperaban. Reece pretendía financiar el sesenta por ciento del capital con el apoyo de su abuelo, a cuenta de su herencia. Jacques aportaría un diez por ciento y esperaban que Connor participase con un veinte por ciento de la inversión total. Pero de ese modo, ya tenían la financiación completa.

—Ya no necesitamos hablar con Fontaine — dijo satisfecho —. Odiaba tener que contar con él.

—Parece mentira que estés hablando de tu tío.

—Es el marido de mi tía —aclaró —. Y, precisamente por eso, no me imagino teniendo a mi tía de socia en el proyecto. Habría estado criticándolo todo hasta agotarnos.

—Ahora todo está en manos de mi abuelo.

Jacques soltó un soplando con fuerza. Marcel Dubois no era un hombre al que se le conociese por ser amante del progreso, más bien lo contrario. Reece miró a su amigo y sonrió.

—Tranquilo, lo conseguiré.

—Tu abuelo te adora, lo sé, pero es mucho dinero y los dos sabemos que le gusta tenerlo todo controlado.

—Este negocio no hará más que trabajar en favor de los telares. Cuando vea que las galerías serán el perfecto acicate para la producción de telas, se apuntará sin dudar. A quién no estoy seguro de poder convencer es a mi tía Alizée y los dos sabemos que ella es su favorita.

—De sus hijas, sí, pero tú eres su heredero. Tu tía no puede competir contra eso.

Reece asintió tratando de mostrarse seguro. La actitud era lo más importante.

—¿Otra galería? ¿Es que no es suficiente con Le Bon marché? ¿Tanto necesitan comprar las señoras de París? — Marcel Dubois miraba a su nieto con expresión de disgusto —. ¿Para eso te empeñaste en ir a ver a tu hermano a Newley? ¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—Dos años —respondió Reece mirando a su abuelo y a su tía Alizée, alternativamente —. De hecho, te hablé del proyecto en cuanto se me ocurrió.

Marcel frunció el ceño, pensativo.

—¿Hablas de aquella «revolucionaria idea que iba a cambiar la manera de comprar de las damas»? — dijo su abuelo citándolo —. ¿No eres un poco pretencioso, muchacho?

—Las galerías venden de todo y es cierto que se han convertido en uno de los lugares favoritos de las damas — explicó Reece —. Pero lo que yo quiero hacer es otra cosa. No voy a vender solo a las damas, también a los caballeros y a la gente sencilla que necesita vestirse y, a partir de ahora, no tendrá que hacerlo de modo autodidacta. Pero no voy a vender de todo. *Le Colisée* será la catedral de la moda en París. Organizaremos desfiles, las colecciones serán presentadas en grandes eventos a los que invitaremos a lo más selecto de la sociedad parisina... Si todo sale como he imaginado, dentro de unos años todo el mundo se sentirá ansioso por recibir una de esas invitaciones.

Marcel cruzó los brazos frente al pecho en un gesto defensivo y Reece sonrió por dentro, estaba claro que su abuelo intentaba no dejarse arrastrar por su entusiasmo.

—Nosotros tenemos telares, Reece — dijo su tía —. No somos costureros, nos encargamos de suministrarles lo que necesitan...

—¡Por eso mismo! —exclamó Reece —. Seremos nuestros propios productores y suministradores, no tendremos que depender de nadie. Haremos todo el proceso y ofreceremos un producto terminado contra el que nadie podrá competir. ¿No lo entendéis?

—¿Por qué cambiar un sistema que funciona? — insistió su tía —. Ya hay galerías donde comprar las telas y los accesorios que una dama necesita. Además de hacerse los vestidos que

ven en las revistas. ¿Para qué hace falta otra galería más?

—Escuchadme bien —dijo Reece acercando una silla y sentándose frente a ellos mientras Jacques los observaba desde una prudencial distancia, dispuesto a mantener la boca bien cerrada —. Empezaré con cincuenta costureras y dos diseñadores. Voy a restaurar el edificio y pondré los talleres en el sótano. En la planta baja estará mi despacho y el de Jacques, además de una cafetería, una biblioteca y una sala de juegos para niños. Las señoras podrán acudir a comprar con toda su familia. Los caballeros podrán tomarse un café, leer un libro o el periódico mientras sus hijos juegan con otros niños, vigilados por nuestras niñeras. Siempre que no quieran comprar ellos mismos, claro — añadió —. En la primera planta estará la alta costura para las damas, con modelos exclusivos y carísimos, hechos a medida y bajo petición. Tendremos maniqués, pero serán mujeres reales, para que las compradoras puedan hacerse una idea fiable de lo que estarán comprando.

—¿Vas a tener a mujeres vestidas con trajes carísimos inmóviles durante horas? — preguntó Alizée con incredulidad.

—No, tía. Desfilarán cada hora o algo así, aún no lo hemos decidido. De ese modo las clientas podrán ver esos vestidos de manera óptima y real.

Alizée sonrió satisfecha.

—La segunda y última planta — continuó Reece —. La hemos dividido en dos partes diferenciadas y con acceso separado. A la izquierda de las escaleras estará la sección masculina. También de máxima calidad y con las últimas novedades.

—¿Y qué habrá en la otra parte? — preguntó de nuevo su tía.

—Es falso que la moda solo les interese a las mujeres. Nosotros somos tan sibaritas como ellas, aunque finjamos despreocuparnos. Pero desde luego, no utilizamos tantos accesorios ni hay tanta variedad de modelos distintos como para que necesitemos tanto espacio como ellas.

—No sé qué decirte. —Negó su tía —. El vestidor de Jules es más grande que el mío.

Reece sonrió divertido. Jules Bourdeau, su tío político, era algo más que exagerado en ese asunto.

—Y entonces, ¿en qué emplearás esa otra mitad de la planta? — preguntó Marcel, que conocía bien el edificio de Adrien Canaveris —. ¿Has dicho a la derecha de las escaleras? Allí es donde Adrien tenía su despacho.

—Sí, ahí es donde se colgó — sentenció su nieto, consciente de que su abuelo estaba pensando en eso.

—Nadie querrá subir a esa planta a comprar nada.

—Pues ahí estará la sección de confección.

Su abuelo frunció el ceño. ¿Preconfección? Reece se puso de pie, necesitaba moverse para explicar lo que tenía en mente sin dejarse influir por las expresiones en los rostros de su abuelo y su tía.

—Haré que confeccionen varios modelos en diferentes medidas... Modelos sencillos, trajes para institutrices, maestras, amas de casa... Y también para caballeros: oficinistas, funcionarios... Para cualquier mujer y hombre que necesite vestirse.

Marcel Dubois miraba a su nieto con estupefacción.

—¿Quieres abrir unas galerías en las que compren damas aristocráticas y humildes lavanderas?

Reece asintió con firmeza.

—Ninguna dama que se precie acudirá a un lugar así — sentenció Alizée —. Somos demasiado elitistas para eso.

—Acudirán —afirmó Reece—. Lo harán cuando vean los diseños que crearemos.

—¿Y qué diseños serán esos?

Reece fue hasta una mesa en la que había dejado una cartera de piel. Arrastró la mesa hasta el lugar en el que su abuelo y su tía estaban sentados, y sacó de la maleta unos dibujos. Alizée abrió los ojos como platos al ver los drapeados sinuosos, las curvas pronunciadas de los polisones y los enunciados que distinguían las diferentes telas que se utilizarían para confeccionar el modelo.

—¡Dios Santo! —Cogió uno de aquellos dibujos y lo contempló con mayor atención —. Esto es... una maravilla.

Su sobrino sonrió satisfecho.

—Son diseños de Lena Mayer — dijo orgulloso —. Para eso fui a Viena antes de visitar a mi hermano.

—¿Lena Mayer? —Alizée no salía de su asombro —. ¿Vas a traer a Lena Mayer a tus galerías?

—Nuestras galerías —dijo Marcel Dubois poniéndose de pie —. Muchacho, creo que has tenido una idea magnífica que no tengo muy claro que funcione, pero que no voy a perderme por nada del mundo.

—Yo tengo una condición, padre — intervino Alizée soltando el dibujo sobre la mesa —. Las clientas que vayan a la segunda planta no deben entrar por la misma puerta que las damas y los caballeros de alta cuna. Sé que estos diseños atraerán a esos clientes, pero no quiero que se sientan ofendidos. Debes encontrar un modo de que no tengan que cruzarse en el vestíbulo.

Reece frunció el ceño.

—¿Quieres que ponga una puerta «de servicio» para nuestras clientas?

—No hace falta que sea algo tan evidente. Simplemente que haya una entrada paralela para la sección de confección.

—Una puerta de servicio —dijeron los tres hombres a la vez.

Alizée se encogió de hombros.

Marguerite miraba a su hijo con atención mientras le explicaba todo el proyecto. Él aún no se había saturado con tanta explicación, aunque su entusiasmo empezaba a menguar después de repetir una y otra vez todo el proceso. Su madre miraba los diseños de Lena Mayer con auténtica admiración.

—Estos vestidos son maravillosos. La duquesa de Orlay lució uno en su aniversario y todo el mundo habló de él durante meses.

Reece asintió.

—Y la condesa de Avinyon y muchas más damas, mamá. Pronto tú también podrás lucir sus diseños y todo el mundo hablará de ellos, ya lo verás.

Marguerite dio unos golpecitos en el sofá para pedirle que se sentara a su lado. Cuando lo hizo, le acarició el rostro con delicadeza. Para ella seguía siendo su niño, aunque era ya todo un hombre.

—¿Cómo te ha ido en Newley? ¿Connor se ha alegrado de verte? — Siempre la incomodaba hablar de Emily porque creía que a él también.

—Connor va a participar en mi proyecto. Se hará cargo del treinta por ciento de los gastos y ese será su porcentaje en la empresa.

—Sabía que tu hermano confiaría en ti. Siempre lo ha hecho.

Reece asintió, pensativo. Connor no había dudado ni un instante. Escuchó su explicación y lo único que preguntó fue: ¿cuánto necesitas? Quería a Connor y no había duda de que él también lo quería. Que se hubiese casado con la mujer que él amó, no era un factor a tener en cuenta.

—¿Ha sido muy...?

—¿Cuándo vas a dejar de preocuparte? Emily y Connor son muy felices, mamá. Y yo me alegro por ellos — la interrumpió sabiendo lo que quería preguntar —. El pequeño Eric es adorable y Caleb ya es todo un hombrecito, ha cumplido los tres años y se parece muchísimo a Connor, aunque se ríe mucho más.

Marguerite sonrió con ternura. Recordaba muy bien a Connor cuando era pequeño. Ella trató de ser su amiga, pero el niño no se lo permitió y, aunque sabía los motivos, eso no cambiaba el pasado.

Siguió la mirada de su madre hasta los diseños de la señorita Mayer y sonrió. Estaba claro que aquel le había gustado especialmente. Lo cogió y lo miró con atención, sería su regalo para ella en cuanto la diseñadora empezara a trabajar en las galerías.

—Podrías llevarlo en el baile de verano del conde — dijo como si no le diera importancia.

Marguerite lo miró sorprendida.

—¿Tú...? ¿No te...?

Él sonrió con cariño.

—Yo quiero que seas feliz, mamá. Y no, no me importa. *Monsieur* Besson es un buen hombre y te mira con auténtica devoción. Sus hijos lo adoran y eso es muy buena señal.

—Fue una de las cosas que más me llamó la atención de él, ¿sabes? No hay oscuridad en su mirada ni a su alrededor. Es completamente transparente.

Su hijo asintió. No hacía falta que profundizase más en el tema, sabía la oscuridad en la que su madre y su hermano habían vivido durante años. Todos los que estaban en la vida de James Darwood. Excepto él. Todavía pellizcaba en su corazón esa excepcionalidad. Era como una lacra, un peso con el que debería cargar el resto de su vida. No era «de ellos», así que solo podía ser «de él».

—Si tú eres feliz, a mí me basta.

Marguerite se limpió una furtiva lágrima, ella también quería que su hijo fuese feliz, pero tenía la sensación de que algo enturbiaba su vida. La puerta del salón se abrió dejando paso a un sonriente Jacques.

—Ya hemos terminado —anunció—. Le he explicado a tu abuelo todos los pormenores económicos y de logística, y nos ha dado permiso para empezar con la remodelación de *Le Colisée* mañana mismo.

Reece miró a su amigo y socio con una enorme sonrisa.

—¿No pensabais incluirme? — Anna, la hija mayor de Alizée, entró como una tromba en el salón y se fue directa hacia su primo —. ¿En serio me ibas a dejar fuera de esto? Acabo de hablar con mamá y no podía creérmelo.

—¿Quieres participar? —preguntó su primo desconcertado —. ¿Qué quieres hacer?

—¡Lo que sea! Es un proyecto maravilloso y necesitarás ayuda. ¿Quién se encargará del papeleo, del archivo? ¿Quién va a gestionar los pedidos y los procesos?

Reece frunció el ceño y la miró incrédulo.

—¿Tú quieres hacer eso?

—¡No! Es solo un ejemplo, habrá mucho trabajo y seguro que hay algo para mí.

—Una señorita...

—Tía, no empieces con el rollo ese de que una señorita no puede hacer según qué cosas. Los tiempos están cambiando y yo quiero cambiar con ellos. ¡Me encanta el proyecto, Reece! He visto los diseños y son maravillosos. Pienso comprarme todos los vestidos y arruinaré todas las colecciones que saques si no me incluyes en él.

Él se echó a reír por su entusiasmo desmedido.

—Claro que te incluiré, no puedo permitir que me arruines tan vilmente. Puedes escoger el puesto que te parezca.

Anna lo miró con preocupación y después clavó sus ojos verdes en Jacques, que la contemplaba extasiado, como siempre.

—Jacques, ayúdame. ¿Cómo voy a decidir en qué ocuparme? No tengo ni la menor idea de nada.

Reece observó a su amigo con cierta preocupación. Sabía de su interés por Anna y una petición tan directa y personal, podría hacer que su cerebro sufriese un colapso. El titubeo y enrojecimiento facial, más que evidentes, hicieron que acudiese en su ayuda.

—Podrías encargarte de gestionar la provisión de telas para las costureras. Serías la intermediaria entre las fábricas y la galería. ¿Qué te parece?

Anna abrió la boca con una expresión que era una mezcla entre el entusiasmo y el temor. ¿Gestionar...? ¿Ser la intermediaria...?

—Sí —asintió Jacques, agradecido por la ayuda de su amigo —. Yo podría explicarte cómo hacerlo.

—¿Lo harías? —Se acercó a él, mirándolo con intensidad —. ¿Por dónde empiezo?

Jacques se sintió abrumado por su cercanía, pero habría resultado demasiado evidente si hubiese dado un paso atrás, así que mantuvo su posición con firmeza.

—Deberías conocer el funcionamiento de los telares, la capacidad de producción...

—Enséñamelo —pidió decidida—. Vamos, llévame a ver los telares. Ahora no tienes nada que hacer, ¿verdad?

—Bueno, pensaba...

—Lo que me imaginaba —dijo ella y se giró hacia su tía y su primo —. Jacques me llevará a los telares para que averigüe esas cosas que ha dicho. Si mi madre pregunta por mí, explicádselo, por favor.

Se dirigió a la puerta y al ver que Jacques no se movía, lo miró frunciendo el ceño.

—¡Vamos! —exclamó.

Reece tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no reírse a carcajadas. Sabía que su prima se cansaría de aquella idea antes del mediodía, pero ese tiempo sería más que suficiente para arrastrar a Jacques por el camino de la amargura.

Anna resultó ser aún más resuelta e inteligente de lo que Jacques pensaba, y eso que él la tenía idealizada. En los telares, habló con los encargados y las trabajadoras. Se interesó por cada proceso, incluso el de los tintes. Preguntó por los químicos que se utilizaban y se mostró receptiva y atenta a todas las explicaciones que se le daban.

Cuando salieron de la última fábrica que visitaron, ella tenía una visión detallada de todos los procesos, una percepción clara de los tiempos que necesitarían, así como de la producción de cada uno de los materiales. Pero si algo caracterizaba a la nieta de Marcel Dubois, era su total rechazo al trabajo monótono. Así que, a esas alturas, ya tenía claro que trabajar en el proyecto de *Le Colisée* no era para ella.

—Ha sido fascinante. ¿Has visto cómo tintan las telas? Maravilloso.

—Es una ventaja considerable tener acceso a la materia prima — argumentó Jacques haciéndose el interesante —. Ese fue uno de los motivos que nos hizo pensar en esta...

—La seda Dubois es magnífica. — Lo cortó y después respondió al saludo cortés de un conocido con el que se cruzaron.

Anna había insistido en bajar del coche para caminar el último tramo hasta la casa de sus abuelos. Estaba nerviosa y entusiasmada, y no podía relajarse metida en aquel carruaje cerrado, menos con un día tan precioso como aquel.

—¿No te parece magnífica la idea de Reece? — siguió hablando —. No hay duda de que mi primo es un hombre excepcional.

—La idea fue de los dos. De los tres, en realidad. Lisa también aportó su granito de arena — dijo Jacques, molesto. Había estado ninguneándolo toda la mañana y se sentía frustrado, aunque debería estar acostumbrado porque era su comportamiento habitual.

—Estoy deseando ver los diseños de la señorita Mayer — dijo ella ignorando su comentario —. ¿Qué piensa Lisa de todo esto? Seguro que ha tenido grandes ideas al respecto. Estoy deseando hablar con ella también. Reece y Lisa harían una pareja magnífica, ¿no crees? No entiendo que aún no se hayan prometido.

—Son buenos amigos —dijo algo enfurruñado.

Anna lo miró de soslayo y con disimulo.

—¿Buenos amigos? Pues qué desperdicio más tonto. Lisa tiene una creatividad asombrosa y Reece... bueno, Reece es perfecto en todo. Así que espero que acaben por darse cuenta de lo que podrían tener juntos. Deberíais contratar a Amelie para que haga de intermediaria entre las fábricas y *Le Colisée*.

Jacques la miró frunciendo el ceño.

—Creía que de eso ibas a encargarte tú.

—¿Yo? Yo no tengo tiempo de ocuparme de algo tan complicado y que requiere tanta dedicación — dijo poniendo los ojos en blanco —. No podría hacer nada más. Pero ya has visto a Amelie, conoce perfectamente todos los procesos que han de pasar las telas antes de llevárselas a las costureras. Ella es perfecta para ese puesto y tendrás...

—Si no te importa, será mejor que las contrataciones me las dejes a mí — la cortó él en esta ocasión —. Después de todo, también es mi empresa.

Llegaron frente a la puerta de la casa de los Dubois y Jacques se quedó parado delante de la verja de entrada.

—¿No vas a pasar? Mi abuelo querrá saber...

—Tengo cosas que hacer —dijo escueto y tocándose el sombrero, hizo una ligera inclinación de cabeza y se alejó con paso rápido.

Anna lo vio alejarse y se sintió un poco mal por haber sido tan antipática. Se encogió de hombros y entró en la casa, en esos casos siempre era mejor mantener las distancias.

Capítulo 2

París, Francia, 1869

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña en susurros.

Tenía una expresión curiosa y una mirada sonriente. Sus ojos tenían el color del trigo y el brillo chisporroteante del fuego de la chimenea. Reece nunca había visto unos ojos así.

—Reece. Reece Darwood.

—Eres inglés —afirmó la niña como si anunciase que tenía dos cabezas.

El muchacho asintió. En aquella sala se sentía como si tuviese dos cabezas.

—¿Y vas a vivir aquí para siempre?

Reece sintió deseos de llorar, pero asintió. La tristeza que había contenido durante toda la semana empezaba a resquebrajar su resistencia. Aquella niña era tan curiosa y parlanchina como Emily. Pero no era Emily.

—Yo soy Lisa —se presentó—. Esos de allí son mis padres y aquel niño estúpido y quejica es mi hermano Jacques. No conoces a nadie aquí, ¿verdad? Me refiero aparte de tus abuelos, claro.

Reece miró a todos los invitados que habían acudido a la fiesta con motivo del aniversario de boda de sus abuelos.

—Si quieres vamos a jugar a otro sitio. ¿Te gusta dibujar? A mí me encanta la biblioteca. Tu abuelo guarda allí papel y lápices. Podemos sentarnos en el suelo a dibujar. Me gusta sentarme en el suelo, aunque mi madre me regañe porque me ensucio el vestido. A mí no me importa, ¿sabes?

El niño sintió una punzada en el corazón.

—A Emily también le gusta mucho dibujar. Y tampoco le importa ensuciarse. Le encanta salir cuando ha llovido y pisar el fango la hace reír.

Lisa le mostró una enorme sonrisa.

—¿Emily es la causa de que estés tan triste?

Él asintió.

—Y también por mi madre —dijo un poco avergonzado—. No sé cuándo voy a volver a ver a ninguna de las dos.

La niña se puso de pie y le hizo un gesto para que la siguiera.

—Vamos, Reece, yo seré tu amiga francesa y podrás hablarme de Emily todo lo que quieras.

El muchacho miró un momento hacia donde estaban sus abuelos, temeroso de que pensarán que debía quedarse allí sentado toda la tarde. Pero nadie parecía reparar en él, así que siguió a Lisa. Después de todo, Emily era su tema de conversación favorito.

Louie-la-Ville, 1876

—He ganado yo y lo sabes.

Lisa saltó de su caballo y le acarició el lomo riendo. Reece la miraba desde su montura, riendo también.

—Te encanta ganar —dijo severo.

—Lo dices como si fuese algo malo.

Reece se fijó en sus pantalones de montar con aquella mirada burlona que ella conocía tan bien.

—¿Ha visto tu padre esos pantalones?

—En *Louie-la-Ville* puedo vestir como quiera, ya lo sabes.

Louie-la-Ville era una aldea, a las afueras de París, en la que los Lacroze tenían una magnífica casa de veraneo. Desde finales de mayo hasta mediados de octubre, pasaban allí largas temporadas. Durante ese tiempo, regresaban a París de manera esporádica para asistir a algunos eventos veraniegos de la capital, pero después se retiraban de nuevo a la villa. A la madre de Lisa le gustaba mucho la vida en el campo y se sentía abrumada por la gran ciudad. Reece solía compartir con ellos buena parte del verano, desde que Lisa lo invitó por primera vez cuando tenía doce años.

Bajó del caballo y caminaron juntos hacia las cuadras. Su amiga se había puesto repentinamente seria y él sabía en qué estaba pensando.

—Solo es un baile, Lisa.

Lo miró disgustada.

—Sabes que no. Quieren sacarme en pública subasta. Soy como uno de estos caballos antes de que los compren. Espero que no me hagan enseñar los dientes...

Reece se sintió turbado, no quería aquella imagen de Lisa en su cabeza. Ella era como una hermana para él, era su mejor amiga francesa, como se había bautizado.

—¿Qué te hace tanta gracia? — preguntó molesta —. Porque para mí no tiene ninguna.

—Estaba pensando en otra cosa...

—Ah, vaya, perdona que te moleste con mis preocupaciones. No querría interferir en tus asuntos.

La miró con su habitual y paciente gesto.

—Lisa, no vas a discutir conmigo para desahogarte. Ese baile es un mero formulismo, tus padres no te van a obligar a casarte, es solo una convención social. Los padres quieren lucir a sus hijas, presumir de ellas...

Se detuvo en el camino con las manos en la cintura y, sin soltar las riendas, lo miró desafiante.

—Mírame bien —ordenó con voz autoritaria —. Sí, mírame, ¿crees que cumplo con los requisitos de una joven inocente y aristocrática? ¿Has visto mis pantalones?

Reece ensanchó su sonrisa, pero después la miró de arriba abajo y lo sorprendió un estremecimiento en la nuca. Aquellos pantalones dibujaban el contorno de sus piernas demasiado bien. Cuando posó su mirada en aquellos ojos trigueños, ya no sonreía.

—Nadie querrá casarse conmigo jamás — siguió Lisa, ajena a la turbación que había provocado en él —. Soy respondona, cabezota y me aburren los bailes, las fiestas y las charlas superficiales. No pararé hasta conseguir que mi madre me deje hacer mis propios vestidos y me gusta montar a horcajadas. No soy ninguna florecita silvestre que necesita que un hombre la proteja. Aspiro a ser capaz de defenderme yo misma.

Él se libró de aquella estúpida inquietud que lo había azorado de manera inesperada y suspiró.

—No deberías ponérselo tan difícil a tu madre.

—¿Qué? ¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Sí, he oído todo lo que has dicho, Emily...

Lisa se puso pálida y negando con la cabeza se dio la vuelta para alejarse de allí, pero Reece la sujetó del brazo y no la dejó hacerlo.

—Espera... Perdona...

—¿No puedes quitártela de la cabeza ni siquiera un minuto? No pido mucho, tan solo que mi amigo me escuche cuando estoy agobiada. ¿Tan difícil es?

—Yo también tengo mis preocupaciones — dijo poniéndose serio —. Esta mañana he recibido un telegrama de mi hermano. Mi padre está muy grave.

—¡Oh, Reece! Lo siento... —Se sintió mortificada por aquella noticia. De repente todos sus problemas le parecieron una estupidez —. ¿Cuándo te marchas?

—Después de tu maldito baile.

Lisa se propuso portarse bien. Se acicaló tal y como su madre quería y se puso el vestido azul que le había mandado hacer a la modista para ese día. Era realmente incómodo, pero se prometió que aguantaría con él puesto hasta que Reece se marchase de la villa.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó a su amigo al ver la expresión de sorpresa y azoramiento que puso al verla.

—Estás muy guapa. Me gusta el color azul, hace juego con tus ojos.

—Mis ojos no son azules.

—Lo sé, son del color del trigo. Nunca he visto a nadie que tenga unos ojos como los tuyos, Lisa. Apostaría a que son únicos en el mundo.

—Pues tú pareces alguien.

—Vaya. —Sonrió Reece—. Es un alivio saber que parezco «alguien». Habría sido peor que hubieses dicho que yo también estoy guapo.

—¿Por qué habría sido peor? Estás guapo — dijo ella, desafiante —. Me gusta tu pajarita. Se está poniendo de moda. Jacques quería una, pero mi madre es una clásica.

—Le regalaré una por su cumpleaños — dijo imaginando ya la broma que iba a hacerle a su amigo.

—¿Bailarás conmigo, Reece? No quiero que me dejes sola con todos esos petimetres a los que han invitado para que me estudien con ojos de halcón...

—Yo nunca te dejaré sola, Lisa — dijo mirándola con sinceridad —. Si alguna vez quieres que te rescate, ponte un vestido azul como este y te prometo que acudiré corriendo sobre mi

caballo blanco.

—Tú no tienes un caballo blanco — dijo la joven sonriendo —. El tuyo es un bayo deslucido.

—Pensé que cuando cumplieses los dieciséis te volverías más lista, pero ya veo que vamos a tener que seguir discutiendo sobre lo que es un color deslucido y lo que es uno apagado.

Lisa se cogió de su brazo sonriendo ampliamente. Al final, aquella fiesta no iba a estar tan mal y, al menos, conseguiría que Reece no pensase en lo que iba a tener que enfrentar después de su inminente regreso a Newley.

Unos días más tarde...

Lisa lo observó desde la entrada de la casa antes de dirigirse hacia él. Reece contemplaba el paisaje con la mirada perdida en sus pensamientos y no la escuchó acercarse.

—Has vuelto —dijo a modo de saludo.

—Sí.

Se quedaron un momento callados, en un silencio incómodo.

—¿Damos un paseo? —preguntó, a lo que Reece asintió —. No hace falta que hablemos si no quieres, ya lo sabes.

—Mi hermano y Emily... —¿Por qué le costaba tanto decirlo en voz alta? —. Ellos... se aman.

Lisa sintió en su pecho el dolor que veía en los ojos de su amigo. Era como si conociese a Emily, su recuerdo perenne había convivido con ellos durante todos aquellos años. Y ahora...

Reece rehuyó su mirada para que no viese que sus ojos estaban conteniendo las lágrimas.

—Mi padre la nombraba en su testamento. Ligó las propiedades de mi hermano al hecho de que ella permanezca en Newley House.

—Entonces... —Lisa no sabía cómo hacer la pregunta —. ¿Van a casarse?

Reece la miró y sus ojos mostraban un dolor casi infantil. Lisa no pudo contenerse y lo abrazó.

—Lo siento, Reece, lo siento tanto...

Él la apartó con suavidad.

—No pueden casarse —dijo mirándola a los ojos con dureza —. Su madre asegura que es nuestra hermana.

Lisa dio un paso atrás, sorprendida.

—¡No es posible!

—Mi padre... ¡Maldito, maldito sea! ¡Ojalá se pudra en el infierno! — Reece se llevó las manos a la cabeza y apartó el cabello con fiereza —. Era un ser despreciable, Lisa. Nunca imaginé que... Me repugna la idea de ser su hijo, de que su ignominia esté en mí. Y, al mismo tiempo, siento un profundo desprecio por mi ignorancia y mi infancia feliz.

—¿De qué estás hablando?

—¡Oh, Lisa! Si te contara... Si repitiese las cosas que he sabido...

Ella lo veía atormentado y cargando con un injusto sentimiento de culpa, pero no sabía cómo actuar.

—Nada de eso tiene que ver contigo...

—¡Claro que tiene que ver! Hizo daño a mucha gente, a gente a la que quiero. ¡Y yo estaba allí! Riendo y disfrutando de una vida sin complicaciones. No entendía a mi hermano, no

comprendía de dónde salía tanto odio y tanta rabia. Yo sabía que él era bueno, lo había visto en un millón de formas, pero luego se mostraba cruel y mezquino con Emily y no entendía por qué. Ahora que lo sé todo, comprendo que era yo el mezquino y el cruel, no Connor. Mi padre lo maltrató de un modo que no puedo ni comprender. Lo llevó consigo a un mundo de depravación absoluta... ¡Oh, Lisa! Lo que les hacía a esas mujeres... — No pudo contener los sollozos —. Mi madre, mi propia madre... Tengo que hablar con ella, debo decirle lo mucho que lo siento.

Cayó de rodillas frente a ella y su amiga lo imitó para poder abrazarlo.

—Oh, Reece, lo siento mucho. Pero debes calmarte, no estás pensando con claridad...

—Tú no lo entiendes, no lo entiendes... Deberías despreciarme — insistió —. No soy digno de compasión.

—Jamás podría despreciarte, Reece — musitó ella sintiendo sus propias lágrimas —. Te quiero demasiado.

—Esas imágenes no dejan de repetirse en mi cabeza — confesó desesperado —. Él está en mí, está aquí dentro...

Se golpeó el pecho con furia, como si deseara llegar hasta su corazón para arrancárselo. Lisa lo abrazó para obligarlo a parar, pero él la apartó casi con violencia.

—No te acerques a mí —dijo entre dientes, mirándola con una mirada oscura —. Hay algo podrido en mi alma, Lisa. Lo noto corriendo por mis venas, lo siento dentro de mi cabeza. Desde que sé la verdad, esas imágenes me atormentan. Me despierto empapado en sudor y con el cuerpo en llamas. Tienes que alejarte de mí, Lisa, tienes que alejarte.

Echó a correr y huyó de ella como una exhalación. Lisa sentía las lágrimas deslizándose imparables por su rostro, mientras su cuerpo era sacudido por unos incontables sollozos. Lo había visto, había visto en sus ojos esa oscuridad de la que hablaba. Una mirada perversa y estremecedora que parecía querer abrasarla. Pero ese no era él, de ningún modo podía ser él.

—¡Ya has vuelto! —Lisa había corrido a recibirlo en cuanto escuchó el relincho del caballo.

—Pensaba que estarías en París — dijo Reece saltando de su montura y corriendo a abrazarla —. Tu hermano me dijo que te encontraría aquí. Connor ha dicho que sí y participará con el treinta por ciento del capital.

—¡Eso es maravilloso! ¿Y tu abuelo?

—Está entusiasmado con el proyecto.

—¿Y te extrañas? Es un proyecto excelente.

—Llegué hace dos días —explicó Reece entregándole las riendas de su caballo al mozo de cuadras —. No he podido venir antes porque después de hablar con mi abuelo y que las cosas saliesen tan bien, me puse en contacto con la familia de Adrien Canaveris para la compra de *Le Colisée*.

—¿Y...?

Mirándola serio, negó con la cabeza.

—Su esposa no quiere vender.

—¿Qué?

—Dice que allí murió su marido y que ese edificio se caerá a pedazos sin que nadie lo toque.

Lisa se mordió el labio. Los Canaveris eran amigos de sus padres y de niña había visto a Danielle y a su esposo muchas veces en su casa.

—No sé qué voy a hacer —dijo, con evidente preocupación.

—Hablaemos con mis padres. — Lo cogió del brazo y lo guio hacia la casa —. Ahora mismo.

—¿Y qué quieres que le diga, hija? — preguntó su madre —. Danielle está destrozada, no sale de casa y no ve a nadie desde la muerte de Adrien.

—A vosotros os escuchará. — Lisa miró a su padre —. Papá, ese edificio no puede convertirse en un mausoleo, es enfermizo y no le hace bien. Mamá, tú aprecias mucho a Danielle, ¿quieres que se pase la vida refugiada en su dolor?

El matrimonio se miró, cómplice. Entendían el sufrimiento de su amiga, pero Lisa tenía razón en que no era un modo muy saludable de vivir. Y ellos no habían hecho nada para sacarla de ese estado.

—Iremos a verla —dijo su padre.

—Gracias, señor —respondió Reece con sinceridad.

Matthieu y Camille Lacroze eran un matrimonio muy bien avenido, en el que el peso de Camille era ostensible. La madre de Lisa era una mujer adelantada a su tiempo, que había sabido aceptar las peculiaridades de su hija y respetar sus límites en cuanto a convenciones sociales y obligaciones mundanas. Después del desastre de su presentación en sociedad, los Lacroze asumieron que su hija no sería como las demás señoritas de París y que tendrían que soportar las insidiosas aportaciones de sus «amigos», siempre que saliese el tema de los hijos en una conversación.

Reece los admiraba por ello, eran un referente para él y si algún día tenía hijos...

—Me gustaría oír tu explicación sobre ese formidable proyecto, muchacho. — Matthieu cortó el hilo de sus pensamientos —. Mi hija no ha dejado de hablar de ello durante todo este mes que has estado en Inglaterra.

—¿Cómo está tu hermano, por cierto? — preguntó Camille —. Y, sobre todo, la flamante mamá y su bebé.

—Bien, muy bien —respondió, sonriente —. Emily y Connor son unos padres maravillosos.

—Caleb ya debe tener... ¿tres años? — Calculó Camille.

—Cuatro. Y adora a su hermano Eric, no permite que nadie lo moleste cuando está dormido.

Lisa bajó la mirada con disimulo, no le gustaba hablar de Connor delante de sus padres, temía que pudieran leer en ella todos los secretos de los que era conocedora. Aunque sabía que para Reece fue un alivio que Emily no fuese su hermana, también podía adivinar el dolor que inundaba su alma cada vez que la veía con Connor. Ya nunca hablaba de ella, después de la lectura del testamento se instauró un pacto de silencio al respecto y ni él hablaba, ni ella preguntaba. Ambos se comportaban como si el amor que él sentía por Emily nunca hubiese existido. Pero Lisa sabía que estaba allí, oculto y bien resguardado dentro de su corazón.

—¿Lena Mayer? —Camille lo miraba asombrada.

—Sí, yo también me sorprendí cuando aceptó trabajar con nosotros — afirmó Reece —. En realidad, fue idea de Lisa.

Sus padres la miraron interrogadores.

—Es una excelente diseñadora — dijo ella como si no tuviera importancia —. Y sus patrones están en las mejores revistas de moda. Imaginaba que era una mujer inteligente, así que supuse que participar en un proyecto tan emocionante, le gustaría.

—Pues acertaste de pleno. — Asintió Reece —. Le encanta el proyecto y está deseando incorporarse a él. Según me dijo, iba a empezar a trabajar en nuevos diseños inmediatamente.

—¿Y la línea de confección? — preguntó Camille.

Reece miró a Lisa.

—Supongo que Lisa ya os ha contado que se va a encargar ella.

—Sí —dijo su madre—. Y estoy segura de que será todo un éxito. Los costes se abaratarán al ser vestidos ya confeccionados y estoy segura de que mi hija se encargará de que los trajes sean adecuados y atractivos. Es una idea innovadora y muy acertada, Reece, te felicito.

Lisa fijó la mirada en sus manos. Era cierto que había sido ella la que mencionó a Lena Mayer, admiraba sus diseños y pensaba que era una magnífica diseñadora, pero las cosas no habían sido como ella las había imaginado cuando se presentó en casa de Reece con sus diseños bajo el brazo. Jacques y él hablaban sobre el proyecto y discutían sobre el mejor modo de distribuir las plantas de las galerías.

—La planta baja debería ser para la alta costura — decía Jacques cuando Lisa entró en el despacho —. Lisa, ¿verdad que tengo razón?

Ella se quitó la bufanda y los guantes, y los dejó en el sofá junto a su carpeta de bocetos. Después empezó a desabotonarse el abrigo ante la atenta mirada de los dos jóvenes, impacientes por escuchar su respuesta.

—Creo que la planta baja debería ser para accesorios y fruslerías — dijo.

—Y para poner una cafetería, una biblioteca y un lugar para que los niños puedan jugar mientras sus padres compran — añadió Reece —. Además de nuestros despachos, claro.

Lisa asintió, mirándolos alternativamente.

—Entonces las damas tendrán que subir las escaleras para llegar hasta sus vestidos, eso dificultará la venta para las más ancianas — rebatió Jacques.

—Las ancianas no van a acudir a las galerías, Jacques — dijo Lisa acercándose al escritorio tras el que estaba sentado Reece —. Esas damas están acostumbradas a hacer las cosas de otra manera. Jamás aceptarán los nuevos tiempos.

—Lisa tiene razón —apoyó Reece—. Nuestras galerías no son para ellas. La primera planta estará dedicada íntegramente a las damas y les encantará.

—Y mandamos a las humildes institutrices a la buhardilla, como siempre — dijo Jacques con expresión irónica —. Ya, ya sé lo que me vais a decir, ese apartado está dirigido a mujeres jóvenes que trabajan y que podrán subir unas cuantas escaleras más.

—No iba a decir eso —dijo Reece —. Lo que iba a decir es que en esa planta también estará la sección de caballero. Y no es una buhardilla. Quizá en el futuro la idea de la confección triunfe y entonces bajaremos esos diseños a la primera planta, pero al menos hasta que sepamos si las señoras van a apoyar la idea...

—¿Y ya tenemos claro quién va a diseñar los vestidos? — preguntó Jacques, mirándolos a ambos alternativamente —. Los sastres ya los tenemos, pero nos falta un diseñador de alta costura y otro para los trajes de confección.

—Yo...

—Lisa se encargará de la línea de confección — dijo Reece interrumpiéndola. Quería dar la noticia sin que tuviera la oportunidad de pedirlo —. Siempre le ha gustado diseñar y ahora tendrá la oportunidad de hacerlo de manera seria y profesional.

—¿Y la línea de alta costura? — preguntó Jacques aceptando la propuesta de Lisa como diseñadora de la línea básica.

—Todavía estoy buscando. He pensado en Patin y en Legrand, pero no sé si es lo que quiero...

Lisa se sentía terriblemente decepcionada. Había ensayado durante toda la tarde anterior cómo iba a presentarles sus diseños, lo que iba a decir para defender su propuesta para diseñar los trajes de alta costura. Ahora que estaba allí, frente a ellos, se sintió estúpida. ¿Cómo había pensado siquiera que la tomarían en cuenta? Sus diseños no eran tan buenos como para merecer que todas las damas de París los lucieran. Aquello habría supuesto la ruina para las galerías. No, quién diseñara la ropa de *Le Colisée* debía ser alguien extraordinario, capaz de despertar el interés de la alta sociedad.

—Lena Mayer —dijo rotunda.

Los dos hombres la miraron desconcertados.

—¿La diseñadora vienesa? —preguntó Reece.

—Sí. Sus vestidos son extravagantes y lujosos, encajarán perfectamente en la sociedad parisina. De hecho, es la diseñadora de eminentes damas de la corte inglesa — dijo sin imprimir ninguna inflexión a su voz, lo que provocó que Reece la mirase con atención.

—Jacques, ¿puedes dejarnos un momento?

Su amigo los miró a ambos y tras encogerse de hombros, se dirigió a la puerta.

—Nos veremos esta tarde en mi casa — dijo antes de salir —. Ya sabes que he invitado a *monsieur* Tinayre para hablar del presupuesto de reforma.

Cuando estuvieron solos, Reece se levantó de su silla y se acercó a Lisa.

—¿Qué ocurre?

—No sé de qué me hablas —dijo evitando sus ojos.

Reece le cogió la barbilla con un dedo y la obligó a mirarlo.

—¿Crees que puedes engañarme? — Sonrió —. Dime qué te ha molestado.

—Nada, de verdad.

Él frunció el ceño con preocupación, era peor de lo que pensaba.

—¿Estás asustada? ¿Temes que sea mucho trabajo? Yo confío plenamente en ti, Lisa, y tú deberías confiar también. Estoy seguro de que tus diseños serán fantásticos para esas mujeres. No porque sean sencillos han de ser menos importantes. Al final, todos debemos vestirnos.

Si creía que sus palabras iban a aliviar en algo la decepción que sentía, se equivocaba. Pero nunca lo sabría, no por ella, al menos.

—Es una responsabilidad... —dijo Lisa, escudándose en su confusión.

Reece sonrió satisfecho de sí mismo. Miró hacia el sofá en el que Lisa había dejado su carpeta.

—¿Son diseños? —preguntó haciendo ademán de acercarse a cogerla.

Ella se adelantó rápidamente y cogió su abrigo y la carpeta, que apretó contra su pecho.

—Aún no puedo enseñártelos.

Reece levantó una ceja divertido.

—Quiero verlos. Venga, no seas niña, no importa si no están acabados.

—Te los mostraré cuando decida que debo mostrártelos — insistió con firmeza —. Y ahora no es ese momento.

Él movió la cabeza, pero aceptó su decisión. Sabía que con Lisa no había otra manera de actuar. Regresó a su mesa y se sentó, con ella no eran necesarias las convenciones sociales que impedían a un hombre permanecer sentado en presencia de una dama, si esta estaba de pie.

—Esperaré ansioso —dijo sin más.

—Lisa, hija —la reclamó su madre viendo que estaba distraída —. Le preguntaba a Reece si habíais decidido ya el nombre de tu colección de ropa y dice que eso es cosa tuya.

Lisa asintió.

—Se llamará *Prêt-à-porter*.

Capítulo 3

Se dejó caer en el sofá como un fardo de ropa y se tapó los ojos con el antebrazo. Céline la miró con una sonrisa cómplice y se acercó para darle unas palmaditas de consuelo.

—¿No ha ido bien? —preguntó sentándose después en una butaca cercana.

Lisa apartó un poco el brazo para poder mirarla y su expresión era de lo más elocuente. Bufó, gimió y hubiese pataleado de haber estado de pie. Céline la observó en silencio, a la espera del torrente de emociones que se avecinaba y dispuesta a contenerlo como hacía siempre.

Céline sería condesa de Visonneau, si el título de sus bisabuelos maternos aún existiera. Aunque eso no le había importado nunca, pues no tenía ambición de aristócrata. Su madre la enseñó a coser desde muy pequeña y, cuando murió, esa tarea y todos los objetos que se necesitaban para realizarla la mantuvieron unida a la persona a la que más había querido en su vida. Su padre, un granjero muy atractivo y aparentemente divertido, era en realidad un quejica inútil que no sabía estar solo. Así que antes de terminar el luto, ya se había casado de nuevo. La vida de Céline se vio convertida entonces en uno de esos cuentos infantiles con madrastra y hermanastras odiosas que disfrutaban torturándola a diario. La hacían trabajar como si fuese una criada, cuidando de los animales de la granja y plantando y recolectando las verduras que luego también cocinaba. Apenas le dejaban tiempo para coser, por eso se levantaba muy temprano y se iba a dormir muy tarde, aprovechando así las horas en las que todos dormían para seguir perfeccionando sus puntadas. En cuanto tuvo edad suficiente para emanciparse, consiguió un trabajo en París, cosiendo para una familia adinerada, y se marchó de la granja para no volver jamás.

Ahora vivía en un apartamento de la rue Charlot y era una joven modista que se encargaba de hacer los vestidos de mujeres sencillas que no podían pagar mucho dinero. Solo una vez, Lisa le había dejado confeccionar uno de aquellos vestidos que ella había creado y fue una experiencia maravillosa, tanto por trabajar con Lisa codo a codo, como por el resultado: un precioso vestido de noche que se moría de soledad, oculto dentro de un armario en casa de los Lacroze. Aunque también era la culpable de que su amiga montase a caballo vestida con unos pantalones y una chaqueta ajustada con faldones volantes, que ella misma le había cosido. Un diseño que Lisa solo se ponía cuando estaba en *Louie-la-Ville*, así que podría decirse que eso no contaba.

—Me siento tan frustrada, Céline. — Lisa se incorporó y miró a su amiga con aquel brillo que ella conocía tan bien —. ¿Por qué le dije que la mejor opción era Lena Mayer y no yo? ¡Soy tan cobarde que me doy asco!

Se puso de pie y comenzó a deambular por el pequeño salón sin que Céline dijese nada aún, su amiga sabía que todavía no era su momento.

—Reece me conoce... ¡Me conoce! ¿Cómo no pensó en mí? Solo él ha visto mis bocetos, me ha visto dibujando un millón de veces.

—Yo también he visto esos bocetos — dijo la modista con una sonrisa —. ¿De verdad crees que Reece puede entenderlos? Él es un hombre de negocios, para él esas galerías son una empresa, no es sastre ni le interesa especialmente la moda...

—Te equivocas, es increíble la enorme perspectiva que tiene, es como si pudiera ver el diseño sobre un cuerpo femenino real. Tiene un don y si no ha pensado en mí es porque mis vestidos no son lo suficientemente buenos para él.

—Tus creaciones son maravillosas. Si no es capaz de verlo es que es estúpido — rebatió Céline —. Si quieres que te tenga en cuenta, deberías hablarle con sinceridad. Sois amigos desde niños, no sé a qué vienen tantos remilgos.

—Tienes razón —dijo Lisa—. Debería haber sido sincera y haberle dicho que quería que fuese mi colección la primera que sacase, pero no he sido capaz. Esta vez me habría muerto cuando me hubiese rechazado.

Su amiga la miró severa y Lisa supo lo que estaba pensando.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Aquello lo pilló por sorpresa.

—También estaba segura entonces de que sentía algo por mí y mira lo que pasó. — Sintió que sus mejillas ardían al recordar cómo la había rechazado cuando intentó besarla.

—Esto es distinto.

—Ah, ¿sí?

—Acababa de regresar. Y Emily...

—¡La eterna Emily! —exclamó Lisa levantando los brazos al cielo —. La perfecta Emily. La maravillosa Emily. Habla con propiedad, Céline, estás nombrando a una diosa.

—Ahora ella está casada con su hermano, ya es agua pasada. Deberías volver a intentarlo.

Lisa se detuvo frente a su amiga y la miró con tristeza.

—¿Tú crees?

—Tú no eres ninguna cobarde, no entiendo a qué le temes tanto. Entonces tenías dieciséis años, eras una niña y él también, aunque tuviese dos años más que tú. Había estado alimentando el recuerdo de un amor infantil y lo había hecho crecer tanto, que no veía más allá de sus narices. Pero ahora él es un hombre y tú una mujer. ¿Crees que va a permanecer soltero para siempre?

—No sé...

—¿Estás dispuesta a verlo con otra? Esa es la pregunta, Lisa. He visto cómo te mira y te aseguro que no mira a nadie como te mira a ti.

—Reece me ve como a su amiga, nada más. — Se sentó de nuevo en el sofá, con ánimo decaído, y miró a su amiga con ojos de cordero que va camino del matadero —. Tú lo has dicho, entonces tenía dieciséis años y fue un arrebató por cómo se comportó en mi fiesta. Estaba tan contenta, que su desprecio quedó enterrado bajo un montón de capas de agradecimiento. Ahora un rechazo sería horrible, ¿lo entiendes? No podríamos seguir siendo amigos después de eso. Por una estupidez perdería a alguien a quien quiero... muchísimo. No puedo arriesgarme, Céline, tú mejor que nadie debería comprenderme.

Había súplica en su mirada y la modista sonrió con ternura antes de ir a sentarse junto a ella en el sofá. Le cogió las manos y la miró unos segundos antes de hablar.

—Claro que te comprendo. Pero hay algo que sí puedes enfrentar y que no hará que pierdas nada. Eres una diseñadora maravillosa. Algún día tus vestidos causarán sensación en el mundo entero. Los vestirá la realeza, las damas en el teatro y en la ópera, como hemos soñado tantas veces. Pero la tarea que te ha encomendado Reece no es menos importante, Lisa. Vas a encargarte de vestir a mujeres sencillas, mujeres como yo, que también necesitamos vestarnos elegantes de vez en cuando y que aspiramos a la belleza en el vestir, a pesar de no contar con grandes recursos. Tus trajes se confeccionarán en serie y los materiales serán económicos, pero algún día las costureras, las institutrices, las enfermeras, mujeres sencillas que no pueden permitirse tener un guardarropa atestado de prendas, podrán decir que vistieron diseños de Lisa Lacroze y se sentirán orgullosas e importantes por ello. Ya sabes que los caminos de Dios...

—... son inescrutables. Me lo has dicho tantas veces que sería imposible no saberlo. Gracias, necesitaba escucharlo. Y, tienes razón, esas mujeres merecen más que nadie mi trabajo. Me voy a esmerar muchísimo en dar lo mejor de mí y con tu ayuda será coser y cantar, nunca mejor dicho.

—Lo de cantar te lo dejo a ti — se burló la modista.

—Necesitamos costureras —la ignoró su amiga —. Muchas costureras.

Céline se puso de pie y fue hasta su escritorio en busca de algo.

—Tengo una lista —dijo regresando con el papel en la mano —. Todas saben utilizar la máquina de coser, así que no hará falta enseñarlas. También hay bordadoras y dos especialistas en encajes. Tienen unas manos prodigiosas. Solo hay una aprendiz, Michelle Labournet. Es la nieta de la señora Pelletier, ya sabes que le tengo mucho afecto desde que era niña. La pobre mujer está enferma y me ha pedido que le busque trabajo a su nieta. Desde que su padre murió, la familia se sustenta en las rodillas de su madre, que se pasa el día fregando suelos, y con eso apenas tienen para hacer una comida al día. Por eso la señora Pelletier les ayuda todo lo que puede, aunque ella también es una mujer humilde.

—No hace falta que me digas más. Michelle será mi primera candidata — afirmó Lisa con una compasiva sonrisa.

Su amiga asintió agradecida, no esperaba menos de Lisa. Aquello le daría a Michelle la oportunidad de aprender una profesión y ayudaría a su futuro y al de su familia. Suspiró aliviada y sonrió.

—Estoy deseando empezar.

—Yo también —dijo Lisa poniéndose de pie. De repente tenía unas ganas terribles de trabajar —. Quiero conocer a todas las costureras cuanto antes. Que vengan a casa, me entrevistaré con ellas.

—¿Todas? —preguntó Céline sorprendida.

—Todas.

Terminó la carta para Lena Mayer en la que le indicaba que ya había apalabrado el alquiler de una *suite* en Le Chambelaine, tal y como habían acordado. Y que, en cuanto la remodelación de *Le Colisée* lo permitiese, le enviaría un telegrama para que viajase a París.

Dejó la pluma en su sitio y se recostó en la silla, pensativo. Llevaba días dándole vueltas al extraño comportamiento de Lisa. Desde su vuelta de Newley la veía distinta. Había algo en ella que lo tenía desconcertado y confuso.

La idea en la que intentaba no pensar latía en su costado izquierdo como una amenaza. Sabía bien cuáles eran los sentimientos de su amiga por él. Había sentido su cálida mirada atravesando las paredes en las que escondía su corazón. Eso lo aterraba más que nada en el mundo y hacía que su cuerpo se cubriese de un sudor frío.

Desde la muerte de su padre y después de muchas noches sin dormir, estableció una serie de normas en su vida. La primera, que Lisa era intocable para él. Bajo ninguna circunstancia debía poner sus manos en ella, literalmente hablando. La segunda, que jamás se casaría por amor. Le gustaban las mujeres. Mucho, en realidad, pero sus «peculiaridades» lo convertían en un hombre no apto para el matrimonio. Prefería los servicios que le ofrecían en casa de *madame* Truffaut. Allí podía ser él mismo sin temor a ser juzgado y sin asustar a nadie. Entre las piernas de aquellas mujeres, expertas e insaciables, podía conjurar sus demonios y descansar después sin que su conciencia lo torturase con innecesaria crueldad.

Solo era capaz de dormir en aquella habitación recargada y bohemia que *madame* Truffaut tenía reservada para él. Claro que, para que no la utilizase con otros clientes, le pagaba un buen alquiler todos los meses.

Había impuesto la norma de que para él todas aquellas chicas se llamasen Emily. Sabía que eso alimentaba a la bestia que llevaba dentro, a la que le gustaba torturarlo con insidiosos pensamientos. Ahora ya podía visitar a su hermano y su esposa en Newley House, cosa que al principio le resultó imposible. Ni siquiera acudió a su boda, algo que le costó mucho explicarle a Connor sin que su hermano detectase el infierno en el que vivía sumido. La primera vez que regresó, tras el nacimiento de Caleb, las noches resultaron aterradoras para él. La casa le hablaba en susurros y su corazón latía tan deprisa en la enorme cama, que lo ensordecía trayendo a su mente los horrores que se habían perpetrado entre sus muros, mientras él vivía ajeno a tanta inmundicia. La bestia lo torturaba haciendo que recordase momentos felices de su niñez, para mostrarle entonces lo que ocurría tras las puertas cerradas con imágenes de un realismo estremecedor.

Ahora podía dominar a esa bestia gracias a las Emilys de *madame* Truffaut. Y así debía seguir para siempre. Nunca dejaría que una mujer lo amase exponiéndose a una vida de amargura y esclavitud.

Lisa no sabía de la oscuridad que albergaba su alma y así debía seguir, inocente y confiada. Él era su amigo fiel, un caballero con brillante armadura cuyo honor estaba fuera de toda duda. Sería terrible para ella descubrir la dureza e insensibilidad que anidaba en el corazón de aquel ser que lo poseía por completo en los momentos en los que sus deseos tomaban el control de su cuerpo. Sus bajos instintos, aquella rabia y fiereza que no se calmaba hasta que caía exhausto y seco sobre las sábanas. Llevaba años protegiéndola de todo eso y seguiría haciéndolo el resto de su vida.

Lisa se casaría y formaría una familia con alguien que la mereciera. Él los visitaría, sería el tío Reece para sus hijos. Entornó los ojos y fijó la mirada en la pared de enfrente. Se aseguraría de que ese hombre fuese digno de ella. Cualquiera sería mejor candidato que él. Apretó la

mandíbula con tanta fuerza, que sus huesos se dibujaron perfectos bajo la piel. Mataría a quien le hiciese daño, incluso si ese alguien era él mismo.

Se levantó y se dirigió a la ventana para distraerse con el ir y venir de la gente que caminaba por la rue Meurice. Pero a esas horas la calle se veía poco concurrida por lo que las vistas no consiguieron entretenerlo y vaciar su mente de inquietantes pensamientos.

Lisa debía casarse cuanto antes. Conocer el verdadero amor haría que dejase de mirarlo con ese anhelo infantil. Ella no lo sabía, pero lo que había en sus ojos era fruto del deseo y, tarde o temprano, esa llama incipiente prendería en él si no la desviaba hacia otro candidato. Se llevó la mano a la cabeza y apartó el flequillo, despeinándolo. Repasó a todos sus conocidos como quien busca un tesoro. Debían tener la edad adecuada y ser dignos de ocupar ese lugar tan privilegiado en el corazón de alguien tan valioso para él. No podía ser mayor de treinta, ni menor de veinte. Lisa era demasiado madura para estar con alguien a quien no admirase, pero era poco más que una niña y no permitiría que se casara con un viejo que no pudiese satisfacerla. Valiente pero responsable. Pausado pero no aburrido. Inteligente pero no resabido. Se mordió el labio al no dar con ningún nombre. A todos les veía algún inconveniente y después de unos minutos bufó por la nariz, agobiado. ¿Qué estaba haciendo? No necesitaba esa preocupación en ese momento, ya tenía bastante con sacar adelante su proyecto. Había muchas personas a las que no podía decepcionar. Lisa entre ellas.

Regresó a su escritorio y se dejó caer en la silla con rabia. ¿A quién quería engañar? Nunca podría pensar en nadie para Lisa porque la quería para él. Dio un golpe en la mesa y se levantó para salir de allí.

—Ha bebido demasiado —dijo Madelaine mirando a *madame* Truffaut—. Se va a desmayar y luego habrá que subirlo. Deje que lo lleve yo.

—Ya conoces sus normas. No debéis acercaros, siempre es él quién escoge.

—Pero mírelo, apenas se aguanta en la silla. Perderá el conocimiento y pesa mucho para que podamos subirlo nosotras — insistió la joven —. Mañana ni se acordará de que fui yo la que se acercó.

—Tú misma, si quieres arriesgarte a que no vuelva a elegirte nunca... Tus compañeras se alegrarán, eres la que más veces ha disfrutado de sus atenciones.

Madelaine sintió un escalofrío en la espalda, pero aun así, se dirigió al rincón en el que Reece apuraba otro vaso de vino.

—Vamos arriba, Reece —pidió solícita.

Él la miró con ojos somnolientos.

—No te he elegido esta noche, Emily — dijo arrastrando las palabras y sin poder fijar bien la vista —. Vuelve a tu sitio.

La prostituta se sentó a horcajadas sobre sus piernas y se sacó un pecho para ponerlo delante de su boca.

—¿No te apetece otra distracción? Vamos, hace rato que estoy esperándote. — Cogió una de las manos de Reece y la colocó en su sexo —. Estoy mojada, ¿ves?

Él sonrió burlón y cogiendo una de las manos de Madelaine, la metió dentro de sus pantalones.

—Yo no estoy listo —dijo cogiendo el vaso y llevandoselo a los labios.

—Eso es cosa mía —respondió ella poniéndose de pie y, cogiendo la botella con una mano y a él con la otra, lo arrastró hacia las escaleras ante la atenta mirada de sus compañeras.

—Has incumplido una norma — dijo él en voz alta.

—Vas a tener que castigarme.

—Ha incumplido una norma —dijo Reece mirando a las otras chicas y señalando a Madelaine —. Voy a tener que castigarla.

—No sea muy duro con ella, señor Darwood — pidió *madame* Truffaut —. Madelaine es de mis mejores chicas.

Dos horas más tarde, Madelaine bajaba las escaleras tambaleante, con la cara llena de sangre y moretones por todo el cuerpo.

—¡Por los clavos de Cristo! — exclamó *madame* Truffaut yendo a socorrerla —. ¿Qué ha ocurrido?

La *madame* la ayudó a llegar hasta el sofá y ordenó a una de las chicas que trajera agua y un paño limpio.

—Tú —dijo señalando a otra—, ve a por el linimento y trae el *whisky* bueno.

La muchacha corrió para volver lo antes posible y no perderse nada de lo que había ocurrido.

—*N... ca l... había... visso... assí. — Madelaine tenía mucha dificultad para hablar. Notaba cómo se le movían varios dientes y le dolía horrores la mandíbula —. Mija... asusará... e ve assí.*

—Enviaré una nota para tu madre y le diré que te quedas aquí un par de días. — *Madame* Truffaut cogió el paño y lo introdujo en el agua fría antes de limpiarla con él —. Pero ¿qué ha pasado? El señor Darwood jamás os ha golpeado...

Riviere observaba la escena desde la barra mientras movía en círculos el trapo húmedo por la superficie de madera. Ya no podía dedicarse a atender a los clientes y trabajaba sirviendo copas y limpiando lo que ensuciaban. Ganaba mucho menos dinero, pero no echaba de menos aquella vida. Excepto por el señor Darwood. A él sí lo echaba de menos. Alguna vez se compadecía. Se levantaba de su silla en el rincón junto a la ventana, atravesaba toda la sala y rodeaba la barra para llegar hasta ella. Entonces la cogía de la mano y se la llevaba a su habitación privada. En esos momentos, ella imaginaba que era su príncipe azul y lo seguía, sumisa y agradecida. Haría cualquier cosa por él.

Tiró el trapo sobre la barra y la rodeó para acercarse al grupo que atendía a Madelaine.

—Estás mintiendo. —Le lanzó a bocajarro.

La puta levantó la cabeza con dificultad y trató de verla a través de las rendijas de sus ojos.

—*No iento...*

—Él no puede haberte hecho eso — insistió Riviere —. Nunca permite que nos peguen, casi mata a ese malnacido cuando me mutiló. No sé qué pretendes, pero está claro que no ha sido él.

—... *irad sus anos, as tiene des... zadas* — masculló Madelaine.

Ninguna de ellas lo creía capaz de hacer algo así, pero Madelaine había subido con él a la habitación y no había nadie más allí, aparte de los clientes que ocupaban las otras habitaciones. Dos, para ser exactos: *monsieur* Batiste y *monsieur* Mompou, los dos demasiado viejos para

haberla golpeado de ese modo sin que ella se defendiera. La única explicación lógica era que hubiese sido Reece.

Pero por más que los hechos lo acusaran, ninguna pudo creerlo. Incluso después de ver sus manos, con los nudillos ensangrentados, no la creyeron. Las había protegido demasiadas veces para que ese comportamiento tuviese la más mínima lógica. Y Reece Darwood no tenía mal beber, el alcohol solo lo aturdía o adormilaba, pero nunca lo hacía actuar de un modo distinto a como era estando sobrio.

Pero Reece sí la creyó. Cuando *madame* Truffaut se vio obligada a echar a Madelaine del burdel, en primer lugar, porque sus compañeras le dieron la espalda y, en segundo lugar, porque había perdido su confianza, él se presentó en su casa y le entregó un fajo de billetes para que no pasara calamidades hasta que encontrase otro trabajo. De lo que Madelaine ganaba vivían su madre y su hija, además de ella, y Reece no iba a dejar que las tres murieran de hambre, siendo él el causante de su caída en desgracia. Ella lloró y repitió una y otra vez que lo perdonaba, que fue el alcohol el culpable y que ya estaba bien. Él no respondió a eso, tan solo le dijo que, si necesitaba más dinero, se lo hiciese saber a través de *madame* Truffaut, y le deseó buena suerte.

Madelaine se marchó a Lyon un mes después de la paliza y Reece no volvió a emborracharse en el burdel nunca más.

La avenida Montaigne era una calle concurrida y, a esa hora de la mañana, la gente se agolpaba frente a *Le Colisée*.

—Dicen que van a abrir otras galerías, como Le Bon marché — decía una señora.

—Pues yo he oído que no tiene nada que ver con eso. Lucien, el de la señora Degress, trabaja en la obra y cuenta que van a ser unas galerías con *boutique* muy exclusivas a las que solo se podrá entrar con invitación.

—Ese edificio está maldito — comentó un caballero un par de metros a la izquierda de aquellas dos señoras —. El fantasma de Canaveris no dejará que triunfe ningún negocio en el lugar que le costó la vida.

—Canaveris era un lunático — respondió otro caballero a su lado —. Siempre tuvo ideas de bombero.

Lisa y Reece se miraron conteniendo una sonrisa y cruzaron la calle para acercarse al edificio, ante la atenta mirada de los chismosos, que los señalaron sorprendidos al verlos entrar.

La enorme sala vacía, con sus altas columnas y el artesonado de los techos, impresionaron nuevamente a Lisa. No importaba las veces que lo viese, siempre conseguían que se sintiera como en un templo.

—Señor Darwood, señorita Lacroze. — Los recibió el capataz, Léonard Durand —. No sabía que iban a venir.

—Tengo entendido que ya tienen listos los talleres del sótano — dijo Reece.

—Así es, señor. Empezamos por ahí, tal como usted indicó. Ahora estamos trabajando en la segunda planta. En esa iremos más rápido porque está en muy buen estado. Solo tenemos que hacer las divisiones que nos pidió.

—Sobre todo deben ocultar las vigas del techo — indicó Lisa.

El capataz asintió, ya estaba al tanto de lo que había pasado allí arriba y Reece se lo había dejado claro.

—Las taparemos, señorita, no se preocupe. El artesonado estará tan labrado que nadie se acordará de cómo era antes.

Lisa sonrió satisfecha.

—¿Podemos bajar a ver los talleres? — preguntó Reece, deseoso de verlo.

—Claro, ya hemos limpiado todo, pueden ir sin miedo. Hemos dejado una caja que encontramos en el sótano antes de levantar los tabiques. Debe pertenecer al anterior dueño. No la hemos tirado porque contiene documentos y mis muchachos no tienen tiempo de entretenerse en revisarlos. Además, la mayoría no sabe leer.

—No se preocupe, les echaremos un vistazo.

Los dos amigos se dirigieron a las escaleras. Admiraron la balaustrada y aprobaron la moqueta roja que habían colocado en los escalones y que se mantenía inmovilizada por finas barras doradas.

Los talleres eran tal y como Lisa los había diseñado. Espacios amplios y diáfanos con altos armarios de nogal y mesas para máquinas de coser Singer, que serían colocadas milimétricamente creando un equilibrio visual y dejando espacio de trabajo suficiente para que las costureras no se molestasen unas a otras.

—Has pensado en todo —dijo Reece con admiración—. ¿Aquel será tu despacho?

—Así es. El otro taller es un poco más grande que este y tiene muebles Bandou, que son los que eligió la señorita Mayer. A mí no me gustan, por eso elegí estos — aclaró sonriendo.

—Aún no hemos hecho traer las telas, pero creo que habrá suficiente espacio de almacenaje con todos estos armarios — dijo Reece asintiendo.

Lisa abrió uno de ellos para comprobar el espacio.

—Estoy deseando empezar a trabajar — dijo sincera—. Céline me proporcionó una lista de costureras y ya he hablado con ellas. Están listas para comenzar el trabajo en cuanto se lo pida.

—Te has asegurado de que sepan utilizar una máquina Singer, ¿verdad? Hemos comprado muchas y no tardarán en llegar.

—Por supuesto, Reece. Sé lo que me hago.

Su amigo asintió sin dejar de observarla y su expresión se contrajo al percibir aquella niebla en su mirada.

—¿Quieres hablarme de algo, Lisa?

Ella sintió un ligero sobresalto que disimuló poniendo su atención en la mesa que tenía delante.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Desde que regresé de Newley te noto distinta. ¿Pasó algo en mi ausencia? Parece que me hubiese ido un año.

Ella negó con la cabeza y siguió estudiando cada detalle de la madera.

—No pasa nada, Reece, no sé de qué me hablas.

Él se acercó y la cogió del brazo para apartarla de la maldita mesa y obligarla a mirarlo. Le había costado mucho dar el paso de preguntar y no iba a dejar que se fuese por las ramas.

—Mírame cuando te hablo.

Ella se soltó con suavidad y lo miró desafiante.

—Qué autoritario te has vuelto.

—Lisa...

Ella suavizó el rostro y sonrió.

—No me pasa nada. Son los nervios por la apertura, la colección y todo lo demás — dijo señalando a su alrededor —. Hablamos durante años de este sueño y ahora se va a hacer realidad.

—¿Por qué no quisiste ser socia? Podríamos haber convencido a tu padre de que te adelantase la...

—No —lo cortó—. No tengo capital suficiente y no necesito ser socia para poder disfrutar de esto.

—Tu hermano consiguió el dinero para poder participar y tú podrías haberlo conseguido también. Tu padre es un hombre razonable...

—Siempre quise ver mis diseños convertidos en realidad y ahora eso va a suceder — dijo ella —. ¿Para qué necesito ser socia? Confío plenamente en vosotros y sé que nunca me dejaréis fuera del proyecto.

—Sigo creyendo que deberías ser socia de pleno derecho — insistió él.

—Mi padre no podía desprenderse de más dinero, Reece. Ha invertido demasiado en su ferrocarril y sería muy arriesgado. Lo que le dio a Jacques era lo máximo que se le podía pedir.

—Saldrá adelante, ya lo verás. Tu padre es un hombre inteligente y estoy seguro de que habrá pensado en todos los posibles escenarios, antes de embarcarse en un proyecto tan grande como este.

—Aun así, no podía pedirle dinero en su situación. Además, ya está hecho y no tiene caso darle más vueltas. Estando Jacques y tú al frente del negocio me siento parte de ello.

—Eres una parte muy importante de él — dijo con voz profunda y mirada sincera —. Quiero que tengas conciencia de que esto también es tuyo y no habría sido posible sin ti.

Una cálida sensación la envolvió y apartó la mirada para que no viese su turbación.

—Admiro a tu padre. Siempre ha luchado por sus sueños.

Lisa se giró para mirarlo y sus ojos tenían ese brillo especial que hacía que Reece apartase la mirada.

—¿Y qué pasa si tienes un sueño imposible? — preguntó.

—No hay sueños imposibles, Lisa, tan solo hay sueños por los que merece o no merece la pena luchar.

Capítulo 4

Anna fue una de las primeras en visitar el edificio con los talleres a pleno rendimiento. Los primeros vestidos habían sido ya subidos a la última planta, y Jacques se ofreció voluntario para mostrárselos, cuando Reece le comentó que estaba demasiado ocupado para hacer de cicerone.

—¿Y tú no tienes despacho, como Reece? — preguntó Anna mientras recorrían la última planta con sus largas mesas de roble a derecha e izquierda, sobre las que pronto se amontonarían por tallas, las prendas ya confeccionadas.

—Justo al lado del suyo. Creo habértelo mencionado.

—¿Y en qué ocupas tu tiempo, si puede saberse? ¿Cuál es tu función en esta empresa?

¿Había cierto retintín en su voz o solo se lo parecía a él?

—Yo gestionaré los pedidos, el inventario...

—Ah, ya veo.

Jacques la miró con el ceño fruncido.

—¿No te parece importante saber con qué material contamos?

—Oh, sí, muy importante.

Anna trataba de mantener una expresión seria, aunque le estaba resultando difícil.

—Vendrás a la fiesta de inauguración, supongo — dijo Jacques antes de perder el poco valor que le restaba.

—No me la perdería por nada del mundo.

—¿Aceptarías que te acompañase?

—¿Acompañarme a dónde? —preguntó mirándolo desconcertada.

—A la fiesta.

—Sabes que mi abuelo es socio mayoritario de este proyecto, ¿verdad, Jacques? — preguntó cómo si hablase con un niño al que hay que educar —. Vendrá toda mi familia, no creo que necesite más acompañamiento.

El joven carraspeó para disimular su incomodidad, lo que no hizo más que aumentar su evidencia.

—Pero tranquilo, seguro que coincidimos en algún momento — siguió Anna.

La prima de Reece se dirigió a las escaleras.

—¿Crees que podríamos visitar los talleres? Quiero ver a Lisa.

Jacques la acompañó con desgana. En ese momento, lo único que quería era meter la cabeza dentro de ese jarrón enorme que adornaba el descansillo.

—¡Es una gran idea! —exclamó Céline riendo —. Magnífica.

Lisa acababa de explicarle su plan. Ella creía ciegamente en sus diseños, pero estaba segura de que ni Reece, ni su abuelo, ni Jacques la tomarían en serio. Así que se le ocurrió crear una diseñadora misteriosa a la que llamaría *Madame* Orchidée, en honor a su flor favorita. Enviaría un par de diseños a la galería a nombre de Reece, sin membrete ni nada que pudiese delatarla. Por eso necesitaba a Céline.

—Tú escribirás el sobre y la nota que irá dentro.

Su amiga asintió entusiasmada.

—Cuando vea los diseños no podrá ignorarlos, te lo aseguro — dijo Céline.

—Enviaré uno o dos cada semana y dejaré que mi trabajo hable por mí, sin prejuicios de ninguna clase. — Se sentó en el sillón y colocó los pies en el escabel —. He estado trabajando toda la noche y te he traído los dos primeros.

Céline corrió a abrir la carpeta y lanzó una exclamación admirada al ver el primer vestido. Era un traje entero, algo nada usual, con decoración estampada floral, el cuerpo muy ajustado y sin mangas. La falda tenía un ligero vuelo y fruncidos en la cintura.

—Al no llevar crinolina —explicó Lisa acercándose a su amiga y señalando el fruncido de la falda —. Esto creará una ilusión de volumen.

—¿Esto es un drapeado?

—En realidad, es una sobre tela que se sujeta aquí. — Señaló —. Y aquí, resaltando las caderas.

—¿El polisón no es muy pequeño?

—Sí. Lo justo para realzar la silueta, pero sin ser excesivamente artificial. He puesto el acento en el cuerpo, realzando el busto y adornando el escote.

—¿La tela?

—Para este modelo utilizaría brocado y seda, sin duda.

Céline ya veía el vestido como si lo tuviese delante.

—Es maravilloso, Lisa.

—El otro es un traje de montar — dijo pasando al siguiente —. Sobrio y elegante, con adornos de encaje y tisú. En este nada de polisón y la falda un poco más corta por delante para facilitar la monta del caballo. En el dibujo no sale, pero si alguna vez lo confecciono, llevará unos pantalones debajo que me permitan montar a horcajadas. Iguales a los que creaste tú para mí.

—¡Lisa!

Su amiga se echó a reír ante la escandalizada expresión de Céline.

—De verdad que son diseños magníficos — dijo la modista volviendo al dibujo —. Cualquier dama estaría encantada de lucirlos.

Lisa se sintió satisfecha y orgullosa por la aprobación de su amiga. No necesitaba más.

—Si a Reece le gustan tanto como a ti, querrá confeccionarlos. — Sonrió ufana —. ¿Y a quién crees que le dará los diseños para llevarlos a cabo?

—¡A nosotras! —exclamó Céline riendo. Era un gran plan.

Reece miraba el modelo con expresión anonadada. Después de unos minutos de confusión, salió del despacho y fue en busca de Léonard Durand, su capataz.

—¿Quién ha traído el sobre? — preguntó.

—¿Qué sobre?

—El sobre que había sobre la mesa de mi despacho.

El capataz se rascó la cabeza, pensativo.

—No sabía que le habían traído nada. Preguntaré a los chicos a ver si saben algo.

Se alejó hacia las escaleras y las subió sin prisa mientras Reece lo miraba impaciente. Esperó durante diez minutos caminando por el vestíbulo, con las manos en los bolsillos y expresión desconcertada y confusa.

—Nadie ha visto nada, señor, lo siento. ¿Es algo malo?

—No, no. Pero ¿cómo es que alguien puede dejarme un sobre en la mesa de mi despacho sin que nadie lo vea? ¿Es que no hay ningún tipo de vigilancia aquí?

—Señor, todos estamos trabajando, no podemos prestar atención a las puertas. Hay demasiadas. Si cree que hay que vigilar, contrataré a alguien, pero tendrá que pagarle.

Reece le dijo que no hacía falta y regresó a su despacho. Una vez allí, volvió a mirar los diseños, firmados por *Madame* Orchidée. Frunció el ceño, no le gustaban los misterios y ese menos que ninguno. Aquellos vestidos eran... espectaculares, los quería en su galería. Pero si no sabía quién los había hecho, eso sería imposible de conseguir.

Los diseños siguieron apareciendo milagrosamente sobre la mesa del despacho de Reece, semana tras semana, sin que nadie supiese cómo habían llegado allí. Preguntó a todo el mundo si conocían a *Madame* Orchidée, pero nadie había oído hablar de ella. Le mostró a Jacques y a Lisa los bocetos, y les preguntó si pensaban como él, que eran realmente buenos. A lo que ambos respondieron de manera ambigua y desinteresada. Jacques porque estaba saturado de tantos vestidos y Lisa por temor a ser demasiado vehemente y descubrirse.

Los bocetos fueron a parar a uno de los cajones del escritorio y allí acabaron los que llegaron durante los siguientes dos meses. Si la misteriosa diseñadora no daba la cara, sería ignorada y abandonada a la oscuridad de aquel cajón. Él no tenía tiempo ni humor para jugar al escondite.

Las obras terminaron y empezaron a llegar los materiales de costura. Primero las máquinas de coser Singer que iban a necesitar de un ejército de costureras, después las telas, las pieles y los cientos de bobinas de hilo en todos los colores, para costura y bordado.

Los talleres estaban listos para empezar a funcionar y Reece lo celebró visitando a *madame* Truffaut en miércoles, algo poco habitual, ya que sus visitas solían ser los viernes, los domingos o ambos.

—¡Qué sorpresa, señor Darwood! — dijo la oronda mujer acompañándolo hasta el gran salón.

En aquella habitación atestada de muebles esperaban sus chicas, colocadas de manera estudiada y aparentemente casual. Había una con aspecto anodino que fingía leer Grandes esperanzas, aunque sus ropas ligeras fuesen más propias para tomar un baño que para disfrutar de las obras del señor Dickens. Tres estaban jugando a las cartas y otras dos se peinaban mientras hablaban distendidamente. Reece detectó que faltaban la pecosita y la morena despampanante, así que dedujo que tan solo había dos clientes más en el burdel. Todas ellas mostraban sus atributos femeninos con mayor o menor descaro. Excepto una.

No había reparado aún en la jovencita que lo miraba desde una butaca situada en un rincón apartado y oscuro. Una vez que sus ojos se habían acostumbrado a la tenue iluminación del lugar, pudo ver que tenía una expresión curiosa e inquisitiva, y un cabello brillante y sedoso. No se parecía a las otras chicas y por un momento dudó que fuese una de ellas.

—Es mi sobrina —dijo *madame* Truffaut, y bajando el tono añadió —: Aún no está lista. Llegó hace dos días y necesitaré un poco más de tiempo para enseñarla. No tiene la experiencia necesaria para un hombre como usted.

Los labios de Reece sonrieron, aunque sus ojos seguían con aquella mirada intensa y fría.

—Creo que yo podré enseñarla mucho mejor que usted, *madame* Truffaut. — Hizo un gesto con la mano para que la muchacha se acercase.

La joven miró a su tía y esta asintió ligeramente.

—Emily, te presento al señor Darwood.

Si le extrañó que la llamase por ese nombre, no lo demostró, por lo que Reece supuso que o bien le había explicado sus peculiaridades, o realmente se llamaba Emily.

—¿Cuántos años tienes, Emily? — preguntó muy serio.

—¿Cuántos *quíe* que tenga? — dijo ella sonriendo con picardía.

Reece entornó ligeramente los ojos y después miró a la *madame* con expresión burlona.

—¿Seguro que no tiene experiencia?

—Lo va a poder comprobar usted mismo si se la lleva. Es un poco deslenguada y muy revoltosa. Sus padres me la han enviado para que la enseñe a hacer algo de provecho. Tienen demasiadas bocas que alimentar y la suya no les trae más que quebraderos de cabeza. Ya ha estado a punto de desvirgarla algún que otro mozo y su padre dice que, si ha de ser, al menos que sea pagando.

—¿Tú quieres estar aquí? —le preguntó Reece mirándola a los ojos.

La joven asintió dos veces con firmeza.

—Quiero comprarme cosas bonitas, como ellas. — Señaló a sus compañeras, que seguían a lo suyo sin prestar atención.

—¿Sabes lo que hacen para ganar ese dinero? ¿Comprendes lo que...?

—*Mi tía me lo explica to. No me gusta la idea de q'un hombre gordo y feo me toque ahí abajo, pero si es usted, estaré encantá.*

Su vulgaridad al hablar lo hizo sonreír, aunque esa sonrisa solo duró un instante. Se le presentaba una noche de lo más interesante.

—Estaré encantado de ser tu maestro, si es lo que tú quieres — dijo galante y ofreciéndole el brazo para que se cogiera. La guio hacia las escaleras —. Que no nos molesten hasta mañana, señora Truffaut. Ya sabe que tengo el sueño ligero.

—Me cuidaré de ello, señor Darwood. Niña, pórtate bien y haz todo lo que el señor te ordene.

—Descuide tía, seré buena.

Las otras chicas se rieron de su comentario. Si había algo que no querría Reece Darwood de ellas, era, que fuesen buenas.

La hizo desnudarse mientras la contemplaba sentado en una butaca. La muchacha era muy joven y sus pequeños pechos lo miraron con insolencia.

—¿Cuántos años tienes? —repitió la pregunta que le había hecho delante de su tía —. Pero ahora dime la verdad. Nunca me mientas cuando estemos solos, es una norma que no debes saltarte jamás.

—Quince.

Él negó con la cabeza. Era demasiado joven. Ella percibió su incomodidad y corrió a arrodillarse entre sus piernas.

—*No meche, quiero que sea usted, ya selo dicho. Esos hombres me dan miedo y son mu feos. Quiero que usted sea el primero.*

Cogió una de las manos de Reece y la llevó hasta su pecho, que se perdió bajo la palma. Él le acarició los cabellos, rubios como el trigo.

—¿Cómo te llamas?

—Emily.

—No. Tu verdadero nombre. Ya te he dicho que...

—Emily es mi nombre, señor.

Reece sintió una punzada en el estómago. ¿Estaba mintiendo? Su tía podría haberle contado... Aquella mirada parecía sincera. La cogió por la nuca y la elevó hasta que tuvo su boca al alcance. La besó sin miramientos, metiéndole la lengua entre los dientes y explorándola con avidez. Quizá pretendía asustarla, por eso la sentó sobre sus piernas mientras manoseaba sus pequeños pechos. Se separó un poco y le paseó la lengua por los labios antes de mordérselos suavemente.

La respiración de ella se aceleró y Reece no estaba seguro de si era por el miedo o de placer. Fuere como fuere, provocó una inmediata erección en él.

—Voy a ser rápido. Lo haga como lo haga te va a doler, así que cuanto antes acabemos con esto, mejor.

La llevó hasta la cama y la tiró sobre ella para empezar a desabrocharse los pantalones. Emily lo miraba con una mezcla de temor y curiosidad. Reece se inclinó sobre su cuerpo, apoyando las manos a ambos lados y la miró a los ojos.

—Aún estás a tiempo de irte — dijo con voz profunda y mirada fiera —. Una vez que empiece, no pararé. Aunque grites o me supliques.

Ella pareció dudar, pero finalmente asintió. Reece le separó las piernas y sin mediar palabra utilizó sus dedos para excitarla lo suficiente y causar el menor daño posible. No solo a ella. Lo hizo de forma mecánica, sin ternura ni delicadeza. Cuanto antes comprendiese de lo que iba aquello, mejor para ella. Tan joven, sería demasiado fácil confundirla. Aun así, consiguió lo que buscaba y cuando la sintió húmeda, la penetró hasta el fondo de una estocada. Emily gritó contra la mano con la que él le tapaba la boca, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios con suavidad, llenándola de desconcierto. Estaba dentro de ella, pero no se movía. Parecía duro, pero la besaba como si fuera a romperse por dentro.

—Ya ha pasado lo peor, ahora podremos disfrutar los dos, si tú quieres — dijo mirándola a los ojos con tristeza.

—Sí quiero... —musitó ella.

Reece acarició sus pezones con delicadeza, provocando que ella se arqueara y apretara su pene con los músculos vaginales. Él respondió inmediatamente y empezó a moverse suave e imparable. Al principio ella gimió como si le doliera, pero después de unos cuantos intentos, el dolor fue cediendo y solo quedó un imperioso anhelo. Se entregó a él como un águila que esconde las alas y cae en picado sobre su presa, valiente y sin protegerse. La miró sorprendido y lo que vio en sus inocentes ojos desató la potencia con la que su miembro la tomaba, transportándola a cumbres tan altas, que Emily gritó de placer. La sintió temblar, llegar al clímax y caer derrotada, como un fardo. Pero él aún no había tenido bastante y exigió más y más rápido. Ella le suplicaba que parase, mientras sus sentidos volvían a despertar y subían de nuevo a la cima. Cuando Reece acabó, se dejó caer junto a ella en la cama, exhausto y satisfecho. Emily rodó hacia él y se acurrucó en su pecho. Quizá esperaba que él la abrazase.

No tardaría en aprender que Reece Darwood no abrazaba nunca a nadie.

Con un vestido de seda color granate, talle bajo, falda fruncida y manga larga que terminaba en muñequeras de piel de conejo, Lena Mayer entró en *Le Colisée* con el porte de una reina y seguida por dos sirvientas. Enseguida acudió una de las dependientas a las que habían contratado y que se presentó como Nicole.

—Vengo a ver al señor Darwood.

—Sí, señora, la está esperando. Acompañeme.

La joven, que no parecía tener más de veinte años, la guio hasta el despacho de Reece, situado en la parte de atrás de la planta baja y después pidió a las dos doncellas que la acompañasen.

—Señorita Mayer. —La recibió Reece acercándose solícito —. Bienvenida.

—Oh, señor Darwood, estoy entusiasmada con la idea de trabajar aquí. El edificio es magnífico.

Jacques supo al instante por qué Lena Mayer había aceptado trabajar con ellos. No le hizo falta más que ver cómo la vienesa se comía a Reece con los ojos para obtener la respuesta que buscaba.

—Le presento a Jacques Lacroze, buen socio y mejor amigo.

—Encantado de conocerla, señorita Mayer. Reece solo habla maravillas de usted.

—Qué galante, señor Lacroze. Tan solo soy una humilde mujer a la que le gustan las cosas bonitas.

—Y una excepcional diseñadora de ellas, si me permite decirlo — añadió Jacques satisfecho de su sexto sentido —. ¿Le apetece una copa de vino? Reece tiene un Borgoña excelente.

—Muy amable, gracias —dijo quitándose los guantes de cabritilla que después tiró sobre uno de los sofás.

—¿Le ha gustado la habitación del hotel? ¿Estará cómoda allí? — preguntó Reece mientras esperaban el vino.

—Comodísima. Me han tratado como a una marquesa. Está claro que le tienen en gran estima.

—Cualquier cosa que necesite, no dude en pedirnosla.

Jacques le entregó su copa de vino y luego le llevó otra a su amigo, antes de coger la suya.

En ese momento, la señorita Mayer reparó en los diseños que Reece tenía esparcidos por la mesa. Sin poder contenerse, se acercó para verlos con más detalle.

Jacques sonrió al ver la fugaz expresión de envidia que cruzó por su rostro.

—Veo que están valorando a otra diseñadora. Creí que yo sería la única, aparte de la señorita Lacroze.

—Y así es —dijo Reece escueto. Le habían advertido del mal genio de la vienesa y no quería tener problemas con ella tan pronto.

Le explicó el misterioso envío de aquellos diseños y que la diseñadora prefería mantenerse en el anonimato.

—Son muy originales —dijo ella.

—Sin duda —corroboró Jacques.

Lena lo miró y en sus ojos se vio claramente la sentencia. Ella podía alabarlos, pero no le gustaba que nadie más lo hiciese.

—Lo cierto es que los diseños son muy... novedosos — dijo Reece —, y nos gustaría incluirlos en nuestra colección para esta temporada. Está claro que la diseñadora no quiere que su nombre aparezca, pero sí quiere que sus diseños se realicen.

—Yo podría encargarme de hacerlos — apuntó ella sin darle importancia —. No pueden compararse a lo que tengo preparado, pero podríamos hacerlos como una fruslería para sus clientas más atrevidas.

Reece y Jacques la miraron sorprendidos de que quisiera realizar un modelo de otra diseñadora.

—¿Lo haría? —preguntó Reece.

—Sí —afirmó después de mirarlos de nuevo —. Puede ser divertido.

Reece sonrió abiertamente y levantó su copa.

—Brindo por una larga y fructífera relación, señorita Mayer.

—Salud —dijo ella levantando también su copa.

Céline volvió a la planta baja y miró a su alrededor buscando a quién preguntar. Vio a Jacques y le interceptó el paso hacia la salida.

—Perdone, señor Lacroze —lo llamó.

—Céline, buenas tardes. ¿Qué la trae por aquí?

—Estoy buscando a Lisa, pero no está en el taller.

—Ha ido a una de las fábricas, tenía que hablar con el señor Duchamp sobre unas sedas.

—Oh, qué extraño. Habíamos quedado esta tarde...

—Ha sido un imprevisto —la justificó él —. Seguramente mandó a alguien a avisarla, pero usted ya habría salido. Lisa asegura que es la puntualidad personificada. ¿Viene para incorporarse? Sé que la han convencido al fin.

—Quería ver los talleres y saber exactamente cuál sería mi cometido. Y también los emolumentos... — dijo con sinceridad.

—Lo entiendo —afirmó Jacques—. Tiene muchas clientas y tendrá que dejarlas...

—No quiero darles la espalda si no es algo... muy serio. Llevo años confeccionando sus vestidos y quiero asegurarme de que aquí encontrarán lo mismo que yo les ofrecía y a un precio igualmente razonable.

—Podría hablar con Reece, está en su despacho con la señorita Mayer.

—¿Lena Mayer ya está aquí? — preguntó azorada —. Dios mío, ¡Lena Mayer!

—Ni que fuera una diosa rediviva — dijo divertido —. ¿Quiere que se la presente?

Céline negó varias veces con rostro asustado.

—Tenía entendido que usted es el administrador, de modo que no hay nada en este negocio que usted no controle, así que sería más propio que esa información me la proporcionase usted.

—Creo que has gastado el cupo de tratarme de usted para el resto de nuestros días. Eres la mejor amiga de mi hermana y, aunque no nos conocemos mucho, creo que, en esta nueva etapa de nuestra vida en la que vamos a trabajar juntos, deberíamos dejar la cortesía de lado. ¿No crees?

Céline asintió con cierto arrobamiento, no le iba a resultar fácil. Demasiado tiempo admirándolo desde la distancia.

—Me alegra que pienses tan bien de mi cometido aquí — añadió, ignorando su turbación —. No hace mucho, le enseñé *Le Colisée* a una amiga y su desprecio por mi trabajo fue más que evidente. A su entender no soy más que un secretario encargado de mover papeles.

—Pues permítame que le diga... — Se detuvo al ver la expresión reprobadora en el rostro de Jacques —. Permítame que te diga que esa persona desconoce por completo el funcionamiento de una empresa. No es que mi labor como modista pueda compararse a lo que va a hacerse aquí, pero te aseguro que, sin una buena administración, yo no habría sobrevivido.

Jacques disfrutó escuchándola hablar y cruzó los brazos con una actitud satisfecha y relajada.

—¿Cómo podrían saber el material que necesitan sin un buen inventario? Las costureras podrían verse sin hilo para coser. ¿Y qué pasaría si no hubiese nadie que se encargase de que se pagaran los salarios? No, desde luego que la tarea del administrador es imprescindible en cualquier empresa, mucho más en una tan grande como esta.

—Señorita Visonneau, Céline desde ahora, permítame que te acompañe a los talleres, allí podrás esperar a Lisa y familiarizarte con todo esto — dijo con una sonrisa de oreja a oreja —. O, mejor aún, ¿qué te parece si te enseño yo mismo las galerías?

Céline sonrió también.

—Me encantaría, pero no quiero molestarte, debes tener muchas cosas que hacer.

—Para mí será un placer dedicarte todo el tiempo que sea necesario.

Recorrieron el edificio y Céline no dejó de preguntar sobre los detalles organizativos, los plazos y una multitud de cuestiones técnicas, poniendo a Jacques en una situación de extrema concentración. Lejos de sentirse presionado, tuvo la percepción de lo mucho que la joven esperaba de él y eso lo gratificó enormemente. De vez en cuando todos necesitamos sentirnos importantes.

—¡Dios Santo! —exclamó Céline cuando entraron en el taller de Lena Mayer y vio las máquinas de coser alineadas y listas para ser usadas.

Los armarios altos de nogal ya contaban con rollos de tela y los costureros estaban repletos de herramientas. Céline acarició el terciopelo, los brocados, los encajes...

—Faltan las sedas —dijo mirando a Jacques.

Él había estado observando su entusiasmo con un ligero cosquilleo en la nuca. Era como ver a una niña en una tienda de pasteles, tenía las mejillas sonrosadas, la mirada brillante y una perenne sonrisa bailando en sus labios. Se acercó, la cogió de la mano y la llevó hasta el fondo del taller, allí la soltó para abrir dos armarios y los ojos de Céline se llenaron de llamativos colores. Había seda azul, roja, malva, rosa...

—Hemos tenido un problema con el azul oscuro, no nos ha llegado ni un rollo y por eso Lisa ha tenido que ir a la fábrica. En ese armario hay lienzo, tafetán, batista y blondas. En aquel de allí cotanza, muselina, cutí y tisú. Aquellos dos de enfrente son para pieles: cisne, petigrís, conejo, marta y armiño.

—¿Y visón?

—El visón tiene un armario para él solo — dijo, y se desplazó para mostrárselo.

Céline se fijó en las grandes mesas que se extendían a lo largo de la pared más grande del taller.

—Supongo que son para colocar las telas en las que se esté trabajando — preguntó y Jacques asintió con la cabeza —. Este taller está perfectamente organizado. Ahora, ¿podría ver el de Lisa?

El taller de prêt-à-porter tenía el doble de máquinas de coser y las mesas para organizar el trabajo diario también eran un número mayor. Por esos dos motivos, se veía menos despejado y diáfano. Los armarios eran los mismos, pero contaba con menos telas sofisticadas y había más paños, merinos, muletones, tartanes y franelas. También había terciopelo y seda, pero en menor cantidad. Ya que esas telas encarecerían el producto, se utilizarían de manera testimonial para dar realce a algunas prendas, pero sin que fuesen necesarias tantas piezas de tela.

—Lisa tiene su despacho ahí. — Jacques señaló una puerta al fondo —. No sé si le molestará que yo te lo enseñe. — Céline sonrió conmovida por su delicadeza para con su hermana —. Espero que no le importe, porque no puedo contener las ganas.

Le hizo un gesto con la mano para que pasara delante y le abrió la puerta para que entrara. Era una sala de unos treinta metros cuadrados. En ella había dos mesas con sus sillas, un armario que contenía resmas de papel para dibujo, muestras de tela y utensilios diversos para diseño y modelaje. También había varias consolas de pared, un perchero y un sofá con una mesita de centro.

—Esa de ahí es la mesa de Lisa. — Señaló la que estaba más al fondo.

Céline miró la otra con evidente curiosidad.

—Esa es para ti —anunció Jacques con una enorme sonrisa.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida.

El hombre asintió satisfecho.

—Seguro que Lisa por decírtelo yo, pero no he podido resistirme.

—Pero yo solo soy una modistilla, debería estar ahí fuera con las...

—Mi hermana cree que tu ayuda es imprescindible para crear los vestidos de la línea prêt-à-porter y, en este tema, su opinión es la única que cuenta. *Mademoiselle* Céline... — dijo cogiéndole la mano para besársela —. Bienvenida a *Le Colisée*.

Capítulo 5

Lena Mayer miraba a sus costureras, a las que había hecho formar en una fila proporcionada donde las más altas debían colocarse detrás de las más bajas.

—Señoritas, espero que estén dispuestas a dar lo mejor de ustedes en la tarea que hoy comenzamos. Soy una persona estricta pero justa. No tolero la impuntualidad, no soporto el trabajo mal hecho o chapucero. No traten de engañarme si cometen un error. Las castigaré, sí, pero será mucho peor si las descubro en un engaño.

Se paseaba delante de ellas como un general frente a su tropa. Su voz era autoritaria, su acento al hablar francés era cortante y brusco, y su pose, altanera y despreciativa, demostraba que las tenía en muy baja consideración.

—Aquí no hay horarios, no me importa lo que les haya dicho quien las contrató. Se quedarán trabajando hasta que yo les diga que pueden marcharse. Si no están de acuerdo con algo de lo que les he dicho, váyanse ahora mismo, ahí fuera hay una cola de mujeres que darían lo que fuera por trabajar para mí.

Les dio tiempo para que se marcharan y al ver que ninguna se movía, torció una sonrisa.

—Bien. Me gustan las puntadas pequeñas, delicadas y con una perfecta tensión del hilo. Sepan que suelo revisar los trabajos, uno a uno. Las máquinas se utilizarán únicamente en las costuras que no se ven, pero cualquier puntada mínimamente visible se hará a mano. Estas máquinas están bien en el taller de al lado, el de ropa para mujeres con oficio, pero no aquí dentro. Así que pregunten si tienen dudas a la hora de usarlas. — Se detuvo en el centro del grupo y las miró pasando la vista de lado a lado —. ¿Alguna tiene algo que decir?

Una joven demacrada y nerviosa levantó la mano lo suficiente para llamar su atención.

—Adelántese —ordenó la diseñadora.

—Necesito su permiso para ausentarme esta mañana, señora Mayer. Es el funeral de mi abuela y debo asistir...

Lena frunció el ceño y la miró con expresión de disgusto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Michelle, señora.

—Michelle —dijo con tono dulce—. Tu abuela ya no está entre nosotros, por lo tanto, ya no te necesita. Seguramente a ella le habría gustado que te ocupases de su bienestar cuando aún vivía. Pero ya sabemos cómo son las jóvenes, siempre preocupadas por sus cosas y desatendiendo a sus mayores. — Ignoró las lágrimas que habían empezado a brotar de los ojos de la costurera —. Aun así, no voy a retenerte, debes aprender cuanto antes a tomar tus propias

decisiones y a aceptar las consecuencias que devengan de ellas. Por mi parte, si te ausentas de tu lugar de trabajo, consideraré que este no es lo bastante importante para ti. ¿Lo has entendido, Michelle? Bien, pues a trabajar todo el mundo.

La joven fue a sentarse en una de las mesas de trabajo tratando de controlar los sollozos, sus compañeras la consolaron en silencio y sin grandes gestos, convencidas de que la señorita Mayer no toleraría muestras de afecto más efusivas.

—¡Silencio! —ordenó Lena antes de entrar a su despacho —. No soporto los murmullos, trabajen haciendo el menor ruido posible. Gracias.

—Michelle... —Céline se acercó a la costurera que lloraba oculta detrás de un panel de madera, junto al salón de probadores —. ¿Ya has vuelto del entierro de tu abuela?

Los sollozos arreciaron. La modista la cogió por los hombros, entró con ella en el salón, ahora desierto, y se sentaron en un sofá tapizado en terciopelo rojo.

—Sé lo mucho que querías a tu abuela — la consoló al tiempo que le daba golpecitos en una mano con cariño —. Todo el mundo la quería, era una mujer...

—El entierro es dentro de media hora, pero la señorita Mayer no ha dado permiso para salir — gimió Michelle desconsolada.

—¿Cómo?

La costurera negaba con la cabeza al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

—Cuando le he pedido permiso, me ha dicho que mi abuela ya no me necesitaba y que ella sí. No quiero portarme mal el primer día, señorita Visonneau, mi madre me mata si me echan...

Céline se puso de pie, esforzándose en no mostrar lo enfadada que estaba.

—Todavía estás a tiempo de llegar si te marchas ahora mismo — dijo haciéndole un gesto para que se levantara.

—Pero no puedo...

—Sí, puedes, yo te doy permiso.

—¿Puede hacer eso, señorita?

Lisa le había dicho que allí tenía la misma autoridad que ella, así que sí podía.

—Ve a por tu abrigo y apresúrate. Llegarás a tiempo si no te entretienes.

La joven se limpió las lágrimas y después la abrazó agradecida antes de echar a correr hacia el guardarropa.

—¡Me ha desautorizado! —exclamó Lena visiblemente enfadada.

Céline había sido llamada al despacho de Reece y cuando acudió se encontró con que también estaban la diseñadora y Jacques, que la miraba apesadumbrado. Estaba claro que se había metido en un lío. Al principio había tratado de disculparse con la señorita Mayer, pero esta la trataba con tal desprecio y desconsideración, que acabó por desistir de su empeño, dando el tema por concluido.

—Anoche murió su abuela, una gran mujer. No me pareció justo que Michelle no pudiera despedirse de alguien tan importante para ella siendo su primer día de trabajo. Ni siquiera tenía un cometido concreto aún.

—¿Es eso cierto? —preguntó Reece mirando a Lena.

—Precisamente eso es lo que íbamos a hacer hoy, organizar los trabajos dependiendo de las virtudes de cada una. Por eso era tan importante que estuviese presente.

—Michelle habría aceptado cualquier tarea que se le encomendase. Su familia necesita de su trabajo para subsistir. No era necesaria su opinión al respecto. Además, estoy segura de que, cuando regrese, trabajará más tiempo y con mayor entusiasmo, en compensación por las horas que se ha ausentado.

—No la quiero en mi taller — dijo Lena, tajante e inflexible —. Ha desobedecido una orden directa y es algo que no tolero bajo ninguna circunstancia. Si me hubiese hecho saber lo importante que era para ella ese funeral, le habría permitido ausentarse sin ninguna duda. Soy una persona sensible y generosa, pero se limitó a comentarlo sin más. ¿Cómo iba a saber que le afectaba tanto?

—Yo la encontré deshecha en llanto junto a los probadores...

—¿Lo ve? —Señaló la vienesa—. ¡Se fue del taller! ¿Cómo iba a saberlo?

Reece se encontraba en una complicada tesitura. Si le daba la razón a Céline, como desearía, Lena se ofendería y eso podría dar al traste con todo el proyecto. Por desgracia, la costurera era reemplazable. La señorita Mayer, no.

—Céline, ¿Michelle le explicó la situación? ¿Le dijo que la señorita Mayer le había denegado el permiso?

La modista asintió.

—Sí.

—¿Es consciente de que con su acción ha desautorizado a la señorita Mayer y que eso la pone a ella en una situación complicada frente a las otras costureras?

Céline comprendió que iban a despedir a Michelle si no hacía algo. Respiró hondo sintiendo la mirada fija de Jacques como una mano fría en su nuca. Se giró hacia la diseñadora y puso su mejor cara.

—Señorita Mayer, me disculpo con usted por haber interferido en sus responsabilidades. Conozco a Michelle desde hace años y a su abuela también. Sentía un gran afecto por la difunta y ver a su nieta llorando desconsolada nubló mi visión de los hechos. Por supuesto, entiendo que mi conducta y la de la costurera deben recibir un justo castigo. Pero en nada beneficiaría a su buena y generosa imagen que despidiese a esa pobre chica en un momento como este. Tanto ella como las demás costureras fueron seleccionadas por mí y todas se conocen. Las demás saben que el sueldo de Michelle es imprescindible para que su madre pueda poner un plato en la mesa, más ahora que ya no tendrán la ayuda de la anciana mujer. — Detectó un cambio en la expresión de Lena y hubiera dado saltos de alegría por el alivio que sintió, pero aún no había ganado —. Se me ocurre que podríamos intercambiar a una de las costureras. Lisa y yo podríamos cederle a Julie, es primorosa con los encajes y entresacados, y estoy segura de que podrá serle de mucha utilidad. Mucho más que la inexperta Michelle. Julie es, sin duda, nuestra mejor costurera.

Lena la miró entornando los ojos, buscando en ellos algún motivo oculto, pero después de unos segundos y viendo que nadie diría nada para ayudarla a tomar una decisión, levantó una ceja y la miró con desprecio.

—Si quiere hacerse cargo de una muchacha desleal e incumplidora, usted verá, aunque debería consultarlo con la señorita Lacroze, tengo entendido que es ella, y no usted, la encargada del taller.

—Somos las dos —dijo Lisa que había escuchado la última parte de la discusión al entrar en el despacho —. Disculpen la intromisión, una de las chicas me ha explicado lo ocurrido cuando

he llegado con las sedas. — Se acercó a Lena y sonrió, afable —. Siento mucho lo ocurrido con esa joven, me temo que no está en su mejor momento. La oferta que le ha hecho la señorita Visonneau es muy adecuada y pertinente. Le aseguro que Julie es nuestra mejor costurera y cediéndosela, perdemos a una de nuestras expertas en encajes.

Lena cambió de actitud y mostró su cara más amable.

—Señorita Lacroze, no tiene por qué hacer eso, no se preocupe. Reconozco que me he enojado en exceso por una tontería sin importancia. De haber sabido que podía perjudicarla de este modo, no habría dicho ni una palabra.

—Insisto —dijo Lisa, sonriendo también —. Michelle ha actuado mal no apelando debidamente a su incuestionable comprensión y ahora pagará por ello privándose de trabajar junto a una diseñadora de su categoría. Tendrá que conformarse con hacer vestidos para mujeres humildes, en lugar de unos maravillosos diseños dignos de una reina.

—Oh, señorita Lacroze...

—Lisa, por favor —pidió sin dejar de sonreír —. No se hable más. ¿Podemos dar el asunto por concluido?

—Por mi parte, no hay ningún problema — respondió Lena.

—¿Reece? —preguntó mirando a su amigo.

Él sonrió satisfecho y asintió.

—Bien. Entonces me gustaría que me acompañase para revisar las sedas que he traído. Hay un azul oscuro, precioso. — Las dos mujeres caminaron hacia la puerta.

—Deberíamos tutearnos, ¿no crees? — ofreció Lena —. Después de todo, las dos formamos parte de este maravilloso proyecto.

—Claro, como gustes. —Lisa se volvió hacia Céline y le guiñó un ojo, gesto que vieron los dos hombres sin inmutarse.

—¡Debes tener más cuidado con Lena! — exclamó mirando a su amiga.

Era ya muy tarde y todo el mundo se había ido a casa. Lisa había esperado pacientemente a que estuvieran solas y quizá por eso, y por haber tenido que aguantar a Lena Mayer, estaba más enfadada.

—¿Qué querías que hiciera? Me encontré a Michelle hecha un paño de lágrimas...

—Te hablé de ella, te expliqué qué clase de persona era... Has puesto a Reece en una situación imposible. ¿Qué habría pasado si hubiese pedido tu cabeza?

—Habría sido duro, pero habría vuelto a mi anterior vida. No te confundas, Lisa, no voy a pasar por encima de mis principios ni por la señorita Mayer ni por nadie.

—Bien dicho.

Las dos mujeres se giraron hacia la voz y vieron a Jacques de pie, observándolas con las manos en los bolsillos y expresión divertida.

—¿Te parece divertido? —preguntó Lisa, visiblemente enfadada.

—Un poco sí, hermanita.

—No puedes tomártelo todo a broma, Jacques.

—¿Por qué no? Cuando era un crío decías que me quejaba demasiado. Ahora tampoco te gusta que me ría. Eres muy contradictoria.

Su hermana se sentó en una de las sillas de las costureras y los miró a ambos, enfurruñada.

—Céline ha de ser intocable — exigió con el ceño fruncido —. No quiero que esa mujer acabe pidiendo su cabeza.

—Lisa...

—No, Céline, no digas nada. Yo no podré llevar esto adelante sin tu ayuda y las dos lo sabemos. Yo soy diseñadora, no modista, y necesito tu visión para no meter la pata.

—Siempre podría trabajar desde casa, sin que la señorita Mayer...

—Te necesito a mi lado.

—Tranquila, Lisa —dijo su hermano acercándose a ella y dándole suaves golpecitos en la nariz con su dedo índice —. Reece lo sabe y encontraría el modo de impedirlo, en caso de que eso sucediera. No vamos a curar una herida que aún no existe, ¿no te parece?

—Si no hubiese entrado yo en el despacho de Reece...

Los otros dos no pudieron contradecir lo que estaban seguros de que quería decir. Tenía razón, Lena podría haber pedido cualquier cosa.

—Esa mujer es muy apasionada — siguió Lisa —. Estoy segura de que ama y odia con la misma vehemencia.

—Pues haremos que nos ame — dijo Céline acercándose a su amiga. Arrastró una silla y se sentó a su lado —. Lo siento, te prometo que voy a tener mucho cuidado con ella. No volveré a ponerme en su camino.

Lisa la miró con expresión compungida.

—No quiero que te vayas de aquí, Céline.

—No me iré —dijo antes de abrazarla.

Jacques se dio la vuelta y se marchó del taller moviendo la cabeza. ¿Por qué las mujeres tenían que ser tan blandas?

Cuando se separaron, Céline se aseguró de que Jacques se hubiese marchado y después regresó junto a su amiga.

—Cuando he entrado en el despacho de Reece para que Lena me echase la bronca, he visto los diseños de *Madame O* en su mesa.

Lisa asintió, como si le pareciese normal.

—La señorita Mayer le hablaba de «sus modificaciones».

—¿Quéééééé? —Lisa se puso de pie de golpe y la miró con ojos asombrados —. ¿Qué modificaciones?

—Por lo poco que pude captar, él le ha dado los diseños para que los realice en su taller y ella ha hecho modificaciones.

—Pero eso no puede ser. Vale que los haga ella, Reece me lo dijo y tuve que callarme los insultos que se me venían a la boca. Pero ¿modificarlos? ¡De ninguna manera!

—*Madame O*, debería usted enviar una nota.

—Es lo que voy a hacer. Y le diré que no volveré a darle un solo diseño más si se atreve a tocar un solo botón de mis vestidos.

Lena Mayer no solo quería conquistar a todas las damas de París con sus diseños, también se había propuesto conseguir el corazón de Reece desde el mismo momento en que lo conoció en

Viena. Si por algo era conocida en su ciudad natal era por ser absolutamente fiel a sus instintos. Si no, que se lo preguntasen a Franz Bruckner, feliz y amante esposo cuando ella lo conoció, que perdió familia y cabeza cuando lo abandonó después de una tórrida relación carnal. Claro que con el señor Bruckner nunca deseó ir más allá de compartir lecho, diván o incluso *toilette*, estando su esposa en la casa y ella de visita.

Para Reece tenía otros planes. Con él quería el paquete completo, con boda incluida. Y para eso iba a necesitar algo más que sus encantos y «experiencia». Por eso se esforzaba tanto en su trato con Lisa Lacroze y su hermano Jacques. «Qué dos personas más anodinas e insoportables», se dijo llevándose el dorso de la mano a la frente para refrescarla. Cada vez que pensaba en ellos, le subía la temperatura corporal. Siempre le ocurría cuando tenía que contener sus verdaderos sentimientos, pero por suerte, era algo que los demás no sabían o la habría delatado.

Quizá con Anna le resultase más sencillo. La prima de Reece era joven e influenciable y no sería difícil para ella atraerla con un poco de miel. Y ¿quién sabe?, quizá algún día podría enseñarle algo de ese mundo oculto a la mayoría de las mujeres y que tanto placer podía proporcionarle.

Miró su reloj en cuanto la vio aparecer en el taller, puntual y perfectamente vestida. Tenía clase y su cuerpo era perfecto en su juventud.

—¡Querida Anna! —exclamó saliendo a recibirla—. Sale el sol cuando vienes a vernos a este lóbrego taller.

—Lena, me halagas. Soy yo la que se llena de alegría cada vez que vengo a visitarte.

—Tengo unos diseños nuevos que me gustaría enseñarte. — La cogió de la cintura y se la llevó hasta su despacho ante la mirada disimulada de las costureras.

Anna emitió un ligero sonido de admiración al contemplar el diseño de un precioso abrigo de terciopelo guarnecido de piel de zorro plateado.

—Esta parte es de seda y estará forrado de petigrís — explicó la diseñadora.

—¿Quién es *Madame O*? — preguntó Anna al ver la firma del diseño.

—Oh, se trata de un juego infantil. Alguien le hace llegar estos diseños a Reece y él me ha encargado que yo los convierta en algo real.

Anna la miró frunciendo el ceño.

—¿Alguien se los envía? ¿Quién?

—Una tal *Madame Orchidée*.

Anna se quedó unos segundos pensativa y después volvió a mirar el dibujo con mayor atención.

—Al principio pensé en hacer algunas modificaciones para darles un toque más... sofisticado, pero tu primo me pidió que no cambiara nada. Supongo que no quiere que pierda el tiempo en esto para que me centre en lo que importa: mi colección.

Anna asintió, aunque sus ojos no podían apartarse de aquellos diseños. El encaje en el escote, la cintura drapeada, los volantes en la falda, las botonaduras... Eran una verdadera maravilla, todos y cada uno de ellos. En especial aquel abrigo. Quería aquel abrigo como fuese. Se giró hacia la señorita Mayer y le mostró su mejor sonrisa.

—Estoy deseando ver tu colección. No hay duda de que será un rotundo éxito y que toda dama que se precie querrá lucir una de tus creaciones. Yo la primera. — Sonrió adorable al tiempo que pasaba un dedo por su brazo en un gesto que hizo que la diseñadora se estremeciera

involuntariamente —. En cuanto a estos diseños, estoy de acuerdo con mi primo, no deberías tocar nada, eso sería... perder el tiempo. Dales las instrucciones pertinentes a tus costureras y que los confeccionen cuanto antes, mientras tú te dedicas plenamente a terminar tu colección. Así, cuando los tengas listos, los tendrás a todas disponibles para ello.

—Muy bien pensado, mi querida amiga — afirmó Lena apartándose con expresión pensativa —. Si se esfuerzan, podrían tenerlos listos en dos semanas y mientras yo podré dedicarme por completo a mis propios modelos y a mis obligaciones sociales. Tengo entendido que tu abuelo quiere conocerme y se ha organizado una cena en su casa para el sábado por la noche.

«¡Qué fastidio!», pensó Anna, pero mantuvo su afable sonrisa sin pestañear.

—Estoy segura de que con su presencia la cena será memorable — dijo.

Lena se acercó un poco y bajó el tono a uno más confidencial.

—Permíteme que sea un tanto indiscreta, pero no se me ocurre nadie mejor que tú para satisfacer mi curiosidad. ¿Tu primo está comprometido de algún modo? Quiero decir... ¿Hay alguna mujer en su corazón?

Anna se contuvo para no echarse a reír a carcajadas. Negó con la cabeza mientras recuperaba el control de su risa.

—No, que yo sepa. Es libre como un pájaro.

La diseñadora sonrió con un brillo perverso en la mirada, un brillo que no escapó al escrutinio de su joven y perspicaz amiga.

—Ahora iré a visitar a Lisa al otro taller, ¿me acompañas? — preguntó caminando hacia la puerta.

—Tengo demasiado trabajo —dijo sonriendo afable.

—Buenos días a todas —saludó al entrar al taller de Lisa.

Allí el ambiente era mucho más distendido que en el de Lena, las costureras hablaban entre ellas mientras cosían y siempre que el ruido de las máquinas lo permitía. Lisa tenía la puerta de su despacho abierta y constantemente entraban y salían, tanto ella como Céline, para ayudar, responder o consultar alguna cosa a las mujeres.

—Buenos días, señorita Bourdeau — dijeron todas.

Céline se inclinó desde su mesa de trabajo hasta que pudo verla y le hizo gestos para que acudiese al despacho.

—Qué temprano vienes hoy —dijo Lisa levantando un segundo la vista de sus dibujos cuando entró.

—Quería veros enfrascadas en el trabajo — dijo Anna quitándose los guantes y dejándolos sobre un mueble bajo —. Siempre que vengo estáis ya recogiendo. ¿En qué estáis trabajando?

Se acercó a Céline, que estaba calculando las telas para varios diseños que tenía desperdigados por su mesa.

—Son los trajes para institutrices — explicó la modista —. Vamos a empezar con ellos en cuanto haya calculado las tallas que vamos a confeccionar y tenga la lista de material que necesitamos para cada modelo.

—¿Cómo vais a hacerlo? —preguntó curiosa —. ¿Tres, cuatro modelos? Será mejor que los hagáis bastante grandes, si no las que estén rellenas no tendrán con qué vestirse.

Céline sonrió y miró a Lisa, que había levantado la vista de su trabajo.

—Vamos a hacer cinco tallas de cada uno — dijo la modista.

—¿Cinco?

—Sí, mira —dijo mostrándole los cálculos —. Empezaremos por estas medidas, que son...

— La miró de arriba abajo —. Sí, más o menos las tuyas. Añadiremos cuatro centímetros para cada nueva talla, hasta llegar a estas medidas.

—Ya veo que la tía Janette no va a poder comprarse ninguno de tus vestidos, Lisa — dijo Anna sonriendo.

Céline y Lisa pensaron en la oronda mujer y asintieron.

—Sí podrá —siguió Céline—. Haremos cinco tallas de cada vestido, pero no las mismas para todos. De unos haremos las cinco más pequeñas y de otros las cinco más grandes, de ese modo abarcaremos diez tallas que supondrán que la mayoría de las mujeres tendrán vestidos entre los que elegir.

Lisa dejó el lápiz sobre la mesa y miró a Anna con una sonrisa.

—No queremos que haya diez mujeres caminando por París con el mismo vestido. Cinco, es un número aceptable.

—¿Y qué haréis cuando os pidan más?

Céline frunció el ceño.

—¿Crees que nos pedirán más?

—Podría ser. Imaginaos que vuestros diseños tienen éxito y las mujeres deciden venir a comprar aquí sus vestidos, en lugar de confeccionarlos ellas mismas o encargárselos a una modista como yo. ¿Les diríais que no?

—Confeccionaríamos más —respondió Lisa con seguridad —. De hecho, ya cuento con que eso pase.

Anna se acercó a su mesa y cogió uno de sus diseños mirándolo con ojo crítico y mirada perspicaz. ¿Dónde había visto esos mismos trazos? La ligera presión en los contornos de la falda, la torsión de los volados...

—Entonces, vuestras clientas ya no llevarán cinco vestidos iguales, sino muchos más.

—En una segunda edición, cambiaríamos los colores combinándolos de diferente manera.

—¿Y en una tercera?

—Podríamos cambiar la tela — intervino Céline —. Y añadir algún adorno.

Lisa asintió.

—Hay un sinfín de posibilidades — dijo —. También ellas podrán combinarlos de modo distinto, con accesorios, cuellos de blonda...

—Veo que lo tenéis todo pensado — dijo Anna sonriendo —. Me gustan mucho, Lisa, son sencillos pero elegantes.

—Me alegro de que te gusten, espero que le regales uno a tu institutriz. La señorita Osmond se merece tener uno de estos.

—Desde luego —afirmó Anna con rotundidad —. Ha tenido que aguantarme durante muchos años, merece ese vestido y todos los de tu colección. Por cierto, debe estar esperándome arriba con impaciencia, le dije que no tardaría y ya me he entretenido demasiado. Me he alegrado de verte, Céline.

—Igualmente, Anna. —La modista la despidió y volvió a su trabajo.

—¿No vas a ver a Reece y a Jacques? — preguntó Lisa caminando con ella hacia las escaleras —. Mi hermano se disgustará si sabe que has estado aquí y no has ido a saludarles.

Anna miró a Lisa con aquellos ojos verdes, diáfanos e inocentes.

—No deberías hacerlo desistir de sus sentimientos — dijo Lisa de pronto.

—¿Y cómo se hace eso? Soy antipática con él, le hago desplantes, lo ignoro, lo cuestiono... Todas esas cosas deberían haberlo alejado de mí, pero no consigo el más mínimo avance en ese sentido.

Lisa sabía que era cierto, la había visto ningunearlo y hasta ridiculizarlo en más de una ocasión, sin que Jacques se moviese un ápice de su postura.

—Hasta que no encuentre otra mujer en la que depositar sus afectos, no se librará de su obsesión por mí.

—O hasta que encuentres tú a un hombre que despierte los tuyos.

Anna la cogió del brazo y la miró con una intensidad desmedida que provocó un estremecimiento en Lisa.

—Eso no va a suceder jamás — dijo sosteniéndole la mirada —. Y tú lo sabes mejor que nadie.

La prima de Reece sonrió con tristeza y se alejó subiendo las escaleras. Lisa se quedó unos segundos paralizada. Anna nunca había sido tan clara en sus insinuaciones. Sabía que había mujeres así, pero Anna... Era la nieta de Marcel Dubois. Seguro que su abuelo tenía planes de matrimonio para ella. ¿Cómo iba a poder casarse si sus sentimientos iban por tan descarriados derroteros? ¿Qué clase de vida le esperaba? La soledad y la frustración serían sus más fieles compañeras si no podía amar con libertad.

Claro que no solo ella no podía amar con libertad. Sus propios afectos estaban puestos en un hombre y no por eso resultaban recompensados. Sacudió esos pensamientos de su cabeza y regresó al taller. Reece decía que el trabajo era el mejor antídoto contra las preocupaciones y tenía razón.

Capítulo 6

Lisa subió las escaleras con los bocetos de *Madame O* abrazados contra su pecho. Había esperado a que *Le Colisée* estuviese vacío. Incluso su hermano se había marchado ya. Creía tener la fuerza necesaria para confesarle a Reece la verdad. Toda la verdad. Ensayó cada una de las palabras que le iba a decir y no pensaba dejar que la interrumpiera hasta haber terminado. No podía soportar la idea de que fuese Lena quién sacase sus diseños y perderse así el proceso de ejecución de su primera colección como diseñadora de alta costura. Y tampoco quería arriesgarse a que pasara algo parecido con su corazón.

Respiró hondo varias veces antes de tocar a la puerta del despacho y soltó el aire de golpe, tratando de relajar su envarada espalda.

—Adelante.

—Disculpa, no sabía que tenías visita — dijo al entrar y ver que había una joven con él.

La muchacha no tendría más de quince años, pero iba vestida como una señora, lo que chocó mucho a Lisa. Tampoco el rostro contraído de Reece resultaba muy natural.

—Lisa...

Ella se acercó hasta estar frente a la joven y pudo comprobar que era casi una niña, a pesar del maquillaje. Su ropa colorida y demasiado sugerente, el peinado excesivo... ¡Era una prostituta! Miró a Reece interrogadoramente.

—Hablaremos luego, Emily —dijo su amigo con un casi imperceptible temblor en la voz.

La niña hizo una exagerada reverencia y salió del despacho sin emitir el más mínimo sonido. Lisa la observó hasta que la puerta se cerró y después se giró hacia Reece con aquella inquisitiva mirada.

—¿Quién era esa? —preguntó al fin.

Reece dudó unos segundos si inventarse una excusa, pero finalmente comprendió que con Lisa eso no era posible.

—No creo que haga falta que lo diga en voz alta, ya te has dado cuenta.

Su amiga abrió la boca y volvió a cerrarla, sin entender.

—¿Has traído aquí a una prostituta?

—No la he traído, ha venido ella solita.

Lisa frunció el ceño, cada vez más confusa.

—Es joven e inexperta y aún no sabe cómo debe comportarse.

—¿Aún? ¿Es joven e inexperta? Pero... ¿Tú...?

Él asintió lentamente.

—Reece... —musitó casi sin voz—, ¡es una niña!

Él apartó la mirada. Durante unos segundos permanecieron los dos en silencio. Lisa conteniendo las náuseas y Reece buscando el modo de sacarla de allí sin hacerle daño.

—¿He oído bien? —preguntó Lisa al fin —. ¿La has llamado Emily?

—Sí —murmuró él—. Ha sido una maldita casualidad.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—¡Oh, Dios mío! Reece, ¿qué te está pasando? Tú sabes... No puede ser que no te hayas dado cuenta de que yo... ¿Cómo puedes...?

Él se giró para mirarla y sus ojos tenían una fiereza desconocida.

—Vete de aquí, Lisa. Vete antes de que nos hagamos daño.

—¿Hacernos daño? ¿Es que esto que siento no es ya bastante dolor? ¿Cómo has podido hacerlo? Esa clase de... mujer.

—¿Qué pasa, Lisa? ¿No crees que tengan derecho a vivir? — preguntó él con desprecio.

—¿Qué estás diciendo? —dijo ofendida por su reacción y con cierto temor en su ánimo.

—Esas jóvenes no tienen la suerte de tener unos padres que cuiden de ellas y tienen que buscar el modo de llevar un plato de comida a la mesa de sus familias. — Se acercó despacio y la siguió cuando ella caminó hacia atrás, visiblemente turbada —. ¿Qué crees que pasaría con Emily si no hubiese hombres como yo que pagasen por sus... «servicios»? No seas hipócrita, Lisa, tú no eres así.

—Podrías darle trabajo, si de verdad quieres ayudarla — dijo temblorosa —. No es necesario que tú...

—¿Quieres que la ponga a fregar suelos? ¿Sabes cuántos suelos tendría que fregar para ganar lo que gana haciendo lo que hace? Además, su tía es la *madame* del burdel, ¿por qué crees que sus padres la han mandado a vivir con ella? Estaba condenada a esa vida.

—Pero tú no puedes. Tú... Yo...

Reece frunció el ceño sin borrar aquella mirada maliciosa, desconocida para ella.

—¿Yo no puedo? ¿Qué significa eso? ¿Crees que no tengo necesidades? ¿Que soy insensible a los placeres de la carne? Pues siento decepcionarte, pero soy un hombre apasionado y sí tengo necesidades.

—Reece... —suplicó—. No me hagas decirlo, no ahora después de... esto. Tú lo sabes, lo has visto en mis ojos, lo sé. Y yo no... si tú fueras así, yo no...

Él se había apartado de nuevo y le daba la espalda. Lisa lo rodeó hasta ponerse frente a él, obligándolo a mirarla.

—Eres un hombre maravilloso, sensible y comprensivo que...

—Deja de hablarme así —masculló —. Como si yo fuera un dechado de perfección y me hubiese caído purín encima. ¡No soy un santo, Lisa! Lo siento, siento que hayas tenido que descubrirlo al fin, pero un día u otro tenía que pasar.

—Tú no eres así —insistió ella reaccionando a su dureza con enfado —. Te conozco desde que éramos niños, no puedes engañarme.

—¿Así? ¿Así cómo? —Se inclinó sobre ella y estaba tan cerca, que Lisa pudo ver las diminutas manchas azul oscuro que bailaban dentro de su iris —. No tienes ni idea de cómo

soy. Conoces una parte de mí, la que yo he querido mostrarte, pero soy mucho más complejo de lo que crees.

Lisa apretó los labios para retener el torrente de palabras que pugnaba por salir. Pero era demasiado intenso, demasiado poderoso para poder frenarlo. Salió por sus ojos, por todos los poros de su piel y empujó sus labios hasta dejar expuesto su corazón.

—Yo te amo, Reece. Te amo con todo mi corazón.

En el cerebro de su amigo deflagró una llamarada gigantesca que doblegó su espíritu y lo golpeó con saña. ¡No!, gritaba sin cesar, ¡no puedes amarme!

—Y porque te amo sé perfectamente quién eres, Reece Darwood. ¿Te crees que no he visto lo que tratas de hacer? Desde la muerte de tu padre has luchado enconadamente por superar lo que descubriste. Eso de lo que me diste unas pinceladas, pero que ahora sé que debió ser mucho más terrible, a juzgar por lo que te ha hecho. No hay nada malo en ti, Reece, no lo hay, te lo aseguro — gimió dolida —. A veces, cuando tememos algo, lo provocamos nosotros mismos porque necesitamos certezas para vivir, no miedos. Yo puedo ayudarte si me dejas, estoy aquí y siempre voy a estar. Soy tu Lisa, no trates de apartarme.

Reece se apartó de golpe como si alguien o algo lo hubiese empujado con fuerza. Quería que se marchara, pero ella seguía allí, firme y resuelta frente a él. Dispuesta a salvarlo, inocente y estúpida.

Sus ojos la miraron entonces con una expresión gélida y perversa. Su rostro se transformó en una máscara obscena y cruel. Un rostro moldeado por manos diabólicas.

—¿Mi Lisa? ¿De verdad quieres ser mía? Has visto a Emily, lo tierna e ingenua que parece. Si vieras lo que me hace... — Mientras hablaba la fue empujando hasta arrinconarla contra una pared —. ¿Tú me harías esas cosas, Lisa? ¿Podrías?

Acercó su boca a los labios entreabiertos de su amiga, que respiraba agitada.

—No tienes ni idea de quién soy — murmuró —, pero puedo enseñártelo. Solo un poco, lo suficiente para que sepas si puedes darme lo que necesito.

Puso las manos en la pared a ambos lados de su cuerpo y Lisa se sintió prisionera de aquellos fuertes brazos que siempre le habían parecido cálidos y protectores. Miró sus labios y sintió la fuerza que emanaba de ellos, no había ni rastro de la dulzura y suavidad que mostraba su afable sonrisa cuando la miraba.

Pero lo que la atemorizó fueron sus ojos. Había algo animal en ellos que la atravesó como un cuchillo. Sentía temor, pero también algo más, algo desconocido e inquietante.

—Has despertado a la bestia — dijo Reece con voz ronca —. Te dejaré verla un momento para que entiendas por qué no debes volver a decir que me amas. Jamás.

Cayó sobre su boca como un ave de presa sobre su inocente víctima. A Lisa no la habían besado jamás y sentir aquella pasión, profunda y desmedida, que le exigía respuesta con envites incesantes de su cálida lengua, embriagó sus sentidos hasta nublarle la mente. Reece también sintió que perdía la conciencia del momento y rodeó su delicada cintura atrayéndola contra su cuerpo. De repente necesitaba más, un ansia desconocida inundó su pecho y lo hizo suspirar dentro de aquella boca. Sin él quererlo el contacto se hizo dulce y se dejó dominar por lo que sentía. No era el deseo salvaje de derrotar y poseer, sino algo mucho más intenso y demoledor. Lo que lo paralizó fue sentir las manos de Lisa rodeando su nuca, percibir la presión de sus

pechos debajo de la ropa y cómo su lengua se entregaba sin reservas. ¡Estaba respondiendo! ¡No, ella, no!

Sin control, la pegó contra la pared y sus besos se volvieron más exigentes, más profundos... Quería desnudarla allí mismo y poseerla. Imaginaba la sorpresa que mostrarían sus ojos al sentirlo dentro y se preguntó si se resistiría o le dejaría hacer con libertad. La excitación lo dominaba por momentos y su mente nadaba sumergida en sus bajas pasiones. Se obligó a visualizarla de las formas más grotescas y violentas, se imaginó arrastrándola por el fango, llevándola hasta el mismísimo infierno...

Lisa no podía separarse de él. Percibía el peligro, lo sentía allí abajo, duro y enhiesto presionándola agresivo, pero no podía apartarse. Su febril inexperiencia ansiaba la promesa oculta en aquellas caricias, sin saber siquiera a dónde la llevaban. Sentía su lengua poderosa y dominante, su mano fuerte oprimiendo su pequeño seno y su corazón golpeando contra su encierro, latido tras latido. Quería más y no sabía cómo pedirlo, y tampoco sabía qué era ese «más» que necesitaba. Pero quizá no hiciese falta, él sí lo sabía, podía dárselo...

Y entonces él la apartó muy despacio, como si ese gesto le doliese en el alma.

—Maldita sea... —masculló con fiereza y rabia.

Lisa lo miró suplicante, con ojos brillantes, mejillas sonrojadas y el escote mostrando más de lo que el pudor permitiría. Era una ninfa, un hada del bosque inocente y confiada que mostraba su vulnerabilidad con rotunda desvergüenza. Fijó la mirada en uno de sus pechos, cuyo pezón había liberado parcialmente con sus caricias, y apretó los dientes deseando morderlo.

—Deberías irte de aquí cuanto antes — dijo con voz ronca.

—¿Qué...? —Lisa se arregló la ropa saliendo de aquel extraño embriagamiento.

Todavía no comprendía aquella profunda emoción y el sentimiento que recorría su cuerpo. Se había expuesto sin prevención. Lo amaba tanto, que no encontraba el modo de expresarlo.

—No sabes lo que puede pasar si te atreves a acercarte demasiado — dijo él mirándola a los ojos sin esconderse, quería que viese el peligro que corría a su lado —. No me obligues a mostrarte esa parte de mí que mantengo oculta a tus ojos, Lisa. Sería devastador para ambos que la provocases.

—Hablas como si creyeras que hay dos personas habitando en tu interior.

—Y así es. Una de esas personas es tu amigo, tu incondicional y fiel amigo, que jamás te traicionará y estará a tu lado cuando lo necesites. — Avanzó los pasos que lo separaban de ella sin apartar la mirada —. Pero si me provocas y rompes mi resistencia, verás algo que no te gustará. Tomará todo lo que quiera sin pedir permiso y después te echará a un lado sin contemplaciones. ¿Entiendes por qué es mejor que esa parte de mí quede reservada a la casa de *madame* Truffaut? Aquellas chicas saben lo que esperar, ¿puedes tú decir lo mismo, Lisa? ¿Me permitirías coger de ti lo que me plazca para después dejarte a un lado?

—Si me amas nunca me apartarás de ti — dijo ella desafiante.

Los labios de Reece se curvaron en una sonrisa, pero sus ojos la miraron con tal tristeza, que la conmovió.

—¿Amarte? ¿Crees que eso cambiaría algo? Cuando te tuviese a mi merced, te usaría de modos que no puedes ni imaginar. Nunca te conté los detalles de lo que descubrí sobre mi padre, porque sabía que tu mente no podría asimilar tanta maldad y perversión. Ni siquiera yo pude asimilarlo al principio. Quizá debí hacerlo, debí contártelo para que comprendieses lo que hay

dentro de mí y huyeses despavorida — dijo enrabado y dolido, como si luchara por apartarla al mismo tiempo que se odiaba por privarse de la única persona que podría hacerlo feliz —. ¿Te crees que a mi padre le importó que mi madre fuese su esposa y lo amase? Si te dijese las cosas que le hizo, las muchas formas en las que la vejó, utilizó, humilló y exhibió sin pudor... Trataba a las mujeres como meros objetos de placer, las usaba para su disfrute sin importarle lo que ellas sintieran. Disfrutaba viéndolas sufrir mientras las poseía, incluso las golpeaba para satisfacerse. ¿Quieres eso de mí, Lisa?

—¿Tú haces eso? —preguntó con la voz rota —. ¿Golpeas a esa joven cuando...?

Reece se apartó el flequillo que, despeinado, caía sobre sus ojos.

—Aún no, pero sé que ese momento llegará. Lo he imaginado muchas veces, en mi cama esperando que llegue la mañana sin poder dormir. Me veo a mí mismo haciéndolo y aunque lucho por borrar esos pensamientos, una vez que emergen, ya no puedo deshacerme de ellos. ¿Quieres ser tú la primera, Lisa?

—Tú nunca harás eso.

—¿Qué no? Si supieras las cosas que ya he hecho, no hablarías así.

—Todo eso es fruto de tus miedos — dijo sintiendo las lágrimas agolparse en sus ojos —. Estás volviéndote loco por el dolor que cargas en tu corazón.

—Mi padre estaba loco —sentenció con mirada de desprecio —. Hizo que Connor viese cosas que a cualquier otro niño lo habrían desquiciado. Pero mi hermano lo soportó estoicamente y pudo guardar su alma a buen recaudo, dejando toda esa lujuria lejos de él. Nunca tuvo malos instintos. ¡Se lo pregunté! Así de desesperado estaba cuando fui a verle. Me dijo que no, que jamás se imaginó forzando a Emily o golpeándola. Convivió tanto tiempo con la oscuridad que se hizo inmune a ella. Pero yo no soy como él. Yo me vi sumergido en esa oscuridad de repente. Saber que eso era posible, que aquellas aberraciones eran actos de un ser humano y que ese ser humano era mi padre, me hizo pedazos.

—Connor no debería haberte contado los detalles — dijo Lisa con rabia.

—No fue Connor. Él tan solo insinuó y dibujó unas ligeras pinceladas para que yo supiera la verdad, pero sin que tuviera que poner un pie en el mundo de depravación en el que vivió mi padre. Fue Imogen, la madre de Emily, la que me lo contó todo sin escatimarme el más mínimo dolor. Fui a verla antes de irme para intentar convencerla de que dijese la verdad sobre su hija. Me dijo que jamás permitiría que ninguno de nosotros le pusiera una mano encima. Que éramos la semilla del demonio y que, tarde o temprano, esa semilla germinaría y seríamos como él. Entonces me contó, sin la menor reserva, la clase de hombre que era James Darwood. Cada ultraje, cada canallada, su crueldad para con aquellas que lo amaban. La brutalidad con la que trató a mi madre y a Connor... La forma en la que utilizaba a la propia Imogen... Cuando le pregunté por qué lo había soportado, ¿sabes que me dijo? ¡Que lo amaba! Que había en él una parte luminosa que era como la miel para las abejas. Así atraía a sus víctimas, las enamoraba hasta ser dueño por completo de sus corazones y entonces les clavaba el aguijón y les exprimía el alma hasta dejarlas moribundas. El horror que me expuso fue tal, que vomité en la alfombra del salón.

Lisa estaba blanca como la nieve y sus manos se retorcían angustiadas. Deseaba decirle que él no era así, que él no era su padre, pero cada vez se sentía más insegura, más asustada ante lo que oía. Lo que acababa de ocurrir entre ellos estaba tomando un color muy distinto a como ella

lo había vivido y empezaba a darse cuenta de lo que él debió sufrir al descubrir ese mundo de depravación del que hablaba.

Reece la miró entonces con la misma sinceridad de siempre, con una profunda y entregada súplica. Su rostro mostraba a las claras que empezaba a vislumbrar algo de lo que él trataba de mostrarle.

—¿Lo entiendes ahora? Desde ese día las imágenes de aquellas atrocidades me persiguen. Cada noche, cuando intento conciliar el sueño, me veo a mí mismo haciendo todas esas cosas y ¿sabes lo que es más aterrador? ¡Esos sueños me excitan! La primera noche me derramé sobre las sábanas imaginando que era yo el que hacía todo... — Se apartó de ella como si temiera ensuciarla con su cercanía —. La angustia que eso me causó no podría describírtela ni en un millón de años. Fue como si me arrancaran el corazón de cuajo. Pero después de las náuseas y del desprecio que sentí hacia mí mismo, ¿crees que esas imágenes desaparecieron? No, Lisa. Regresaron noche tras noche, hasta dejarme exhausto.

Lisa recordó que después de su regreso, tras la lectura del testamento, no podía dormir e incluso enfermó por ello. Ahora sabía el motivo que entonces achacó al hecho de descubrir que Emily no lo amaba.

—Todo esto es fruto de tus miedos — repitió con menos convicción —. Provocas aquello que más temes.

—No me hagas hacerte más daño, Lisa. — Volvió a mirarla con aquella salvaje furia —. Lo haré si es necesario para que te apartes de mí. Te contaré las cosas con las que disfruto y esas imágenes no se borrarán de tu mente jamás.

Lisa temblaba de frío y se abrazó buscando consuelo.

—Lo único que puedo hacer es impedir que esto me acabe convirtiendo en él — dijo con firme convicción —. No me casaré por amor, no le haré estas cosas a una mujer que me ame con devoción. No romperé su fragilidad, su confianza y su fe en mí torturándola con mi lujuria y falta de comedimiento. He encontrado el modo de mantener a esa bestia en calma, el modo de dormir por las noches sin tener esos sueños obscenos, y así seguiré el resto de mi vida.

—¿Y no crees que sería más loable que trataras de luchar contra esos instintos que aseguras tener? — preguntó Lisa a punto de romperse en pedazos —. ¿No hay nadie que haga que merezca la pena siquiera intentarlo? ¿Un sentimiento puro y más fuerte que esos instintos que te consumen no sería capaz de... curar tu alma enferma?

—No. Ni siquiera tú eres tan fuerte. — La miró con tal intensidad, que ella sintió que metía una mano en su pecho y le sostenía el corazón —. Sí, Lisa, te amo. Esa parte pura y buena que hay en mí, te ama con todo su corazón. Pero la otra, la que acabo de mostrarte, quiere arrancarte el vestido aquí mismo y escuchar tus gritos pidiendo clemencia mientras te posee. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes cuál es mi lucha? Jamás permitiré que la bestia que llevo dentro se acerque a ti.

—¿Aunque yo esté dispuesta a arriesgarme?

—Más aún, por ese amor que me demuestras. Si algún día perdiese las fuerzas y te hiciese daño, sería mi muerte. Me colgaría de una viga del techo como hizo Canaveris. ¿Lo entiendes? ¡Lo juro por Dios! No lo olvides nunca, Emily.

La joven sintió el crujido dentro de su pecho y la sangre escapando como el vapor de su aliento en invierno. La había llamado Emily y ese nombre lo resumía todo. El recuerdo de su

amor infantil era lo único puro que le quedaba. No importaba que Emily se hubiese casado con Connor, siempre estaría en su corazón. Su recuerdo estaba libre del contacto con esa bestia de la que hablaba, esa parte oscura y lujuriosa que él había estado alimentando inconscientemente. Lisa era lo bastante inteligente y mucho más madura que él para darse cuenta de que todo aquello era fruto de una huida a ninguna parte. El temor lo estaba convirtiendo en un monstruo, pero no porque sufriese una posesión diabólica, sino porque él mismo alimentaba esas perversas fantasías con sus miedos.

—Eres un cobarde, Reece —dijo con serena tristeza—. Eres un maldito cobarde.

La vio salir de su despacho sin poder moverse. La tensión lo había dejado paralizado y exhausto. No se había dado cuenta de lo mucho que la amaba hasta ese preciso instante, cuando la vio salir, altiva y orgullosa. Respiró hondo y exhaló el aire con un gemido al tiempo que se aflojaba el pañuelo del cuello. Sabía que había sido mezquino y cruel llamarla Emily, pero también sabía que ese simple gesto sería más poderoso y efectivo que todas las explicaciones que había estado dándole. Sentía las náuseas agitando su estómago y si no se calmaba, vomitaría como aquella vez frente a Imogen, cuando ella lo arrastró a aquel infierno en el que vivía. Apoyó las manos sobre el escritorio y respiró acompasadamente durante unos minutos, hasta que controló el malestar.

Todo lo demás que le había contado a Lisa, era cierto. La bestia era real y emergía de manera impredecible y cada vez más a menudo. Pero ella no iba a escucharle, lo había visto en sus ojos, lo amaba y también lo deseaba. Sería tan fácil atraerla hacia ese adictivo mundo de placer. Le costaría tan poco dominarla y conseguir que hiciese cualquier cosa que le pidiese. Por muy inquietante y turbadora que fuese.

Se irguió y humedeció sus labios resecaos recuperando la compostura. Si tenía alguna duda, aquel encuentro las había resuelto.

La mansión de los Dubois era un auténtico palacio, como descubrió Lena al comentar que era exactamente lo que parecía.

—Era propiedad de los marqueses de Arcelot —comentó Isabella, la abuela de Reece—. Hemos conservado el espíritu que ellos crearon al construirla.

—Es un palacio magnífico —constató Lena—. Y he visitado unos cuantos. En Viena tenemos un número nada despreciable de ellos.

—Cierto —confirmó Marcel Dubois, un poco aburrido por la conversación.

—Tengo entendido que su familia está estrechamente vinculada a la de Ludovica de Baviera —preguntó Alizée cogiendo la copita de jerez que su marido le entregaba.

—Así es. Es prima tercera de mi madre —confirmó Lena.

—Entonces, es usted pariente de la reina —dijo Jules, el marido de Alizée, con admiración.

—Sí, es prima lejana y ha llevado alguno de mis diseños, lo que le agradecí mucho en su momento.

Lo que Lena se callaba era que la reina utilizó los vestidos que le regaló mientras estuvo enferma, y no salió de palacio con ellos, lo que podría considerarse más una ofensa que un halago. Lisi, así la llamaba la familia, siempre fue una engreída y una presuntuosa, pero eso no podía decirlo en voz alta.

—¡Qué maravilla! —exclamó Anna sin evidenciar nada que se pareciese remotamente a la ironía —. Debe estar muy orgullosa. Ha vestido nada menos que a la reina.

—Bueno, cuando hago mis diseños no me planteo nunca quién los vestirá. Eso sería demasiado vanidoso y me tengo por una mujer sencilla.

Reece aguantó la expresión de su rostro y contuvo la sonrisa que le provocó ese comentario.

—Disculpen la tardanza —dijo Lisa al entrar en el salón acompañada de su hermano —. Jacques tenía asuntos que resolver antes de venir.

—Ya se han enviado todas las invitaciones para la inauguración de *Le Colisée* — explicó el administrador acercándose a la mesita de las bebidas y sirviéndose él mismo una copa de vino —. ¿Quieres un jerez, Lisa?

—Prefiero un poco de borgoña, gracias.

—Estábamos hablando de los diseños de *madame* Mayer — explicó Alizée —. ¿Sabías que la reina Isabel de Baviera ha lucido alguno de ellos?

Lisa miró a Lena y sonrió afable.

—No me sorprende en absoluto — dijo, aceptando la copa que le ofrecía su hermano —. Imagino lo maravilloso que debe ser que alguien, que aprecia tanto la moda, escoja uno de tus diseños. ¿En qué ocasión fue? Seguro que no lo ha olvidado.

—Oh, una de las muchas recepciones oficiales a las que asistió el año pasado, nada importante — dijo sin concretar.

Reece tenía los ojos clavados en Lisa y percibía sus esfuerzos por ignorarlo. Quería que lo mirase y que en sus ojos no hubiese ningún velo de protección, que siguiesen siendo amigos como lo habían sido siempre. Pero eso era imposible después de lo ocurrido dos semanas atrás en su despacho.

Apenas se habían visto desde entonces y la distancia que había entre ellos en aquel salón era lo más cerca que habían estado en los últimos quince días.

—La colección de Lisa es extraordinaria — comentó de pronto llamando la atención de todos, pero sin conseguir que ella girase la cabeza para mirarlo —. Ha creado unos trajes sencillos y, sin embargo, exquisitos. Me temo que más de una dama se sentirá mortificada por no poder llevárselos.

—Ninguna dama que se precie compraría un vestido que pudiese ver en otra — intervino Lena fingiendo una sonrisa —. Sería catastrófico llegar a una velada y encontrarse con otra mujer que llevara el mismo vestido que tú.

—Pues no es algo tan raro — comentó Isabella —. *Madame* Lachenal se vio exactamente en esa situación en una fiesta con motivo del cumpleaños de *madame* Candau. La anfitriona llevaba el mismo vestido que ella y cuando se encontraron frente a frente, *madame* Candau le dijo que, evidentemente, a ella le quedaba mejor. A lo que Lachenal respondió: «teniendo en cuenta que tenemos la misma modista, quizá hemos obviado un sutil mensaje por su parte, ¿no cree?».

—¡Qué horror! —exclamó la señorita Mayer.

Siguieron hablando sobre el suceso y Jacques se acercó a Reece, que se había desplazado hasta uno de los ventanales y observaba el exterior con expresión pensativa.

—¿Qué pasa con mi hermana? — preguntó su amigo —. Ya había notado algo raro, pero estáis en la misma habitación y se me están congelando los pensamientos de la frialdad que hay

entre vosotros.

—No te metas —respondió cortante y sin apartar la mirada de la ventana.

Jacques se giró a mirar a su hermana y después volvió a mirar a su amigo con cara de preocupación.

—¿Tan serio es?

Reece movió la cabeza lentamente y lo miró con fijeza.

—No te metas —insistió.

Jacques no dijo nada y se llevó la copa a los labios. Aquella era una situación completamente desconocida para él y debía meditar antes de saber cómo actuar.

Capítulo 7

El día de la inauguración amaneció nublado. Había mucho trajín en la calle frente a *Le Colisée*, con trabajadores entrando y saliendo de la galería llevando materiales y accesorios para la fiesta que se celebraría esa noche y que culminaría con un magnífico baile. El evento atraía la atención de los transeúntes, que se detenían a mirar y cuchicheaban emocionados ante la inminente apertura del comercio. Los escaparates habían sido cubiertos con telas para evitar que pudiera verse su interior a través de los cristales y la curiosidad exacerbaba los ánimos de los observadores.

—Dicen que los muebles son de oro macizo y que las dependientas lucirán sus joyas y los mejores diseños mientras atienden a la clientela — decía una señora con expresión de estar desvelando un gran secreto.

—Pues yo he oído que la mismísima Sisi va a venir esta noche a la inauguración. Al parecer, es prima de la diseñadora esa tan importante.

Las dos mujeres enmudecieron a codazos al ver salir a Reece dando órdenes a los que estaban descargando la mercancía. Piezas de tela que viajaban opulentas hasta la entrada, llevadas con sumo cuidado ante el vigilante escrutinio del dueño.

Entre aquellos hombres que iban y venían con los materiales, se detectaba enseguida quién entraba en *Le Colisée* por primera vez. Su expresión admirada y alguna exclamación contenida, los delataba. Los que esperaban encontrarse con unos almacenes al uso, la sorpresa era máxima. Adrien Canaveris había eliminado la mayor parte de paredes y, en su lugar, había hecho colocar un esqueleto de hierro que permitiría a los clientes pasear con mayor libertad por toda la superficie del edificio. Los arcos y las decoraciones hacían que aquel pareciese más un lugar sagrado, que una tienda de ropa. Un edificio construido para despertar el ansia consumista de una legión de compradores.

Reece, Lisa y Jacques deambularon por las galerías comprobando el género y su ubicación. Los talleres habían recibido los materiales que les faltaban y paños, gasas, terciopelos, sedas y toda clase de telas estaban ya en sus armarios correspondientes, después de haber gastado las anteriores piezas en la confección de la primera tanda de vestidos y trajes.

Las más de cincuenta dependientas que se sumaban a sus veinte compañeros varones, se afanaban en colocar los materiales recién llegados con un visible nerviosismo por el acontecimiento que se celebraría esa noche y al que estaban invitados en calidad de personal de servicio. Su única misión sería vestir los modelos que se pondrían a la venta al día siguiente, para que los clientes pudieran apreciar en una versión real el aspecto que tendrían.

La sala de lectura y la cafetería estaban estudiadas hasta en su más mínimo detalle. Alfombras mullidas, grandes ventanales, sillones confortables... Todo para que los maridos y acompañantes no tuvieran prisa por marcharse y las clientas se vieran libres de toda presión. En la sala de juegos para los más pequeños se habían colocado mesas y sillas con material de dibujo, y por todas partes había juguetes de construcción, caballos de madera y muñecas. Todo ello bajo la atenta vigilancia de las diez jóvenes que habían contratado para ello. Por un lado, se ocuparían de que los niños estuviesen bien atendidos, para que sus madres compraran tranquilas. Y por otro, evitarían que alguna criatura salvaje destrozase los juguetes.

Los tres amigos se encontraron en el *hall* después de pasar revista a todo el edificio. De pie, frente a las escaleras, observaron el ir y venir de los mozos que seguían llevando materiales incesantemente: las lámparas que faltaban, las alfombras, varios cuadros, telas, guantes y corbatones de última hora... Los dependientes se movían con rapidez y eficacia, colocando las últimas adquisiciones y cuidando de que los transportistas no estropeasen nada.

Jacques, colocado en el medio, puso los brazos sobre los hombros de su amigo y su hermana, y los tres rieron entusiasmados y nerviosos.

—Por fin ha llegado el día — dijo Jacques sacudiéndolos ligeramente.

Lisa y Reece se miraron y una dulce sensación los envolvió. Dejaron a un lado cualquier otra circunstancia entre ellos, pues estaban ante la visión de un sueño cumplido.

Lisa se miraba en el espejo con expresión desafiante ante la observadora Céline. A ella no podía engañarla y esa dureza que manifestaba desde hacía más de un mes, no conseguía esconder el profundo dolor que ocultaba.

—Estás magnífica —dijo sincera—. Pero ¿estás segura de querer arriesgarte de ese modo? Cualquiera que entienda algo de moda se va a dar cuenta de que es un diseño de *Madame O*.

Lisa levantó el mentón. Eso era lo que quería, que Reece lo descubriese.

—No me importa —dijo dándose la vuelta para mirar a Céline de frente.

Los destellos azules que lanzaban las piedras engarzadas en el corpiño refulgieron como estrellas. El talle, extremadamente ajustado, elevaba sus senos hasta el atrevido escote exponiéndolos de manera osada. La falda caía en olas de distintos drapeados desembocando en la parte de atrás, en forma de lazos y creando una figura en muy sensual.

Céline se acercó para colocar bien los hombros que creaban un escote abierto. El vestido no llevaba mangas y los esbeltos brazos de Lisa se verían realzados por los guantes blancos, que subían por encima del codo hasta la mitad del brazo. La miró de arriba abajo y suspiró.

—Estás verdaderamente preciosa, Lisa. No sé lo que pretendes, pero sea lo que sea, lo conseguirás.

—No pretendo nada —dijo terminando de ponerse el segundo guante.

—Nos conocemos desde hace bastante tiempo como para saber cuándo te pasa algo. Hace días que estás rara y no he querido preguntarte a la espera de que te sinceraras conmigo.

Lisa la miró un instante con aquella falsa expresión, pero finalmente se rindió y dejó que su auténtico ánimo se reflejase en su rostro.

—Tuve una terrible discusión con Reece.

Respiró hondo y se estiró el cuerpo del vestido para que el aire pudiese pasar con mayor facilidad. Se había apretado demasiado el corsé.

—¿Quieres que te lo afloje? — preguntó su amiga.

—No —dijo decidida—. En cuanto a lo que me preguntas, no puedo hablarte de ello ahora. Me pondría a llorar y no podría asistir a la inauguración.

—Esperaré a que estés lista — dijo Céline cogiéndole la mano —. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti y que no tienes por qué pasar por ello sola. Sea lo que sea.

—Gracias. —Sonrió ahuyentando la tristeza —. Por cierto, tu vestido es precioso y te queda como un guante.

Céline se puso de pie y dio una vuelta para que pudiera verlo bien.

—Le hice algunos arreglos al diseño original — dijo y, a continuación, comenzó una disertación sobre dichos arreglos, que tenían que ver con el corte y los adornos, detalles que solo una modista podría valorar en su justa medida.

—Es precioso —sentenció Lisa—. Este fue tu primer diseño íntegro y lo has mejorado aún más.

—Gracias a tu ayuda. Tú eres la experta y me has dado muy buenos consejos. Como el de poner estos frunces aquí, en lugar de las pinzas.

—Le da un toque original, es cierto — corroboró Lisa —. Pero la creación del vestido es tuya y solo tuya. Y emplear brocado y terciopelo ha sido todo un acierto.

—Nada comparable a esa seda azul que elegiste para el tuyo. Es la tela más elegante que he visto jamás. Y el color te favorece muchísimo. Aunque ya sabes que yo la habría convidado con la muselina blanca que te enseñé.

Lisa viajó lejos de allí, concretamente a su dieciseisavo cumpleaños.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó a su amigo al ver la expresión de sorpresa y azoramiento que puso al verla.

—Estás muy guapa. Me gusta el color azul, hace juego con tus ojos.

—Mis ojos no son azules.

—Lo sé, son del color del trigo. Nunca he visto a nadie que tenga unos ojos dorados como los tuyos, apostaré a que son únicos en el mundo.

—Son ámbar, no dorados, siempre confundiendo los colores. — Lo miró de arriba abajo con expresión aprobadora —. Pues tú pareces alguien.

—Vaya. —Sonrió Reece—. Es un alivio saber que parezco «alguien». Habría sido peor que hubieses dicho que yo también estoy guapo.

—¿Por qué habría sido peor? Estás guapo — dijo ella, desafiante —. Me gusta tu pajarita. Se está poniendo de moda. Jacques quería una, pero mi madre es una clásica.

—Le regalaré una por su cumpleaños — dijo imaginando ya la broma que iba a hacerle a su amigo.

—¿Bailarás conmigo, Reece? No quiero que me dejes sola con todos esos petimetres a los que ha invitado mi madre para que me examinen. Prométeme que me rescatarás siempre que sea necesario.

—Yo nunca te dejaré sola, Lisa — dijo mirándola con sinceridad —. Si alguna vez quieres que te rescate, ponte un vestido azul como este y te prometo que acudiré corriendo sobre mi caballo blanco.

—Tú no tienes un caballo blanco — dijo la joven sonriendo —. El tuyo es un bayo deslucido.

—Pensé que cuando cumplieses los dieciséis te volverías más lista, pero ya veo que vamos a tener que seguir discutiendo sobre lo que es un color deslucido y lo que es uno apagado.

Lisa lo había cogido del brazo riendo y juntos habían entrado en el salón de baile. Lo que pasó después provocó que su madre no volviese a intentarlo nunca más. Camille Lacroze aceptó al fin que su hija no era como las otras muchachas de su edad y la dejó tranquila. Todo, con tal de no volver a pasar el bochorno que le supuso que su hija, sin saber cómo, acabara delante de sus invitados repleta de barro del jardín y con el agua goteando desde su despeinado recogido.

Se giró hacia su amiga y respiró hondo.

—Tenía que ser solo azul, Céline. Y solo de este azul.

Reece esperaba en el enorme vestíbulo de *Le Colisée* a sus numerosos invitados, que iban llegando de manera paulatina e incesante. Hacía una hora que ejercía de anfitrión junto a Lena Mayer y a Jacques. Sentía una tensión silenciosa y corrosiva que lo hacía mirar hacia la puerta constantemente, como si esperase ver aparecer a alguien.

—¿Lisa no va a venir? —preguntó Lena de pronto, provocándole cierto sobresalto.

—Cuando me fui de casa, ella y Céline se estaban arreglando — explicó Jacques.

—Pues deben tener mucho que arreglar si requieren de tanto tiempo. Miren a la señorita Bourdeau, está aquí desde antes que se abrieran las puertas y su aspecto es inmejorable.

—Lleva uno de sus diseños, ¿verdad? — preguntó Jacques.

—Así es, se lo regalé precisamente para esta ocasión.

La joven saludó con la mano desde donde estaba charlando con un viejo amigo de su padre.

—Señorita Mayer —dijo un caballero que se había acercado con disimulo —. ¿Podría hacerle unas preguntas para la revista *Esplendor y etiqueta*? Nuestras lectoras están muy interesadas en sus logros y estoy seguro de que apreciarán que les hablemos de sus próximos diseños.

Lena sonrió efusivamente y asintió para después disculparse con sus amigos.

—Le encanta todo esto —dijo Jacques en voz baja.

Pero Reece no lo escuchaba, acababa de ver entrar a Lisa y Céline en el vestíbulo, y su corazón se paralizó cuando la vio quitarse el abrigo y entregárselo a una de las dependientas, que esa noche actuaban como doncellas y camareras. El vestido azul, de un azul intenso y brillante, le gritó a la cara con un silencio atronador.

Jacques había seguido la mirada de su amigo, pero él no se percató del atuendo de su hermana, sino de la grácil y suave figura de su acompañante. Céline parecía un cisne deslizándose sobre el agua de un lago. La piel rosada de sus brazos, el recogido que dejaba ver la perfecta curva de su nuca. El cuello que bajaba delicado hasta el suave escote.

Los dos hombres parecían haberse quedado sin palabras cuando las jóvenes llegaron hasta ellos.

—Ha venido mucha gente —dijo Lisa sin mirar a Reece a los ojos.

—¿Esa de ahí es Sarah Bernhardt? — preguntó Céline admirada —. Dios Santo, es ella...

Lisa miró disimuladamente.

—¿Es cierto eso que dicen que fue cortesana? — preguntó Céline.

—Completamente cierto —respondió Jacques —. Su madre regentaba un piso...

Céline abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Un... piso? ¿Te refieres a un...?

—Un burdel, sí —confirmó Jacques en un murmullo —. Al principio, parece ser que su carrera de actriz no fue tan exitosa como lo sería después.

—Dicen que se enamoró de un príncipe — dijo Céline.

—Charles Lamoral, príncipe de Ligne. Incluso tuvo un hijo suyo — confirmó Jacques —. Pero la abandonó y cuentan que ese fue el motivo por el que ella se pasó a una vida más... alegre.

Mientras los dos amigos hablaban de la actriz, Reece tenía los ojos clavados en Lisa, molesto porque se negase a mirarlo y sin prestar la más mínima atención a su cháchara insustancial sobre la actriz.

—¿Quieres que te la presente? — preguntó Jacques sonriendo al ver el brillo entusiasta en los ojos de Céline.

—¡Me encantaría conocerla!

Los dos se alejaron, dejando a Lisa a solas con Reece.

—¿Tú no quieres conocer a la magnífica Bernhardt? — preguntó él.

—Ya la conozco —dijo mirándola—. Debe haber tenido una vida intensa, ¿no crees? De cortesana a actriz. Una verdadera experta en el amor y el fingimiento. Qué apropiado.

Reece percibía algo distinto en ella. Y no era solo aquel escote de vértigo que hacía que uno quisiera deslizarse suavemente entre sus exuberantes senos. Se trataba de algo más íntimo, algo que una parte de su ser temía, mientras la otra ansiaba desesperadamente.

—Te has puesto un vestido de ese azul — dijo él con voz profunda y tono bajo, de manera que solo ella pudo escucharlo.

Ahora sí, Lisa clavó sus ojos en él.

—Dijiste que acudirías a rescatarme con tu caballo blanco — dijo mirándolo con intensidad —. Aquí me tienes, dispuesta al sacrificio.

La mandíbula de Reece se marcó con fuerza mientras sus ojos trataban de librarse de aquella encerrona.

—Prometiste que nunca dejarías que me hicieran daño. ¿Qué harás para aliviar mi sufrimiento?

—Quizá ese sufrimiento sea una nimiedad frente al que ansías explorar.

Un caballero se acercaba a ellos, lo que acabó bruscamente con la conversación.

—Señor Darwood, le felicito por la magnífica labor que ha emprendido — dijo el dueño de *Le petit paradis* —. Señorita Lacroze, está usted encantadora con ese vestido. Permítame que le diga que el azul le sienta maravillosamente.

Louis Fourdinois parecía sincero en su felicitación, aunque Reece no iba a dejarse engañar fácilmente. Le había llegado información de que un importante empresario parisino había estado moviendo algunos hilos para poner las cosas difíciles a la apertura de *Le Colisée* y, desde el primer momento, el nombre de Fourdinois había sonado como el más probable.

—Como ya habrá podido comprobar, *Le Colisée* no ha nacido con ánimo de hacerle la competencia a *Le petit paradis*. Aunque tenemos una colección de confección...

—*Prêt-à-porter* la han llamado, ¿no es cierto? — lo interrumpió Fourdinois.

—Así es —afirmó Reece—. Y aquí está su diseñadora.

—Vaya, vaya, señorita Lacroze, no sabía de su gusto por el diseño y el modelaje. ¿Ese que lleva puesto es suyo, por cierto? De ser así, la felicito, es magnífico.

El hombre no disimuló la parte de su anatomía que más deseaba contemplar y Lisa comprobó satisfecha que a Reece no le gustaba que atrajese esa clase de miradas.

—Así, es, señor Fourdinois — confirmó con su más seductora sonrisa —. Me alegra que lo apruebe, es usted un auténtico entendido en el tema.

Reece sintió una gota de sudor que bajaba por su nuca y contuvo el irrefrenable deseo de limpiársela.

—Como le decía —retomó las riendas de la conversación —. Aunque tendremos la colección *Prêt-à-porter*, no tenemos vocación de grandes almacenes. Aquí no vamos a vender de todo, como ocurre en *Le petit paradise*.

—Ya, ya sé que su edificio está más dirigido a la alta costura, señor Darwood. He conocido a la señorita Mayer y hemos estado charlando sobre su colección aquí. Permítame que le confiese que la he sondeado sobre si cabría la posibilidad de que viniese a trabajar conmigo en un futuro. Siempre me ha rondado la idea de abrir una sección de alta costura en mis almacenes, aunque nunca me decido porque mis clientas actuales se sentirían incómodas. Son mujeres sencillas, ya sabe, clase media... Claro, que podría abrir una tienda exclusiva en un edificio adyacente. Ya hace tiempo que quiero ampliar mis galerías.

Reece sabía que Fourdinois era inmensamente rico y que, si lo consideraba su enemigo, podría ponerle las cosas muy difíciles.

—Espero que no lo haga —dijo sincero —. Para nosotros sería muy difícil competir con alguien de su talla. En este *ring*, yo soy un peso pluma y usted un peso pesado.

Fourdinois se rio a carcajadas, era muy aficionado al boxeo y aquella metáfora le había hecho mucha gracia.

—Muchacho —dijo palmeándole el hombro sin ningún decoro —. ¿Me permites que te tutee? Después de todo, podría ser tu abuelo. Te deseo mucha suerte. En estos tiempos convulsos la vas a necesitar. — Se inclinó hacia su oído como si quisiera que aquello quedara entre ellos —. Puedes estar seguro de que surgirán problemas, siempre los hay, pero no desfallezcas. Si este es tu sueño, debes luchar por él con uñas y dientes. Yo era un simple dependiente en la tienda de Pierre Duval. Le hablé muchísimas veces de mi idea de crear un lugar como *Le petit paradis* y él se reía de mí sin disimulo, decía que tenía muchos pájaros en la cabeza. Y ya ves, lo hice, contra todo y contra todos. Y Pierre Duval acabó trabajando para mí. Si mantienes la cabeza fría y eres concienzudo, lo lograrás.

Volvió a darle unas palmaditas en el hombro con una amplia sonrisa y los miró a ambos alternativamente.

—Lo mejor que puedes hacer es casarte cuanto antes — aconsejó —. El hombre ha de tener esposa para poder estar tranquilo y centrarse en los negocios. Ya me entiendes, muchacho.

Reece trató de sonreír, pero la tensión que sentía era demasiado intensa como para manejar los músculos del rostro con naturalidad.

—Si yo fuera treinta años más joven, no dejaría escapar a una dama tan bien... vestida — dijo el viejo empresario volviendo a poner sus ojos en el escote de Lisa —. Muchacho, no sabes cómo te envidio.

—Su esposa le está haciendo señas — dijo Reece a punto de perder la paciencia.

—Ya veo —dijo Fourdinois asintiendo —. Tengo que sacarla a bailar, Hélène siempre dice que en estos eventos la dejo abandonada, que solo acudo para poder hablar de negocios. Señorita

Lacroze — dijo tomándole la mano e inclinándose a besársela, de manera que sus ojos obtuvieron una visión cercana de lo que le interesaba —. Ha sido un auténtico placer saludarla. Y a ti, Darwood, lo dicho, mucha suerte y aquí me tienes para lo que necesites. Competencia leal, muchacho, competencia leal.

Todo el mundo se dirigió a la improvisada pista de baile mientras ellos seguían inmóviles junto a la entrada. Reece tenía la espalda envarada y apretaba los labios, respirando agitado por la nariz.

—Parece que al señor Fourdinois le ha gustado mi vestido. Creo que tendré que esforzarme con mis diseños para conseguir este efecto. ¿Qué crees que ha sido lo que más le ha gustado? ¿El color? — Se giró a mirarlo y sus ojos dorados brillaron de un modo seductor que hizo que a Reece le temblasen las piernas —. Yo voto por la suave línea del escote. No imaginaba que una simple capa de piel pudiera ser tan interesante para nadie.

—Lisa... —advirtió sin mirarla—. Te estás comportando como una...

—¿Cómo una qué? —preguntó sonriente —. Puedes decirlo, oírlo de ti no me ofenderá, será casi un halago porque los dos sabemos que te gustan mucho.

Él la miró irritado.

—¿Cómo te atreves a...? —masculló, con un sonido apenas audible para ella —. ¿Es que no ves dónde estás?

—Ah, ya —dijo ella asintiendo y en el mismo tono bajo —. Ya comprendo. Esas cosas pueden hacerse, pero no decirse. ¿No te has preguntado nunca por qué no hay burdeles para mujeres? Yo sí. Desde hace unas semanas no pienso en otra cosa. A los hombres no les gusta la idea de que sus esposas pudieran «experimentar», después podrían comparar...

Reece tenía una expresión que no auguraba nada bueno, pero Lisa había ido dispuesta a todo y no se iba a dejar amilanar fácilmente.

—Si lo piensas no hay mucha diferencia entre esas mujeres y nosotras — siguió Lisa, mientras sonreía aquí y allí a miradas ajenas —. Ellas satisfacen las exigencias de los hombres por dinero inmediato y las de mi clase lo hacen por un pago a largo plazo.

—Te has vuelto loca —musitó sin mirarla.

Algunos invitados los observaban con interés, era evidente que algo pasaba entre ellos y cuanto más tiempo permaneciesen allí de pie, manteniendo una conversación tan poco apropiada, más atención atraerían.

—Deberíamos bailar —dijo Lisa con una deslumbrante sonrisa.

—Estás forzando la máquina.

Se puso frente a él y lo desafió con la mirada.

—¿Ni siquiera puedes tenerme en tus brazos el tiempo que dure un vals? ¿Tan desagradable te resulto? — insistió.

Los invitados que los observaban vieron a Lisa elevar los brazos y sostenerlos en el aire mientras esperaba a que él correspondiese a su gesto.

—Nos miran —advirtió ella sosteniendo su mirada.

Reece soltó el aire por la nariz mientras su pecho se elevaba agitado, antes de rendirse. La tomó en sus brazos y se deslizaron sobre las notas del vals hasta el resto de los bailarines. El vestido de Lisa brillaba con luz propia entre aquellos trajes aburridos y mil veces vistos, a pesar de haber sido confeccionados con nuevas telas o estampados.

—Tu vestido está causando sensación — murmuró Reece.

—Lo diseñé especialmente para esta noche — dijo sonriendo seductora.

Una gota de sudor bajó por la nuca de Reece y se deslizó por dentro del cuello de su camisa.

—Lisa, por favor, para.

—No soy una florecilla silvestre que puede descomponerse si la brisa es lo bastante fuerte. Soy una mujer fuerte y deberías mostrar respeto y consideración hacia lo que yo quiero, no decidir por mí lo que me conviene o no.

—Para —suplicó él entre dientes fingiendo una serenidad que estaba lejos de sentir —. Deja de torturarme.

—Sabes que soy muy cabezota.

La situación le habría divertido de no ser consciente de lo que estaba en juego.

La mirada en los ojos de Reece se convirtió en puro hielo y se detuvo en medio de la pista de baile, justo cuando la pieza terminaba, lo que evitó que llamasen la atención más de lo evidente. Por suerte, Lena apareció con su majestuoso traje de brocado y tisú, y todos los ojos se desviaron hacia ella. Reece aprovechó la coyuntura y cogió a Lisa del brazo con firmeza para sacarla de allí. Si quería acabar con aquello, tendría que ser más contundente con ella.

Capítulo 8

Bajaron las escaleras hasta los talleres y no la soltó hasta asegurarse de que nadie los escucharía.

—¿Te has propuesto estropear el mejor momento de mi vida? — preguntó furioso.

Lisa tuvo un momento de duda.

—¿Cómo voy a querer eso?

—¡Pues es lo que estás haciendo! ¿Te crees que esto es un juego para mí? — Hizo un gesto que abarcaba lo que había a su alrededor y después se acercó despacio y los señaló a ambos —. ¿Crees que esto es un juego, Lisa?

—No puedo obviar lo que siento. Ni lo que sientes tú, Reece. Y no lo voy a hacer. No vas a librarte de mí tan fácilmente, es mejor que lo asumas. Estoy dispuesta a aprender, conseguiré ser suficiente para ti.

La miró con tristeza. No iba a cejar en su empeño y no quería hacerle daño.

—¿Crees que puedes? ¿De verdad lo crees? ¿Me darás libertad para que me acueste con otras mujeres cuando me apetezca? ¿Estarías dispuesta a permitir que hubiese otras mujeres en nuestra cama?

Lisa no pudo disimular su sorpresa.

—¿Otras mujeres?

—Mi dulce Lisa, no tienes ni idea de lo que hablas.

Se sintió estúpida y mortificada, y notó que las lágrimas no tardarían en acudir si no las controlaba. No podía echarse a llorar o perdería la poca ventaja que había conseguido.

—Puedes enseñarme o dejar que otra lo haga, una de esas... — El horror que vio en sus ojos la hizo detenerse —. ¿Qué quieres que haga? Dímelo y lo haré. Estoy dispuesta a todo.

—Quiero que te olvides de lo que sientes por mí — aseveró, atormentado —. Y lo harás, es solo cuestión de tiempo. Debes buscar un buen marido, casarte, tener hijos...

—¿Quieres que me entregue a otro hombre sin amor? — Lisa lo miraba con los ojos muy abiertos y expresión desesperada —. ¿Crees que eso será mejor para mí? ¿Que un hombre, por el que no sienta nada o incluso me desagrada, me tome entre sus brazos y me haga esas cosas que tú le haces a ellas...?

—¡No! —la cortó.

—No voy a olvidar lo que siento por ti, Reece — dijo con tristeza —. Quieres condenarme a una vida de soledad, o peor aún, entregarme a un hombre que será mi dueño y hará conmigo lo que quiera. ¿Es eso lo que deseas para mí? ¿Cómo puedes saber qué clase de hombre será? Quizá a él también le guste... lo mismo que a ti. Seré muy desgraciada, ¿es que no lo entiendes?

—Conmigo lo serás más.

—¡Deja que yo lo decida!

—No puedes decidirlo, no sabes de lo que hablas.

—Y ya te he dicho que estoy dispuesta aprender. Nadie tiene por qué enterarse de lo que ocurra tras la puerta de nuestro dormitorio.

Reece se paseaba por el taller con las manos en la cabeza. Era demasiado poderosa, demasiado. Se estaba metiendo en su cerebro, estaba haciendo que creyera que era posible...

—Si me amas, debes arriesgarte — insistió Lisa —. Tu obligación es hacerme feliz y apartándome de ti me harás muy desdichada.

Reece apoyó las manos en una de las mesas de costura y dejó caer la cabeza en señal de agotamiento. Sentía el deseo corriendo por sus venas, veloz e imparable. ¿De verdad sería posible? ¿Podría ella con su amor neutralizar su oscuridad?

Solo había un modo de saberlo. Debía hacerlo, debía imaginarla desnuda y a su merced. Todo su cuerpo se había puesto duro por la tensión que soportaba. Desde que había entrado en esa realidad, Lisa estaba detrás de un muro. Jamás dejaba que sus pensamientos la abordasen de ese modo. Había utilizado todo su autocontrol para conseguirlo. Ella era el remanso de paz, el jardín florido, el hogar al que regresar después de la batalla. No quería que la bestia pusiera sus ojos en ella. Pero debía hacerlo, debía dejar que la viese, probar si Lisa era lo suficientemente fuerte para derrotarla o lo bastante inteligente como para huir de él para siempre.

Cerró los ojos y la vio tumbada en su cama, tímida y vulnerable con su camisón blanco. Es su noche de bodas y él la desea con una intensidad que aumenta por momentos. Quiere ser dulce con ella. Está entregada y confiada, quiere dárselo todo sin reparos. «No tiene miedo». «Confía en mí». «Seré dulce con ella». Las palabras suenan en su cabeza mientras se acerca. Pero en cuanto la tiene a su alcance, su sonrisa perversa se burla de él. Se inclina, coge su camisón por el escote y lo rasga de arriba abajo. Aquella es la mirada que busca. El temor en los ojos de Lisa lo enciende como una llamarada. La pasión lo arrolla, es tal el placer que se presenta ante él, que apenas puede controlarse. Ella se aleja, trata de huir, pero él es mucho más fuerte...

Ajena a la lucha que se desarrollaba en su cerebro, Lisa se acercó por detrás y lo abrazó. Fue un gesto sencillo, cargado de sentimiento. Pero un gesto aterrador para Reece, que sintió la tensión de sus músculos como una certera amenaza.

—A mi edad mi madre estaba casada — dijo ella sonriendo, con la mejilla pegada a la espalda masculina y un profundo sentimiento laténdole en el pecho —. Tu madre estaba casada. Ya estoy lista...

Notó como su espalda se enderezaba y se separó de él a desgana. En cuanto Reece se giró y vio su rostro, supo que había cometido un error, aunque no supiese cuál. Había conjurado sus demonios y uno de ellos la miraba a través de aquellos ojos azules y enrojecidos.

—No cejarás en tu empeño si no te muestro a lo que te enfrentas.

Lisa tembló involuntariamente al oírlo hablar de ese modo. Incluso su voz era distinta. Aquella mirada perversa la recorrió de arriba abajo, deteniéndose en su escote.

—No voy a asustarme, si es lo que pretendes.

—Quería protegerte —dijo él mientras daba otro paso hacia ella —. Siempre que tu imagen venía a mi mente en «esos momentos», luchaba porque esa parte de mí no te viera. Quería dejarte fuera de su alcance, pero estaba equivocado. Ese no era el modo de mantenerte a salvo,

porque ha permitido que te enamoras de mí. Como mi madre y tantas otras se enamoraron de mi padre. Ahora me doy cuenta de mi error.

Lisa retrocedió instintivamente, pero él siguió avanzando hasta que ella se topó con otra de las mesas. Cuando sus cuerpos estuvieron pegados, ella sintió su excitación y sus ojos quedaron prisioneros de aquella mirada apremiante que parecía querer devorarla.

La mente de Reece era una ciénaga oscura. Trataba de vadear el fango, pero se hundía cada vez más. Ella no iba a dejarlo, iba a seguir insistiendo una y otra vez hasta acabar con su resistencia. Iba a llevarlo al abismo y él caería sin remedio, haciendo algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida. Quizá creía que después de ultrajarla tendría que casarse con ella, pero no entendía que eso la condenaría a una vida de depravación y sufrimiento. Lisa no podría escapar de él, igual que Marguerite e Imogen no pudieron escapar de su padre. Lo amaba y esa era sería su peor condena si él no lo impedía.

—Voy a dejar que veas quién soy, aunque sé que con ello te perderé para siempre — dijo con una triste sonrisa en los labios y fuego en los ojos.

Lisa se mordió el labio y supo que no había marcha atrás cuando la empujó suavemente sobre las piezas de tela. Sabía que no le haría daño. Por mucho que insistiera en lo contrario, no dejaría de confiar en él.

Ella no se defendía, pero aun así, Reece puso una mano en su delicado cuello, inmovilizándola mientras con la otra levantaba su falda y dejaba expuesta su ropa interior. Lisa tuvo una sensación agobiante, el corsé le apretaba demasiado y la mano de Reece en su cuello no le ayudaba a respirar, precisamente.

Ella no era consciente de la lucha que se libraba dentro del cerebro y el cuerpo de Reece. La sangre bullía en sus venas, espesa y ardiente, y golpeaba sus sienes y su pene con insoportable intensidad. Debía asustarla, pero tenía que ser capaz de parar a tiempo y sentía un miedo atroz a no ser lo bastante fuerte para ello y hacerle verdadero daño.

Lisa tuvo el instintivo impulso de resistirse cuando notó que la despojaba de las delicadas prendas de algodón que cubrían sus partes íntimas. Era una mujer resuelta y valiente, y aquella sumisión voluntaria le resultaba repulsiva. Pero lo cierto es que sabía que era la batalla más dura que había librado jamás y lo estaba haciendo por el hombre al que amaba. Si debía tolerar la ignominia de entregarse a él sin estar casados para salvarlo de sus demonios, lo haría sin dudarlo. Así que cerró los ojos y se concentró en su respiración, que era demasiado agitada y dificultosa, y acabaría haciendo que se desmayase si no conseguía serenarla.

Reece apartó entonces la mano de su cuello y le tapó la boca, convencido de que gritaría al sentirse amordazada. Pero Lisa no emitió el más mínimo sonido y permaneció con los ojos cerrados y sin moverse. Lo enfureció su autocontrol, su firmeza de espíritu y aquella entrega pasiva con la que pretendía dominarlo. Entonces lo supo. Era más fuerte que él. Allí estaba, con sus partes íntimas expuestas y sin mover un músculo, dejándose a su merced para que hiciese lo que quisiera con ella. No iba a resistirse, ni a luchar, iba a dejar que la ultrajara para demostrarle que podía soportarlo.

Esperaba lágrimas y súplicas. Esperaba una mirada de terror y llevarla hasta el borde mismo del abismo para que lo mirase y viese al fin a lo que se enfrentaba. Así habría podido detenerse antes... Pero Lisa no iba a darle nada de aquello y entonces fue él el que quiso gritar hasta

desgañitarse. Quiso suplicar y pedirle que huyese, que se apartase de él y lo liberase de ese suplicio en el que lo había sumido con su amor y su entrega incondicional.

Sin apartar la mirada de sus ojos, puso una mano entre sus piernas y la acarició suavemente, mientras iba acercándose a su núcleo. Cuando tocó su sexo sí percibió un cambio en la expresión de su rostro y Reece sonrió al fin, aliviado. Con miedo no lo conseguiría, pero quizá había otro modo. Separó sus labios vaginales y acarició con delicadeza la suave piel que los protegía. Lisa se movió involuntariamente y su rostro se contrajo sin que pudiera disimularlo. Él encontró el botón que encendería la magia y comenzó una suave fricción, apenas un cosquilleo, pero para Lisa, que no sabía ni que aquello formaba parte de su cuerpo, fue demasiado. Trató de encogerse, pero él no se lo permitió. Se había colocado entre sus piernas y seguía con la mano izquierda sobre su boca.

Ella abrió los ojos con expresión confusa. Aquello no era nada que hubiese podido imaginar. No estaba preparada para sentir eso. Podría soportar cierta violencia, que la manoseara irrespetuoso, pero ese anhelo que brotaba de su interior, el ansia que hacía que se contrajese su estómago y su vientre... Para eso no estaba preparada.

Reece sonrió aliviado, había encontrado la manera y era mucho mejor que la que él había imaginado. Lo detendría, estaba seguro. Comenzó un ataque lento y constante, con un ritmo cadencioso que se producía al unísono con sus casi imperceptibles gestos. «Ahora gime contra mi mano, esto le gusta. Ahora se encoge, esto la abrume. Ahora busca mi mano, me desea...». Metió un dedo en su cálido interior, suave y lentamente, dejando que ella percibiese cómo se deslizaba. Lisa estaba sumida en un mar de sensaciones desconocidas que nublaron su mente por completo. Ya no había autocontrol de ninguna clase, ni siquiera era consciente de que debería haberlo. Tan solo aquella mano acariciándola, penetrándola y provocándole un deseo insoportable que no entendía ni sabía cómo calmar.

Abrió la boca y gimió contra la mano de Reece, que sintió su lengua caliente contra su palma. Sin pensarlo, se inclinó sobre ella y capturó esa lengua con avidez. Lisa lo rodeó con sus brazos y frotó su sexo contra aquella protuberancia que él ocultaba bajo sus pantalones. La inocente e inexperta Lisa se había convertido en un volcán en llamas y amenazaba con hacerlo arder como una antorcha. Reece no estaba seguro de poder resistirse a ese inesperado descubrimiento. Con ella, nada era nunca como se esperaba.

Se deslizó inclemente hacia su cuello y siguió hasta el provocativo escote. Sin pensarlo, apartó la tela y sus labios jugaron con el botón enhiesto de sus senos. Su lengua giraba alrededor y Lisa se retorció hambrienta mientras sus manos se asían a sus hombros, tratando de encontrar algo que le diese seguridad. Reece cubrió uno de aquellos pequeños pechos con su boca y succionó con voracidad manifiesta. Un súbito estremecimiento la atravesó cuando sintió los dientes amenazadores y se incorporó apretándose contra aquella boca que iba a matarla de deseo.

El pene de Reece reaccionó a su llamada y sintió el poderoso anhelo de poseerla. Ya no era un cuerpo al que tenía que someter, era la mujer que amaba abierta para él, dispuesta y entregada a su empeño. Su mente se nubló y perdió el mundo de vista.

Lisa sintió algo ardiente entre sus piernas que la presionaba allí donde antes había indagado con su dedo. Pero aquello era mucho más poderoso y temible y, con una fuerza incontestable, intentaba abrirse paso entre sus carnes. Abrió los ojos y lo vio ante ella, erguido y sudoroso, con el rostro serio y un intenso fuego en la mirada.

—Dime que me aparte —suplicó con la voz ronca —. Dímelo, por Dios, Lisa o...

Ella negó con la cabeza, mientras sus manos buscaban algo a lo que agarrarse.

—Te amo, Reece. Te amo con toda mi alma.

Ella ya no estaba amordazada y podría haber gritado, pero no lo hizo. El dolor transfiguró su rostro al sentir cómo la rasgaba por dentro y una lágrima escapó insolente por la comisura de su ojo, pero no dijo una palabra. Su cuerpo estaba sumido en una vorágine imparable de sensaciones. El dolor se mezclaba con un ansia desconocida, una necesidad apremiante que hacía arder sus entrañas. Entonces hizo algo que lo paralizó e hizo que la mirara aterrado. Se había agarrado a sus caderas para frenarlo, haciendo que sus movimientos se ralentizaran. Tenía los ojos cerrados y estaba concentrada en las sensaciones que él le producía con su invasión. Lo guio sabiamente, haciendo que el placer se intensificara y se extendiera por ambos cuerpos a la vez, creando una unión completa.

Reece sintió que formaban un solo ser. Cada uno de los avances era esperado y recibido con un gemido de gozo. Creyó que su corazón explotaba, sentía un deleite desconocido y abrumador que alejó sus más oscuras pesadillas.

—¡Dios Santo!

Lisa abrió los ojos y miró a la persona que había emitido aquella exclamación y fue como si alguien vertiese agua helada sobre ella. Se llevó una mano a la boca para contener un grito de horror. Lena Mayer los miraba entre asombrada y algo más que Lisa no supo descifrar.

—Disculpad la interrupción — dijo la diseñadora con un deje de burla —. Señorita Lacroze, con sus padres en el piso de arriba, qué atrevida.

Dijo esa última frase poniendo una expresión reprobadora, después se dio la vuelta y se marchó por donde había llegado.

Reece vio en los ojos de Lisa el horror más absoluto.

—Dios mío —musitó con aquella imagen en la retina.

Lo miró y vio la conmoción en su mirada. No se movía, era como si el mundo se hubiese detenido.

—No voy a detenerme —dijo con voz ronca —. No hay vuelta atrás, Lisa.

—No quiero que... te detengas. — Lo miró decidida —. Soy tu esposa, ¿me oyes? Soy y seré siempre tuya.

«Mi esposa», pensó él. «Siempre mía...». La observó en aquella posición, como una diosa, con los pechos fuera del vestido y él incrustado en ella, sólido y firme, dispuesto a terminar lo empezado. Era una imagen sublime y aterradora al mismo tiempo. De pronto se dio cuenta de que lo había derrotado casi sin esfuerzo. Había sido tan ingenuo que la creía su prisionera cuando, en realidad, era su dueña. Él solo pretendía asustarla, llevarla hasta un punto en el que huyese despavorida y, sin embargo, allí estaba, metido hasta el fondo y sin poder dar marcha atrás.

Giró la cabeza hacia el lugar en el que hacía un instante estaba Lena Mayer, recordó su mirada lasciva. Estaba seguro de que le habría gustado participar. Lena era de esa clase de mujer. Sin inhibiciones y con una pasión desmedida. Ya se le había insinuado en varias ocasiones. Ella podría soportar sus necesidades, podría incluso satisfacerlas. Volvió a mirar a Lisa, sus ojos brillaban por una excitación que aún no se había saciado, aunque había recuperado la cordura y empezaba a ser consciente de lo ocurrido. De lo que aún estaba ocurriendo. Reece lanzó un

suspiro largo y echó la cabeza hacia atrás, lo que provocó un involuntario movimiento de su pene que la hizo estremecer.

—Reece, por favor... —suplicó sintiendo que la excitación la empujaba a moverse.

Él irguió la cabeza y la miró a los ojos con una expresión extraña.

—¿Quieres que pare? ¿Ahora que ya está hecho?

—¡No, por favor! —musitó avergonzada por lo que sentía y temiendo que él la menospreciara por ello —. No quiero que...

Quería gritarle que continuara, que lo deseaba con cada partícula de su cuerpo, pero no hizo falta. Reece cerró los ojos y con un gruñido animal retomó sus movimientos, acelerándolos paulatinamente.

—¡Ooooooh! —Lisa giró la cabeza y se cubrió la boca con el puño para no gritar.

Se retorció movida por un exquisito placer, con una tensión insoportable en su interior, allí donde Reece se adentraba sin pausa. Él la acariciaba al tiempo que la tomaba, sus pechos, su vientre y allí abajo, donde sus cuerpos se unían. El calor se expandió envolviéndolos y Reece abandonó todo autocontrol. Gruñó satisfecho, consciente solo del placer que sentía al hundirse en ella, en un camino imparable hacia el éxtasis más absoluto. Y así, el clímax llegó dejándolo sin aliento, mientras se estremecía con una violencia casi dolorosa para él. Se extendía por su espalda hasta su cabeza y después era despedido hacia sus extremidades con la fuerza de un rayo. Lisa temblaba aun cuando su cuerpo lo dejó ir, exhausta y plenamente satisfecha.

Y, de pronto, Reece volvió a la realidad y una furia inhumana se apoderó de él. Quería gritar, pero no le salían las palabras. Su cuerpo bombeaba sangre con violencia y su respiración era inquietantemente tensa.

Lisa percibió el terror que lo congelaba y se incorporó estirándose la falda con manos temblorosas.

—No temas por lo que pueda decir Lena, yo lo negaré todo. Además, vamos a casarnos, no pod...

—¡Basta, Lisa! —exclamó furioso —. Deja de decir eso.

Ella frunció el ceño, sorprendida. No temía que lo hubiesen escuchado, la música sonaba demasiado fuerte, pero la violencia de su gesto era incomprensible en ese momento.

—No voy a casarme contigo, ¿cuándo vas a enterarte de una vez? — masculló furioso —. Lena Mayer no dirá una palabra, porque se muere por estar donde tú has estado hace un momento. Ella no me preocupa.

Lisa se había quedado pálida de repente.

—No quería que esto ocurriese, he intentado protegerte...

—Reece... —suplicó con el corazón encogido.

—Deja de mirarme así, por Dios. — Le dio la espalda para no verla —. Lo que he hecho es imperdonable y lo siento mucho, pero no te imaginas lo distinto que habría sido todo si yo hubiese dejado que mi auténtica naturaleza...

—Yo te amo y sé que tú...

—¡Oh, Dios! —exclamó furioso, volviéndose de nuevo hacia ella —. Maldita sea, ¿es que no vas a parar?

Su rostro era amenazador y no había en él ni un ápice del Reece que ella conocía. Respiraba agitada, con una mezcla de temor y tristeza que nublaba su vista. Sabía que la amaba, a pesar de

lo que decía, de su mirada perversa y de aquel dolor intenso que había alojado en su pecho con sus palabras.

—Reza por no quedarte embarazada — advirtió con dureza —. Si tengo que casarme contigo te garantizo que tu vida será un infierno. No solo tendrás que ver cómo me entrego a otras, sino que te haré estar presente. Esto que ha ocurrido aquí no es más que una pequeña muestra de lo que te espera a mi lado.

—No me da miedo nada que tú puedas hacerme — respondió con los ojos llenos de lágrimas, pero una férrea determinación en su pose.

—No te da miedo porque eres una inconsciente. Una niña estúpida que no sabe nada de la vida. Si te dijera las cosas que he imaginado para ti, huirías de mi lado lo más rápido que tus pies pudiesen alejarte.

—Sé que me amas, lo he visto en tus ojos y lo he sentido dentro de mí. Esto ha sido un acto de amor, no sé por qué te empeñas en ensuciarlo.

—Está bien —dijo con dureza.

La agarró del brazo con fuerza y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. Se inclinó para acercar su boca a su oreja y en susurros le hizo una exhaustiva descripción de las cosas que era capaz de hacer. Los ojos de Lisa no disimulaban la sorpresa, la angustia, el miedo, la confusión y el desconcierto, todas ellas emociones encadenadas a cada una de las narraciones que escuchaba. Pero cuando se apartó de ella para mirarla a los ojos, se encontró con una expresión en ellos que lo aterró.

—No me das miedo —dijo rotunda—. Te conozco mejor que tú mismo. Sé que alimentas esos demonios que te torturan porque crees que así pagas por unos pecados imaginarios. Por no haber sufrido como Connor, por no haber sabido del sufrimiento de tu madre... Pero lo cierto es que yo no veo ningún monstruo en ti, Reece. Veo a un hombre que sufre, que no cesa en su empeño de hacerse daño y al que amo profunda e intensamente. Eso debería bastarte para comprender que no hay ningún mal en ti, yo no podría amarte si así fuese. No dejaré que te alejes de mí, sé quién eres, Reece Darwood, y no voy a abandonarte por mucho que te empeñes.

Hubiera querido ser capaz de golpearla. Eso habría bastado para eliminar toda esa seguridad aplastante con la que se envolvía. En ese momento la odiaba y la amaba al mismo tiempo. Se acercó amenazador, la agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. La besó con furia y dureza, hurgó en su boca sin delicadeza, magullándole los labios. La soltó con la misma brusquedad que la había cogido y la miró a los ojos, enrabiado.

—Me casaré con otra para que lo entiendas. Te he ultrajado y ahora te abandonaré a tu suerte. Ese soy yo y no esa fantasía que te has creído durante años.

—No harás semejante cosa —negó ella temblando.

Reece sonrió, por primera vez la veía dudar y eso hizo que sintiera que recuperaba el control de la situación.

—No me provoques, Lisa. Creo que ya has visto lo que soy capaz de hacer si me provocas. Te he tomado en este taller, con tus padres ahí arriba disfrutando de mi fiesta. Te he violentado, he disfrutado de tu cuerpo y ahora voy a dejarte tirada sin el menor reparo. Si sigues buscándome, te convertiré en mi puta y te arruinaré la vida.

Por primera vez, Lisa lo miró con desprecio y aquella mirada lo atravesó como la hoja de una afilada espada que se retorció en sus entrañas lenta y concienzudamente. Por fin lo entendía.

—Eres un cobarde —dijo marcando cada una de las palabras —. Un maldito cobarde. Quieres apartarme de ti porque temes hacerme daño y para ello me estás rompiendo el alma. En lugar de luchar contra tus miedos, enfrentar esa oscuridad que dices tener en tu corazón para tenerme a tu lado, haces todo esto para que me aleje de ti. Nunca te perdonaré, Reece, pero no porque me hayas tomado en la mesa del taller, yo me he entregado a ti, no me has forzado por mucho que quieras empeñarte en decirlo. No, no es eso lo que no voy a perdonarte. Lo que amargará mi existencia es saber que no me querías lo bastante para luchar contra gigantes y ver cómo te rendías antes simples molinos de viento.

Reece apretó los puños y los labios, como si quisiera contener un viento huracanado.

—Vete y déjame sola —pidió Lisa —. ¡Vete!

Reece salió del taller a toda prisa y la dejó sin mirar atrás. Para Lisa fue inesperado y súbito, como si una tromba de agua hiciese caer el techo sobre su cabeza. Se sintió morir de tristeza y las lágrimas cayeron de sus ojos a borbotones. Finalmente, la había vencido.

Se colocó el escote y sintió que los senos le dolían. De pronto se sintió mareada y confusa. Su abandono la hacía sentirse sucia y desgraciada. Notar la humedad entre sus piernas la hizo desfallecer. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Miró a su alrededor. Cuando entrase allí todos los días recordaría lo vivido, las imágenes de cómo se había comportado se repetirían en su cabeza una y otra vez.

Dio una patada a la pata de una mesa para sentir dolor. Necesitaba sentir algo físico para aliviar el sufrimiento profundo que anegaba su espíritu, pero lo único que consiguió fueron más lágrimas y desesperación.

El vestido estaba inservible, arrugado y descosido en algunas zonas. No podía regresar a la fiesta con ese aspecto. Se limpió las lágrimas apresuradamente y buscó en los armarios. Los diseños que había en su taller eran sencillos, nada apropiado para una celebración como aquella, pero cualquier cosa sería mejor que el que llevaba puesto. Además, quería quitárselo cuanto antes. Jamás volvería a vestir de ese color. Escogió un traje gris, de algodón y batista. Lo llevó hasta su despacho y cerró la puerta para cambiarse. Mientras se desvestía apresuradamente, los sollozos la doblegaron, acuciantes y dolorosos.

—Tengo que serenarme —se dijo a sí misma en voz alta. Necesitaba escuchar una voz humana para acallar la que resonaba en su cerebro —. Soy fuerte. Podré soportarlo.

Reece era un cobarde. Debía repetírselo una y otra vez hasta que esa certeza anulase el amor que sentía por él. Recordó sus caricias, lo que le había hecho sentir, y los sollozos se hicieron más intensos. Tenía que renunciar a él para siempre. No sería de esa clase de mujeres que mendigan amor. De hecho, ya había suplicado demasiado, no volvería a hacerlo jamás. Debía aceptar que no la amaba lo suficiente. Si después de lo ocurrido era capaz de amenazarla con casarse con otra, no había nada que ella pudiera hacer.

Era un cobarde. Temía más a sus instintos que al hecho de perderla. No había nada malo en él, ella lo sabía. Lo había visto actuar en un sinnúmero de situaciones. Era un hombre justo, honrado y bueno. Quizá sus desviaciones estaban solo en aquella parcela de su vida, pero ella no sentía que la hubiese agredido o maltratado. Solo la había hecho sentir cosas maravillosas que jamás había experimentado antes.

Había amor en sus ojos mientras la tomaba, jamás habría podido entregarse si no hubiese visto ese sentimiento en ellos. Pero prefería convertirse en un ser cruel y mezquino, antes que

entregarle su amor.

Se apoyó en la mesa de Céline y respiró profundamente para tratar de recuperar el color en sus mejillas.

—Si esto es lo que quieres, está bien — dijo en voz alta —. No me tendrás en tu vida, Reece Darwood, ni como esposa ni como amiga. Y nadie sabrá jamás lo que ha ocurrido aquí esta noche.

Recogió el vestido y se dispuso a ocultarlo en el armario que había junto a su mesa. Dentro había algunas telas, papel para dibujar y una caja que no recordaba cómo había llegado allí. La sacó pensando que era un buen escondite para el vestido. Contenía algunos papeles, pero estaba lo bastante vacía como para que cupiese el traje, así que lo metió dentro y la cerró volviendo a colocarla en su sitio. Recogió lo que había desordenado y respiró hondo varias veces antes de salir y dirigirse a la escalera.

—Soy fuerte y puedo hacerlo.

Capítulo 9

—¿No te parece que el vestido de Céline es un poco excesivo para ella?

Anna estaba junto a Jacques, observando a los bailarines. Céline bailaba con *monsieur* Besson y Anna no había dejado de criticarla, a ella y a otros, desde que se había encontrado con su amigo.

—No digo que porque sea una simple modista no pueda acicalarse, pero es que ese vestido es digno de una dama.

Jacques frunció el ceño, molesto.

—¿Y en qué te basas para considerar que Céline no es una dama?

—Bueno, no necesito basarme en nada. Sencillamente, no lo es.

—Me sorprende tu poca consideración, Anna.

—No me considero una persona desconsiderada, tan solo sincera. Lo que yo pienso es lo que piensa la mayoría de los que estamos en esta fiesta. Por no decir todos.

—Yo no pienso semejante cosa — dijo él cada vez más molesto.

—Es importante en nuestra sociedad — siguió como si él no estuviese allí —, que las personas permanezcan en el lugar que se les ha dado. No podemos ir saltando de un escalafón a otro, a voluntad.

Jacques no salía su asombro.

—Sabes perfectamente que la familia de Céline...

—No me salgas ahora con lo del viejo condado. Ni siquiera estoy segura de que eso sea cierto.

—¡Anna! —exclamó Jacques, estupefacto.

La prima de Reece giró la cara fingiendo que su interés se había desviado, pero en realidad quería esconder una insoportable sonrisa.

Jacques se sintió turbado al ver que Céline se acercaba a ellos sonriente.

—¿Habéis visto a Lisa? —Hacía un buen rato que la había visto bajar al sótano con Reece, pero ya deberían haber vuelto.

Anna la miró y tuvo que esforzarse para no mostrar su habitual simpatía hacia ella.

—¿Y qué es eso tan interesante que quieres contarle? No querrás dejarnos con la intriga.

Céline pareció dudar un instante.

—Realmente, *monsieur* Besson no me ha dicho que fuese un secreto — dijo recuperando el entusiasmo —. ¡Van a casarse!

Anna frunció el ceño.

—¿Quién va a casarse?

—La señora Darwood y él. Me ha dicho que anoche le pidió en matrimonio y que ella aceptó.

Jacques miró al caballero que charlaba con el abuelo de Reece al otro lado de la estancia. Debía tener alrededor de cuarenta y cinco años y su apariencia era la de un hombre que se preocupaba por su aspecto. Era viudo y no tenía hijos.

—¿A qué se dedica? —preguntó Anna.

—Fabrica barcos —respondió Jacques.

—Barcos... Interesante —dijo ella pensativa—. Será mejor que vaya a conocerlo. Si va a formar parte de la familia, necesito tener una opinión de él.

Céline se colocó al lado de Jacques y juntos la observaron mientras se alejaba.

—¿Qué le ocurre a Anna? —preguntó la modista con expresión confusa—. Estaba rara.

—¿Quieres bailar?

La pregunta de Jacques la sorprendió, pero asintió rápidamente, temerosa de que cambiase de opinión.

—Permíteme decirte que llevas un vestido precioso —dijo él cuando la música los acompañó en su danza—. Te favorece mucho.

Céline se ruborizó y no pudo disimular su turbación. Jacques sonrió con ternura al saberla tan vulnerable a sus halagos.

—¿Cómo va tu relación con *madame* Mayer?

La modista abrió mucho los ojos y se mordió el labio de un modo encantador.

—Me ignora por completo —reconoció—. He intentado hacer que me perdone por inmiscuirme aquella vez, ya sabes, cuando...

—Sí, Michelle la joven costurera, lo recuerdo.

Volvió a ruborizarse al darse cuenta de que él estaba allí cuando Lena la regañó con severidad.

—Apenas visita nuestro taller y no le gusta que nosotras vayamos al suyo. Es lo mejor, por otra parte. Me cuesta mucho no inmiscuirme en los asuntos de los demás —dijo enigmática y Jacques la miró con atención tratando de descifrar el misterio.

—¿Te refieres a las quejas de algunas de sus costureras?

Céline apartó la mirada.

—No me refiero a nada, era una autocrítica. Soy bastante incordio a veces.

—Tanto Reece como yo conocemos las «peculiaridades» en el carácter de la señorita Mayer, no es necesario que disimules, Céline.

Escuchar su nombre en los labios de Jacques provocó un inesperado calor en todo su cuerpo. La joven modista temió que él se percatase del temblor de sus manos o de su acelerada respiración y enmudeció. Al ver que no decía nada, él pensó que la había molestado con sus preguntas y siguieron bailando en silencio.

Antes de que terminara aquella pieza, Jacques vio a Reece junto a las escaleras que llevaban a los talleres. Tenía un aspecto horrible. Hizo un barrido por toda la sala para ver quién se había percatado de su aparición y respiró aliviado al ver que nadie miraba hacia allí.

—Céline, debo hacer algo inmediatamente, ¿me disculpas?

De nuevo aquel enrojecimiento sutil en sus mejillas, aunque ahora se sintió culpable por ello. La dejó en medio de la pista y se alejó con paso rápido, pero sin llamar la atención. Céline se dio la vuelta y se alejó de los que bailaban, buscando un lugar apartado en el que dar rienda suelta a su incomodidad.

—¿Qué te pasa?

Reece se sujetaba a la barandilla y tenía los nudillos blancos de tanto apretar.

—Necesito una copa, Jacques.

Su amigo asintió y, cogiéndolo del brazo con disimulo, lo llevó hacia su despacho para alejarlo de las miradas ajenas. Lena fue la única que los vio irse y torció una sonrisa convencida de que la angustia que había visto en su rostro se debía a su inesperada aparición en un momento tan delicado... y aprovechable. Porque Lena Mayer jamás desaprovechaba una posición avanzada. Si se podía sacar partido de un evento, ¿por qué no hacerlo?

—¿No vas a contármelo?

Reece cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá. Se había quitado la chaqueta y aflojado la pajarita para poder respirar. Sentía un calor abrasador en el pecho y un frío intenso en el cerebro. Apuró el contenido de su vaso y se lo ofreció de nuevo a su amigo.

—Llévalo —pidió—. No me pongas un dedo, sé generoso.

—Es *whisky*, Reece, no vino — dijo su amigo acercándose a él con la botella en a mano y vertiendo una razonable cantidad de líquido —. ¿Qué narices te ha pasado para que estés hecho una mierda?

—No preguntes —dijo él con mirada extraña.

Jacques frunció el ceño y lo miró con más atención.

—¿Has llevado a alguna dama a los talleres? — Al ver su expresión supo que había dado en el calvo —. ¿Quién ha sido? ¿Madelaine Charpentier? No la he visto desde hace mucho rato. ¡Su marido está en la fiesta, Reece!

Sabía de la agitada vida amorosa de su amigo y, aunque había una parte de él que lo envidiaba, la otra sentía cierta preocupación por un comportamiento libertino que acabaría dándole problemas. Se conocían desde niños y hasta los diecinueve años nada en su personalidad dejó entrever jamás su desaforada inclinación hacia la promiscuidad.

—Me duele la cabeza —dijo poniéndose el vaso en la frente —. No tengo ganas de monsergas.

—Será mejor que te deje solo.

—No. —Lo detuvo Reece cuando se dirigía a la puerta —. Quédate. Hoy más que nunca, necesito un amigo.

Jacques regresó sobre sus pasos y lo miró con verdadera preocupación.

—¿Qué ha pasado, Reece?

Y entonces, sin que el francés supiese cómo reaccionar, vio cómo su amigo se inclinaba sobre sus rodillas y, sujetándose la cabeza con una mano y el vaso de *whisky* en la otra, rompía a llorar con silenciosa desesperación.

Lisa subió el último peldaño y las notas del Danubio Azul la recibieron insolentes. Los invitados parecían haber aumentado desde que no estaba. Sus ojos se cruzaron con Lena Mayer, que la observaba con una expresión en el rostro digna de ser pintada. Su satisfacción y burla eran tan evidentes que nadie que se percatase de que era a ella a quien miraba así, dudaría de que tenía algo poderoso en su contra.

—Lisa, ¿te encuentras bien? — Céline se disponía ya a bajar a los talleres en su busca cuando se topó con ella —. Tienes mala cara, estás muy pálida. ¿Y ese vestido? ¿Qué ha pasado, Lisa?

—Tengo que irme a casa —susurró su amiga —. He vomitado en el otro vestido y he tenido que cambiarme. Algo me ha sentado mal y me duele mucho la cabeza.

Lo dijo todo del tirón tal y como lo había ensayado, y no se dio cuenta de lo mecánica que había resultado su explicación. Céline frunció el ceño más preocupada aún.

—Voy a buscar a tu hermano, está en el despacho con Reece...

—No necesito a mi hermano — musitó entre dientes —. Acompáñame fuera. Le pediré a Vasseur que regrese con el coche después de dejarme en casa. No hay por qué molestar a nadie. Todo el mundo se lo está pasando bien.

Céline la cogió del brazo y juntas fueron en busca de sus abrigos. Nadie las detuvo y en unos minutos se encontraron solas en el carruaje de los Lacroze. Lisa recostada contra el hombro de su amiga, que tenía un nudo en el estómago. La imagen de Reece junto a la escalera no se borraba de su mente. Estaba claro que algo había ocurrido entre ellos y a juzgar por el decaimiento de su amiga, no había sido nada bueno.

—Yo acompañaré a la señorita a su dormitorio, Mercier — dijo sin soltarla cuando el mayordomo las recibió —. Dormiré aquí esta noche.

La llevó hasta su cama y Lisa se tumbó sin desvestirse. En cuanto su cara tocó la almohada, las lágrimas brotaron como por ensalmo. Se encogió como una niña, abrazándose las rodillas, y Céline la tapó con un cobertor al ver cómo temblaba.

El frío corría por sus venas como un veneno y los temblores aumentaron hasta ser visibles bajo las mantas. Céline se había quitado los guantes y el abrigo y después hizo lo mismo con los zapatos. Se metió en la cama junto a su amiga y la abrazó para darle calor. Sin darse cuenta, también había empezado a llorar. Nunca la había visto así. Era tal el dolor que desprendía, que podía sentirlo en su cuerpo como algo físico. Sabía que no era el momento de preguntar, cuando estuviese lista le hablaría de ello. En lugar de interrogarla, le dio palabras de consuelo y afecto. La noche avanzó y al final se quedaron dormidas de agotamiento. El sueño de Lisa fue agitado y en varias ocasiones se despertó gritando asustada. Céline tuvo que levantarse de la cama y dormir en una butaca junto a ella, sentir la presencia de otro cuerpo junto a ella no hacía más que exacerbar aquel extraño e imperioso llanto que la sacudía cada vez que profundizaba en el sueño.

—Lisa... —Movió suavemente sus hombros —. Lisa, despierta.

Su amiga la miró somnolienta y unos segundos después se sentó en la cama, sobresaltada.

—Debes quitarte el vestido y ponerte el camisón — dijo Céline —. Tu doncella no tardará en venir a despertarte y se sorprenderá si te encuentra vestida con esas ropas.

Lisa se llevó la mano a la cabeza, aún le dolía, además de en otros lugares de su cuerpo que no podía mencionar.

—Puedo ayudarte a quitarte el vestido, si quieres.

Lisa negó con la cabeza y su expresión se descompuso por el dolor.

—Entonces será mejor que me marche ya, así no tendré que dar explicaciones absurdas — siguió su amiga —. Pero sabes que puedes venir a verme a casa. Allí estaremos solas y podremos hablar tranquilas de lo ocurrido esta noche. Si tú quieres.

Lisa se lo agradeció con una esforzada sonrisa.

—No voy a poder, Céline —dijo sincera.

La modista asintió con tristeza y las lágrimas brillaron de nuevo en su mirada. Cogió su abrigo y sus guantes, y se dirigió a la puerta.

—Hoy no deberías venir a...

—Di que estoy enferma —la interrumpió desviando la mirada hacia la ventana.

Céline salió de la habitación y Lisa dejó que las lágrimas regresaran. Apartó las mantas y bajó los pies al suelo, sin calzarse las zapatillas. Quería notar el frío en ellos. Suspiró y se puso de pie dispuesta a desvestirse. Desabrochó los botones, desató las cintas y fue dejando caer una a una las piezas de ropa que componían su atuendo. No era muy saludable dormir con corsé, pero ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa. Se acercó al espejo de cuerpo que había junto al ropero y se miró. Ahora entendía por qué Céline se había asustado al verla, su rostro era una máscara desastrosa. Se tocó los pechos y gimió. Lentamente se quitó la camisola y la dejó colgando de su mano mientras observaba su cuerpo desnudo. Se imaginó con el cuerpo lleno de moretones, tal y como Reece se lo había descrito al oído. En los pechos, en el cuello, en los brazos... Y allí, donde no podía ver, seguro que allí también los tendría si fuese tan violento como le había advertido que podía ser.

El dolor que sentía por su primera vez era lacerante e intenso, pero no tenía nada que ver con el que él le había descrito. Ella sabía que ninguna de aquellas cosas con las que la había amenazado eran ciertas. Reece sería incapaz de levantarle la mano o de obligarla a hacer nada que no quisiera. Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos cuando se puso el camisón y se metió en la cama, tapándose hasta la cabeza para que Babette no la viese cuando entrase a despertarla. Nadie debía verla.

—La señorita no bajará a desayunar — anunció Babette en el comedor —. Se encuentra indispuesta y dice que quiere dormir hasta sentirse más recuperada.

Camille miró a su esposo y a su hijo interrogativamente.

—¿Qué le pasa a esa muchacha?

—A mí no me mires —dijo Matthieu mirando a su esposa por encima del periódico —. Anoche apenas la vi.

Jacques estaba seriamente preocupado por Reece y no tenía la cabeza para pensar en enfermedades femeninas. Así que se encogió de hombros sin responder. Camille se dirigió a la doncella.

—Déjenla dormir hasta medio día y entonces que alguien le lleve un cuenco de sopa de pollo. Es lo que mejor le sienta cuando tiene el estómago revuelto.

Cuando la doncella salió, Camille miró a su marido con preocupación.

—¿Alguno de los dos la vio marcharse? Esa pesada de la señora Etienne me tuvo secuestrada gran parte de la noche y no me di cuenta de nada.

—Le sentarían mal los canapés — dijo su esposo tratando de tranquilizarla —. No empieces con tus miedos, Camille, a la niña no le pasa nada. Si no se encuentra mejor, esta tarde llamaremos al doctor Leblanc.

Camille asintió repetidamente y miró a su hijo, molesta.

—¿Tú no estuviste con ella? Eres su hermano, deberías haberla cuidado.

Jacques dejó la servilleta en la mesa, apartó la silla y se levantó.

—Disculpadme, tengo que irme a trabajar.

Su madre lo observó anonadada mientras salía del comedor.

—Pero ¿tú has visto? ¿Semejante falta de interés por el bienestar de su hermana?

—Jacques tiene muchas preocupaciones, Camille. *Le Colisée* abre hoy sus puertas. Sé comprensiva.

En eso tenía razón. Era el primer negocio que emprendía su hijo y había invertido en él una gran cantidad de dinero y esfuerzo. Y a Lisa no le ocurriría nada, tan solo una mala digestión.

En cuanto escuchó que iban a llamar al médico, Lisa hizo de tripas corazón y se levantó de la cama. Comió todo lo que le pusieron en el plato y sonrió con el mayor entusiasmo que pudo fingir, que no fue mucho. De ningún modo podía visitarla el doctor Leblanc, no sabía los métodos que tenían los médicos para averiguar si se había producido un cambio importante en una anatomía femenina y lo último que necesitaba era enfrentarse a unos padres decepcionados y avergonzados. No, aquello debía afrontarlo sola. Lo que había pasado había sido su voluntad y no involucraría a nadie más.

—Tómate unos días, querida — le aconsejó su madre cuando se sentó con ella frente a la chimenea —. Tu hermano ya se ha encargado de decírselo a Reece. Seguro que en cuanto salga de trabajar viene a verte para contarte cómo ha ido el primer día.

Lisa empleó todo su esfuerzo en sonreír y asentir al mismo tiempo. La cabeza aún le dolía y no era lo único. Querría poder acostarse en su cama, pero la amenaza del médico era demasiado aterradora.

Aguantó durante todo el día los cuidados de su madre, su conversación infinita y el dolor inespecífico y constante. Pero cuando estuvo sola en su habitación y pudo cerrar la puerta tras ella, se dejó caer al suelo sin fuerzas. Nunca creyó que pudiera resistir tanto, su cuerpo se movía de manera mecánica y se sintió agradecida por ello, pues no habría podido darle órdenes que no fuesen contradictorias.

Respiró hondo varias veces, concentrándose en aquellas respiraciones profundas y rítmicas. Se puso de pie y se preparó para acostarse. Dio la espalda al espejo mientras se quitaba la ropa y se ponía el camisón. Se metió bajo las sábanas y se quedó mirando al techo. Las lágrimas volvieron en cuanto regresaron los recuerdos de aquel momento. Sentía sus labios besándola, sus manos recorriendo su cuerpo, su...

Escondió la cara en la almohada y sollozó desesperada. El ansia que había sentido cuando él la acariciaba era un recuerdo demasiado vívido. Su cuerpo respondía ante el simple pensamiento y sentía un vacío profundo y doloroso en su interior. ¿Qué haría cuando se viesen? ¿Cómo soportar su indiferencia después de lo que había sucedido? Sí, Reece había tratado de apartarla y fue ella la que lo provocó, pero estaba segura de que él también la deseaba. Diseñó el vestido expresamente para él como un grito de auxilio, una súplica inclemente para que la amara. Y él respondió a su pesar, la tomó como a su mujer, la hizo suya y despertó en ella un mundo de

sensaciones desconocidas. Sensaciones prohibidas que una joven soltera no debería conocer. Tendría que vivir el resto de su vida tan solo del recuerdo de aquella única vez. Nunca se casaría, no amaría a nadie más que a él, de eso estaba segura. Además, lo que había hecho le impedía casarse con ningún otro. No permitiría que su familia sufriera las consecuencias de sus actos.

Lena entró en el despacho con una enorme sonrisa, como si hiciese una mañana radiante en lugar de llover a cántaros. Reece contemplaba la calle desde su ventana y se giró a mirar quién había entrado.

—Buenos días, Reece. No estaba segura de si vendrías esta mañana a trabajar. Imagino que estarás cansado, después de... la inauguración. Por cierto, qué manera tan ingeniosa de inaugurar los talleres. Realmente deliciosa.

Él la miró indiferente. Si pensaba que iba a ponerlo nervioso con eso, estaba claro que no lo conocía en absoluto.

—Espero que disfrutaras del espectáculo — dijo sin apartar la mirada.

—Muchísimo. De hecho, es el tipo de espectáculo que más me gusta.

—Pues ya tenemos algo en común — dijo él acercándose.

—Algún día, quizá... —Le cogió la solapa de la chaqueta y arrastró dos dedos bajando provocativa —. Me encantaría exactamente en el mismo...

—Reece, tengo... —Jacques se detuvo en seco al ver la escena —. Siento interrumpir, no sabía que estabas reunido.

—Tranquilo, Jacques. La señorita Mayer solo ha venido a charlar sobre anoche.

—El señor Darwood y yo compartimos un momento... muy especial — dijo ella sonriendo con ironía.

Jacques pensó que había sido con ella con quien se había perdido en los talleres y frunció el ceño desconcertado.

—Os dejo para que habléis de vuestras cosas — dijo la diseñadora caminando hacia la puerta —. Espero verte por mi taller, Reece, hay unas telas que quiero mostrarte. Tienen un tacto increíble, te lo aseguro.

—No me cabe la menor duda — dijo el inglés.

Jacques miró la puerta cerrarse y luego se volvió hacia su amigo.

—¿Lena? ¿Te has vuelto loco? ¡No me extraña que estuvieras tan preocupado anoche! Ya sabes lo que dicen de ella... Es una devora hombres.

Su amigo entornó los ojos, pensativo, quizá eso era lo que él necesitaba. Por supuesto no lo dijo en voz alta, en lugar de eso regresó a su silla detrás del escritorio.

—¿Has traído esas cuentas que te pedí?

Jacques se sentó frente a él y depositó una carpeta sobre la mesa.

—He tenido que venir temprano para tenerlas listas, la próxima vez te pediría que me dices algo de tiempo para no tener que correr. Me habría gustado ver a Lisa antes de venir. Ayer estuvo enferma todo el día, no sé qué comió, pero le sentó fatal. Seguramente estará un par de días sin venir a trabajar.

—Que se tome todo el tiempo que necesite — comentó Reece aparentemente indiferente.

Jacques lo miró extrañado.

—¿Y ya está? ¿No vas a preguntarme cómo está?

—Ya me has dicho que está enferma — dijo abriendo la carpeta y empezando a revisar las cuentas —. Además, hoy ni siquiera la has visto, así que no puedes contarme nada más.

—¿Vendrás luego a verla?

—Hoy tengo un día muy ajetreado, no creo que me sea posible. Ya la veré mañana.

Jacques entornó los ojos y lo miró con más atención.

—¿Pasa algo entre mi hermana y tú?

Reece sintió un tirón en su espalda y se envaró sin poder evitarlo.

—¡Lo sabía! Sabía que os pasaba algo. Bajó al taller y os pilló a Lena y a ti, ¿verdad?

— Dio un golpe en la mesa y se levantó de un salto —. Por eso está enferma. ¡No puedes ser tan estúpido! Lisa está coladita por ti desde que era una cría, se habrá llevado el disgusto de su vida.

Reece soltó la pluma para que su amigo no se percatase del temblor de su mano.

—Si es así, eso es lo mejor que podía pasar — dijo con voz grave.

Jacques se giró a mirarlo muy serio.

—Creía que tú también sentías algo por ella, pero es evidente que no.

—Lisa es como una hermana para mí — mintió.

El otro negó con la cabeza.

—Claro, es imposible que ames a una mujer y te tires a todas las que tienes a tu alcance.

—No hables así, no te pega, Jacques.

Su amigo volvió a sentarse y lo miró con cierta timidez.

—En cierta manera soñaba con ello, ¿sabes? Me gustaba la idea de que te convirtieses en mi hermano. Y no se me ocurría un hombre mejor para Lisa.

—Pues qué bajo apuntas.

Jacques torció una sonrisa.

—Aparte de tus visitas al burdel de *madame* Truffaut y tus escarceos con un buen número de mujeres «respetables», eres un buen partido.

—Soy hijo de James Darwood — respondió con mirada gélida —. Estaría orgulloso de mí.

Jacques no conocía la historia, pero había visto cómo, tras la muerte de su padre, su amigo pasaba de ser un joven educado y tímido a convertirse en un auténtico crápula. Así que suponía que ese cambio tuvo que ver con ese terrible hecho, pero nunca se atrevió a preguntar.

—Algún día tendrás que sentar la cabeza — dijo concentrado.

Reece lo miró con atención.

—¿Estás pensando en ti o en mí?

Jacques parecía dubitativo. Quería preguntarle algo, pero no se atrevía.

—¿Qué te ronda por la cabeza? — inquirió Reece.

—¿Qué opinión tienes de Anna?

—¿Anna? ¿Mi prima Anna?

—Ya sabes a qué Anna me refiero.

—Pues... Es inteligente, demasiado avanzada para este siglo... Creo que esa muchacha no eclosionará hasta dentro de veinte años, cuando las mujeres consigan esos logros por los que tanto están luchando.

—¿De qué estás hablando? ¿Anna es una feminista?

Reece movió la cabeza. Jacques era un buen amigo, pero no era demasiado perspicaz. Estaba enamorado de Anna desde hacía varios años y no tenía ni idea de quién era ella. Así era Jacques.

—Has sido testigo de las discusiones que tiene con su padre por esas reuniones a las que va. ¿A dónde te crees que iba? ¿A tomar el té?

—El movimiento sufragista no tiene cabida en Francia. No existe, de hecho.

—No existe para la mayoría, pero para algunas mujeres sí. Y Anna es una de ellas. Y bastante activa, por cierto. ¿Te acuerdas del panfleto que me mostraste hace dos semanas? Llevaba su sello. Creí que por eso lo habías traído.

—¡No tenía ni idea!

—Jacques, deberías abrir más los ojos antes de poner en juego tu corazón. Podrías encontrarte con una gran decepción.

—Pero ¿las feministas no nacen para apoyar a la mujer? Tu prima se pasó la noche criticando a todas nuestras invitadas. Especialmente a Céline.

Reece entornó los ojos de nuevo para prestar atención.

—¿Céline?

—Estaba encantadora con ese vestido que ella misma diseñó, pero Anna se pasó todo el tiempo que duró el vals, criticándola.

—¿Y eso te molestó?

—Claro que me molestó. Céline es una muchacha humilde por sus circunstancias, no por su cuna, no merece que nadie hable así de ella.

Reece suspiró, cansado de aquella conversación.

—Céline no merece que la critiquen, no por su cuna, que me importa un bledo, sino porque es una mujer extraordinaria que ha sido capaz de salir adelante, prácticamente sola. Además, es la mejor amiga de tu hermana y solo eso ya demuestra que ha de ser tenida en cuenta. Y ahora, vete y déjame trabajar.

Jacques se fue del despacho, pensativo y Reece se recostó contra el respaldo y cerró los ojos un instante. Saber que Lisa estaba enferma por su culpa le retorció las entrañas. No podía pensar en lo ocurrido la noche anterior porque si lo hacía subiría al tejado y saltaría a la calle. Su enorme canallada lo tenía sumido en un estado de completa enajenación mental. Saber que no podía aliviar en nada el dolor que Lisa sentiría, lo traspasaba como una afilada hoja de acero.

Aquel acto aberrante e impío era la confirmación de todos sus miedos. Si había sido capaz de hacerle aquello, ¿qué no le haría si la tuviera cada día a su merced? Las arcadas regresaron y tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo varias veces para contenerlas. Apenas había comido nada, sentía un puño en el estómago que no dejaba pasar ni el agua.

—Al menos no volverá a acercarse a mí.

Apoyó los codos en la mesa y sostuvo su cabeza con las manos. ¿Por qué tenía que dolerle tanto?

Capítulo 10

Lisa regresó a *Le Colisée* unos días después, aparentemente recuperada de su dolencia y, desde ese momento, se volcó en el trabajo tratando de olvidarse de todo lo demás. La galería ya estaba abierta al público, pero solo en su sección masculina y *prêt-à-porter*. Aunque faltaba la atracción más importante, la colección de Lena Mayer, numerosas damas que no pudieron acudir a la inauguración, se pasaban a mirar con ánimo curioso y anhelo de consumir. Algunas de esas damas acudían acompañadas por la institutriz de sus hijos para poder así visitar la sección de confección, de la que tanto habían oído hablar, sin que nadie las juzgase.

Tras la primera semana, Reece y Jacques se mostraban satisfechos con las ventas. El administrador acudió al despacho con una botella de champán dispuesto a descorcharla en plena jornada de trabajo.

—Ven a cenar a casa esta noche y tráete esa botella — le dijo Reece —. Lo celebraremos con mi abuelo, que está tan pletórico como tú.

—¿Es que acaso tú no lo estás?

No le había pasado desapercibida la sombra que cubría la mirada de su amigo. Estaba claro que entre Lisa y él había pasado algo grave y, aunque no se lo hubiese reconocido, estaba convencido de que su hermana lo había visto en actitud poco decente con *mademoiselle* Mayer. ¿Qué les pasaba a esos dos? ¿Cómo podían ser tan estúpidos? Era evidente lo que sentían el uno por el otro.

—Le diré a Lisa que me acompañe — dijo con intención.

Reece apartó la mirada, pero su cuerpo se enervó.

—¿Vas a invitar a Lena? —preguntó Jacques.

—Ya lo he hecho —respondió molesto —. Me he encontrado con ella al llegar y se lo he dicho.

Quizá era eso lo que necesitaban para dar el paso, se dijo Jacques. A veces es mejor enfrentar las malas situaciones que no dejar que se alarguen en el tiempo. Lisa debía entender que Reece era un hombre libre, de momento, y podía hacer con su vida lo que quisiera. Otra cosa sería cuando se comprometiese. Su hermana era razonable y acabaría por superar la impresión que debió de causarle encontrarlos en esa situación tan poco aceptable para una joven inocente como ella.

—Deberías invitarla tú —dijo de pronto —. Cuanto antes os enfrentéis a esta situación, mejor para todos. Desde esa noche os evitáis con evidente esfuerzo. Todos acabarán dándose cuenta y eso no es bueno para el negocio ni para vosotros.

—¿Adónde vas? —preguntó Reece sobresaltado.

—A buscarla. Le diré que tienes que hablar con ella.

—No.

Jacques se giró desde la puerta y lo miró con fijeza. Después regresó lentamente sobre sus pasos.

—Estás empezando a preocuparme, Reece. Si no me dejas ir a buscarla, pensaré que entre vosotros ha ocurrido algo verdaderamente grave. Mucho más grave que el hecho de que os pillara a la señorita Mayer y a ti...

Reece comprendió que iba a llegar a una conclusión muy peligrosa si seguía dándole vueltas al tema.

—Tienes razón, es absurdo e infantil no afrontarlo — dijo tratando de sonreír —. Es una situación muy incómoda, Jacques, seguro que lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, pero no se puede alargar eternamente — dijo caminando de nuevo hacia la puerta —. Iré a buscarla y os dejaré solos.

Reece mantuvo la expresión y la sonrisa que se había congelado en sus labios, aunque por dentro temblaba como un niño asustado.

Lisa puso la mano en la manilla de la puerta y respiró hondo varias veces. Su cuerpo temblaba como si tuviera frío, a pesar de que hacía solo unos minutos estaba acalorada por tener que mover varias piezas de tela. Se llevó una mano al escote cerrado y estiró la espalda, revistiéndose de una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

Reece le había dado paso en cuanto tocó a la puerta y se puso de pie para recibirla. Estaba nervioso, avergonzado y furioso consigo mismo. Pero ella no debía saberlo, no podía ver lo mucho que se arrepentía de lo ocurrido aquella noche. Debía verlo frío y sereno, indiferente incluso. «¿Por qué no entra de una maldita vez?».

—Buenos días —dijo ella cerrando la puerta tras de sí, eludiendo su mirada —. Mi hermano me ha dicho que querías verme.

—Así es —dijo él con voz firme—. Me alegra ver que ya te has recuperado.

Lisa sintió un dolor lacerante en el pecho. ¿Recuperada? ¿Qué clase de cinismo era ese? Siguió mirando a ninguna parte y esperó a que él hablase.

—Esta noche habrá una pequeña recepción en casa de mi abuelo. Se ha empeñado en celebrar la primera semana de *Le Colisée* y me temo que así va a ser todo el ti...

—No puedo —interrumpió, ansiosa por salir de allí —. Si no necesitas nada más, debo regresar al trabajo.

—Lisa...

Oírlo decir su nombre fue demasiado para ella. Esas imágenes que había luchado por alejar de su mente regresaron como una ola, anegándolo todo. Levantó la mirada y la posó en sus ojos, azules, fríos y feroces. Recordó su boca ansiosa, sus manos dulces, su cuerpo poderoso... Apretó los labios para contener las palabras que pugnaban por atravesarlos. Quería gritarle que era un cobarde, un ser despreciable y cobarde.

Reece lo vio en su mirada, aquel desprecio que tanto había temido y ansiado a la vez. Ahora estaba allí, en sus ojos dorados, fulgurante como las estrellas. Lo había conseguido, había

conseguido apartarla para siempre. Ya no tendría que protegerla de sí mismo, ahora tenía claro que era peligroso y jamás volvería a azuzar a la bestia que dormía en su interior. Se sintió aliviado y agradecido. Por fin podía respirar tranquilo sabiendo que ella estaría bien. Ahora, no. Mañana, no. Pero algún día...

—¿No vas a decir nada? —No había súplica en su mirada, tan solo una aplastante rectitud.

—¿Quieres que te pida perdón? ¿De qué iba a servir eso, Lisa? Lo que ocurrió ya no puede deshacerse.

Ella apretó los labios de nuevo, esta vez para contener las lágrimas. Se había jurado no volver a llorar jamás frente a él y lo cumpliría, aunque para ello tuviera que arrancarse los ojos. Se dio la vuelta y salió del despacho sin más. Reece se sentó lentamente y se recostó contra el respaldo de la silla.

—El dolor que siento es bueno — murmuró —. Mejor mi dolor que el suyo.

La cena en casa de los Dubois resultó amena y relajada. Habían invitado a varios amigos y colocaron a Lisa entre la señora Bertrand y el señor Lefebvre, dos personas encantadoras a las que les gustaba mucho hablar. Así que Lisa se limitó a seguir la conversación con interés, ignorando lo que sucedía en el otro lado de la mesa junto al anfitrión, donde se sentaban Reece y la señorita Mayer.

—He visto tus vestidos, querida — decía la señora Bertrand mientras apuraba las migas de su primer plato —. Son una maravilla. No sabes lo que lamento que se hagan en serie, de no ser así me los habría comprado todos.

—¿Qué más dará que dos mujeres lleven el mismo vestido? — se preguntaba el señor Lefebvre —. ¿Se preocupan las damas por montar en el mismo coche? ¿O por caminar por la misma calle? No lo entiendo, no lo entiendo.

—Amigo mío —intervino Isabella, la abuela de Reece —, si hay algo que nos distingue es nuestro atuendo. Piense usted en lo confuso que sería pasear por *les Champs-Élysées* y que todas las damas con las que se cruzase fuesen igualmente vestidas.

—A todo se acostumbra uno — respondió Lefebvre, que no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Tus diseños son preciosos — dijo Marguerite sincera —. Pienso comprar alguno, ya encontraré el momento propicio para ponérmelo. En especial, el que tiene ese corte con volante a esta altura...

—¿Lo ha visto? —preguntó la señora Reynaud —. A mí me fascinó.

—Es muy original —confirmó la madre de Reece.

—Originales son los diseños de *madame* Mayer — intervino *madame* Schneider —. Estoy deseando conocer su nueva colección.

—No tardarán en poder verla — dijo Lena —. Estamos a punto de terminarla. Solo quedan un par de vestidos de noche, pero están casi acabados.

—¿Y no puede adelantarnos nada? — preguntó la señora Reynaud.

—Si quieren pasarse por el taller durante esta semana — adujo Lena, satisfecha por el interés que despertaba —, estaré encantada de mostrarles alguno de ellos.

—¡Oh, no, de ningún modo! — exclamó la abuela de Reece sonriendo —. ¿Estropear la sorpresa? No, ni se les le ocurra. Reece, no permitas semejante cosa.

Lisa se había distraído observando a Marguerite y a Alain Besson, que miraba a la madre de Reece con auténtica devoción. Los había visto en varias ocasiones y el amor que sentían el uno por el otro era tan evidente, que casi podía verse a su alrededor, como un aura brillante que los seguía a todas partes. Y no era porque hiciesen alarde de esos sentimientos, se trataba de algo sutil que solo un alma sensible, como la de Lisa, podría captar.

Reece siguió su mirada de soslayo y adivinó la deriva de sus pensamientos. «Eso», se dijo. «Eso es lo que tú necesitas. Lo que mereces. Un hombre bueno y amable que cuide de ti y que jamás te haga daño».

—... perdón a la señorita Lacroze. — *Madame* Schneider llamó su atención, haciéndola volver a la conversación —. Camille, no me mires así, no es una crítica, tan solo digo que no me pondría nunca un vestido que estuviese al alcance de «esas mujeres».

—Yo opino igual, Lisa —dijo *madame* Bertrand con expresión azorada —. Imagínatelo, ¡cualquier mujer!

Lisa percibió que había un mensaje oculto en aquel temor, pero tardó unos segundos en comprender a qué se refería.

—No creo que «esas señoras» — remarcó Lefebvre —, compren en los almacenes *Colisée* ...

—*Le Colisée* no son unos grandes almacenes — intervino Reece desde el lado opuesto de la mesa —. No vendemos de todo.

—Yo expresé el mismo temor — añadió Lena con tono pausado —. Cuando supe del proyecto que iba a llevar a cabo la señorita Lacroze, argumenté que eso daba pie a que cualquier mujer, sea cual sea su ralea, pudiese comprar uno de sus vestidos y lucirlo en cualquier situación. Y me refería, por supuesto, a esa clase de mujeres en las que todos están pensando.

—Esas mujeres —intervino Lisa con, quizá, excesivo ímpetu —, también han de vestirse.

—Pero no creo que resulte edificante para ninguna dama de elevada moral encontrarse en la calle con una de esas... mujeres descarriadas luciendo su mismo vestido. Yo moriría del disgusto — dijo la diseñadora fingiendo desconcierto.

Lisa sintió todas las miradas clavadas en ella, excepto la de Reece, que miraba su plato mientras sostenía el tenedor y el cuchillo inmóviles.

—Lo cierto es que esas mujeres existen — respondió dejando a un lado su ánimo y centrándose tan solo en el tema que trataban —. No podemos ignorarlo. Y existen porque hay caballeros que requieren de sus servicios.

—Lisa... —Su madre la conminó a cuidar lo que decía.

—Déjala hablar, Camille —pidió Marguerite mirándola con interés —. Yo opino como ella. Sigue, Lisa.

La joven lo pensó unos segundos, pero finalmente se libró de sus temores y habló sin complejos.

—Las mujeres de las que hablamos tienen madres, han sido niñas. Algunas todavía lo son. No son monstruos que hayan nacido con dos cabezas o que no tengan sentimientos. Estoy segura de que sufren y lloran hasta que se quedan sin lágrimas. Porque sus vidas y sus circunstancias las han llevado a ese mundo del que nosotras, las damas de bien, no queremos ni oír hablar. ¿Creen

que si pudieran no se cambiarían por cualquiera de nosotras? Si les dieran la oportunidad de nacer en una familia de bien, tener todo lo que pudieran necesitar y gozar del amor y el cuidado de unos amorosos padres, aceptarían sin pensárselo.

—¿Cómo estás tan segura, Lisa? — preguntó Lena —. Hablas como si las conocieras. Me temo que tu buen carácter te está nublando el pensamiento. La mayoría de esas mujeres son depravadas por naturaleza, el vicio está en sus venas porque ya lo estuvo en sus padres.

—¿Y tú cómo estás tan segura? — la imitó —. ¿Es que acaso conoces a alguna?

Hubo un murmullo de sorpresa, la cena se ponía interesante.

—Soy un poco mayor que tú y he visto cosas de las que prefiero no hablar. Te aseguro que esas mujeres no son como nosotras. Si contrataras a una de ellas para que trabajara en tu taller, estoy convencida de que una noche podrías encontrarla en ese mismo taller en actitud comprometida y a la vista de cualquiera, si diese con algún insensato capaz de caer en sus redes. — Sonrió burlona —. No me imagino a una dama en semejante actitud.

—Pues yo podría hacer una lista — dijo Marguerite con expresión seria, pensando en todas las mujeres con las que fornicó su marido. Damas de alta cuna que no tuvieron remilgos a la hora de entregarse a James en las situaciones más inverosímiles, sin importarles que ella estuviese presente.

Lisa estaba pálida. Sus ojos dorados se apagaron como si alguien hubiese soplado la llama que brillaba en ellos. Reece no levantó la cabeza, pero su mandíbula se marcó visiblemente mientras soltaba los cubiertos sobre el plato, muy despacio.

—Eso es un prejuicio muy poco cristiano, si me permites decirlo. Sin ir más lejos, María Magdalena...

—Ella fue una entre un millón — la cortó Lena —. No pretenderás que nuestro criterio sea comparable al de Jesucristo. Por Dios, Lisa, ni siquiera tú puedes ser tan ingenua.

—Yo vi hace poco a esa *madame* Truffaut en la Plaza de la Concordia. La acompañaba una jovencita, apenas era una niña, y pensé que era imposible que esa muchacha... — *Madame* Bertrand negó con la cabeza sin terminar la frase.

—Será mejor dejar este tema tan desagradable — dijo Marcel Dubois atrayendo la atención de sus invitados —. Estamos aquí para celebrar la buena acogida que ha tenido *Le Colisée*, así que brindemos por ello y sigamos disfrutando de estos manjares que nos ha preparado la señora Gautier con tanto esmero.

—No quiero que malinterpreten mis palabras — intervino de nuevo Lena, que no parecía dispuesta a dejar el tema —. Los diseños de la señorita Lacroze son excelentes. Yo diría que, algunos de ellos, extraordinarios. Estoy de acuerdo con usted, señora Darwood, ese modelo en concreto me dejó sin palabras. Es precisamente este el motivo de que crea que no debería formar parte de un proyecto tan... al alcance de cualquiera.

Lisa no supo si sentirse halagada u ofendida. Lena era realmente una persona muy confusa para ella.

—Menuda arenga, hermanita.

Jacques se sentó a su lado en el sofá que ocupaba en el lugar más apartado del salón de los Dubois. Las damas jugaban una partida de cartas, mientras los caballeros disfrutaban de una copa de *brandy* y charlaban sobre los negocios. Lisa quería marcharse, pero la etiqueta exigía que esperase al menos hasta la segunda partida para aducir que le dolía la cabeza.

Se giró a mirar a su hermano y su expresión borró de un plumazo la hilaridad con la que se había sentado.

—No deberías provocar a Lena, es una mujer peligrosa — dijo en susurros, aunque estaban lo bastante lejos para que no escucharan lo que decían, no quería arriesgarse.

—No pretendía provocar a nadie, tan solo daba mi opinión.

—Esa opinión era muy provocadora, Lisa. Varios de los caballeros que estaban sentados a la mesa acuden habitualmente a ese burdel.

«Incluido Reece», pensó ella. Y entonces miró a su hermano interrogadoramente.

—No me mires así, yo no soy uno de ellos — respondió él, rápidamente —. Soy un hombre enamorado al que le gusta la poesía, esa clase de lugares atenta contra mi sensibilidad masculina.

Lisa no pudo evitar sonreír y miró a su hermano con ternura. Era cierto, desde pequeño había sido un niño muy peculiar al que nunca le avergonzó mostrar sus sentimientos. Y sabía que estaba enamorado de Anna Bourdeau desde hacía dos años.

—¿Cuándo vas a dar el paso? — preguntó interesada.

—No sé de qué paso hablas — dijo mirando hacia la mesa de juego donde Anna reía despreocupada.

—Anna es una joven en edad casadera, no tardarán mucho en llegarle proposiciones. Si es lo que deseas, deberías dar el paso. No tienes nada que perder.

La miró sorprendido.

—¿No tengo nada que perder? ¿Te parece poco mi corazón?

—Cómo te gusta dramatizar, Jacques. Tu corazón aún es tuyo, no se lo has entregado y no puede robártelo por ello. Distinto sería si mantuvieseis una relación de años y... — Enmudeció de golpe.

Jacques suspiró. No sabía cómo debía actuar, si era aconsejable decirle que sabía lo ocurrido o fingir ignorancia como había hecho hasta el momento.

—Sabes que Reece es mi mejor amigo — dijo de pronto.

Lisa apartó la mirada y se mordió el labio con preocupación. Al otro lado del salón, Reece los observaba con disimulo, atento a cada gesto de Lisa y a las reacciones de Jacques.

—Me lo ha contado todo —siguió Jacques.

Ella sintió que se quedaba sin aire en los pulmones y un dolor seco se instaló en su pecho. No podía ser, su hermano no podía saberlo y estar tan...

—Sé lo que viste en el taller e imagino lo que debió conmocionarte la escena entre Reece y... Lena — dijo el nombre en un tono aún más bajo —. Sé que no hay nada que yo pueda decirte que calme la angustia y la confusión que debió provocarte aquello, pero debes sobreponerte. No te pido que juzgues los hechos con indiferencia, sé que deben haberte causado mucho dolor, pero como has dicho, tu corazón aún es tuyo...

Lisa lo miró con ternura y asintió. Se sentía aliviada y agradecida porque no lo supiese.

—No tienes de qué preocuparte, Jacques, estoy bien. Como dices, fue una conmoción para mí, pero ya pasó y ahora solo quiero centrarme en *Le Colisée* y en mis diseños. — Miró hacia la mesa en la que las damas acababan de iniciar su segunda partida —. ¿Crees que podrías llevarme a casa con alguna excusa? Si no es que quieres quedarte para hablar con Anna de alguna cosa...

Jacques sonrió burlón, pero antes de que contestara, Lisa vio que Lena se acercaba a ellos y su espalda se envaró sin que pudiera evitarlo.

—Señor Lacroze, ¿podría dejarme unos minutos con su hermana?

—Justamente íbamos a marcharnos... — dijo Lisa.

—Oh, qué pena —comentó Lena—. Pero imagino que podrá dedicarme un momento, no será mucho tiempo. Quizá a su hermano no le importe ocupar mi puesto en la mesa de juego, junto a la señorita Bourdeau.

Jacques se habría sonrojado de haber tenido esa capacidad. Lo suyo empezaba a ser patético, si hasta *mademoiselle* Mayer se había dado cuenta. Sin decir nada, inclinó ligeramente la cabeza y se dirigió al rincón en el que los hombres debatían sobre las leyes de Jules Ferry y la educación gratuita.

Lena se sentó en el sofá junto a Lisa y la miró unos segundos con su perenne sonrisa.

—Espero que no tengas en cuenta mis comentarios durante la cena, no pretendía molestarte — dijo la vienesa con simpatía —. En realidad, admiro mucho tu trabajo, muchísimo. Y por eso es por lo que quería hablarte. He tenido una maravillosa idea que nos incumbe a las dos y me gustaría comentarla contigo.

—De acuerdo, pasado mañana iré a verte a tu taller. ¿A qué hora...?

—No, no, en el taller no. Alguien podría escucharnos y estropearlo todo. Además, no quiero esperar tanto. Ven mañana a mi hotel. Tiene un jardín delicioso y casi nunca hay nadie, podremos charlar tranquilamente.

Lisa asintió, consciente de que no podía escapar de aquella encerrona.

—Perfecto entonces. —Lena se puso de pie —. ¿Ves como no te he entretenido tanto? Nos vemos mañana, querida. Vamos a hacer grandes cosas juntas.

—Voy a acompañar a la señorita Mayer a su hotel — dijo Reece a su abuela al tiempo que ayudaba a ponerse el abrigo.

—Le prometí que traería esta noche una de nuestras pequeñas maniquíes, con un diseño muy especial que hemos hecho a escala — explicó Lena con una enorme sonrisa —. Pero soy tan despistada que lo olvidé en el hotel.

—¿Y no puedes esperar al lunes para verlo? — preguntó Marguerite con el ceño ligeramente fruncido. Le costaba disimular lo poco que le agradaba esa mujer.

—Tengo que ir a visitar a *monsieur* Constantin a primera hora y no sé cuándo volveré. Necesito ver el diseño antes de que empiecen con él.

Se trataba de una de las creaciones de *Madame* O y Reece quería asegurarse de que Lena no había cambiado nada. Era una costumbre extendida vestir a pequeñas maniquíes con los trajes a escala, para que las damas pudieran verlos antes de pedir a sus modistas que los recrearan. *Le Colisée* tenía modelos reales, mujeres que lucirían los vestidos para las clientes y que después podrían encargar en la *boutique* de alta costura, pero Reece había pedido que hicieran aquellos pequeños modelos de *Madame* O porque no se fiaba de que Lena cumpliera sus indicaciones respecto a aquellos diseños.

—Ha sido una cena muy especial — dijo la diseñadora cuando estuvieron sentados en la intimidad del carruaje.

—Te he visto hablando con ella antes de que se marchara.

Lena sonrió abiertamente.

—Me parece que la señorita Lacroze aún está muy afectada por tus atenciones.

Reece la miró a los ojos y su expresión no dejaba lugar a dudas.

—No te pongas así —le pidió ella sonriendo—. Ya has comprobado que soy una mujer de mundo. Sé muy bien que los hombres tienen sus necesidades. Y, aunque no lo creas, nosotras también. Dale tiempo, llegará el día en el que la señorita...

—No digas su nombre —la cortó, rotundo—. Ni se te ocurra mencionar su nombre.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que ves, Lena?

—Estás completamente enamorado de ella.

Reece apartó la mirada y la fijó en la ventana.

—Mis sentimientos no son tan puros. Como tú misma has podido comprobar, mis deseos son algo más depravados de lo que esperaría una joven inocente como... esa persona.

—Oh, querido... —Lena se llevó un dedo a la boca y lo chupó atrayendo la atención de su acompañante—. Eso que tú llamas depravación es una exquisitez para mí. Ya sé que tu fiereza haría huir espantadas a la mayoría de las mujeres que conozco, pero es que yo no soy como la mayoría.

—No, desde luego —dijo él sonriendo con ironía.

Era cierto que Lena Mayer había resultado ser una amante extraordinaria. No había proposición que la asustase o la hiciese dudar. Siempre estaba dispuesta a explorar nuevos modos y maneras, e incluso podía aportar sutilezas que eran muy bien recibidas.

—Hace calor aquí, ¿no te parece? —preguntó levantándose la falda.

Reece ya sabía que no utilizaba ropa interior y no se sorprendió al ver sus partes íntimas expuestas para él.

—He tenido una fantasía —dijo la diseñadora sentándose a horcajadas sobre sus piernas—. Estoy segura de que te gustaría escucharla.

—Soy todo oídos —dijo él sin inmutarse cuando metió la mano en sus pantalones.

—Estábamos en la cama con... ella. —No dijo el nombre para no enfadarlo. No quería que la apartase ahora que se había encajado tan bien. Empezó a moverse con maestría sin dejar de mirarlo a los ojos—. Nos lo hacías a las dos y luego yo...

Las palabras de Lena entraron en el cerebro de Reece y provocaron una explosión de sensaciones. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo de su asiento mientras ella hacía el trabajo sin dejar de hablar.

—Estamos a punto de llegar a mi hotel, querido —dijo Lena sintiendo las contracciones que anunciaban que el final estaba cerca—. Si vas a hacerlo, hazlo ya.

Reece se dejó ir sin más y Lena contuvo un grito tapándose la boca. No es que su cochero francés no hubiese visto ya de todo, pero tampoco era cuestión de asustar al pobre hombre. Volvió a su asiento justo cuando el coche se detenía frente al hotel.

—Esperaré en el coche —dijo Reece cuando ella bajó—. Mándame a un mozo con el maniquí.

Lena no disimuló su desagrado al ver que no pensaba subir, pero no iba a demostrárselo. Se encogió de hombros y se dio la vuelta para entrar al hotel. El cochero cerró la puerta del coche y

volvió a su asiento dejándolo solo.

Reece fijó la mirada en un arañazo de la madera. Cada día que pasaba se sentía más y más vacío.

Capítulo 11

Lena la esperaba sentada en un banco bajo un sauce llorón. La diseñadora había conseguido que le dejaran el jardín para ella sola, por eso no había nadie más allí cuando Lisa llegó.

—Buenos días, querida —dijo saludándola sin levantarse—. Ven, siéntate aquí conmigo y disfruta del momento. ¿No te parece que hace un día magnífico?

—Buenos días —dijo Lisa sentándose obediente.

—Oh, me encantan estos días fríos y soleados, ¿a ti no? —preguntó mirándola inquisitiva—. ¿Qué te gusta a ti, Lisa? Porque lo que no te gusta ya lo sé.

Su invitada la miró dolida y Lena acentuó su sonrisa.

—Bien, bien, me alegra que hayas venido. Vamos a hacer grandes cosas juntas. ¿Quieres tomar algo? Puedo pedir que nos traigan un refrigerio o cualquier cosa que se te antoje.

—No, gracias, no quiero nada.

—Bien, esperaremos a la comida, entonces. Así podemos hablar de todo esto y luego disfrutar de los manjares del cocinero de este hotel, que es magnífico.

Lisa no veía el momento de irse, pero trató de que no se reflejara en su rostro.

—¿No te imaginas por qué te he hecho venir aquí con tanto secretismo?

—No —respondió sincera.

—Vamos, vamos, Lisa... ¿O debería empezar a llamarte *Madame O*?

La sangre abandonó el rostro de la joven al saberse descubierta y a punto estuvo de dar un salto en su asiento y huir corriendo de allí, pero Lena había puesto una mano sobre las suyas y la miraba con fijeza a los ojos.

—No entiendo cómo soy la única que se ha dado cuenta, ¡es tan evidente! Tienes un modo de dibujar muy característico, con esos trazos repetitivos que inciden siempre en las costuras del cuerpo y se suavizan en la falda. Además, es evidente el estilo... —Lena la observó durante unos segundos, dejando que sus palabras calaran bien en su cerebro antes de continuar—. Ya sabes que mis costureras han realizado esos modelos que le enviaste a Reece, pero no me parecen suficientes. Mi colección no ha salido como yo esperaba, le falta... chispa. Cuando la presente dentro de unos días, quiero tener algo que mantenga la llama encendida. Tú me entiendes, ¿verdad? Estoy cansada, llevo cinco años trabajando sin descanso y no se me ocurría nada original. Así que ese será un buen momento para dar dos sorprendentes anuncios que harán que mi colección se ilumine. Todo el mundo espera mucho de mí y yo lo único que quiero es disfrutar de la vida. ¿Tan malo es?

Lisa no sabía qué decir, aún estaba en *shock* porque la hubiese descubierta.

—¿Quieres que te dé más diseños?

Lena sonrió y la miró satisfecha.

—Me gustas, Lisa, eres una mujer sincera e íntegra. Ambas son características que yo no poseo porque me parecen inútiles, por eso cuando las veo en otra mujer me parecen enternecedoras. Y no me refiero a esas mujeres que las fingen, a esas las desprecio profundamente. No es malo no sentirlas, pero es deplorable fingirlas. Por eso no te has molestado en tratar de engañarme con alguna intrincada historia para hacerme creer que no eres *Madame O*.

— Le dio unos golpecitos en la mano —. Gracias.

—Aún no me has contestado — dijo Lisa, que no se dejaba embaucar por su amabilidad.

—Tienes razón, me estoy yendo por las ramas. Te he hecho venir para decirte que vas a darme todos los diseños de *Madame O*. Estoy segura de que tienes una colección completa.

Lisa frunció el ceño.

—¿Y cómo explicarás en *Le Colisée* que *Madame O* te ha enviado los diseños a ti en lugar de...?

—No, querida, no me has entendido. Me vas a dar los diseños que ya tienes y, de aquí en adelante, todos los que hagas. — Endureció su expresión al ver la confusión en el rostro de Lisa —. Yo voy a ser *Madame O*.

La joven abrió los ojos con sorpresa.

—¡No! —exclamó sin pensar y se puso de pie de golpe, dispuesta a irse inmediatamente —. De ninguna manera...

—Siéntate —ordenó Lena.

—No vas a apropiarte de mis diseños. He trabajado mucho en ellos y son lo mejor que he hecho nun...

—He dicho que te sientes.

—No voy a sentarme —respondió Lisa con firmeza —. Puedes contarle a todo el mundo mi secreto, ya no me importa que sepan que yo soy *Madame O*. De hecho, estaba pensando hacerlo público yo misma. Si querías chanta...

—No es ese el único secreto tuyo que puedo desvelar, ¿verdad, querida?

La joven empalideció, mientras Lena sonreía perversa.

—Imagino la cara de tus padres al saber que su virginal niña se entregó a su amigo sobre una mesa del taller de costura. Un hombre en el que ellos confían ciegamente. ¡Qué estremecedor será para ellos ese descubrimiento! ¿Y tu hermano? ¿Qué crees que hará Jacques cuando lo descubra?

Lisa tuvo que sentarse, porque las piernas no la sostenían.

—No harías eso.

—Serás la sensación de París. Todo el mundo hablará de ti... — siguió Lena con expresión pensativa, como si estuviese imaginándolo todo en ese momento y no llevase días planificándolo —. Aunque esa publicidad no te servirá para ganar clientes. No creo que ninguna dama se pusiera jamás uno de tus diseños, después de esto. Además, Reece tendría que despedirte o *Le Colisée* pasaría a mejor vida.

—Tú no lo entiendes —susurró Lisa sin demasiado convencimiento.

—¿En serio? Yo creo que lo entendí muy bien. Tú gemías como un gatito y parecías disfrutar mucho con lo que Reece te estaba haciendo.

Lisa escondió la cara entre las manos, horrorizada al escucharla.

—Puedo hacer contigo lo que quiera. — Lena le cogió las manos y se las quitó de la cara para obligarla a mirarla —. No seas tan dramática, no te estoy pidiendo que hagas nada que vaya contra tu moral o tus principios, tan solo quiero tus diseños. Unos diseños que entregaste sin esperar reconocimiento. ¿Qué tienes que perder? Piénsalo bien, este un precio razonable por mi silencio. Tú puedes seguir siendo la diseñadora de eso que has llamado *Prêt-à-porter* y que tan orgullosa te hace sentir. Y yo le daré grandeza a *Madame O* con mi nombre. Las dos ganamos.

—¿Reece sabe...?

—¿Lo de *Madame O*? Por supuesto que no, por eso me será fácil convencerlo de que soy yo. Voy a casarme con él y necesito tener su admiración, ya que no voy a tener su amor.

Lisa tenía la mirada turbia y la diseñadora no pudo distinguir en sus ojos si eso la afectaba emocionalmente o la aliviaba en cierta manera.

—Sé que puedo ser buena para él. Reece necesita una mujer como yo, capaz de satisfacerlo en todas sus demandas y deseos. Yo no me amilano fácilmente y, hasta el momento, no ha hecho nada que me resultara desagradable.

Aquella confesión de que mantenían relaciones no la sorprendió. Lisa se mantenía inmóvil mientras buscaba en su cerebro alguna solución que le permitiese librarse de Lena y no perder sus creaciones.

—Deja de pensar en un modo de escapar, no lo hay, te lo aseguro. Le he dado muchas vueltas al asunto y soy plenamente consciente de que, si te delato, tu vida se habrá acabado. Así que, céntrate en esto, Lisa.

—*Madame O* es todo lo que soy — murmuró —. He puesto mi alma en esos diseños, no puedes quitármela.

—Sí puedo, Lisa. Así es la vida, si pones en juego algo, puedes perderlo. Tú le enviaste esos diseños a Reece. Tú bajaste a aquel sótano voluntariamente. Está claro que ese hombre es tu talón de Aquiles. Tengo un poder sobre ti y voy a sacar partido de él, porque así es como funciona el mundo.

—¿No tienes ningún pudor?

—¿Es una pregunta capciosa? ¡Por supuesto que no lo tengo! No habría llegado tan lejos en mi profesión si lo tuviera. ¿O crees que ser yo es fácil?

—Para nosotras nunca lo es — murmuró Lisa.

—¿Nosotras? ¿Te refieres a nosotras las mujeres, o a nosotras las diseñadoras? Si hablas de feminismo, no me interesa. En cuanto a lo de ser diseñadora, si quieres lograr algo en este mundo, tendrás que endurecer tu piel y en eso sí puedo ayudarte. De hecho, es lo que estoy haciendo.

Lisa la miró con cinismo.

—Sí, no me mires así. Si *Madame O* es todo lo que eres, te está bien empleado perderla. La has dejado a su suerte y te la han arrebatado. No la has defendido, no la has protegido. Dejaste que yo me encargase de confeccionar los diseños, yo jamás lo habría permitido, te habría sacado los ojos si hubieses puesto un dedo sobre mis trajes. Así que, según yo lo veo, mereces lo que te pasa. La próxima vez que sientas que tienes algo bueno en las manos, lucha por protegerlo de todo y de todos, no dejes que te lo arrebaten tan fácilmente.

—Tienes razón —musitó Lisa sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Hazlo ahora —la retó Lena—. Dime que no. Deja que todos sepan lo que hiciste y lucha.

—Me darían la espalda —repitió lo que ella misma le había dicho —. Mi futuro como diseñadora habría terminado antes de empezar. Y mi vida también. Por no hablar de mi familia. No puedo hacerles eso.

—Entonces acéptalo y no mires atrás. Yo seré *Madame O* y, una vez al año te pediré que diseñes una colección para mí. Nada más.

—¿Nada más?

—Bueno, sí, me quedaré con Reece, pero eso...

—Te daré todos los diseños que he hecho y crearé los que me pidas de aquí en adelante. Me parece un castigo justo por mis pecados — musitó y sin esperar respuesta se levantó y se marchó por donde había llegado.

Lena sintió una pizca de compasión, pero de verdad creía que Lisa merecía lo que le pasaba. Era esa clase de mujer que llega a la edad adulta sin un rasguño. Su vida había consistido en deslizarse suavemente por una senda de cintas rosas y azules. Padres amorosos, hermano protector, una amiga del alma y un amigo fiel al que amar en secreto. Sospechaba que lo que había ocurrido en el taller no había sido la cúspide de su ascenso hacia la felicidad más absoluta. Estaba claro que Reece era un hombre complicado, con una mente compleja y que aquella noche le había mostrado su verdadero rostro.

Se aprovecharía de ello sin dudarlo. Ella tenía mucho más que rasguños, su carne estaba repleta de cicatrices y merecía todo lo que la vida pudiera darle. La exprimirla mientras pudiese, porque cuando hiciese público que era *Madame O* y presentase los vestidos delante de todo París, sería tan vulnerable ante la sociedad como lo era Lisa en ese momento. Había ganado de momento. Sonrió satisfecha. Era una mujer acostumbrada a celebrar las migajas que le otorgaba el destino.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta tu despacho? — Lena se paseaba por la estancia, observándolo todo con complacencia —. Me encantan tus muebles, son robustos y firmes para aguantar el paso del tiempo y el uso constante, pero también suaves y delicados como para que queden marcados si el objeto que los agrede es lo bastante afilado. Me recuerdan a ti.

Reece la miraba desde el sillón en el que hacía solo unos minutos habían tenido un tórrido encuentro. Le maravillaba lo dispuesta que estaba siempre sin importar la hora o el lugar. Quizá sí era la mujer que él necesitaba, tal y como le había dicho ya demasiadas veces.

—Tienes que dejar de hacer esto — dijo mirándola burlón —. Algún día alguien entrará por esa puerta y tu reputación se verá comprometida.

Lena se giró y su mirada pícara le mostró a Reece que esa imagen la había excitado. Corrió hasta él y se dejó caer sobre sus piernas para después rodearle el cuello con los brazos y besarlo. Reece la apartó con suavidad y firmeza.

—Basta ya, Lena. Deberías irte a tu hotel.

—¿Por qué no vienes conmigo? Estoy segura de que no te arrepentirás. Estoy muy despierta, todavía puedo darte...

Reece se puso de pie con brusquedad y la diseñadora trastabilló y estuvo a punto de irse al suelo.

—¡Reece! —lo regañó arreglándose el vestido.

—Vete —ordenó él sentándose detrás de su escritorio.

—Tenemos que hablar de algo importante. Por eso he venido.

—Pensaba que habías venido para lo que ya hemos hecho. Pero adelante, di lo que quieras y luego vete. Tengo que revisar unas cuentas de proveedores.

—Creía que Jacques se encargaba de eso.

Reece levantó una ceja, impaciente.

—Está bien —dijo sentándose en una silla frente a él —. Quiero que nos casemos.

—¿Qué...? —Se echó a reír a carcajadas, eso sí que no se lo esperaba —. Te has vuelto loca.

—No, no estoy loca. Nos complementamos muy bien en todos los aspectos y lo lógico sería que formalizásemos nuestra relación.

—Nosotros no tenemos ninguna relación, Lena. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Ya sé que te acuestas con cualquiera.

—No me acuesto con cualquiera, pero sí me acuesto con otras mujeres, nunca te he dicho que seas la única.

—Y lo sé —afirmó ella convencida —. Ni siquiera voy a exigirte que me seas fiel. No soy de esas.

—Tampoco te serviría de nada exigiértelo.

—Yo puedo darte todo lo que necesitas y tú a mí también me satisfaces bien.

—Nada de eso requiere que estemos casados.

—Claro que sí, piénsalo. Si fueras un hombre casado, tus correrías dejarían de interesarle a nadie, estarías fuera del mercado. No como ahora que todas las madres de las jóvenes casaderas de París te miran con lupa, para saber si eres un buen candidato.

—Qué detalle preocuparte así por mí. — Sonrió burlón.

—Es cierto, no lo hago solo por ti — dijo ella acariciando el brazo de la silla —. También me será útil a mí.

Reece sabía de su gusto por su mismo sexo, había disfrutado de ese hecho compartiéndola con una de las Emilys de *madame* Truffaut. No era algo que le molestase y sabía que, si eso se hacía público, podría acabar con su carrera. Aunque nunca se sabe, la sociedad parisina era bastante proclive a pasar por alto las licencias amatorias de las clases altas. Él era una prueba de ello.

—No voy a casarme contigo, Lena — dijo tajante pero suave —. No pienso casarme con nadie.

Ella inclinó ligeramente la cabeza y lo miró con picardía. Lentamente las comisuras de sus labios se fueron elevando hasta formar una sonrisa convencida.

—Sí te casarás, porque no permitirías que tu querida Lisa viera su nombre y su casa arrastrados por el fango.

El rostro de Reece no mostró la más mínima variación, se mantuvo inmóvil y aparentemente sereno.

—No quería llegar a esto —siguió Lena —, pero de verdad necesito que te cases conmigo. Hay una persona que me interesa especialmente y que de otro modo estaría fuera de mi alcance.

—¿Quieres casarte conmigo para tener a Anna cerca?

—Anna ya está muy cerca de mí — dijo con una expresión que hablaba por sí sola —. Pero quiero protegerla de las habladurías. Es demasiado joven y apasionada. Convertirme en su prima lo hará todo mucho más fácil.

—¿Y estás dispuesta a amenazarme para conseguirlo? Estoy seguro de que sabes que no te conviene tenerme como enemigo.

—No soy tu enemiga, Reece, tan solo te necesito. Pero tú también me necesitas a mí. Cada vez hay más gente en París que conoce tu agitada vida sexual y no falta mucho para que empiecen a verte como un crápula.

—Es lo que soy —dijo con frialdad.

—Pero no te conviene que esa sea tu tarjeta de visita. Si quieres prosperar con tu negocio debes mantener una imagen. Perdonarán que seas un degenerado siempre que finjas ser un hombre casado y respetable. Así es como funciona este mundo, Reece.

Él se levantó despacio y caminó alrededor de la mesa hasta estar a su lado. Puso una mano en su cuello y la obligó a mirarlo.

—Escúchame bien —dijo con tono profundo y bajo —. Nunca, jamás en tu vida, vuelvas a amenazar a Lisa. Te juro por Dios que, si te atreves a hacerle, aunque sea una arruga en el vestido, te mato. ¿Me has entendido, Lena?

Ella asintió ligeramente sin poder respirar. Reece la levantó con brusquedad y la obligó a recostarse en la mesa, con la cara aplastada contra sus papeles. Se colocó detrás de ella y apartando las faldas la penetró con violencia. Las furiosas embestidas provocaban que el borde de la mesa la golpeará en los muslos y la mano que apretaba su mejilla contra los papeles no le permitía moverse. Pero Lena no dijo nada, consciente de que eso exacerbaría su deseo de castigarla y podría acabar marcada. Además, ese ímpetu animal la excitaba sobremanera y enseguida empezó a gemir respondiendo a sus reclamos.

—Te gusta la bestia, ¿verdad? — dijo Reece con dureza —. Nunca te parezco lo bastante duro. Nunca te asustas. Sí, me casaré contigo, y espero que no tengas que arrepentirte.

Siguió atacándola sin contemplaciones hasta que ambos llegaron al clímax. Después se apartó de ella y la dejó levantarse y bajarse el vestido. Lena se arregló el pelo y lo miró con un intenso brillo en los ojos.

—Nunca te he contado cómo perdí la virginidad — dijo la diseñadora apoyándose en la mesa, aún inestable —. Estaba en casa de mis tíos, que tienen una preciosa propiedad en las montañas. Yo tenía doce años y era una niña mimada, rebelde y atrevida que acostumbraba a salirse siempre con la suya. Mi padre decidió enviarme con su hermano porque era un hombre recto y severo. Pensaba que podría hacer lo que él no se atrevía: domesticarme.

Reece se acercó al mueble de las bebidas y sirvió dos copas mientras ella hablaba y le dio una antes de sentarse en el sillón.

—Y lo hizo, vaya si me domesticó. — Su rostro se contrajo por el asco y el dolor que aún le provocaba aquel recuerdo —. La primera vez que me violó me asusté tanto que me quedé sin habla. Estuve varios días sin poder emitir el más mínimo sonido. Pero después del primer mes, me acostumbré y eso pareció no gustarle mucho. Entonces se volvió más violento y cruel. Lo que

le hacía feliz era verme sufrir, no el simple hecho de la violación. Así que aprendí a resistirme, a llorar y a suplicar. Aprendí a engañar.

—¿Y tu tía?

—Mi tía lo sabía todo y no parecía molestarle. Cuando le pedí ayuda me dijo que me portara bien y así no tendría que castigarme.

—¿Se lo contaste a tu padre?

Lena se dio la vuelta y caminó hasta la ventana con la copa intacta en la mano. Durante unos segundos no dijo nada, su mente había viajado lejos de allí y la añoranza y la tristeza hicieron estragos en su ánimo.

—Sí, se lo conté —murmuró—. Y de la peor manera que pude. Sufrió un ataque y cayó fulminado a mis pies. Yo no tenía madre y de repente me quedé sola en el mundo. ¿Sabes con quien me enviaron?

La diseñadora suspiró y se volvió hacia él.

—Mi tío era una auténtica bestia. No tenía compasión, ni empatía ni ninguna otra emoción humana destacable, aparte de su ávido deseo de hacer daño. Jamás le he contado a nadie las cosas que me hizo, ni las que me obligó a hacer a mí, pero te aseguro que ni en tus peores pesadillas has hecho algo parecido. — Se arrodilló frente a él y lo miró a los ojos —. No sé lo que te atormenta, Reece, pero no hay algo bueno en ti, lo he visto y lo he sentido. Siempre caminas al borde del abismo, pero nunca has saltado dentro. A veces, cuando me posees, percibo una fuerza en ti, algo que quiere hacerme daño. Pero tú nunca lo permites. Te gusta mantener el equilibrio con un pie en el aire y otro firmemente anclado al suelo. Aprietas mi cuello, pero no lo bastante como para que no pueda respirar.

Reece acarició su cabello, ensimismado.

—Un día me vencerá —dijo con voz ronca—. ¿Estás segura de querer estar ahí cuando eso pase?

Lena apoyó la cabeza en sus piernas y cerró los ojos disfrutando de sus suaves caricias, sin responder.

Desde allí no alcanzaba a ver el estanque ornamental de la propiedad Reynaud, pero Reece sabía que estaba tras aquellos árboles. La vegetación brillaba bajo el sol invernal, las hayas del bosque cercano seguían atrayendo su mirada con admiración. No era un árbol sofisticado, como podía ser el cedro, el nogal o el roble, pero a Reece siempre le había gustado su impertinente altanería y su espigada forma.

Aún no sabía por qué Jacques había organizado aquel pícnic, aunque a juzgar por su constante ir y venir de Anna a Céline, parecía estar buscando respuestas a la eterna pregunta. Los observó a todos desde la distancia que había interpuesto con su paseo en solitario. Céline y Lisa caminaban ahora una junto a la otra, mientras Jacques y Anna se habían detenido junto al sendero que llevaba a la propiedad Reynaud. Lena se había quedado sentada en el mismo lugar en el que él la había dejado unos minutos antes y observaba el paisaje con hastiada expresión.

La diseñadora había sido todo un descubrimiento. Su pericia amorosa no tenía parangón. Ninguna de las chicas de *madame* Truffaut podía competir con ella. Y mucho menos las damas de las que había tenido el gusto de disfrutar. Al parecer, había pocas cosas que no hubiese

probado y pocas que no estuviese dispuesta a intentar. Pero lo mejor de ella era que después seguía mostrando la misma alegría y tranquilidad que la caracterizaban. No había recriminación ni drama en sus gestos, una vez satisfacían sus anhelos mutuamente. Habría sido maravilloso amarla y que ella lo amase. Pero aun sin ese detalle, casarse era la mejor decisión que podían tomar. Era perfecto para los dos.

Posó los ojos en su prima y pensó en la confesión de Lena sobre sus sentimientos por ella. Un amor completamente imposible, a pesar de que era evidente que se complementarían a la perfección. Anna era resuelta, respondona y atrevida. Tenía una mente inquieta y nada conformista que encajaría muy bien con la manera de ver la vida de Lena Mayer. Y si la diseñadora era egocéntrica y vanidosa, Anna sería capaz de ponerla en su sitio con su apabullante sinceridad.

Hacía mucho que se había dado cuenta de que Anna no era como las demás jóvenes de su edad. El modo en el que miraba a Lisa era muy diferente a cómo miraba a Jacques, a pesar de las constantes atenciones de su amigo. O precisamente por ellas.

Sintió pena por su prima, su vida no iba a ser fácil. Si se casaba, tendría que cumplir con sus obligaciones maritales y podía imaginarse lo espantoso que eso podría resultarle. Solo tenía que verse a sí mismo siendo sodomizado. Repugnante. Así que, seguro que intentaría no casarse nunca, lo que para Alizée, su madre, sería un fracaso total. Sabía lo mucho que su tía deseaba que su hija tuviese un buen matrimonio.

No supo por qué la imagen de la Emily de *madame* Truffaut acudió a su memoria. La había visitado la noche anterior y se pasó la primera hora quejándose y llorando porque no había ido a verla en una semana. Al final tuvo que hablarle con dureza y recordarle que solo era una puta y que no había ninguna relación ni vínculo entre ellos, más que la que podía pagarse con dinero. La muchacha había seguido llorando hasta que la tomó entre sus brazos y arrolló sus sentidos. Resultaba sorprendente su capacidad amatoria, podía tener un orgasmo tras otro sin saciarse nunca, lo que para un hombre resultaba inquietante y motivador.

En ese momento Lisa llamó su atención, se reía a carcajadas y su risa le alegró el corazón, a pesar del dolor. Ya no había complicidad entre ellos. Ya no podía contarle sus cuitas, sus sueños, sus proyectos. No había la más mínima relación entre ellos. Se limitaban a saludarse fríamente y a evitarse siempre que era posible. Las reuniones en las que coincidían se habían reducido al máximo y desde la cena en casa de sus abuelos, no habían vuelto a compartir mesa.

Faltaban dos días para la presentación de la colección *Haute Couture* y Jacques había puesto la excusa del mucho estrés que habían sufrido los últimos días, para proponer aquel pícnic. Pero ahora que lo veía paseando con Anna, no parecía muy contento y Reece se temió que su prima ya le hubiese dado una respuesta a su temida pregunta. Solo cabía esperar que Jacques despertase de su fantasioso sueño y viese la realidad que tenía delante de las narices.

—¿Por qué has sido tan cruel? — Jacques trataba de contener su enfado para no resultar demasiado brusco con Anna, pero le estaba resultando realmente difícil.

—¿Cruel? No he hecho más que constatar algo evidente. La señorita Visonneau ha interrumpido a Lena de un modo muy poco elegante. No podía permitirlo.

—Céline solo defendía a mi hermana, después de que Lena... ¡Oh! Es igual, mejor dejemos esta conversación y regresemos con el resto del grupo.

—Todos nos hemos dispersado por su culpa — insistió Anna —. Nos ha hecho sentir incómodos. Puedes negarlo, pero esa es la verdad.

—No, no lo es —dijo deteniéndose en medio del camino —. Tu primo se había marchado antes y la que ha hecho que nos sintiésemos incómodos has sido tú. Lisa se ha llevado a Céline porque, probablemente, la hayas hecho llorar. Es una joven muy sensible y no merece que la trates como lo haces. No entiendo cómo puedes comportarte así con ella, es encantadora y dulce con todo el mundo. No como la señorita Mayer.

—No te cae muy bien —afirmó Anna caminando de nuevo y sin el menor indicio de sentirse culpable.

—Es manipuladora y demasiado vanidosa.

—Porque puede serlo —sentenció la joven —. Es inteligente, una gran creadora y ha conquistado un estatus que la coloca en una posición aventajada. Pocas mujeres han llegado tan lejos como ella, ¿por qué no habría de disfrutarlo?

—Céline también puede ser una gran creadora. El vestido que llevó a la inauguración era de una calidad apreciable.

—No digo lo contrario, pero estarás de acuerdo en que no puede compararse a los que diseña *mademoiselle* Mayer.

—No todo en esta vida ha de ser destacar por encima de los demás.

—Claro. Por ejemplo, están los hombres como mi primo y luego están los que son como tú.

—¿Y cómo soy yo, si puedo saberlo?

—Pues un hombre bueno, decente y leal en el que se puede confiar.

Jacques frunció el ceño. No esperaba aquella respuesta.

—Hablemos como dos buenos amigos, ¿te parece? Imaginemos que conoces a alguien que siente un interés romántico por mí — dijo la joven moviendo ligeramente las manos para acompañar su relato —. Si tú me lo contaras, yo te pediría que hablastes con él, de amigo a amigo, y le hicieses desistir de su intento por conquistarme. Lo cierto es que no estoy interesada en él, ni en ningún otro. Te lo cuento porque sé que eres un caballero y que no vas a preguntarme los motivos.

Jacques trataba de mostrar una expresión indiferente, aunque se sentía ciertamente turbado por lo que escuchaba. Qué manera tan sutil de darle calabazas antes de que se hubiese atrevido siquiera a dar el paso.

—¿Y ese amigo mío no puede tener la menor esperanza de que un futuro las cosas sean de otro modo? — preguntó.

Anna negó con la cabeza.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo y estoy segura de que te habrás dado cuenta de mis «peculiaridades». Nunca he sentido la mínima atracción hacia... esos temas románticos que tanto encandilan a mis conocidas. No pienso casarme jamás y no quiero a ningún hombre en mi vida. ¿Lo entiendes, Jacques? A ningún... hombre.

Su amigo frunció el ceño. No estaba seguro de estar entendiendo nada. Anna sonrió, no seguiría profundizando en ello, no estaba segura de que Jacques estuviese preparado para oír

nada más sobre el tema. Se detuvo y lo miró de frente, dejando a un lado los subterfugios y sutilezas.

—A veces las personas equivocamos la naturaleza de nuestros sentimientos o el objeto de los mismos y ponemos nuestros ojos en la persona equivocada...

Jacques frunció el ceño sin saber a dónde se encaminaban aquellas ambiguas palabras.

—Eres un hombre maravilloso, pero hierras en proyección de tus afectos. Hay una joven dulce, cariñosa, sensible y buena, que estaría más que dispuesta a aceptar una proposición de matrimonio de tu parte. — Miró sutilmente hacia el lugar en el que estaban Lisa y Céline charlando amigablemente —. Alguien que encajaría en tu familia, con tal naturalidad, que pareciera que estaba destinada a formar parte de ella desde el momento en el que abrió los ojos a la vida. Y, sobre todo, alguien que siente pasión por ti.

Instintivamente, los ojos de Jacques se desviaron hasta posarse sobre la amiga de su hermana. Céline sonreía con ternura y su expresión era casi angelical. Recordó la dulzura que le inspiró tenerla entre sus brazos durante el baile de inauguración. Una calidez, serena y paciente, muy alejada de la agitación que sentía al estar con Anna.

—Pero ¿no es eso injusto? — preguntó —. Escoger a alguien porque es más adecuado o posible, ¿no podría considerarse incluso cruel, al impedir que esa persona consiga el amor que merece?

—¿A cuántos matrimonios conoces cuyos esposos compartan ese sentimiento del que hablas? La mayoría de las parejas se sostienen sobre los sentimientos de uno de los dos cónyuges y eso parece ser suficiente.

—Mis padres se aman, no me cabe la menor duda.

—Y eso los convierte en una *rara avis*, lo mismo que a mis abuelos.

—Hablas como una anciana descreída — dijo Jacques con cierta tristeza.

—A veces siento que tengo un alma vieja — afirmó la joven —. Veo cosas que parecen no ver los demás y me maravilla la ceguera con la que vive la mayor parte de la gente que conozco.

Jacques se detuvo y la miró a los ojos con total confianza.

—Entonces... ¿no hay la más mínima posibilidad de que tus sentimientos cambien?

Anna negó con la cabeza suavemente.

—Si fuese capaz de amar a un hombre, Jacques, no te quepa duda de que ese hombre serías tú.

Aquello no lo consoló en absoluto, le recordó a la golosina que le daba su madre cada vez que se hacía daño cuando era un niño. Anna no dijo nada más, consciente de que aquellas nubes necesitarían de un fuerte viento para despejar su mente.

Capítulo 12

—Tu hermano viene hacia nosotras — musitó Céline con voz asustada —. No nos dejes solos, por favor.

—¿Tienes miedo de quedarte a solas con Jacques? ¿Ocurre algo que no me hayas contado?

—No, no ocurre nada, pero...

—Céline, ¿podríamos hablar un momento? — Jacques había llegado frente a ellas y miraba a la joven como si su hermana no estuviese presente.

Lisa frunció el ceño, desconcertada.

—¿No podéis hablar aquí? —preguntó.

—No —dijo su hermano sin mirarla —. Es algo entre la señorita Visonneau y yo. ¿Me acompañas?

Céline asintió y juntos se alejaron sin que Lisa encontrase ningún motivo para retenerlos. Cuando se quedó sola miró a su alrededor para ver dónde estaban los demás. Vio a Anna, que se dirigía hacia el lugar en el que estaba sentada Lena, y por más que buscó a Reece no fue capaz de encontrarlo. Así que decidió seguir paseando sola para pensar en nuevos diseños.

Jacques caminaba junto a Céline sin que ninguno de los dos dijese nada. Tan solo escuchaban el rumor de las hojas que el viento agitaba y el sonido de sus pasos sobre la tierra húmeda.

—Cel...

—Yo...

Se miraron incómodos.

—Habla tú —cedió Jacques.

—No, no. Di lo que ibas a decir.

—No sé por dónde empezar... — Se frotó la cabeza, nervioso, no había tenido mucho tiempo para pensar y no estaba seguro de lo que quería decir —. Quiero serte totalmente sincero. Te respeto, eres la mejor amiga de mi hermana y has estado en nuestra familia desde que puedo recordar. Eres amable, dulce y siempre tienes una sonrisa en los labios. De hecho, no puedo recordar haberte visto jamás enfadada.

—Pues a veces me enfado, te lo aseguro — dijo ella con las mejillas sonrosadas ante tanto halago.

—He estado hablando con Anna sobre ti...

—¿Sobre mí? —El sonrojo había dado paso a unas mejillas ardientes.

—Anna opina que debería dirigir mis afectos en esta dirección — dijo señalándola apenas.

—¿Anna te ha dicho eso? —El calor de sus mejillas se había extendido ya por todo su cuerpo.

—No lo estoy haciendo muy bien — dijo en voz alta, aunque aquella frase era para sí mismo. Se detuvo y la miró de frente —. Supongo que ya te habrás dado cuenta de por dónde voy. ¿Crees que sería buena idea que iniciásemos una relación romántica?

Céline sintió que se le doblaban las rodillas. No era así como ella lo había imaginado, pero ¡Jacques Lacroze le estaba pidiendo su corazón!

—Yo...

—No sé cómo resultará y no quisiera que, si no va bien, la amistad con mi familia, en especial con mi hermana, se viera afectada.

—No tienes de qué preocuparte — dijo rápidamente —. Nada podría estropear eso.

Jacques sonrió aliviado. Lo había hecho y se sentía orgulloso de sí mismo. Tenía edad de casarse y no había ninguna otra candidata, aparte de la imposible Anna, así que Céline era tan buena opción como cualquier otra. Para ella solo tenía alabanzas.

Solo quedaba un requisito que cumplir. Se inclinó hacia ella y percibió la turbación en sus ojos justo antes de cubrir su boca con los labios.

Desde la distancia en la que estaba, Lisa observaba a su hermano y a su amiga con expresión perpleja. Lanzó una exclamación asombrada y entornó los ojos tratando de ver con más detalle.

—Sí —escuchó una voz a su espalda —, la ha besado.

No pudo evitar el sobresalto y durante un segundo el temor se reflejó en sus ojos. Reece sintió un dolor punzante perforándole el costado izquierdo, pero no dijo nada al respecto. Sabía que ese era un precio que debía pagar después de lo ocurrido. Se acercó despacio, mientras jugueteaba con una ramita que sostenía entre los dientes.

Lo último que necesitaba Lisa era estar a solas con él. Lo había evitado a conciencia y no entendía cómo había conseguido acercarse sin que se percatase.

—Creo que Jacques acaba de lanzarse por una ladera muy empinada — siguió Reece.

Su tono burlón le retorció el estómago. ¿Cómo podía tener ganas de bromear con eso estando ella presente?

—No deberías acercarte a mí — dijo mirándolo a los ojos.

—No. Pero no he podido evitarlo.

—La próxima vez, inténtalo con más ahínco — respondió ella dándose la vuelta con intención de poner la mayor distancia posible entre ellos.

—Espera. Por favor. Tengo algo que decirte.

Ella se giró muy despacio con la mirada gélida.

—Sé que me odias —dijo él—, pero no debes sentirte amenazada. No volveré a tocarte.

—No, no lo harás —dijo rotunda—. Y te equivocas, no te odio. Tan solo te desprecio profundamente.

—Te supliqué que te alejaras de mí...

—¿Esa es tu excusa? —le lanzó con desprecio —. ¿De verdad vas a echarme a mí la culpa de lo que hiciste? ¿Tan descastado eres? ¿Tan ingrato, injusto y cruel eres, Reece?

Él sostuvo su mirada y sus ojos no escondieron sus sentimientos, lo que la hizo enfurecer. No quería verlo, no quería leer en su rostro que la amaba, porque eso era lo que veía cuando la miraba.

—Di lo que tengas que decir y acabemos cuanto antes.

—¿No podemos ser amigos? ¿No podemos encontrar un modo de que eso sea posible?

—¿Amigos? —El desprecio de Lisa crecía por momentos —. Realmente estás loco si crees que eso es posible. No confío en ti ni en tus sentimientos. Me has demostrado una falta de lealtad imperdonable, ¿cómo podría ser tu amiga? ¡No te respeto!

—Nunca quise que eso pasara. Tan solo quería tu amistad.

—Eres un hipócrita y un cobarde, Reece Darwood. — Sus ojos destilaban dolor y tristeza —. Me amas, lo sé, lo veo en tus ojos, lo siento cada vez que te acercas a mí...

—Ahora sabes quién soy realmente, Lisa. No puedes amar a un hombre así. ¡Te lo mostré!

—No, Reece, lo único que me mostraste en aquel taller es que no eres lo bastante hombre para luchar por la mujer a la que amas. Trataste de hacerme daño para ahuyentarme, para alejarme de tu lado porque tú no eres capaz de alejarte de mí. No lo entiendes, ¿verdad? — preguntó al ver la confusión en su rostro —. Crees que te odio porque no te detuviste, pero lo que siento no es eso, Reece, lo que siento es una profunda decepción, una tristeza que me ahoga y no me deja vivir. Habrías hecho cualquier cosa por apartarme. Cualquier cosa. Pero no moverías un dedo por conservarme a tu lado.

Empalideció al verse a través de ella. Lisa cerró los ojos un instante y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir. No podía dejarse arrastrar por la desesperación.

—¿Podrías aguantarlo? —Se sentía desarmado y dispuesto a ofrecerse voluntario —. ¿Podrías, Lisa? ¿Aceptarías cualquier cosa que yo quisiera hacerte? ¿Todo eso que te susurré al oído?

—Podría intentarlo —respondió contenida —. Siempre que tú lo intentases también.

Reece dio otro paso hacia ella.

—¿De verdad crees que soportarías verme con otras? ¿Que utilizara mi sexo para castigarte cuando hicieses algo que me irritase? ¿Sabes lo que eso te haría, Lisa? No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —dijo ella serena —, no he olvidado lo que pasó en el taller. Se repite en mi cabeza todas las noches desde entonces. Cada mañana cuando entro allí te veo con aquella mirada perversa y oscura. Pero también veo esa otra parte de ti, la que me miraba con tanto amor que me sentía morir de felicidad. La que me acariciaba con dulzura haciéndome sentir cosas que solo quien te ama podría hacerte sentir...

Reece apretó los dientes respirando con dificultad. Lo arrastraba indefectiblemente. Era mucho más fuerte que él y acabaría derrotándolo.

—Estás tan equivocada, Lisa. Eso que te hice se lo he hecho a muchas otras a las que no amaba y ellas han sentido lo mismo que tú. Las tomo en mis brazos igual que a ti, las poseo con la misma intensidad y me derramo en ellas como lo hice dentro de ti. No hay diferencia, Lisa. Ninguna. Sabiendo eso, ¿podrías soportarlo? Sé sincera, ¿podrías?

El rostro de ella era la expresión misma de la desolación. No era posible que las amase como la había amado a ella. Eso convertía aquel acto en un repugnante intercambio de fluidos.

—No, no podrías. Por eso voy a casarme con Lena. Ella es como yo y, además, me amenaza con contar lo que vio para destruirte. No puedo permitirlo.

La vergüenza y el bochorno se apoderaron de Lisa sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Lo amaba profundamente y estaba dispuesta a arriesgarse, si él también lo hacía. Creyó que una oferta tan inesperada como aquella lo haría finalmente reflexionar y lo ayudaría a librarse de sus miedos, pero estaba claro que no lo conocía en absoluto.

—Enhorabuena. Ojalá seáis tan felices como merecéis.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Reece la sujetó del brazo y la obligó a volverse hacia él.

—Todo lo hago por ti —susurró dolido—. Maldita sea, Lisa, ¿por qué no lo entiendes?

—Cásate conmigo —dijo retándolo con aquel fuego en la mirada que la llevó hasta el sótano la noche de la inauguración—. Si lo que quieres es protegerme de las habladurías, cástate conmigo.

—No puedo...

Lisa negó con la cabeza.

—No, no puedes, porque eso sería aceptar que no hay ningún monstruo, que solo estás tú autodestruyéndote, por alguna oscura razón que no alcanzo a comprender.

«¡Maldita sea!», gritaba Reece en su cabeza. «No puedo dejar que me ames. No me lo merezco».

Lisa se soltó bruscamente y asintió con la cabeza.

—Se acabó —dijo—. Haz lo que quieras.

Se alejó de él dejándolo sumido en un estado de completa frustración. Había una parte de su cerebro que quería creerla, quería pensar que no había ningún monstruo y que ella podría ayudarlo. Pero ¿cómo arriesgarse? ¡La amaba! Claro que la amaba, con todo su corazón. ¿Y acaso aquel no era el mayor gesto de amor que podía ofrecerle?

Lisa miraba a su amiga con una sonrisa. Céline no paraba de hablar de Jacques y de lo feliz que se sentía y ella escuchaba satisfecha y orgullosa porque su hermano hubiese abierto los ojos, pero había una vocecita en su cabeza que no dejaba de rezongar.

—Serás mi hermana, Lisa —dijo la modista con lágrimas en los ojos—. Fue lo primero en lo que pensé cuando me besó.

—No se lo digas a él, podría ofenderse —respondió Lisa, riendo.

Céline le cogió las manos y sorbió por la nariz las lágrimas que apenas podía contener.

—Llevo toda la tarde hablándote de esto y no te he preguntado por ti y por Reece. Lo vi hablando contigo después de que tu hermano... — De nuevo aquella sonrisa eufórica—. Te busqué para contártelo, quería que fueras la primera persona en saberlo, pero me di cuenta de que necesitabais estar solos, así que me las ingenié para reunir a los demás y distraerlos.

—Van a casarse.

Céline la miró perpleja.

—¿Quién va a casarse?

—Reece y Lena.

—¡No!

Lisa asintió.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible?

—Y hay más, Céline, por eso he venido a hablar contigo. Voy a contarte algo que he hecho, pero no puedes preguntarme los motivos. Te lo suplico, si me quieres, no me preguntes, por favor.

Céline enmudeció asustada.

—Lena se quedará con los diseños de *Madame O*.

—Quieres decir que se encargará de confeccionarlos — aclaró Céline.

—No —negó Lisa, rotunda—. Para todo el mundo, ella será *Madame O*. Le he dado todos mis diseños, presentes y futuros, de esa colección.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—He tenido que hacerlo —respondió—. Tiene algo que puede utilizar en mi contra y ha amenazado con contarlo si no me plegaba a sus deseos.

—Pero ¿cómo lo descubrió?

—No lo sé. Supongo que mis trazos me delataron. Fui muy estúpida.

—Sabía que era muy arriesgado dárselos a Reece, pero... — Céline se quedó pensativa unos segundos —. ¿No hay nada que podamos hacer? ¿De verdad se va a quedar con todos los diseños?

Lisa asintió, agradecida de que no le hubiese preguntado por la delicada cuestión de las amenazas. Se dejó caer contra el respaldo del sofá, exhausta. Había aguantado tanta tensión que se sentía como si hubiese subido cuatrocientos escalones sin descansar.

—¿Y Reece va a casarse con ella por el mismo motivo?

Lisa desvió la mirada y no respondió. Céline sabía que todo aquello era por algo que había pasado la noche de la inauguración. Los vio bajar a los talleres juntos. Si no había preguntado era porque sabía que, si Lisa quería contárselo, lo haría. Y, si no lo había hecho, era porque no podía hacerlo. Hasta ese punto llegaba la complicidad que había entre ellas.

—Está bien —dijo la modista con expresión pensativa—. Has perdido esos diseños. Pero no se acaba el mundo por eso.

Lisa la miró con tristeza.

—Sabes lo importantes que son para mí.

—Lo sé. —Céline volvió a cogerla de las manos y la obligó a sentarse erguida—. Pero eres una magnífica diseñadora, no vas a dejar de tener ideas porque pierdas unos pocos diseños. Si Lena se quiere quedar con ellos, que se los quede. Empieza de nuevo, investiga, aventúrate y diseña la ropa que te gustaría vestir, la que querrías que todas las mujeres de París vistieran. Las damas en sus lujosos salones de baile y las maestras, institutrices y costureras en sus trabajos. Eres creadora, Lisa, nada puede frenarte.

Lisa se abrazó a ella y recostó la cabeza en su hombro. Por primera vez desde que su mundo se había puesto patas arriba, alguien le decía lo que necesitaba oír. No tendría a Reece, no tendría a *Madame O*, pero se tenía a sí misma. Se volcaría en la ropa, en hacer su mejor diseño, ese sería el modo de curar su destrozado corazón. Las heridas cicatrizarían y el dolor se calmaría. Era inevitable y ella se esforzaría para conseguirlo cuanto antes.

—Eres la mejor hermana que una mujer podría tener — dijo con sentida emoción.

Céline cerró los ojos, profundamente consternada y le acarició el cabello con ternura.

—¿Te parece que esto es un pespunte bien hecho? — gritaba Lena señalando a la modelo que lucía el vestido delante del espejo.

La costurera miraba al suelo sin atreverse a levantar la cabeza.

—Esos puntos no son exactamente iguales... — siguió la diseñadora —. ¿Ves este de aquí? ¿Y este? ¡Dios! ¿Estoy rodeada de inútiles o qué es lo que ocurre en este taller?

Céline pasaba por delante de la puerta, cargada con dos piezas de tela muy pesadas, pero los gritos de Lena la hicieron detenerse. Aquella mujer era demasiado temperamental, pero con la presentación de la colección de alta costura, su resistencia a la frustración se había evaporado por completo. Dejó las piezas en el suelo, en posición vertical y apoyadas en la pared, y entró en el taller.

—¿Qué ocurre? —preguntó acercándose al vestido.

—¿Que qué ocurre? Mira el estropicio que ha hecho esta inútil — dijo Lena, furiosa.

Céline revisó el pespunte de adorno y vio a qué se refería. Los puntos eran desiguales y la tela quedaba ligeramente arrugada provocando un feo efecto en el corpiño. Miró a la joven que había realizado el trabajo y observó sus pequeñas manos y sus delicados dedos.

—Faustine es especialista en encaje, Lena. Tiene las manos demasiado pequeñas y frágiles para coser una tela como el brocado.

Cogió la mano de la muchacha y le mostró a la diseñadora los dedos enrojecidos.

—¿Te duelen? —preguntó.

Faustine asintió sin atreverse a emitir sonido alguno.

—¡Válgame Dios! —exclamó Lena—. Ahora voy a tener que tratarlas como a frágiles florecillas. ¿De qué me sirve una costurera si no le puedo pedir que cosa un pespunte en brocado?

—Tiene solución —siguió Céline—. Precisamente por la fragilidad de sus dedos, las puntadas han sido muy delicadas y no habrán dejado marca. Hay que descoser con mucho cuidado para no dañar la tela y volver a pespuntear.

—Yo lo arreglaré, señora —dijo Géraldine —. Mis manos son fuertes y tengo buen ojo para las medidas.

Lena le hizo un gesto para que tomara la aguja y solucionara el problema.

—Tú, ve a terminar los cuellos que faltan — le ordenó a Faustine —. Y deja de llorar. No aprenderás nada en la vida si no te regañan. Debes dar gracias cada vez que alguien te recrimina una falta, no ponerte a llorar como una niña malcriada.

—Sí, señorita —dijo asintiendo—. Gracias, señorita.

—Pronto dejarán de llamarme señorita — murmuró entre dientes al acercarse a Céline —. Gracias por tu intervención.

Las dos mujeres caminaron hacia la puerta, donde Céline había dejado las piezas de tela.

—Si necesitas ayuda para que todo esté listo para la presentación, podemos...

—No creo que Lisa quiera ayudarme — dijo cortándola —, pero gracias por el ofrecimiento.

—No lo he dicho por ti —dijo Céline con mirada gélida —. Lo digo por el bien de *Le Colisée*. Todo el mundo espera la presentación de una maravillosa colección esta noche. Por desgracia van a tener que esperar un poco más.

Lena era consciente de que tenía las miradas de todas sus costureras clavadas en ella y también de que se alegraban de aquel comentario tan poco amable por parte de Céline. Sabía perfectamente por qué había dicho aquello, quería dar a entender que los diseños de Lisa eran mejores que los suyos. Si hubiera sido falso, ese comentario no le habría hecho el menor daño, pero al pensar lo mismo que ella, su enfado regresó veloz y sin llamarlo.

—Aun así, gracias, Céline. Por cierto, te felicito, nunca habría imaginado que fueses una mujer tan pragmática. Ayer estuve hablando con Anna y me comentó lo feliz que se sentía de que Jacques hubiera hecho caso de su sugerencia. Al principio estaba convencida de que no le había gustado que te propusiera como candidata, después de todo, tú y ella no os parecéis en nada, ¿verdad? Estarás de acuerdo conmigo en que Anna es un dechado de perfección. Pero claro, Jacques necesita una esposa y, ya que ella lo rechazó, no le quedaba más remedio que conformarse. Y es tan evidente lo que sientes por él, que era una decisión fácil, ¿no crees? Es lo que tienen los hombres, que se conforman con cualquier cosa con tal de dormir en una cama caliente.

Céline había empalidecido y enrojecido simultáneamente mientras escuchaba lo que Lena decía. Cuando la diseñadora terminó de verter su veneno, la modista salió del taller y caminó por el pasillo como una autómatas. Una de las costureras la vio y, cómo sería su aspecto que se levantó corriendo para cogerle las piezas de tela de las manos.

—Déjeme que la ayude, señorita Visonneau.

Céline depositó las telas en sus manos y sin decir nada dio media vuelta y echó a correr. Salió de las galerías sin abrigo y sin su bolsito, por lo que no pudo coger un coche. Así que empezó a caminar sin pensarlo y sin saber a dónde se dirigía, hasta que se detuvo frente a su casa. Vivía a una hora a pie de *Le Colisée*. Su casa era humilde, pero era solo suya. Allí había vivido desde que sus padres murieron y la dejaron sola. Si su madre viviera se abrazaría a ella y lloraría en sus brazos, desconsolada.

Entró y cerró la puerta tras ella, recostándose contra la madera.

—Señorita, ¿qué hace aquí tan pronto? ¿Dónde está su abrigo? — La señora Gemini vivía con ella desde que era una niña. Era lo más parecido a una familia que Céline tenía.

—No me encuentro bien, Hilona, voy a echarme un rato — dijo y acto seguido corrió a las escaleras y las subió lo más deprisa que pudo.

Se encerró en su cuarto y tumbó en la cama, con los ojos secos y la mirada fija en la pared. No podía engañarse, lo sabía, lo vio en sus ojos cuando le hablaba. No había amor, ni ninguna clase de emoción de las que ella sentía. Tan solo simpatía y agrado. Ella le resultaba agradable, pero no la amaba. ¿Por qué aceptó su petición? ¿Por qué se conformaba con las migajas, las sobras de otra? ¿Y qué otra opción tenía? No era que hubiese una fila de candidatos esperando en su puerta. Nadie iba a pedirle matrimonio jamás. No pertenecía ni a un mundo ni al otro. Su abolengo venía de arriba, pero económica y socialmente era de los de abajo, ya que tenía que trabajar para subsistir. Estaba condenada a la soledad y ella no quería estar sola.

Jacques era el hermano de Lisa. Casarse con él la convertiría en su hermana. Y, sobre todo, ¡ella lo amaba! Lo amaba desde la primera vez que él le habló. Su corazón estalló eufórico entonces y no se había recompuesto aún. Había imaginado aquel primer beso hasta la saciedad y ahora vendrían muchos más...

Se puso boca arriba en la cama y fijó la mirada en el techo. Se trataba de vivir sin amor y sola o sin amor y con él. No había duda posible. Prefería vivir con él y amarlo por los dos. Lo haría feliz; al menos lo intentaría con todas sus fuerzas y, quizá, con el tiempo...

Capítulo 13

La presentación de la colección de alta costura fue todo un éxito. La prensa se hizo eco del acontecimiento y llegó gente de todo París e incluso de otros lugares, para ser testigos del momento.

Lena estuvo espléndida. Segura de sí misma y derrochando carisma por todas partes. Se ganó a la prensa, a las damas y a sus esposos, que llenaron el libro de encargos con un sinfín de peticiones.

La diseñadora vienesa aprovechó la tesitura para anunciar su compromiso con Reece y para dar la noticia de que ella era *Madame Orchidée*, al tiempo que mostraba los cuatro diseños de Lisa. Un vestido de noche, uno de tarde, un traje de montar y un abrigo. Los cuatro causaron sensación entre los asistentes.

Lisa se mantuvo en mitad de la sala y no movió un músculo, a pesar de que sentía una profunda tristeza. Reece se esforzó mucho en no cruzarse con su mirada y sonreía con los labios mientras sus ojos permanecían lejos de allí.

Cuando la presentación terminó, empezó la fiesta y el champán fue de copa en copa mientras la música amenizaba las conversaciones.

—¿Cuál crees que es la hora prudencial para marcharse sin llamar la atención? — le preguntó a Céline aprovechando que Jacques había ido a buscar una copa.

—No tengo mucha experiencia en esta clase de cosas, Lisa — dijo su amiga sonriendo sin ganas —. Pero creo que es demasiado pronto.

Céline sentía que se le retorcían las tripas cada vez que pensaba que Lena iba a quedarse con todos los diseños de *Madame O*. No solo los que ya había creado Lisa, también los que le pediría en el futuro. No podía hacer nada por ayudar a su amiga, ni siquiera podía desenmascarar a Lena frente a Reece, y eso la estaba matando.

Lena arrastró a Reece hasta un lugar apartado, lejos de la música y del baile.

—¿Por qué no me lo dijiste? — preguntó él mirándola inquisitivo —. ¿Por qué ese jueguecito de mandarme los diseños a escondidas?

—Me gustan los misterios.

Él entornó los ojos, veía en el rostro de Lena que quería algo de él.

—¿Quieres ver el resto de diseños? — preguntó con picardía —. Te enseñaré toda la colección, la tengo abajo, en mi taller. Ven.

Lo cogió de la mano y lo guio hasta las escaleras. Reece la siguió sin resistirse, sentía mucho interés por aquellos dibujos.

Lena se mordió el labio cuando llegaron abajo y trató de rodearle el cuello para besarlo.

—Quiero ver los diseños —dijo él sujetándole las muñecas —. Ya habrá tiempo para eso.

Ella hizo un gesto de disgusto, pero caminó delante de él sin protestar. Reece entró en su despacho y se inclinó sobre los dibujos que Lena esparció sobre la mesa.

—Aquí los tienes. La colección completa.

Reece se quedó sin habla. Eran impresionantes. Frescos y cálidos a la vez. Sutiles y asombrosos. No podía colocarlos a un lado de la balanza, no tenían solo una dimensión. Eran exuberantes y recatados, combinando los dos mundos que habitaban en su interior: la lujuria y una serena candidez.

Se incorporó para verlos en conjunto.

—¿Cómo los has conseguido? — preguntó a bocajarro.

—Ya me has oído ahí arriba — dijo ella con una sonrisa satisfecha —. Yo soy *Madame Orchidée*.

—Ahórrate las mentiras conmigo, Lena. No me gustan y harás que me enfade.

—Me gusta cuando te enfadas — dijo ella apretándose contra él.

Reece la empujó sin miramientos para apartarla y ella sonrió con mirada lasciva.

—¿Qué has hecho para que Lisa aceptara entregártelos?

Lena abrió la boca sorprendida.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Eso no es asunto tuyo. Te he hecho una pregunta — dijo con voz helada —. La has amenazado, ¿verdad? Otra vez esa maldita amenaza.

—Ella no valoró lo que tenía entre manos, no se merece tu...

—¿Cómo te atreves? —dijo entre dientes —. ¿Cómo osas siquiera juzgarla?

Lena dejó la carpeta sobre la mesa y salió del despacho, percibía la violencia que emanaba de Reece y no se parecía a nada que hubiese visto antes.

—Volvamos a la fiesta.

—Te crees que voy a dejar que te salgas con la tuya en todo, ¿no es eso? Crees que me tienes bien cogido.

La diseñadora respiró profundamente y se volvió a mirarlo.

—Es que te tengo bien cogido, Reece — dijo serena —. Lisa es tu punto débil y pienso aprovecharme de ello todo lo que pueda. No solo me he quedado con sus diseños y con la figura de esa diseñadora misteriosa, también va a seguir trabajando para mí. Le pediré lo que quiera y ella lo hará sin protestar, porque ella se puso en mis manos al abrirse de piernas para ti en este sótano.

Reece empalideció y sus puños se cerraron amenazadores.

—Yo la forcé —masculló.

—Eso no fue lo que yo vi, pero da igual porque eso no cambiaría nada. Ahora está usada y sus padres ya no van a poder encontrarle un marido decente que engendre sus hijos en ella. — Se acercó a él con mirada intensa —. Esto te gusta, ¿verdad? Ese fue el oscuro y perverso motivo que te llevó a hacerlo. Querías marcarla, dejar claro que es tuya...

—Cállate —ordenó apretando los puños.

—No vas a casarte con ella porque no quieres que vea esa parte de ti que te avergüenza. Temes que se asuste o, peor aún, temes que te mire con desprecio...

—He dicho que te calles. —Reece sentía cómo la furia lo dominaba, todo su cuerpo se había puesto duro. La tensión en sus músculos era insoportable.

—Ahora lo entiendo todo. No vas a casarte con ella, pero tampoco quieres que lo haga otro, porque no soportas imaginar que ese otro la toque siquiera. — Lo cogió de la solapa de su chaqueta con suavidad. Su mirada era lujuriosa, estaba tremendamente excitada —. ¿Es eso, Reece? ¿No puedes soportar la idea de que otro hombre la desnude y ponga sus manos en esos pequeños pechos que esconde bajo el escote? ¿Que otro la atraviere con...?

Reece la agarró del cuello y la empujó hasta la pared. Se inclinó sobre su oído y le habló con tono bajo e intenso.

—Escúchame bien, Lena. Hasta ahora me habían gustado tus jueguecitos, pero con esto te has pasado de la raya. No permitiré que vuelvas a hacer daño a Lisa...

—Ya he dicho que soy *Madame O* y no me retractaré — dijo serena —. Eso destruiría mi carrera. Y, Reece, quita ahora mismo tu mano de mi cuello, no quiero que me dejes una marca. Ya sabes que a mí no me asustas, así que suéltame.

Él lo hizo despacio sin dejar de mirarla, sus ojos la advertían del peligro que la acechaba.

—Si vuelves a hacer algo contra ella, te juro por Dios que te destruiré — dijo él muy serio —. Tú sabes su secreto, pero yo conozco el tuyo, no lo olvides. Ni por un momento creas que me habías asustado y que por eso iba a casarme contigo. Este matrimonio me convenía y por eso acepté. Pero no olvides que con solo chasquear los dedos podría hundirte en la miseria y conseguir que nadie, en ninguna parte del mundo, quiera vender uno solo de tus diseños.

—Eso provocaría el caos —dijo ella con sonrisa irónica —. Tú cuentas lo mío, yo cuento lo tuyo y, sobre todo, lo de Lisa... De este modo el castillo de naipes se derrumba y todos quedamos sepultados bajo los escombros.

Él la miraba con frialdad.

—Yo estoy preparado, ¿y tú?

Lena lo miró de arriba abajo. Estaba imponente cuando se enfadaba. Reece estaba mucho más atormentado de lo que dejaba entrever y sus demonios debían de ser terribles, a juzgar por el dolor que mostraban sus ojos en algunos momentos.

—¿Harías eso? —le preguntó curiosa —. ¿Nos destruirías a todos por ella?

Reece solo asintió una vez. Lena se lanzó entonces sobre él y lo besó con ansia desmedida. La había excitado de un modo imposible de contener. Él la apartó con delicadeza, pero ella volvió al ataque sin dejarse amilanar.

—Vas a tomarme en su taller — dijo cogiéndole la mano y arrastrándolo con ella —. En esa misma mesa en la que la tomaste a ella.

Reece se detuvo en el pasillo que comunicaba los dos talleres y se soltó bruscamente.

—¿Desde cuándo recibo órdenes tuyas?

—Te doy mi palabra de que no volveré a extorsionarla. La dejaré libre como un pajarillo — dijo Lena, con evidente urgencia.

Reece dejó que volviese a cogerle de la mano y la siguió hasta el taller. Lena se reclinó sobre la mesa en la que los había visto juntos y se levantó la falda del vestido, mostrando sus partes íntimas.

—Vamos, tómate como la tomaste a ella — pidió la diseñadora —. Hasta te dejo que pienses en Lisa mientras lo haces. ¡Oh!, puedes pensar en lo que quieras, mientras seas duro

conmigo.

Reece sentía el fuego corriendo por sus venas. La tenía allí expuesta y su pene se resistía a seguir encerrado. Pero al hacer lo que le pedía, al pensar en Lisa allí, en aquella mesa y mirándolo con absoluta entrega y devoción, algo se rompió en su pecho y lo dejó sin aliento.

—Tengo que salir de aquí —dijo como si le faltara el aire.

Lena lo vio echar a correr, así que se irguió y dejó caer su vestido, disgustada. Había perdido su baza sobre Lisa y encima no iba a disfrutar del cuerpo de Reece. La noche estaba siendo un auténtico desastre.

—Quizá consiga que Anna baje aquí conmigo...

Esa idea volvió a iluminar su noche.

Lisa recibió una nota de Lena en la que la eximía de sus obligaciones con ella. En la nota le pedía disculpas por haber abusado de su amistad y le agradecía lo que había hecho por ella.

Se sintió aliviada al saber que no tendría que seguir diseñando para Lena. Eso, unido a la edificante charla que había mantenido con Céline, hizo que su ánimo mejorara visiblemente. El dolor por todo lo que le había ocurrido en los últimos meses no desapareció, pero volcarse en el trabajo y distanciarse por completo de Reece, ayudaron a suavizarlo.

Le Colisée era toda una atracción. Todas sus secciones estaban ya a pleno rendimiento y la clientela bullía de planta en planta buscando novedades. Algunas damas llegaban preguntando por un modelo en concreto del que les había hablado alguna amiga y había caballeros que se interesaban por una prenda que alguien había mencionado en el club. La gente de París hablaba de *Le Colisée* y Marcel Dubois estaba orgulloso de su nieto.

—Hijo mío, casi puedo asegurar que has triunfado — dijo aceptando el vaso que de *whisky* que le ofrecía —. Y, digo «casi», porque ya sabes que soy de talante conservador y no me gusta lanzar las campanas al vuelo antes de tiempo.

Reece sonrió satisfecho. Las cosas iban realmente bien en cuanto a los negocios.

—Lo que no veo tan claro es esa peregrina idea de casarte con esa diseñadora. ¿Estás seguro de lo que haces, muchacho?

—Sí, abuelo, muy seguro.

Marcel se había sentado en un sillón frente al sofá en el que estaba su nieto. Observó el despacho con agrado, le gustaba mucho aquella estancia: sólida y robusta, pero nada recargada. Perfecta para Reece.

La chimenea estaba encendida y Reece se había quedado en mangas de camisa. Estaban en marzo y las temperaturas habían empezado a subir, pero los huesos de su abuelo agradecían el calor del fuego. Le gustaba que Marcel lo visitara en *Le Colisée*, no le importaba que lo liberase del trabajo de vez en cuando.

—¿Sabes cómo supe que tu abuela era la mujer de mi vida? — Marcel tenía el vaso entre las dos manos y lo giraba ante sus ojos mirando las llamas del fuego a través del cristal —. Por aquel entonces yo era un muchacho como tú, gallardo y aguerrido. Había muchas jovencitas que bebían los vientos por mí. No te creas que exagero, puedes preguntarle a tu abuela si no me crees.

—Te creo —dijo Reece recostando la cabeza en el respaldo y colocando el pie derecho sobre la rodilla izquierda en actitud relajada—. La abuela ha dicho muchas veces que eras un rompecorazones.

—Yo tenía mucha afición a jugar al ajedrez y alguien me habló de un profesor de aritmética al que se le daba muy bien. Le pedí que me pusiera en contacto con él y empecé a visitarlo en su casa para jugar.

—Era el padre de la abuela — dijo Reece, que conocía la historia.

—Así es. No creas que a tu abuela le gusté desde el principio, me trataba fatal. Yo era muy serio y un poco arisco y esos defectos se me acentuaban cuando me sentía inseguro...

Marcel se quedó pensativo unos segundos.

—¿Por eso lo supiste? ¿Porque te sentías inseguro estando con ella?

—No, aunque eso ya era una pista — dijo Marcel sonriendo—. Lo cierto es que me irritaba sobremanera, era resabida y exigente conmigo, pero luego la veía con su padre y era dulce y amorosa como un gatito. Eso me sacaba de quicio. Me molestaba tanto, que me propuse conseguir que me tratase tan bien como a él.

Reece sonrió, su abuela seguía siendo resabida y exigente con él.

—Ya sé por qué te ríes —dijo su abuelo—, no lo conseguí. Pero de pronto me di cuenta de que solo pensaba en esa maldita partida de ajedrez. Me pasaba el día pensando en el momento en el que iría a casa del profesor Lejeune. Dejé de frecuentar a mis amigos, de ir a fiestas... Tan solo jugaba al ajedrez con un profesor de aritmética, que vivía en una humilde casa de la rue Poitier. Me imaginaba estando en aquel pequeño salón atestado de muebles, con la única compañía de aquella soberbia jovencita que pasaba el rato leyendo mientras su padre y yo jugábamos. A veces, cuando yo hacía algún comentario, sonreía imperceptiblemente, sin apartar la mirada del libro. Excepto una vez. Yo estaba hablando de algo de las fábricas, no recuerdo qué decía, solo sé que ella me miró y fue como si el mundo se detuviera — dijo ensimismado—. ¡Oh, qué momento! Me sentí flotando dentro de la habitación, el corazón no me cabía en el pecho y me costaba respirar. Fue un instante, pero aquella mirada me traspasó como la hoja de una espada. Y en ese momento lo supe, me había enamorado perdidamente de ella.

Reece miraba las llamas que se movían entre los troncos de la chimenea. La melancolía lo arrastró a ese lugar por el que solía transitar cuando estaba solo. La pureza en la narración de su abuelo lo llevó a la autoconmiseración. Así era su mundo antes de que Imogen dejase caer el muro que ocultaba la verdad. El ama de llaves engarzó cada una de sus narraciones a uno de sus recuerdos, destruyéndolos uno tras otro:

«¿Te acuerdas del día que perdiste aquella bufanda que tanto te gustaba? Ese día, tu padre me llevó al sótano y me obligó a...». «En la fiesta de tu séptimo cumpleaños, cuando quisiste que Connor fuera el protagonista, James me llevó arriba, me hizo desnudarme y me obligó a asomarme, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana mientras él, detrás de mí...».

—¿En qué piensas? —preguntó su abuelo con preocupación—. Parece que estés viendo al mismísimo demonio en ese fuego.

Eso era exactamente lo que estaba viendo, pero ese demonio ya no tenía la cara de James Darwood, sino la suya propia.

Comprendió que nunca iba a hallar la paz. Jamás podría emocionarse con una mirada de Lisa, ni sentir en su corazón la tierna llama de un amor puro. A cambio tendría las manos

expertas de aquellas mujeres que tanto estaban dispuestas a darle por unas cuantas monedas. Que se abrían a él con solo un gesto de sus dedos y que eran capaces de satisfacer cualquiera de sus retorcidas fantasías. Cada uno de esos actos lo iba hundiendo más y más profundo en la ciénaga y pronto no podría ya ni respirar.

De pronto escucharon gritos airados en el exterior y su abuelo lo miró con preocupación.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Su nieto ya se había puesto de pie y se colocaba la chaqueta mientras atravesaba la habitación para salir al pasillo. Los gritos llegaban desde la sección de complementos.

—He dicho que me saque otro par de guantes. ¿O es que pretende que, además de tolerar semejante presencia, meta mis manos ahí después de que ella los haya utilizado? ¿¡Por quién me toma!?

Reece se acercó a una prudencial distancia y se quedó oculto hasta hacerse una adecuada composición de la escena. Una dama a la que no había visto jamás, pero que parecía muy distinguida, reprendía a *mademoiselle* Morin, una de sus mejores dependientas, mientras en el mostrador contiguo, la esposa de Aristide Mahon, la miraba con expresión tensa. Mahon era un ingeniero paisajista a quién Reece admiraba mucho. Se había ocupado de crear los jardines de la Exposición universal de 1878, había reformado los exteriores de los palacios de Versalles y había sido contratado por la reina Victoria para remodelar el palacio de Kensington con gran acierto. En esos momentos estaba en Viena, trabajando en los jardines del Schönbrunn, bajo las indicaciones del mismísimo emperador Francisco José.

—¿Qué ocurre, *mademoiselle* Morin? — preguntó acercándose solícito.

La joven dependienta se ruborizó al verlo, consciente de que no había conseguido solucionar la situación por sí sola.

—La señora Fleury me exige que le ofrezca otro par de estos guantes para probárselos. He tratado de explicarle que son exclusivos y no hay otro par, pero...

—Permítame que me presente, señora Fleury — dijo Reece tomándole la mano para llevársela a los labios —. Soy Reece Darwood, el director de *Le Colisée*.

—Oh, encantada —dijo la mujer visiblemente azorada —. Sé que entenderá mi disgusto. Llevo poco tiempo en París, mi marido ha sido diplomático en Londres durante más de veinte años, precisamente así lo conocí. Mi nombre de soltera es Wellington.

—¿Es pariente del duque?

—Es mi primo, señor —constató orgullosa —. Siendo usted inglés y de una familia evidentemente próspera, entenderá mi desazón con esta muchacha que insiste en que me pruebe unos guantes que ha utilizado «esa».

La forma en que señaló a la señora Mahon fue tan despreciativa, que Reece tuvo que contener la musculatura de su rostro para que no evidenciara lo que pensaba de ella.

—Como seguro que sabrá, señora Fleury, esta zona es de alta costura y las prendas que ofrecemos aquí son exclusivas. Estos guantes llevan el sello de *Madame Orchidée*, le alabo el gusto, pero solo se ha confeccionado este par. Si quiere, *mademoiselle* Morin le puede enseñar otro modelo similar.

—Pero es que a mí me gustan estos. ¿No podría hacerse algo? ¿Confeccionarlos de nuevo?

Reece sonrió amigable, pero sus ojos no corroboraron dicha simpatía.

—Lo lamento muchísimo, señora Fleury, pero la política de nuestro establecimiento lo prohíbe rotundamente. Hay otros modelos menos selectos de los que se han confeccionado varios pares, pero le garantizo que si compra un diseño de *Madame Orchidée* no verá a ninguna dama con otros guantes iguales. — Se giró hacia la dependienta —. *Mademoiselle* Morin, enséñele a *madame* Fleury aquel con las piedrecitas en el puño. Estoy seguro de que quedarían magníficos en unas manos tan delicadas como las suyas.

La mujer se sonrojó ligeramente al escuchar el halago y contempló sus manos con manifiesta satisfacción. La dependienta sacó los guantes que Reece había mencionado y los colocó sobre la mesa para que la dama pudiera contemplarlos.

—Realmente son preciosos —dijo asintiendo y mirando a Morin preguntó —: ¿Estos no los ha utilizado...? Ya sabe...

Mademoiselle Morin negó con la cabeza y la mujer los cogió satisfecha y se los empezó a colocar sin reparos.

—Voy a estar muy poco tiempo en París, mi esposo espera su nuevo destino y partiremos en pocos días. Me gustaban esos guantes, creía que eran los más bonitos que he visto nunca. — Miró a Reece —. Pero sin duda, estos son aún mejores, estoy segura de que causarán sensación allá a donde vaya.

—Parecen especialmente diseñados para usted — dijo él.

—¡Oh! —exclamó la mujer, satisfecha —. Usted sí que sabe tratar a sus clientas. Definitivamente, me los quedo. Pero permítame un consejo, señor Darwood, debería poner a alguien a vigilar la entrada para asegurarse de prohibir la entrada a indeseables. Sé que las francesas son mucho más laxas con su moral de lo que lo somos las damas inglesas, pero aun así, no creo que sea de su agrado encontrarse con mujeres... como esa.

Dijo esto último bajando el tono al tiempo que lanzaba miradas de soslayo hacia la señora Mahon.

—Ya he visto a otros como ella por París, se piensan que por llevar trajes caros pueden disimular lo que son, pero como yo siempre digo: aunque la mona se vista de seda, mona se queda. — Soltó una carcajada de lo más desagradable, pero ni Reece ni la dependienta la acompañaron —. Discúlpeme, no he podido evitarlo, me ha parecido un dicho tan acertado. Sé que algo así en Londres sería impensable. ¡Cuánto echo de menos nuestra tierra!

«Estoy seguro de que ella no pensaría lo mismo de usted», se dijo Reece sin mover un músculo.

—Debería deshacerse de esos guantes — siguió la dama con expresión de repugnancia —. A saber qué habrá dejado dentro. El mundo se desmorona, señor Darwood, pero me niego a aceptar según qué cosas, lo siento. Alguien ha de ser garante de la moral y no me importa el sacrificio que supone estar siempre velando por qué esa moral se cumpla.

La mandíbula de Reece se marcó con fuerza y contuvo el impulso de echarla a patadas de allí.

—Espero haberle servido de ayuda — dijo dispuesto a marcharse antes de perder la paciencia.

Se inclinó ligeramente y se dirigió de vuelta hacia el despacho, pero a mitad de camino cambió de opinión y regresó sobre sus pasos. Pasó de largo junto a la inglesa y se detuvo junto a

madame Mahon, que acababa de adquirir una salida de teatro de cachemira blanca, acolchada y con adornos de cisne, por el que había pagado treinta y cuatro francos.

—Excelente elección —dijo para llamar su atención—. Señora Mahon, qué gusto verla por aquí.

La saludó besando su mano y deteniéndose un par de segundos más de lo que lo había hecho con la inglesa. Sabía qué estaría mirando y que le irritaría semejante distinción.

La señora Fleury contemplaba la escena con tal asombro, que sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—He sabido que su marido está en la corte de Viena en este momento.

—Así es. De hecho, estoy renovando parte de mi ropero para reunirme con él. Los trabajos en el Palacio de Schönbrunn van a alargarse mucho más de lo que esperábamos y ya sabe que la corte austríaca es muy elegante.

—El emperador Francisco José tiene fama de ser muy exigente en todos los aspectos — dijo Reece en un tono lo bastante elevado para que la señora Fleury oyera lo que decía—. Hay que reconocer que su esposo se ha convertido en el hombre más anhelado de los monarcas. Espero verlo pronto y que me cuente sus impresiones sobre la corte austriaca. Mi abuelo y yo aún comentamos las numerosas anécdotas que nos explicó sobre la reina Victoria. Dele un cálido apretón de manos de mi parte.

—Así lo haré —dijo la mujer, visiblemente azorada.

—Le hemos reservado el modelo de *Madame O* que tanto le gustó. Si tiene la amabilidad de pasar por la galería de alta costura, *madame* Roux la atenderá con sumo gusto.

—Estoy deseando verlo. Como siempre, la atención que se me dispensa en *Le Colisée* es exquisita. También he venido a comprar algunos vestidos de la colección de prêt-à-porter para las muchachas de servicio que viajaran conmigo. ¿Tendré el gusto de ver a la señorita Lacroze? — preguntó.

Reece hizo un gesto a uno de los dependientes para que se acercara.

—Baje a avisar a Lisa que *madame* Mahon está aquí. — Una vez dada la orden, se volvió hacia la dama y la saludó con una rotunda inclinación como despedida—. Un placer tenerla aquí.

—Lo mismo digo, señor Darwood — dijo con suavidad al tiempo que hacía una graciosa reverencia.

Reece se dio la vuelta para regresar a su despacho pasando junto a la señora Fleury sin mirarla siquiera. La mujer se inclinó para dirigirse a la dependienta y bajó el tono de voz.

—¿Es eso cierto? ¿De verdad un hombre... negro tuvo el honor de estar frente a la reina Victoria?

—El esposo de la señora Mahon no es negro, señora Fleury.

La mujer abrió los ojos como platos y se tapó la boca más sobresaltada si cabe. Giró la cabeza sin disimulo y miró a la susodicha que en ese momento se encontraba con una joven que parecía apreciarla.

—¿Me está diciendo que «esa» está casada con un hombre... decente?

La joven dependienta se ruborizó ligeramente, incómoda.

—Si por decente se refiere a blanco, sí, el señor Mahon es tan blanco como usted y como yo.

—¡Santo Dios! A dónde vamos a ir a parar. ¿Eso es legal aquí? Madre mía, madre mía...

—¿Desea algo más? —preguntó *mademoiselle* Morin disimulando su irritación.

—Nada más, nada más —negó repetidamente la mujer que parecía al borde del colapso —. Envuélvame esos guantes para que pueda marcharme cuanto antes. Cuando se lo cuente a mi esposo, no se lo va a creer. No se lo va a creer.

Morin la vio salir de la tienda como si la persiguiera un esclavista para atarla con una cadena. No sonrió, aunque podía escuchar las carcajadas dentro de su cabeza. La señora Fleury tardaría mucho tiempo en recuperarse de aquel sobresalto.

—Discúlpame, abuelo, he tenido que solucionar un pequeño problema — dijo Reece cuando entró en el despacho.

—Tranquilo, hijo. ¿Todo bien?

—Perfectamente.

Capítulo 14

—Estamos muy contentos con el compromiso — decía Camille mirando a Céline con simpatía —. Cuando Jacques nos lo anunció, no nos lo esperábamos.

—Ha sido todo muy rápido —dijo la joven, visiblemente nerviosa —. A decir verdad, yo tampoco me lo esperaba.

—¿Habéis pensado dónde viviréis? — preguntó Matthieu con la preocupación característica de los padres sobreprotectores —. Tenemos una propiedad en Lerou con Batist. Podríamos avisar a nuestro inquilino si me dais una fecha aproximada para la boda.

—Papá, no te preocupes —pidió Jacques sirviéndose un poco más de vino —, nosotros buscaremos casa cuando llegue el momento.

—¿Y ya has pensado qué harás cuando os caséis? — preguntó Camille a Céline —. Imagino que dejarás de trabajar en el taller. Al menos como costurera.

—Mamá, Céline no es solo una costurera — intervino Lisa —. Es diseñadora, como yo.

—Pero cuando se case...

—Aún no lo he pensado —dijo Céline al ver que a Camille le costaba encontrar las palabras para acabar la frase —. Supongo que tendremos que hablarlo. No sé lo que piensa Jacques.

Camille sonrió.

—Claro, los jóvenes enamorados no hablan de estas cosas prácticas, tienen suficiente con hablarse de amor.

Céline se sonrojó como una niña mientras jugueteaba con las verduras de su plato. Lo cierto era que Jacques nunca le hablaba de amor. Sus conversaciones solían versar sobre cualquier tema relacionado con *Le Colisée*. Hablaba del precio de las telas, de los tiempos de espera para que se las sirvieran, de cuál era el vestido que más se vendía...

Se sentían cómodos el uno con el otro, nunca se quedaban sin conversación y su amistad se había afianzado en los tres meses que llevaban de noviazgo, pero Céline se sentía cada vez más vacía y triste. Se emocionaba por cualquier cosa y a veces, estando en el salón de su casa, cuando Hilona ya se había ido a dormir, dejaba que las lágrimas fluyeran imparables. Se abandonaba a la melancolía y nadaba en ella sin resistencia ninguna, ajena a las normas de conducta que siempre había respetado. Una mujer no ha de dejarse arrastrar por emociones vanas que no llevan a ninguna parte. Eso solo puede enfermarla y hacer que sea menos útil a la sociedad. Y, sin embargo, ella se dejaba ir divagando sobre qué era el amor y cómo sería sentirse amada. Imaginar cómo serían los cándidos y rápidos besos de Jacques si la boca a la que se los otorgase fuera la de Anna.

—Mamá, por favor —pidió Lisa, que había percibido el desánimo de su amiga, por mucho que ella se esforzase en ocultarlo —, deja de atosigarla con preguntas. Disfrutemos de la compañía y de la cena.

Lisa se comportó como siempre durante todo el día en el taller de *Le Colisée*, pero por la tarde se invitó a sí misma a acompañar a Céline a su casa para tomar un refrigerio juntas. Para ello decidió que saldrían antes y le pidió que avisara a su hermano de que hoy no se verían después del trabajo.

Una vez sentadas frente a sendas tazas de té con leche y con dos pedazos de tarta de manzana que Hilona les había servido, Lisa se dispuso a averiguar lo que le ocurría a su amiga.

—Sé lo que pretendes —se adelantó Céline —, y te pido que no lo hagas.

Lisa frunció el ceño, desconcertada, nunca dejaría de sorprenderle lo mucho que la conocía.

—¿Ya no somos amigas? —preguntó severa.

Céline la miró a los ojos.

—¿No lo éramos cuando decidiste no contarme lo que ocurrió en el sótano la noche de la inauguración?

Lisa empalideció y tuvo que soltar la taza para no verter su contenido.

—¿Crees que no sé que ocurrió algo importante aquel día? Si no te he preguntado sobre el tema es porque tú no querías hablar de ello. Y ahora soy yo la que no quiere que le pregunten.

Lisa respiró profundamente tratando de recuperar la calma y, después de unos segundos, cogió la mano de su amiga y la miró a los ojos.

—No voy a obligarte a contarme lo que te pasa, pero quiero que entiendas que hay una diferencia entre lo que yo no quiero contar y esto. En mi caso, no hay nada que pueda hacerse. Solo quiero olvidarlo y no podría hacerlo si tú supieras de qué se trata. Pero esto es distinto...

—No lo sabes.

—Sí lo sé. Esto tiene que ver con algo que aún no ha ocurrido y, por lo tanto, sí tiene solución.

—No la tiene.

—¡Claro que la tiene! Mi hermano y tú aún no os habéis casado. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

—Pero sí quiero —dijo Céline con los ojos llenos de lágrimas —. Quiero casarme con Jacques, es lo que más deseo en el mundo.

Su voz se quebró y ocultó la cara entre las manos, deshaciéndose en sollozos. Lisa se acercó y la abrazó con firmeza. Sus ojos también se humedecieron al verla sufrir así.

—Estoy aquí, Céline, quiero ayudarte.

—No puedes —sollozó su amiga—. Nadie puede.

Durante unos minutos la dejó llorar y desahogarse, hasta que Céline se apartó y buscó un pañuelo con el que secarse las lágrimas y sonarse la nariz.

—Soy una estúpida —dijo recuperando un poco la compostura —. Una completa estúpida.

—No digas eso.

—Es la verdad. Estoy locamente enamorada de tu hermano. Siempre lo he estado. Y él...

—¿Te ha hecho algo? —Esa idea no se le había pasado antes por la cabeza y se mostró horrorizada.

—¡No! —exclamó Céline con los ojos muy abiertos —. ¿Por quién me tomas? ¿Cómo puedes pensar que yo sería capaz de...? ¡Lisa!

Aquella reacción la golpeó como un puño de hierro. Céline sintió el dolor que emanaba de su amiga y se sintió confusa.

—Perdona, no quería decir que... Lisa, ¿qué?

Su amiga apartó la mirada, estaba pálida como la muerte. Céline tuvo entonces una epifanía. Los recordó a los dos bajando las escaleras del sótano. A Reece subir visiblemente alterado y a Lisa... Se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¡Lisa, no!

Su amiga cerró los ojos un instante, preparándose para lo que venía a continuación.

—¿Reece...? ¡Oh, Dios mío! ¿Él te... forzó? — Le cogió la cara con las manos para que la mirara —. Dímelo, ¿te obligó a...? ¡Canalla! ¡No puedo creerlo!

—No me obligó —dijo Lisa temblando como una hoja —. Yo fui la causante de todo, en realidad.

Ahora fue Céline la que empalideció.

—No fue como yo había imaginado y es cierto que hubo un momento en el que me arrepentí, pero entonces ya estaba hecho.

Apenas tenía voz y aquella confesión fue casi un murmullo. Lisa se limpió una lágrima y respiró hondo. No iba a llorar, no por algo por lo que había derramado más lágrimas de las que había llorado en toda su vida.

Céline respiró hondo tratando de pensar con claridad. Debía sosegar se si quería entender algo de lo que estaba pasando.

—Cuéntame qué paso, Lisa.

—Ya te lo he contado. Bajé con Reece al taller y... ocurrió.

Su amiga había visto el dolor que su amiga llevaba meses padeciendo. Sabía que había ocurrido algo entre ellos, algo malo, pero su confesión no justificaba nada de lo que había pasado. Si ella se entregó voluntariamente, algo que todavía no podía asimilar, no entendía el porqué de su distanciamiento y cómo Reece podía aceptar casarse con Lena.

—No creo que Reece sea la clase de hombre que desprecia a una mujer porque se haya entregado a él — dijo la modista —. Sería un canalla y estoy segura de que no lo es.

—No, él solo quiere... protegerme.

Céline frunció el ceño desconcertada. ¿Protegerla? ¿Cómo iba a protegerla que se casara con otra mujer después de deshonorarla a ella? De pronto, una potente luz lo iluminó todo.

—Lena bajó al taller... —dijo pensativa —. ¿Ha amenazado con contarlo? ¿Es eso?

Lisa asintió.

—¡Y por eso le diste a *Madame O*, tan fácilmente!

Lisa volvió a asentir.

—Dios mío, esa mujer es una víbora — afirmó Céline —. Tenemos que impedir esa boda como sea, Reece debe casarse contigo, es su deber.

Su amiga no le dijo que Reece no quería casarse con ella, ni tampoco que estaba convencido de ser un monstruo y todo lo demás. Al menos eso podía guardárselo para ella.

—Ahora tienes que contarme lo tuyo — dijo Lisa muy seria.

Céline suspiró, consciente de que no podía negarse.

—Tu hermano no me ama. Le pidió a Anna que se casara con él y ella lo rechazó. Anna le dijo que yo estaba más que dispuesta y que sería una buena esposa para él, por eso vino a mí.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es, Lisa. Lo supe desde el primer momento, Jacques no me ha engañado diciéndome que me ama. Y creí que era suficiente para mí, que me permitiría amarlo y eso sería suficiente. Pero desde hace una semana mi vida se ha convertido en un suplicio. Siempre que estoy con él me siento vacía y triste y tengo que contener las lágrimas a cada momento. A veces es una palabra, otras un gesto, en ocasiones no es ni siquiera algo que diga él, sino otra persona. Como anoche tu madre.

—Cuando te atosigó a preguntas.

—No, cuando dijo que no habíamos hablado de cosas prácticas porque los enamorados solo hablaban de amor. — Sus ojos se llenaron de lágrimas —. ¿Ves? Ya están aquí otra vez. Es insufrible.

Lisa le cogió una mano y se la apretó con ternura.

—Jacques es imbécil. Siempre lo ha sido, no entiendo lo que ves en él — dijo burlona.

—Él no tiene la culpa de lo que siente, Lisa. — Sonrió con tristeza —. Pero no hablemos de esto, es una tontería comparado con lo que me acabas de contar. Ahora entiendo por lo que has pasado y me siento enrabada por no haber podido ayudarte. Deberías habérmelo contado.

—No estaba preparada para hacerlo. Todavía no me creo que lo haya contado, creía que no podría sin hacerme pedazos frente a ti.

—Entonces, ¿tú ya...? Quiero decir... Ahora una de las dos sabe cómo es.

Lisa asintió turbada y Céline vio en sus ojos que no era un tema sobre el que debatir en ese momento. Le apretó la mano y sonrió con cariño.

—Tranquila, Lisa, juntas saldremos adelante.

—¿Me necesitabais? —Lisa acudió al despacho de Reece con ánimo preocupado y nervioso, pero se relajó al ver que su hermano también estaba allí.

—Buenos días, Lisa —la saludó Reece, poniéndose de pie, con voz neutra y expresión tensa —. Queríamos comentarte una cosa.

Jacques se acercó a su hermana, era evidente la incomodidad que había entre ellos y tenía la sensación de que Lisa se llevaba la peor parte. Resultaba inconcebible, para cualquiera que los conociese, lo mucho que se había deteriorado su relación en los últimos meses.

—Hemos recibido la propuesta de la revista de Maurice Leclerc para hacer un reportaje en su revista sobre *Le Colisée* — explicó.

Lisa se llevó las manos a la boca para retener un grito de sorpresa y alegría. *La belle couture* era la revista de mayor prestigio de París y, probablemente, del mundo entero. Sus diseños eran copiados por las damas más ricas y sofisticadas de las cortes reales. Los más famosos de esos diseños habían sido creados por Lena Mayer.

—Esa es una noticia excelente — dijo Lena con sincera alegría.

Reece sintió una conmoción en su interior al verla sonreír con tan espontánea alegría. No se había percatado de lo mucho que echaba de menos ver su sonrisa y por nada del mundo desearía ver cómo se borraba abruptamente.

—Supongo que querrán ver los talleres y su funcionamiento. Les facilitaremos el trabajo lo máximo posible, aunque ahora estamos trabajando en la colección de primavera...

—Las lectoras de esa revista son damas de la alta sociedad... — insinuó Reece.

Lisa lo miró sin comprender, eso ya lo sabía.

—Hermana, Maurice Leclerc solo está interesado en la alta costura. Quieren escribir sobre Lena... y *Madame Orchidée*. Les resulta fascinante que la señorita Mayer creara un seudónimo para su colección. Todo el mundo está impresionado con esos diseños, ya lo sabes...

Claro que lo sabía. Cada día le llegaban noticias de pedidos y más pedidos de diseños de *Madame O*. Por desgracia, estaban completamente agotados y tan solo quedaban algunos complementos. El hecho de que Lena se hubiese apropiado de su personaje y después la hubiese liberado de la obligación de crear más diseños, había acabado con la posibilidad de ofrecer nuevas prendas. No habría más diseños de *Madame Orchidée* y eso había convertido sus vestidos en objeto de deseo de las damas más exquisitas.

—No importa —dijo Lisa con aparente tranquilidad—. Entiendo que no esté interesado en la colección *prêt-à-porter*. Es poco probable que a nuestras clientas les interesen esa clase de revistas. ¿Entonces no tengo que modificar el funcionamiento de nuestro taller?

Jacques negó con la cabeza.

—Pero Reece ha pensado que podrías ser la encargada de mostrarles *Le Colisée*. Serías tú a quién entrevistarían y la que hablaría a sus lectoras en nuestro nombre...

Lisa se esforzó en sonreír, aunque lo único que deseaba era marcharse de allí cuanto antes.

—Algún día se hablará de tus diseños, Lisa — dijo Reece con voz profunda y mirada incómoda—. No te sientas...

La puerta del despacho se abrió y *monsieur* Michaud, el secretario de Jacques, asomó la cabeza.

—*Monsieur* Dumas ha llegado, señor.

—¡Es cierto! —exclamó Jacques dirigiéndose apresurado hacia la puerta—. Teníamos una reunión hoy. Lo había olvidado por completo. ¿Tienes los documentos que te pedí?

—Sí, señor, ya...

La voz del secretario se perdió al cerrar la puerta y el despacho se sumió en un tenso silencio.

—Lo siento mucho, Lisa —dijo Reece dando la vuelta a su mesa para acercarse a ella—. Todo el mundo debería saber que tú eres *Madame O*.

Ella no pudo esconder el dolor que aún sentía por haberla perdido.

—¿Cuándo te diste cuenta? — preguntó mirándolo a los ojos.

Reece se estremeció al sentir su mirada, limpia y clara. Era como si pudiera ver dentro de él y eso lo aterraba.

—Me gustaría decir que en cuanto tuve el primer diseño en mis manos, pero te mentiría y odio mentirte.

Lisa asintió.

—Nunca había visto unos diseños como esos — continuó él—. Ni siquiera entre tus bocetos. Pero había algo que me resultaba familiar en ellos. No entendía lo que era porque no se parecían a nada que hubiese visto antes... Hasta que llegó el traje de amazona. Cuando vi aquel diseño fue... — Hizo un gesto con las manos para indicar su sorpresa—. Eras tú. Tú, montada

a horcajadas sobre tu caballo. La falda era un mero adorno. Aquellos frunces laterales estaban pensados para poder elevarse sin mostrar el pantalón que habías ocultado debajo.

Lisa sonrió, satisfecha de su ingenio. Había sido un magnífico diseño basado en los que solían hacer Céline y ella en secreto para utilizarlo solo en la villa.

—Bien. —Lisa se sacudió aquellos pensamientos y volvió al tema que la había llevado allí —. Creo que debes ser tú quién se haga cargo de ese reportaje.

—Pero yo quiero que seas...

—No —negó rotunda—. No tiene sentido que yo atienda a esos señores cuando no les interesa mi trabajo. Y no lo digo con acritud ni rencor. Me siento decepcionada, es cierto, pero sabes que puedo pasar por encima de eso. De verdad creo que eres tú quien debe encargarse. A las lectoras les encantará la visión de Reece Darwood, como les encanta a nuestras clientas. Hace una semana estuvo aquí la señora Mahon y no dejó de hablar de ti y de cómo la habías tratado delante de otra dama que la había ofendido. Tienes un don para hacerlas sentir especiales.

Reece no dejaba de mirarla de aquel modo que la hacía sentir tan incómoda. Lisa se preguntó si antes la miraba así. Estaba convencida de que era ella la que había cambiado su percepción, fruto de la intimidad que habían compartido y en la que se esforzaba en no pensar cada vez que lo tenía delante. Pero le resultaba tan difícil... Las imágenes de su cuerpo sudoroso, de sus músculos tensos, de su...

—Agradezco tus palabras, pero solo coloqué cada cosa en su lugar. La señora Fleury, antes Wellington — dijo con ironía —, estaba confundida con su propia importancia.

Lisa asintió ligeramente.

—Debo volver al taller, Lena quería hablarme de algo...

—¿Todo está bien con ella? ¿Ha hecho o dicho algo que...?

—Todo está bien —lo cortó rápidamente.

—Siento que utilizara aquello para... aprovecharse.

Lisa desvió la mirada y asintió de nuevo ligeramente.

—Echo tanto de menos cómo era antes... — dijo Reece, sin pensar, en un arranque de sinceridad de lo más inoportuno.

—Tengo que irme —dijo ella haciendo ademán de alejarse.

Reece la cogió del brazo para detenerla y ella se liberó con brusquedad, mirándolo severa.

—No me toques.

—¿No deberíamos hacer un esfuerzo? — preguntó con cansancio —. Trabajamos juntos y vamos a tener que vernos a diario durante... no sé cuánto tiempo.

Ella lo miró entre dolida y preocupada. Sabía que tenía razón, no había querido pensar en ello, pero estaba claro que aquella situación no iba a hacer más que empeorar. Pronto estaría casado con Lena y la diseñadora se volvería aún más insoportable. Por no hablar de lo que supondría para ella verlos juntos. Con el tiempo llegarían los niños...

—No creo que sea posible —dijo con voz queda al tiempo que negaba con la cabeza.

Reece frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué quieres decir?

Lisa se dirigió a la puerta, pero él volvió a sujetarla, esta vez con más firmeza y por ambos brazos.

—¿Qué vas a hacer, Lisa?

—Suéltame.

—No hasta que respondas a mi pregunta.

Ella lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada, esforzándose en no llorar.

—Debo irme. —Él la miraba confuso—. Irme de aquí, de *Le Colisée*. Debería haberme ido en cuanto pasó...

—¡No! —exclamó él, sintiendo aquella mano amenazadora alrededor de su corazón.

—Reece, no tiene sentido. Nada de lo que hemos hecho lo tiene. Yo me comporté como una loca y tú... Tú dejaste claro que no te importo lo suficiente.

—Eso no es cierto —negó él con voz ronca—. Lo que pasa es que me importas demasiado.

—Sigue diciéndote eso si te hace sentir mejor, pero yo no voy a pensar así jamás. Que yo esté aquí es una tortura para los dos y he decidido terminar con ello.

—No puedes dejar esto, también fue tu sueño. Tú eres la artífice de la idea original, fuiste tú la que me habló de hacer vestidos en serie para vendérselos a las mujeres que no podían pagar algo personalizado.

—No dejaré la línea *prêt-à-porter*, pero esto no es idea mía. Estoy segura de que hay otros diseñadores que han pensado lo mismo que yo y que ya están trabajando en ello. Aun así, no dejaré de diseñar trajes para mujeres normales, me gusta caminar por París y verlas con mis vestidos. Me siento afortunada.

—¿Lo ves? No puedes irte.

—Puedo seguir haciéndolos desde mi casa, no es necesario que esté aquí. Céline puede encargarse de la parte de su confección. Ella conoce bien mi manera de trabajar, mis gustos... Lo hará bien.

—Lisa... —La miró suplicante—. Por favor, no me dejes.

Ella apretó los labios, sentía las lágrimas pugnando veloces por escapar por sus ojos. Se había prometido no volver a llorar y eso la irritó sobremanera.

—¿Quieres que me quede? —preguntó dolida y desconcertada—. ¿Para qué? ¿Para seguir torturándome? ¿Para que vea cómo te casas con otra sabiendo lo que siento por ti?

—Sabes que no hay amor en este matrimonio y por qué voy a casarme —dijo entre dientes.

—Lena te amenazó, como me amenazó a mí, pero no me creo para nada que no puedas librarte de esa amenaza. Bien que me libraste a mí de ella.

—Esto es distinto.

—No te creo. Te resulta cómodo escudarte en ella, pero sé que la idea de casarte no nació de esa amenaza. Lo decidiste tú y no tengo por qué permanecer aquí para ver cómo ocurre. Entre nosotros no habrá nada, ya lo sé, pero eso no significa que puedas hacerme daño siempre que te plazca.

—¡No quiero hacerte daño! ¡Maldita sea, Lisa! Yo no quería nada de esto. ¿Por qué tuviste que hacerlo? ¿Es que no te das cuenta de lo que me has quitado?

La rabia que Lisa vio en sus ojos la dejó sin aliento.

—¿Lo que yo te he quitado?

—¡Sí! ¡Tú! Tú me has quitado lo único bueno que había en mí. Tu confianza, tu fe en mí me mantenía en pie. A tu lado podía ser el de siempre, podía sentirme puro y libre. ¡Maldita sea!

— Se giró y dio un puñetazo en la mesa.

—Reece...

—Solo me hablas de tu sufrimiento, solo piensas en tu sufrimiento — dijo volviendo a mirarla, fuera de sí —. ¿Qué hay de mí? Intenté apartarte, te advertí dónde te metías y lo que eso supondría para mí. Nada te importó, seguiste con tu acoso y derribo haciéndome vivir un infierno. Te deseaba con tal furia que rechazarte era un suplicio para mí. ¿Y qué hacías tú? Pedirme, buscarme...

Lisa había empalidecido y lo miraba al borde de una crisis nerviosa. ¿La estaba llamando buscona? ¿Tanto la despreciaba como para tener esa imagen tan repulsiva de ella?

—¿Así lo viviste tú? ¿Es eso lo que recuerdas?

—¡Es lo que pasó!

—No, Reece, no fue eso lo que pasó — murmuró sin apartar la mirada —. Pero si eso es lo que fue para ti, no tengo nada más que decir.

Volvió a alcanzarla cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta. Tiró de ella y la envolvió con sus brazos sin pedir permiso. Antes de que Lisa pudiera pensar, la boca de Reece cubrió la suya y el mundo desapareció tras una espesa niebla. Una alegría desorbitada inundó el pecho femenino y esa emoción se transformó en placer en apenas un instante. La sangre se agolpaba en sus labios ardientes y después viajaba veloz hacia las partes más sensibles de su cuerpo.

Al tiempo que la empujaba contra la pared, Reece emitió un gemido gutural, áspero y grave. Estaba loco, en cualquier momento podría entrar su secretario. O Jacques... Quería separarse de ella, abandonar esos labios, dejar de saborearla con su lengua, ávido y hambriento. No quería acariciarla, rozar la piel sedosa de sus senos, pegar su cuerpo al de ella imaginándola húmeda y preparada. La besó más apasionadamente mientras su mente era lanzada a un torbellino de sensaciones intensas.

Lisa rodeaba su cuello con los brazos, asegurándose de que no se apartaba. Lo amaba y lo deseaba con tal vehemencia que nada más le importó en ese momento. Había vencido al fin, se rendía irremisiblemente ante lo que de verdad anhelaba su corazón. Quería gritar de alegría, llorar de alegría, decirles a todos...

Reece se apartó de ella con un gruñido salvaje. Su rostro era la viva imagen de la furia cuando dio un puñetazo contra la pared, justo al lado de donde Lisa tenía su cabeza. Ella lo miró asustada y la puerta se abrió de golpe.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó Pierre, el secretario, sin entrar.

—¡Lárgate! —ordenó con malos modos.

Lisa seguía inmóvil, aterrada y pálida. No era posible.

—Creí que... —musitó.

—¡Oh, Lisa! Maldita sea, vas a seguir creyendo que esto es un cuento de hadas y que al final me convertiré en el príncipe, me casaré contigo y seremos felices para siempre. ¡Despierta de una puta vez! — masculló en un tono bajo y amenazador —. No me mires así, por Dios te lo pido, solo conseguirás que te...

Lisa sacudió su vestido con un gesto brusco para hacerle callar.

—Está todo claro, Reece, no hace falta que me grites más ni que me ofendas. Vas a asustar al pobre Pierre. Ahora ya no me queda la menor duda de que mi decisión es la correcta.

—Lisa...

—Estoy cansada de esto —lo cortó—. De verdad espero que encuentres el modo de ser feliz, Reece.

Rodó sin separar su cuerpo de la pared, hasta que su mano se agarró de nuevo al pomo de la puerta. Con la frente apoyada en la madera, respiró hondo y salió de allí dispuesta a no volver más. Ningún corazón puede soportar tanto sufrimiento, estando vivo. Y el suyo no iba a dejar de latir por mucho que le doliera.

Capítulo 15

—El pedido más importante es el mío y yo decidiré cómo enviarlo. — Lena miraba a Lisa con las manos en la cintura y expresión enfadada.

—La señora Mahon es muy cuidadosa y quiere que sus prendas vayan envueltas en...

—He dicho que lo decido yo — la cortó Lena de nuevo —. Mira, Lisa, no sé qué más hay que hacer para que comprendas el lugar que ocupas aquí. No eres socia, no eres la primera diseñadora, no eres... nadie.

—Señorita Mayer... —intervino Céline.

—Usted no se meta —la interrumpió también —. Esto es entre la señorita Lacroze y yo, no necesitamos su opinión. ¡Escuchadme bien todas! Voy a ser la esposa del director y eso, para las que no lo hayáis pensado, me convierte en la directora — dijo riendo con una exagerada reverencia de presentación —. A partir de nuestra boda muchas cosas van a cambiar aquí. Entre ellas el estar holgazaneando y de cháchara todo el día. Vais a trabajar de verdad y sin tantas pamplinas. La señorita Lacroze y la señorita Visonneau no son más que empleadas y estarán bajo mi supervisión, así que cualquier orden que yo dé pasará por delante de cualquier otra. ¿Queda claro?

Las costureras del taller de las dos mencionadas, asintieron sin entusiasmo.

—Las prendas que ha adquirido la señora Mahon se empaquetarán como yo he dicho y se enviarán en el orden que yo he establecido, y no hay más que hablar. Que a nadie le quepa duda de que yo personalmente revisaré que se cumplan mis órdenes en cada momento y no me temblará el pulso a la hora de despedir a cualquiera que se atreva a desobedecerme. — Se encaró de nuevo con Lisa y Céline —. A cualquiera. ¿Me habéis entendido?

—Lisa es miembro fundador — dijo Céline sin poder contenerse —. No puede despedirla.

—Céline, estoy segura de que comprende que su posición aquí es demasiado vulnerable. No tiene ninguna especialidad destacable y podría sustituirla sin la más mínima dificultad. De hecho... — Lena dio un paso hacia la modista con mirada perversa —. El único motivo por el que no la despido ahora mismo es porque, muy inteligentemente, se ha comprometido con el señor Lacroze.

Lo dijo de tal modo, que Céline se sintió objeto de miradas esquivas con preguntas poco decentes. Iba a responder de un modo contundente, pero Lisa se le adelantó.

—Está bien, Lena. Tienes toda la razón, tú eres la que manda aquí. — Sonrió irónica —. Es más que evidente que no vamos a entendernos nunca. Tenemos modos muy diferentes de pensar y no solemos estar de acuerdo en nada. Los dos talleres deben ser homogéneos en su

funcionamiento y me temo que conmigo aquí, eso va a ser imposible. Ya le he anunciado al director que no trabajaré más aquí, en *Le Colisée*.

Las exclamaciones de sorpresa y disgusto se extendieron por todo el taller. Alguna costurera no pudo evitar una negación rotunda a la que se unieron otras de súplica. Lena sintió un pellizco de temor, pero no por ello modificó su expresión de triunfo.

—No creo necesario ser tan expeditiva, pero si no puedes amoldarte a mi forma de trabajar, quizá esa sea la única solución para que estos talleres funcionen como es debido. No puedo estar preocupándome por nimiedades, eso altera mi ánimo y desestabiliza mi creatividad.

Céline miraba a su amiga con evidente enfado, esperando que dijera que era una broma de mal gusto.

—Seguiré ocupándome de los diseños de la colección *prêt-à-porter* — siguió Lisa —. Sé que a ti no te gustan y no quiero dejar a *Le Colisée* sin esas prendas. Trabajaré desde casa y enviaré los diseños regularmente a Céline, que se encargará de dirigir el taller.

Lena distendió su rostro con una melosa sonrisa.

—Vaya, señorita Visonneau, acaba usted de ascender abruptamente.

Camille estaba preocupada por su hija. Una madre sabe cuándo a sus hijos les ocurre algo importante y lo de Lisa era importante. Había pedido mucho peso y se pasaba el día volcada en sus diseños sin preocuparse por nada más. Ya no salía a pasear, apenas leía y nunca se sentaba con ella a charlar. Pero lo que más le preocupaba era que comiese tan poco. Era evidente que su relación con Reece había cambiado, el joven ya no la visitaba nunca, cuando antes era un asiduo de la familia. Además, estaba lo de su boda... No era propio de Lisa salir huyendo, y su decisión de trasladarse a vivir a la villa era una huida en toda regla.

—Déjala que haga lo que quiera — le dijo su marido al tiempo que se quitaba las botas —. Es una muchacha muy inteligente y capaz, no necesita que guiemos sus pasos.

Camille siguió cepillando sus cabellos con aquella expresión preocupada en el rostro. Matthieu sonrió resignado, cuando algo se le metía en la cabeza no había forma humana de sacárselo.

—Va a dejar *Le Colisée* — dijo Camille —, y tú sabes tan bien como yo la ilusión que puso en ese proyecto.

—No lo va a dejar, es solo que se ha cansado de ir todos los días al taller. Por suerte para Lisa no tiene que hacerlo, como les pasa a las obreras de la fábrica, que no pueden elegir. Nuestra hija quiere ser diseñadora y eso puede hacerlo desde la villa.

—Todo esto es por la boda, Matthieu, los dos lo sabemos. No tiene nada que ver con ir al taller, estoy segura de que le encanta. Nuestra niña está triste por esa maldita boda.

—Camille...

—¿Qué? Estamos los dos solos, puedo decir lo que pienso.

—Claro que puedes decir lo que piensas — dijo su marido acercándose a ella y, poniendo las manos en sus hombros, empezó un relajante masaje.

—No me digas que tú no has pensado lo mismo que yo. Reece y Lisa estaban enamorados, eso era más que evidente.

—El amor puede ser una emoción muy confusa. Quizá nos equivocamos con nuestra predicción.

Su marido apartó las manos y se giró para que no pudiera verle la cara, lo que alertó a su esposa.

—¿Qué pasa? ¿Sabes algo? ¿Es sobre Reece? Últimamente no parece el mismo.

—No sé de qué hablas —dijo él quitándose la camisa y colocándola con cuidado sobre el galán de noche.

Camille dejó el cepillo y se acercó a él, obligándolo a mirarla.

—¿Qué es lo que sabes?

Matthieu miró a su esposa con cierta turbación, lo que había oído sobre Reece no era algo que pudiese hablarse delante de una señora. Resultaba inquietante y turbador pensar en que Reece Darwood, el mejor amigo de Jacques y de Lisa, fuese capaz de hacer las cosas que decían de él.

—Camille, la gente habla sin saber y extender esos rumores es del todo inaceptable. He oído cosas sobre Reece, pero conozco a ese muchacho desde que era un niño y no puedo darlas por válidas, así que no voy a repetirlas aquí. Si ha decidido casarse con la señorita Mayer, sus motivos tendrá y nosotros no podemos más que aceptarlos. Nuestra hija es fuerte y siempre he sabido que saldría adelante, tanto si se casaba como si no. Por ello he trabajado duro toda mi vida, para que nuestros hijos tuviesen la vida que quisieran sin tener que atarse a nada ni a nadie. Si Lisa ha decidido alejarse durante un tiempo, la apoyaremos y la acompañaremos siempre que nos sea posible. Creo firmemente en el buen juicio de Lisa y sé que tú también.

Su mujer lo miró con admiración y un profundo amor y sus manos se posaron en su rostro con ternura.

—Ojalá nuestra hija consiga un esposo como su padre. Comprensivo, cariñoso, inteligente y profundo. Alguien que la ame, la cuide y la proteja con pasión.

Matthieu sujetó una de sus manos con la suya y movió la cara para enterrar sus labios en ella. Depositó un sentido beso y luego sonrió.

—No te quepa la menor duda. Nuestra hija es como tú y no se conformará con menos de lo que merece.

—La señora Lacroze ha venido a verle — anunció el secretario de Reece después de entrar a su despacho y cerrar la puerta.

—No la hagas esperar —dijo poniéndose rápidamente de pie para recibirla —. Camille, qué grata sorpresa. Pierre, avise a Jacques de que su madre...

—No, por favor, Pierre —lo interrumpió Camille —. Después veré a mi hijo, ahora he venido a ver a Reece.

El secretario comprobó el gesto de asentimiento de su jefe, salió del despacho y cerró la puerta.

—Siéntese, Camille. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un té? ¿Una copa de vino?

—No, Reece, gracias. Me gusta mucho tu despacho — dijo mirando a su alrededor mientras tomaba asiento.

—¿No había estado aquí antes? — preguntó sorprendido —. Pensé que...

—Lo cierto es que no. Cuando vine con Lisa solo tuvimos tiempo de ver las galerías y los talleres. Claro que, ya nos conoces, había tanto que ver... Pero no he venido aquí a hablar de eso y no quiero perder el tiempo, no sea que aparezca alguno de mis hijos y tengamos que dejar la conversación.

—Adelante —dijo Reece algo desconcertado.

—¿Te ha dicho Lisa que ha decidido irse a vivir a *Louie-la-Ville*?

Reece trató de mostrar una expresión serena, pero Camille lo conocía desde hacía demasiado tiempo como para que le pasase desapercibida aquel intento de congelar sus músculos faciales.

—Reece, te conozco desde que te trasladaste a vivir aquí con tus abuelos. Desde el principio me pareciste un buen niño y después te convertiste en un magnífico muchacho. Te tengo un gran afecto y creo que eres consciente de ello.

—Yo siento lo mismo por su familia, señora Lacroze.

—Lo sé, por eso me he decidido a venir a hablar contigo, a pesar de las reticencias de mi esposo. Voy a ser muy sincera contigo y espero que puedas perdonarme por ello. El anuncio de tu compromiso con la señorita Mayer me cogió completamente por sorpresa y estoy segura de que comprendes por qué.

Reece respiró despacio, esforzándose porque le llegase suficiente oxígeno al cerebro.

—Fue algo inesperado, lo sé.

—No sé qué ha pasado entre Lisa y tú estos últimos meses, pero tiene que haber ocurrido algo grave. Algo que ha trastornado profundamente a mi hija.

—No ha...

Camille levantó una mano para que no siguiera hablando.

—Te pido una cosa, si me vas a mentir, no lo hagas, prefiero que me digas que me meta en mis asuntos. No pretendo que me des una explicación, tan solo quiero que seas consciente de que mi hija está sufriendo mucho. Apenas come, sé que no duerme bien porque muchas noches hay luz en la biblioteca y sé que es ella. Está triste y distraída, no ve a nadie más que a Céline y ha perdido su perenne sonrisa. — Suspiró dejando escapar el aire que se había acumulado en sus pulmones antes de seguir —. Si se entera de que he venido, probablemente deje de hablarme para siempre, pero soy su madre y voy a arriesgarme.

Reece apretó los labios y sus ojos se oscurecieron. Parecía enfadado, realmente enfadado, y Camille se sorprendió, pues no recordaba haber visto nunca aquella expresión en sus ojos.

—Espero que pueda perdonarme lo que le voy a decir, Camille, pero creo que nos evitaremos futuros problemas si le hablo con total claridad. Como le he dicho, tengo mucho aprecio a su familia y entiendo que le preocupe el bienestar de su hija, pero es con ella con quien debe hablar esto, no conmigo. Si Lisa no ha querido contarle nada, venir aquí para que yo le desvele sus secretos, es una imperdonable violación de su intimidad.

Camille no se inmutó.

—Dime algo que no sepa, Reece — dijo con mirada irónica —. Y no te hagas el ofendido conmigo. Ya te he dicho que no pretendo una explicación, no soy tan zafia. Lo que quiero es asegurarme de que eres conocedor del estado de ánimo de mi hija, porque tengo la sensación de que tú eres el responsable de ello. Si crees que puedes hacer algo...

—Lisa no está bajo mi responsabilidad — dijo con dureza —. Siento que no esté bien, no me malinterprete, pero insisto en que no es responsabilidad mía.

—¿Estás seguro?

Reece no pudo controlar el leve temblor de su pupila y sintió la gota de sudor que se deslizaba por su nuca y aterrizaba en la parte trasera de su pañuelo corbata.

—Ya veo que no debería haber venido — dijo Camille desilusionada, poniéndose de pie —. Será mejor no alargar esta incómoda visita y arriesgarme a que mi hijo me encuentre aquí y me pregunte por el motivo de mi visita. No me gusta mentir.

Reece se puso de pie también y la acompañó a la puerta. La tensión que emanaba de su cuerpo era más que evidente, pero sus formas fueron exquisitas.

—Que tengas un buen día, Reece.

—Igualmente, señora Lacroze.

Cuando cerró la puerta tras ella mantuvo la mano apoyada en la hoja de madera y la cabeza baja, un buen rato. Lisa no solo dejaba *Le Colisée*, se marchaba a *Louie-la-Ville*. Un millón de recuerdos vinieron a su mente como una manada de lobos hambrientos. Los juegos de niños, los paseos a caballo, las tardes de verano junto al porche bebiendo limonada y haciendo planes para el futuro. La risa de Lisa resonó en su cabeza y aquella mirada, brillante y limpia, con la que lo miraba y que manifestaba un afecto cálido y sereno, que siempre lo había llenado de felicidad. Y que ahora le desgarraba el alma recordar.

—¡Reece! ¡Reece! ¡Reece!

La muchedumbre gritaba su nombre y Jacques recogía el dinero de las apuestas entre gritos y vítores. Cuando tuvo el saco lleno de dinero, se giró para ver el combate. Aquel tipo era demasiado grande, pero Reece no parecía preocupado en absoluto cuando aceptó el combate. Se había quitado la camisa para no mancharla de sangre y sus músculos en tensión hacían las delicias de las mujeres presentes, la mayoría putas que acompañaban a caballeros que las habían contratado para toda la noche. No se encontraban damas en esta clase de eventos deportivos, cosa que dichos caballeros agradecían, ya que eso les permitía mostrarse sin pudor con sus amantes o acompañantes ocasionales.

Jacques empezaba a preocuparse de verdad. Reece siempre evitaba los golpes en la cara y su flexible agilidad le permitía esquivarlos casi siempre sin dificultad. Pero aquella noche estaba especialmente torpe y cuando recibió el segundo impacto en pleno rostro, Jacques miró el dinero del saco y frunció el ceño. Aquella noche no pintaba bien. Volvió a mirar a su amigo con expresión inquisitiva, algo raro le ocurría y según iba avanzando el combate más claro lo tenía. ¿Se estaba dejando vapulear? Parecía un novato con aquellos gestos estúpidos y sin sentido. El otro se estaba divirtiendo, zurrándole de lo lindo, y las apuestas apuntaban en esa dirección. Jacques hizo los cálculos mentales de lo que iba a tener que pagar y farfulló una maldición entre dientes.

—¿Por qué no le sacude? —preguntó Emily tirando de la manga de su chaqueta —. Tiene que parar la pelea, lo va a matar.

Jacques sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Aquella paliza estaba siendo brutal y Reece se levantaba del suelo una y otra vez, como si quisiera más. Le hizo un gesto al organizador para que detuviera el combate, pero él le respondió negando con la cabeza con una sonrisa torcida. La gente había dejado de vitorear a Reece y contaba mentalmente los segundos

que tardaba en levantarse cada vez que lo derribaba el contrario. Algunos de aquellos hombres estaban visiblemente enfadados y miraban a Jacques con cara de pocos amigos, estaba claro por quién habían apostado.

Emily, muy asustada, daba un respingo cada vez que el puño de su contrincante acertaba en alguna parte del cuerpo de Reece, pero no apartaba la mirada. Su torso desnudo brillaba por el sudor y la sangre y la atraía como la luz de la vela a una mariposa. Sentía algo muy poderoso por él, de hecho, nunca había sentido nada parecido por ningún otro ser humano. Lloraba por las noches cuando él no iba a visitarla y lloraba de nuevo cuando la despertaba con sus caricias. Sabía que era más amable con ella de lo que lo era con las otras. Pero nunca le hablaba de él o de sus cosas, solo la hacía hablar a ella y sonreía de aquel modo tan dulce y seductor que la hacía estremecer. Querría que la amara, pero sabía que eso era imposible. Una vez se pasó un mes sin tocarla, y de nada sirvieron sus ruegos y llores cuando se llevaba a otra a su cuarto. Cuando volvió a visitarla se lo advirtió: «no puedes amarme porque yo nunca te amaré». Desde entonces dejó de hablarle de sentimientos, tan solo disfrutaba de él cuando podía y seguía con su vida hasta que regresaba.

Le gustaba fingir que no tenía corazón, pero ella sabía que sí lo tenía, y era muy grande. Todos los clientes del burdel sabían que no debían maltratar a ninguna de las chicas o tendrían que vérselas con él. Las chicas le habían contado que una vez había salido de la habitación sin vestirse siquiera al escuchar los gritos de Riviere. Allí se escuchaban gritos a menudo, pero en aquella ocasión fueron muy distintos. Parecían agónicos y de profundo terror. Julie le dijo que Reece estaba dentro de ella y saltó de la cama como una exhalación. Cuando entró en la habitación en la que estaba Riviere, se encontró con Gerard Bouvier con un cuchillo ensangrentado y a la prostituta sangrando profusamente por un pecho. Le había cortado el pezón y ella gritaba enloquecida. Reece lo golpeó con tal saña que todos en el burdel pensaron que lo mataría. No había manera de separarlos y su tía pensó que aquello le costaría que le cerrasen el burdel, porque *monsieur* Bouvier era magistrado del supremo y tenía mucho poder. Reece le aseguró que no haría nada porque entonces todo el mundo sabría la clase de degenerado que era. Además, lo amenazó con batirse en duelo con él si lo intentaba siquiera. Al hombre tuvieron que llevárselo en volandas porque no podía ni caminar y jamás volvió por allí. Por su culpa, Riviere servía ahora como camarera y ganaba mucho menos que antes, porque ningún cliente quería ver un pecho amputado como el suyo. Las cicatrices que le dejó eran realmente horribles.

Todas las prostitutas lo conocían bien, fingía ser el demonio, pero no engañaba a nadie con su empeño en mostrarse duro. Jamás había pegado a ninguna, ni les había hecho hacer algo que no hubiesen hecho ya con otros clientes. Por eso nadie en el burdel se creyó nunca lo que contó Madelaine, era imposible que él le hiciera eso por muy borracho que estuviera. A veces parecía perder un poco el control, pero aquello era fruto del profundo sufrimiento que escondía su alma y que lo torturaba cuando se sentía débil. Un sufrimiento del que jamás había querido hablar con ellas. Todas querrían ayudarle, pero él no las dejaba siquiera acercarse. Cuando su tía echó a Madelaine del burdel por insistir en contar aquella historia, ninguna de las chicas movió un dedo para defenderla. Sabían que estaba mintiendo, aunque no supiesen porqué. El único que la había creído fue Reece, que se encargó de que tuviese dinero suficiente hasta que encontró trabajo en otra parte.

—Lo va a matar —sollozó sin poder contenerse ya.

Jacques se movió y sorteando a algunos espectadores llegó hasta el organizador.

—¡Tiene que pararlo! —gritó.

—De eso nada —respondió el otro cruzándose de brazos y sin dejar de sonreír —. Esta gente ha apostado mucho dinero. Mírelos, fíjese en sus caras, ¿qué cree que harían si lo parara? El señor Darwood no debería haberse enfrentado a Timothée, pero ahora ya no se puede echar atrás.

—Lo pararé yo mismo —dijo Jacques dándose la vuelta.

El organizador hizo un gesto con la cabeza y dos tipos con muy malas pulgas lo agarraron cada uno por un brazo y lo levantaron del suelo para sacarlo de allí. Por eso Jacques no pudo ver el momento exacto en el que Reece recuperaba la concentración y fijaba la mirada en Timothée. La sangre le tapaba los ojos, pero Emily pudo leer en su rostro la furia que lo había hecho ganar un combate tras otro hasta esa maldita noche. Fue como si el mundo se parara, se hizo el silencio entre los asistentes y solo se escuchaba la agitada respiración de Reece. De su pelo caía el sudor mezclado con la sangre de su rostro. Su mirada estaba fija en su contrincante, fiera y salvaje. Fue como estar en el ojo de un huracán, la calma que precede a la tormenta. Timothée lanzó su puño con ánimo de golpearle en el ojo, justo donde tenía uno de los cortes, pero Reece lo desvió y le dio un derechazo contundente que lo hizo tambalearse. A ese primer golpe le siguió una serie en rítmica secuencia: Derechazo a la cara, gancho al hígado, esquivar y derechazo de nuevo. Ahora gancho de izquierda, esquivar, golpe al estómago y defenderse. Sin parar, un golpe tras otro, obligando al otro a recular sin poder mover los puños de su cara. Golpe, golpe, golpe... Hasta que Timothée cayó al suelo inconsciente y el juez levantó el brazo de Reece, dándole la victoria.

Jacques escuchó los vítores aclamando a Reece desde fuera del granero y el sabor amargo de la bilis subió hasta su garganta, mezclándose con un profundo sentimiento de alivio. Esta vez se había pasado de la raya.

—¡Ha ganado! —gritó Emily corriendo hasta él —. ¡Lo ha tumbado!

—¿Dónde está? —preguntó su amigo, malhumorado, aunque un poco menos después del resultado.

—Ahora sale. El dueño y él están arreglando cuentas — explicó Emily sin poder dejar de dar saltitos de alegría —. Creí que lo iba a matar.

—Se estaba dejando pegar, maldita sea — masculló Jacques.

—Todo es por esa mujer —dijo Emily enrabada —. No puede dejar de pensar en ella.

Jacques se puso alerta y miró a la prostituta de soslayo.

—Le ha dado fuerte...

Emily asintió y después dio un pisotón fuerte, como si quisiera aplastar una cucaracha.

—A veces le pide perdón mientras duerme. No sé qué le hizo, pero no puede descansar por su culpa. No importa lo agotado que lo dejemos, siempre tiene esas pesadillas.

—Es una mujer de armas tomar. — Lanzaba el anzuelo y tiraba suavemente —. Yo mismo me pongo nervioso estando en la misma habitación que ella.

—No me deja ni decir su nombre, dice que si la nombro tengo que lavarme la boca con *eau de javel*. Y a mí no me gusta nada hacer eso.

—Claro, porque Reece sabe lo del maleficio...

—¿Qué maleficio? —preguntó la joven con curiosidad.

—¿No lo conoces? Resulta que si miras al suelo y dices tres veces el nombre de la persona que te ha molestado y luego escupes encima, esa persona desaparece de tu vida.

—¿Eso es cierto?

—Yo solo lo probé una vez con una institutriz que tenía mi hermana y que me tenía ojeriza — respondió el francés y, aunque era cierto, se le olvidó mencionar que entonces tenía siete años.

—¿Y funcionó?

Jacques asintió.

—Al día siguiente tuvo que marcharse porque su madre había enfermado y nunca regresó. Mis padres se dieron cuenta de que también tenían ganas de librarse de ella. Quizá si lo haces, Reece acabe por darse...

—Lisa, Lisa, Lisa —dijo mirando al suelo y luego escupió con rabia.

Cuando Emily levantó la cabeza para mirar a Jacques, se sorprendió.

—¿Le ocurre algo? Está muy pálido.

—¿Te encuentras mal? —Reece llegaba en ese momento agitando una bolsa en la mano —. Hemos hecho una buena recaudación. Pero ¿a qué viene esa cara? Ni que te hubieran pegado a ti.

Reece se secó la sangre de la cara con el corbatón blanco después de entregarle la bolsa de dinero.

Jacques lo miraba con fijeza y su expresión no dejaba lugar para el humor.

—Ocho a uno —dijo Reece dándole una palmada en el hombro —. Tenemos para una buena resaca.

—Pues la necesito más que nunca — masculló su amigo, dándose la vuelta y echando a andar sin esperarle.

Reece miró a Emily con el ceño fruncido.

—¿Qué narices le pasa?

Emily no se atrevió a moverse, tenía el pie sobre el escupitajo, convencida de que si lo veía descubriría lo del maleficio y la castigaría.

—Encima que me han dado una buena tanda de golpes. ¡Espérame! — gritó mientras echaba a caminar detrás de Jacques —. Emily, vete a casa de tu tía, luego iré a dormir la mona.

La joven asintió y los siguió. Al burdel se iba por el mismo camino.

Capítulo 16

Después de varias copas de vino, el ánimo de Jacques no mejoró en absoluto. Cada trago que bebía oscurecía más su rostro. Era como si el alcohol estuviese despejando las brumas de su mente. La decisión de su hermana le había afectado más de lo que quería reconocer. Lisa se había marchado a la villa otras veces, pero cuando se despidió esta vez parecía que no tuviese intenciones de regresar a París. Dejar el taller en *Le Colisée* era una decisión demasiado drástica. Estaba claro que huía de algo y ahora sabía que Reece tenía mucho que ver en ello. Todo venía de aquella noche. Aquella maldita noche...

Reece lo observaba con atención mientras su amigo se esforzaba en apartar su mirada. Habían dejado a Emily en la calle del burdel y se habían ido solos hasta la taberna de la rue Lemoinsier. Era el mejor sitio para emborracharse sin que ninguno de sus conocidos disfrutase del momento. Allí no iba nadie de su clase, tan solo trabajadores y gente sencilla que no se metía en sus cosas. Reece le rellenó el vaso de nuevo y esperó a que lo apurara antes de beber él.

—Suéltalo de una vez —dijo muy serio.

Jacques tomó el vaso y lo vació de un trago volviendo a ponerlo en la mesa con un golpe demasiado brusco, lo que hizo que algunos de los presentes se giraran a mirarlos. Reece hizo un gesto con la mano al dueño de la taberna, para disculparse y rellenó de nuevo los vasos. El alcohol empezaba a anestesiar el dolor de los golpes de Timothée. «Ese tipo era un auténtico gladiador», se dijo sin modificar la expresión de su rostro.

—¿Por qué has dejado que te pegara? — Jacques lo miraba a los ojos, muy serio.

—Estaba distraído.

—¿Distraído con qué?

—No sé, con el trabajo... yo qué sé.

Otra vez el silencio. Apuró el vaso y se sirvió más vino.

—¿Qué pasa con Lisa? —preguntó Jacques. Ahora tenía la mirada baja, clavada en la mesa y, aunque no lo vio, sintió el sobresalto en su amigo.

Reece cogió la jarra y escanció lo que quedaba antes de hacerle un gesto al camarero para que trajese otra jarra.

Jacques apoyó los antebrazos en la mesa y lo miró a los ojos.

—Eres mi mejor amigo —empezó—. Te confiaría mi vida.

El camarero llegó con el vino y se llevó la jarra vacía sin decir nada. Reece sentía la cabeza aturullada y le dolía la mandíbula. Lo miró con cansancio y resignación.

—Y yo a ti —dijo escueto.

—¿Qué pasa con Lisa? —repitió—. ¿Por qué se ha ido a la villa?

—No me lo ha dicho —dijo sincero—. Tan solo vino a anunciármelo sin darme explicaciones.

—¿Por qué? ¿Por qué no te dio explicaciones? Os habéis pasado la vida contándooslo todo y de repente esa frialdad que os envuelve siempre que estáis uno cerca del otro.

—Jacques, déjalo.

—No, no voy a dejarlo. Mi hermana está sufriendo y tú casi dejas que te mate ese energúmeno.

—Ha sido un despiste.

—¿Un despiste? Con el primer golpe te habría traído de vuelta desde donde mierda estuvieses. ¡Te ha dado una paliza de muerte! Ni siquiera estoy seguro de que no te haya matado. ¿Cómo sabes que no te ha roto por dentro?

—No grites —le pidió su amigo—, estamos llamando la atención demasiado.

—No me importa. Lo que quiero es que mi amigo me diga lo que ocurre. ¿Qué pasó aquella noche de verdad, Reece? No fue lo que me contaste, ¿verdad? Mi hermana se pasó días sin ir al taller y las cosas no han vuelto a ser igual entre vosotros. ¿Qué pasó?

Reece apretó los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas, por lo que tuvo que apartar la mirada. Jacques sintió que la sangre escapaba de su cuerpo.

—Dios mío, dime que no es cierto lo que imagino —exigió—. Reece, dime que no la tocaste.

Su amigo se limpió la nariz al tiempo que sorbía y luego suspiró dejando escapar el aire con fuerza por la boca.

—Es muy complicado...

—¿Complicado? —Jacques se había puesto tieso como un junco y lo miraba amenazador—. ¿Qué es complicado? ¿Qué pasó, Reece?

—Yo no quería... —susurró—. Traté de resistirme, pero... no pude.

Jacques sintió que lo arrollaba una furia inhumana, sus ojos enrojecieron, sus puños se cerraron con fuerza y lo golpeó sin pensar, sin que su cerebro hubiese tenido tiempo de dar la orden. La jarra se volcó y los vasos cayeron al suelo al igual que los asientos. Empujó a Reece hasta una pared y volvió a golpearlo sin que su amigo levantara las manos siquiera para protegerse. Dos hombres agarraron a Jacques y los separaron.

—¿No cree que ya le han pegado bastante? —preguntó el más mayor de los dos.

Jacques lo miraba con una furia desmedida y un dolor enorme en el corazón.

—¿Tú la...? ¿Ella no...? —no podía terminar la frase, era demasiado aterrador decirlo en voz alta.

Reece asintió ligeramente.

—Ella no quería —mintió Reece—. Yo... la forcé.

—Maldito hijo de perra. —La furia le dio fuerzas suficientes para librarse de los que lo sujetaban y se lanzó contra su amigo con tal violencia que lo derribó en el suelo—. Voy a matarte aquí mismo, eres un maldito cabrón.

El camarero se unió a los dos hombres que trataban de impedir que Jacques cumpliera su amenaza. No es que les importase mucho lo que hiciesen aquellos señoritos, pero temían los problemas que eso podría causarles. Ya se sabía quién pagaba luego los platos rotos.

—Váyase de aquí o llamamos a la policía — amenazó el camarero interponiéndose entre Jacques y Reece.

—Para mí estás muerto —dijo el hermano de Lisa señalándolo —. ¡Muerto!

Apenas podía respirar y le partía el alma ver a Jacques con aquel odio en los ojos, pero aguantó impertérrito hasta que salió de la taberna. Entonces se dobló sobre sí mismo y vomitó en el suelo.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó el camarero con disgusto —. Váyase a su casa a dormir la mona y déjenos en paz. ¡Marie! Trae el cubo y el cepillo.

Reece se tambaleó hasta la puerta y agradeció el aire fresco de la noche. La calle estaba desierta y se apoyó en la pared para recuperar el aliento. No estaba seguro de poder llegar hasta su casa en esas condiciones, así que optó por ir hasta el burdel de *madame* Truffaut, que estaba a solo dos calles de allí.

—¡Dios Santo! —exclamó la *madame* cuando lo vio aparecer en su puerta —. ¡Menuda paliza le han dado! Apóyese en mí, vamos, soy más fuerte de lo que parezco.

Lo cogió de la cintura y entraron en el salón.

—¡Reece! —Emily corrió hacia ellos y ayudó a su tía a dejarlo en el sofá.

Las otras chicas se apartaron para dejarle sitio.

—Ahora lo subiremos a su cuarto, pero primero hay que dejarlo descansar un poco.

Emily había ido a buscar un paño y una pequeña jofaina con agua y comenzó a limpiarle las heridas. Reece no se quejaba, ni hablaba ni se movía, dejaba que ellas hicieran y decidieran por él sin emitir el más mínimo sonido.

Después de unos minutos en los que su respiración pareció suavizarse y sus heridas dejaron de sangrar, *madame* Truffaut ordenó a Riviere y a Eloise que lo acompañaran hasta la habitación, junto con Emily. Las tres mujeres lo desnudaron con mucho cuidado y lo metieron entre las sábanas como si de un niño se tratase.

—Yo me quedo con él —dijo la muchacha y las otras dos se marcharon dejándolo a su cuidado.

Se quitó el vestido y se metió en la cama con él. No pensaba dormir en toda la noche, se quedaría vigilándolo para asegurarse de que estaba bien. Pero según avanzaron las horas el sueño fue ganándole terreno y al final cayó rendida. Reece se despertó varias veces inquieto y una de esas veces se percató de que estaba a su lado. Se había dormido con las dos manos juntas bajo la mejilla. Parecía una niña pequeña con aquellos rizados enmarcando su rostro y las facciones pequeñas y delicadas. Sin saber por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas y sintió una profunda pena en su corazón. Las lágrimas hicieron que las heridas de los ojos le escocieran y se incorporó recostándose contra el cabecero de la cama. Se limpió la cara y los ojos sin poner cuidado en no hacerse daño. Pronto amanecería y debía estar en casa antes de eso. No sería la primera vez que sus abuelos y su madre lo veían llegar golpeado. En los últimos meses había participado en numerosos combates, pero nunca hasta ahora le habían dado tanto y tan fuerte. Por no hablar del remate de Jacques. Pensar en su amigo hizo que sus tripas se retorciesen furiosas y el dolor lo dejó sin aliento. Su mundo se estaba desmoronando de manera incontenible y no sabía cuáles iban a ser las consecuencias de todo aquello.

Emily abrió los ojos y parpadeó varias veces hasta que vio que él se había incorporado.

—¿Qué haces? —preguntó poniéndose de rodillas, asustada —. Acuéstate.

—Estoy mejor así.

—¿Has llorado? ¿Tanto te duele? — Instantáneamente sus ojos se llenaron de lágrimas también —. ¡Oh, Reece!

Él la miró con ternura, nunca antes la había mirado así.

—Si hubieras podido elegir cómo sería tu vida, ¿qué habrías escogido? — preguntó con voz profunda.

La joven se limpió los ojos, sorprendida por la pregunta.

—¿Cualquier cosa?

Reece asintió.

—Me gustaría ser actriz —dijo sonriendo —. Mi tía nos llevó hace un mes a ver una obra de teatro y fue maravilloso. Poder ser otras personas, estar en un escenario con tanta gente mirándote...

Reece sonrió y cerró los ojos un momento. El dolor de cabeza era insoportable.

—¿Qué te duele? —preguntó ella con preocupación.

—La cabeza me va a estallar.

La joven se acercó y empezó a masajearla con sus pequeñas manos. Aquello lo alivió y su expresión se suavizó visiblemente, lo que llenó a Emily de satisfacción.

—¿Es por esa mujer? —preguntó con cariño —. ¿Por Lisa?

—Te dije que no volvieras a decir su nombre.

—Te hace sufrir —dijo la joven ignorando su mirada grave —. Algunas noches gimes como un niño mientras dices su nombre.

—No es asunto tuyo —dijo apartando la mirada —. Y no quiero que la menciones delante de nadie.

—Nunca haría nada que te perjudicase, yo te quiero, aunque sé que tú jamás me querrás a mí. Pero no me quejo — dijo la niña adelantándose a sus protestas —. Gracias a ti he aprendido muchas cosas. Me has enseñado a hablar correctamente y me has convertido en una mujer. Mi tía no me obliga a estar con nadie más y sé que es porque tú le pagas por ello. Has cuidado de mí y nadie antes lo había hecho. Mi padre me trataba como a sus animales y mi madre estaba tan amargada que, si me hubiese muerto, solo habría lamentado tener que volver a ocuparse ella sola de todos mis hermanos.

—A mí me has servido bien — dijo él quitándole importancia —. Solo pago lo que te has ganado.

Emily sonrió con resignación.

—Pero no son mis «servicios» los que anhelas. No sé quién es esa Lisa, ni porque te hace sufrir, pero debe ser muy estúpida si no es capaz de hacerte feliz.

—No me hace sufrir —musitó él—. Soy yo quien le hace daño.

—Si tú me amaras, no habría fuerza humana en el mundo que pudiera separarme de ti. Nada ni nadie, ni siquiera el mismísimo demonio, que es lo que más temo en el mundo. — La cabeza de la joven negó con firmeza.

—Yo podría.

Emily frunció el ceño.

—¿Tú? ¿Por qué querrías tú apartarme si me amaras?

—Porque supiese que voy a hacerte desgraciada.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo no ibas a hacerme feliz? ¡Harías feliz a cualquier mujer! Pregunta a las chicas y verás cómo dicen lo mismo. Me haces feliz y ni siquiera me amas.

Reece sonrió con ternura ante tanta inocencia. Emily lo miró entornando los ojos.

—¿Es acaso una de «esas» mujeres?

—¿A qué mujeres te refieres?

—Mi tía me habló de varios clientes que vienen aquí porque a sus esposas no les gustan los juegos de cama.

—No a todas las mujeres les gusta, es cierto — afirmó él asintiendo.

—Lo que ocurre es que no están con el hombre adecuado. A mí tampoco me gustaría jugar con *monsieur* Cardús. Me dan arcadas solo de pensarlo. Pero Lisa te tiene a ti, es imposible que no quiera que la toques, que le hagas esas cosas que tanto nos gustan...

—Las damas no tienen los mismos gustos que vosotras, Emily.

—¿Es que tienen algo distinto ahí abajo? — preguntó sorprendida —. Porque si *tien* lo *mesmo* ya te digo yo que sí les gusta.

—Habla bien —la regañó.

—Lo siento —se disculpó ella rápidamente —. Pero tú me has entendido, ¿verdad? Esa señorita necesita que la instr... ins... ¿cómo es la palabra?

—Instruyas.

—¡Eso! Instruyas, como hiciste conmigo.

La miró con atención antes de hacer la pregunta.

—¿No te asusté? Aquella primera vez...

—Un poco. —Emily se sentó en la cama doblando las piernas —. Nunca había estado con un hombre, ni siquiera me habían besado. Y me dolió un montón, pero las chicas dicen que eso es porque la tienes muy grande...

Reece puso los ojos en blanco y suspiró con paciencia.

—Siempre duele la primera vez — aclaró —. Pero ¿después? ¿Las siguientes veces no te asusté? No fui delicado contigo y te hice cosas que debieron parecerte... horribles.

La joven se quedó un rato pensativa tratando de recordar a qué cosas horribles se refería. Frunció el ceño.

—¿Lo dices por cuando me hiciste bañarme antes? Lo cierto es que olía mal, entiendo que...

—No hablo de eso, maldita sea — la cortó.

Era cierto que al principio sentía poca atracción por los baños y muchas veces olía como una pocilga, pero ella debía saber a qué se refería.

—Entonces, ¿de qué hablas? ¡Ah! — exclamó la joven al recordar algo —. Es por aquella vez que me apoyaste en aquel armario y se me clavó la cerradura en la espalda. Es cierto que tuve un buen moretón durante casi una semana...

Reece empezaba a impacientarse con aquella conversación.

—¿De verdad no puedes actuar como una mujer normal? ¿Te parece racional lo que te obligué a hacer en nuestra tercera noche?

—¿Te refieres a...? —Señaló su boca y luego lo que él tenía entre las piernas. Se encogió de hombros —. A mí me gustó mucho, ya lo sabes.

—¿Y eso de ahí? —Reece señaló una mesa —. ¿Te gusta cuando te tiro del pelo y te lo hago ahí?

—Bah, eso no es nada, apenas noto un tironcito. Tus juegos me excitan, Reece, eres sorprendente e impre... impera...

—Impredecible.

—¡Eso! Me encanta no saber cómo será cuando vienes. A todas nos pasa lo mismo. Las chicas dicen que con los otros hombres no es así, que siempre hacen las mismas cosas y de la misma manera. Que les aburre mortalmente y tienen que fingir. En cambio, contigo, ninguna finge.

—Estoy seguro de que Madelaine no pensaría lo mismo.

Emily frunció el ceño.

—Madelaine es una mentirosa y nadie se creyó nunca las mentiras que contó sobre ti.

—Eres una ingenua, muchacha. No crees lo que no quieres creer, pero esa noche me comporté como un auténtico monstruo. Podría haberla matado.

La joven lo miraba con los ojos entornados y expresión reflexiva.

—A veces me pregunto por qué lo hizo, porque estoy segura de que tenía un motivo. Yo creo que te tenía afecto y lloró mucho cuando se despidió de nosotras. Está claro que alguien la obligó a hacerlo, pero ¿quién y por qué?

Reece frunció el ceño desconcertado. Emily estaba realmente convencida de lo que decía. La muchacha seguía elucubrando en voz alta sobre el tema mientras él la observaba irritado. ¿Por qué se empeñaban las mujeres en confiar en él? ¿Por qué no aceptaban lo que era y se resistían a su dominio? Recordó la mirada de Jacques antes de lanzarse contra él para golpearlo, había una furia descomunal en sus ojos. Eso era lo que quería ver en ellas, esa furia y una reacción adecuada a la agresión que recibían de él. Y allí estaba Emily, con sus ojos brillantes, su cuerpo infantil y una pose tranquila y relajada, hablando sin parar.

—Así que todo lo que te hago te gusta... — dijo poniéndose de pie —. Y nunca voy a hacerte daño.

Dio la vuelta a la cama y la agarró del pelo para hacerla bajar. Emily se rio inconsciente y lanzó un gritito mientras se sujetaba la raíz del cabello en un gesto instintivo de autoprotección.

—Voy a enseñarte lo equivocada que estás conmigo. Lo estúpida que eres por querer a alguien que no te quiere. Alguien que te usa para satisfacer sus bajos instintos y que te dejaría tirada sin el menor remordimiento.

La arrastró hasta la mesa que antes le había señalado y la empujó colocándola bocabajo con la cara pegada a la superficie de madera.

—Voy a sodomizarte —dijo dándole una fuerte palmada en el trasero —. Vas a saber lo que es el dolor y quiero que pienses que yo lo estaré disfrutando.

Emily se mordió el labio asustada, el tono de Reece era de verdadero enfado y se preguntó qué había hecho para que se pusiera así. Nunca le había pegado y aunque la palmada no le había hecho daño, tampoco le gustó lo que le inspiró.

Sintió la presión de su pene y cerró los ojos dispuesta a soportar lo que fuese sin gritar. A *madame* Truffaut no le gustaba que gritasen demasiado. Reece temblaba como una hoja, la agarró de su largo cabello, que ya le llegaba hasta la cintura, y tiró ligeramente mientras empujaba un poco más. La resistencia que obtenía a cambio era muy grande y sabía que, si

quería hacerlo, iba a tener que ser mucho más brusco con ella. Si la penetraba, iba a desgarrarla, y una voz en su cabeza repetía insistente que eso era lo que quería, que así acabaría con todas las dudas y podría rendirse al fin a la bestia que habitaba en su interior. Hacer daño, que Emily sufriera. Que dejase de mirarlo con aquella devoción, que dejase de esperarlo y desearlo, y...

Sintió el escozor en las heridas cuando las lágrimas se deslizaron sobre ellas hasta caer sobre las nalgas de la muchacha. La joven giró la cabeza para mirarlo y comprobó que estaba llorando. Se giró para abrazarlo y consolarlo, pero él la apartó con suavidad, la llevó hasta la puerta y la hizo salir de la habitación, aún desnuda.

Emily se quedó fuera contemplando la puerta cerrada. Por primera vez le había hecho daño de verdad y sin tocarla siquiera.

Capítulo 17

Lisa vio el caballo desde la lejanía y todo su cuerpo se puso tenso cuando reconoció al jinete. Miró hacia atrás, la casa se veía a lo lejos, en lo alto de la colina y no había modo de ocultarse, Reece ya la habría visto. Así que siguió caminando hasta que él detuvo el caballo frente a ella y desmontó.

—¿Qué te ha pasado en la cara? — preguntó sin saludarlo.

—Tuve un combate hace unos días. El tipo era más duro de lo que esperaba.

Lisa apartó la mirada. Odiaba el boxeo. Reece lo sabía bien, habían discutido muchas veces por esa salvajada a la que se empeñaban en llamar deporte.

—¿Cómo estás? ¿Trabajas bien desde aquí? ¿Cómo va tu nueva colección? — preguntó él con cautela.

—Bien. Sigo avanzando a buen ritmo — dijo sin responder a la primera pregunta —. Pronto tendré listos los primeros diseños para que puedan empezar a confeccionarlos.

Después de unos cuantos pasos más, Lisa no pudo aguantar y lo enfrentó con serenidad.

—¿A qué has venido, Reece?

—Quería verte... Saber que estabas bien. Lisa, yo...

No iba a ponérselo fácil. Se quedó allí parada, mirándolo con frialdad. Esperaba que dijese lo que había ido a decir y se fuese.

—Jacques... —Se llevó una mano al pelo y lo apartó nervioso —. ¿Tu hermano ha venido a verte? ¿Te ha dicho lo que...?

Ella frunció el ceño desconcertada. ¿Qué pasaba con Jacques?

—Lo sabe, Lisa, sabe que tú y yo...

El color fue abandonando el rostro de Lisa lentamente y se llevó una mano al pecho mientras trataba de llevar aire a sus pulmones.

—Después del combate bebimos demasiado y él... No entiendo cómo se dio cuenta de lo que pasaba. En todo este tiempo no ha demostrado tener la más mínima sospecha.

—¿Lo sabe... todo? —preguntó Lisa, temblando.

Reece asintió.

—Oh, Dios mío. Dios mío... Mi padre, mi madre... No puede ser, no puede ser... — Sus ojos se llenaron de lágrimas y su angustia era tal, que daba vueltas sin saber hacia dónde caminar.

Reece se sintió desfallecer al verla tan perdida y asustada. Habría querido abrazarla y consolarla, decirle que todo iba a ir bien, que él lo arreglaría todo. Pero lo cierto es que sería

mentira, nada iba a ir bien y él no arreglaría una mierda...

—Nunca pensé que me harías tanto daño — dijo ella parándose frente a él y mirándolo desquiciada —. Ojalá nunca te hubiera conocido.

Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos y apretaba los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Podía soportar lo que hicimos, podía incluso aguantar que no tuvieras compasión y trataras de romperme en pedazos diciéndome las cosas que me dijiste. Que te casaras con Lena... Pero ¿esto? ¿Quieres matarme?

—Por Dios, Lisa, no digas eso — pidió con voz ronca —. Jamás quise hacerte daño, por eso me esforcé tanto en mantenerte...

—¿Qué? —Lo miraba anonadada—. ¿Que no has querido hacerme daño? ¿Te estás riendo de mí?

—Lo último que pretendo es reírme de ti.

—Jacques estará destrozado, eres su mejor amigo y yo... ¡Oh! ¿Qué pensará de mí? — se preguntó dándole la espalda.

—No te preocupes por eso. Sabe que fue... contra tu voluntad.

Lisa se volvió a mirarlo horrorizada. Fijó sus ojos en aquellos cortes que aún no habían cicatrizado, en el ojo y el labio, que seguían hinchados.

—¿Fue él? ¿Él te hizo eso? ¡Te matará, Reece!

La miró con tristeza.

—¿Te importaría, Lisa? ¿No sentirías cierto alivio si me borrara del mapa? Podrías seguir con tu vida sin tener que pensar en lo que te hice... Solo sería un mal recuerdo.

Ella negó incrédula sin apartar la mirada. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Cómo podía ser tan estúpido?

—Vete, Reece —dijo dándose la vuelta para regresar —. Tengo mucho en lo que pensar. Debo ir a París, hablaré con mis...

Él la sujetó del brazo y la obligó a volverse.

—Dijiste que podrías aguantarlo — dijo muy serio —. Que podrías soportar cualquier cosa que te hiciera. Dijiste que me amabas y que yo te amaba y que eso sería suficiente.

—Y sigo pensándolo.

Él torció una sonrisa.

—¿En serio, Lisa? ¡Mírate! Dejaste de comer, te has ido de París y te has encerrado en esta villa apartada. Eso es cualquier cosa menos soportarlo.

—No tiene nada que ver, esto...

—Esto, es la prueba de lo que te dije.

Ella entornó los ojos y lo miró con curiosidad.

—Hablas como si lo ocurrido fuera un plan para hacerme ver que estaba equivocada.

—Habría sido un buen plan.

—¿Y hasta dónde llegarías para ponerme a prueba? — Lo enfrentó furiosa —. ¿Me dejarías tu corbata para que me colgase de ese árbol?

Reece apretó los dientes visiblemente enfadado.

—¡No vuelvas a decir algo así, jamás! — le gritó con tal furia que Lisa no pudo disimular un sobresalto —. ¿Me has oído?

Ella apretó los labios y asintió una vez.

—Si te ocurriera algo... —No pudo acabar la frase, todo su cuerpo temblaba de terror —. Huiste de mí, decías que podías soportar cualquier cosa, pero a la primera dificultad, huiste de mí.

—Tú me dijiste...

—¿Y qué importa lo que dijera? Si pudieras soportarlo no habrías salido corriendo, habrías seguido luchando para demostrarme que podías ser mi esposa, que eras lo bastante fuerte como para ayudarme a salir de este pozo oscuro en el que vivo. Que merezco que me ayuden, a pesar de que yo, de que la... ¡Oh, maldita sea! — gritó enrabiado —. ¿Qué estoy haciendo? ¡Me voy a volver loco!

Lisa no sabía cómo reaccionar, su cerebro era una vorágine de emociones contradictorias y desconocidas.

—¿Querías que luchara?

—¡No! ¡Sí! —Negaba con la cabeza, pero sus ojos parecían suplicarle que no lo abandonase —. No quería que te asustaras de mí. No quería que huyeras de mí. No quería que sufrieras por mi causa... ¿Es tan difícil de entender? Me aterra pensar que puedo hacerte daño, que podría hacer contigo lo que él hizo con mi madre y con... las otras mujeres.

Lisa se acercó a él y lo miró con tristeza.

—Te amo, Reece. Te amo desde que puedo recordar y no hay tortura más grande que puedas infligirme que alejarme de ti. Si lo que temías era hacerme daño, debes saber que ya me lo has hecho. Y no fue cuando me tomaste en aquel taller y me hiciste tuya, no. Fue después, cuando me echaste de tu lado.

—Tengo tanto miedo, Lisa, no puedes imaginar cuánto.

—¿Y no merece la pena luchar por mí? ¿Estás dispuesto a destruirme para, según tú, protegerme?

—¿Cómo puedes amarme después de lo que te hice? ¡No entiendo por qué te empeñas en no querer verme como soy!

—Sí te veo, Reece. Sí y un millón de veces sí. Y te amo con toda mi alma, quiero estar a tu lado, en lo bueno y en lo malo si lo hubiese. Juntos podremos superar cualquier cosa. Pero si me apartas de ti me estarás condenando a una vida de soledad y tristeza.

La miró durante unos segundos con gran intensidad. Dentro de su cabeza se libraba una poderosa lucha de voluntades y ninguna de sus certezas parecía dispuesta a rendirse. La amaba profundamente y quería que fuera su esposa. Había tratado de apartarla por todos los medios, pero lo cierto era que cuando la tomó en el taller la condenó para siempre a vivir en soledad. Era su deber resarcirla y darle una vida satisfactoria, al menos una en la que fuera aceptada socialmente. Encontraría el modo de satisfacer sus propios deseos en otra parte, como había hecho hasta entonces.

—Está bien —afirmó, dándose por vencido —. Lisa Lacroze, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Ella temblaba perceptiblemente con una mezcla de emoción y temor.

—Antes de contestarme, debes saber que hay una condición para que esta boda se celebre — aclaró él antes de que respondiera —. Este será un matrimonio de conveniencia, en ningún caso habrá intimidad entre nosotros.

Lisa sintió ardor en sus mejillas.

—¿Quieres decir que tú no...? Pero... — Parecía confusa —. Eso sería una farsa.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Resarcimiento por lo que tomé sin pedir permiso. Te haré mi esposa y podrás llevar una vida agradable y feliz. Seré tu amigo, como lo he sido siempre, cubriré tus necesidades y te concederé todo aquello que desees sin importar su precio. Esto me permitirá vivir en paz sabiendo que nunca tendré que arrepentirme de mis actos. Es el único modo en el que puedo afrontar esto.

—No tendremos hijos —musitó.

Reece negó con la cabeza.

—Algunas parejas no pueden tenerlos, no es tan extraño.

—Pero yo quiero tener hijos, Reece. Y tú también.

—Es esto o vivir separados. Tú decides.

Lisa sintió que un manto helado caía sobre ella dejándola sin respiración. Hiciese lo que hiciese, estaba claro que iba a tener que renunciar a criar a sus propios hijos. Si no se casaba con él tampoco podría casarse con ningún otro. ¿De qué modo justificaría el hecho de no ser virgen? Ella no sería capaz de engañar a un hombre fingiendo serlo, no era esa clase de persona. Así que, o se casaba con el hombre al que amaba, con la condición de vivir como hermanos, o no se casaba jamás.

—¿Podré decirte que te amo? — preguntó.

Reece sintió que se le encogía el corazón. Asintió lentamente sin emitir sonido alguno.

Lisa bajó la cabeza y suspiró. Fue un suspiro lánguido y pausado con el que dejó ir todas sus ilusiones y los sueños infantiles que había alimentado durante tantos años.

—Acepto.

Lena Mayer no era una débil damisela en apuros que necesitase la presencia de un hombre para solucionar ninguno de sus problemas. Su vida no había sido un camino de rosas, aunque jamás permitiría que nadie de su entorno lo supiera. Prefería que todos pensasen que era un miembro destacado de la familia real austríaca y que su prima Sisi la tenía en gran estima. Siempre le había resultado más fácil enfrentarse a la envidia y el odio que a la lástima, y estaba segura de que eso era lo que la había llevado hasta donde estaba.

Por eso cuando Reece le contó que el compromiso estaba roto y que no se casaría con ella, no lloró ni suplicó. Trató de amenazarlo, pero él la puso en su sitio enseguida.

—Lena, no me obligues a decirlo.

La diseñadora lo miraba con soberbia y se puso las manos en la cintura con pose resuelta. Reece no pudo evitar fijarse en que llevaba anillos en todos los dedos y en el vestido negro con el que lo había recibido en su hotel, y que habría tenido mejor uso en el burdel de *madame Truffaut*.

—No puedes dejarme tirada.

—Lo superarás —respondió él con expresión cínica.

—¿Y si no quiero superarlo?

—Ese es tu problema. Ya te he dicho que no vamos a casarnos. Tendrás que buscar otra tapadera.

La expresión de Lena se oscureció repentinamente. Aquella alusión directa estaba marcando la pauta a seguir.

—Nadie te creería —dijo muy serio—. Además, sé que quieres a Anna, nunca la perjudicarías haciéndolo público.

—Encontraría la manera de no involucrarla — dijo muy serio—. Pero te juro que, si dices una palabra desagradable sobre Lisa, te borraré del mapa sin pestañear. Cueste lo que cueste. Seguro que ha habido otras Annas y con los medios adecuados no me será difícil encontrarlas.

—Si lo tenías tan claro, ¿por qué aceptaste casarte conmigo?

—Ya te lo dije, me convenía igual que a ti. Un matrimonio es un escondite perfecto para personas como nosotros, Lena.

—¿Personas como nosotros? Tú y yo no nos parecemos en nada, Reece. A mí no se me permite amar, pero tú eres libre de hacer lo que te plazca.

—Encontrarás el modo de hacerlo tú también, estoy seguro. — Se dio la vuelta para salir de la habitación.

—¿Ya no tienes miedo de asustarla? — Lo detuvo—. ¿Crees que Lisa está preparada para pasar una noche desenfrenada contigo?

—Eso no es asunto tuyo —respondió sin volverse.

—Ya veo. Crees que vas a poder controlar tus instintos, pero yo te he visto, Reece, he estado ahí y sé que no lo conseguirás. Lisa es una florecilla, tu imperiosa sexualidad la asustará. Quizá puedas controlarte la primera noche que la tengas a tu alcance, y la segunda, pero al final querrás poseerla y te rendirás. Cuanto más lo retrases, más intenso será el deseo y más violenta su ejecución. Si quieres un consejo, no esperes. Muéstrale desde el principio todo lo que eres, de esa manera podrá prepararse. Aquello que le hiciste en el taller fue un juego de niños. No tiene ni idea de lo humillante que puede ser la posesión para una mujer. El control lo tiene la fuerza bruta y no hay manera de resistirse cuando el hombre decide emplearla. ¿Puedes asegurar aquí y ahora que no emplearás esa fuerza contra ella? ¿Qué nunca la tomarás contra su voluntad?

Reece sintió un estremecimiento y aquella maldita gota de sudor resbalando por su nuca.

—Tengo planes...

—Ya —dijo la diseñadora acercándose por detrás—, y supongo que esos planes incluyen agotarte en el burdel hasta quedarte seco para luego no tener fuerzas ni ánimo para cumplir con ella. ¿Piensas que Lisa no hará nada al respecto? Es una mujer muy tenaz, demasiado fuerte para resignarse. Va a ponértelo muy difícil, Reece.

—No conoces a Lisa, jamás faltaría a su palabra — susurró él y salió de la habitación sin querer escuchar nada más.

—Espero que sí —le dijo Lena a la puerta cerrada.

—¿Vais a casaros? Pero tu boda con la señorita Mayer... — Camille lo miraba entre sorprendida y preocupada.

—Ese compromiso se ha roto — explicó Reece—. Yo siempre he amado a Lisa, pero creí que nuestra unión era imposible.

—¿Por qué creíste semejante tontería? — dijo Matthieu ofreciéndole una copa que era evidente que necesitaba.

—No lo atosiguéis más —dijo Lisa cogiéndose de su brazo —. Pensaba que os alegraría la noticia.

—¡Nos alegra muchísimo, hija! — exclamó su madre con una enorme sonrisa.

Lisa miró a su hermano, que permanecía serio y distante. A pesar de que había hablado con él y había tratado de explicarle lo ocurrido sin entrar en demasiados detalles, algo se había roto para siempre en su amistad con Reece.

—¿Qué dicen tu madre y tu abuelo? ¿Están conformes, hijo? — preguntó Matthieu.

Cuando se lo dijo a su madre, Reece estaba convencido de que no le gustaría nada la noticia. Sabía la opinión que tenía sobre Lisa y siempre le había gustado la pátina de realeza de Lena, pero sorprendentemente, Marguerite se alegró por él y lo felicitó efusivamente. Su hijo achacó aquel cambio de actitud a la felicidad que le proporcionaba su relación y cercano enlace con Alain Besson, algo por lo que le estaría eternamente agradecido a su futuro padrastro. En cuanto a sus abuelos, lo único que querían era que fuese feliz y, además, apreciaban sinceramente a Lisa, así que no pusieron la más mínima objeción.

—Están todos encantados con la noticia — dijo satisfecho.

—¿Ya habéis pensado en una fecha? — preguntó el padre.

—Habrá que hacer las amonestaciones cuanto antes — intervino su madre —. Ya sabes cómo funciona esto.

—He escrito un telegrama a mi hermano pidiéndole que vengan Emily y él. Me gustaría que estuviesen conmigo en un momento tan especial, pero no tengo claro que quieran dejar a Eric y a Caleb.

—Sería muy incómodo el viaje para dos criaturitas tan pequeñas.

—Y será un viaje corto, Connor no puede dejar mucho tiempo la supervisión de las minas, aunque confíe plenamente en sus capataces.

—Bien, me pondré a organizarlo todo enseguida — dijo Camille, entusiasmada —. Podríais casaros en otoño, es una época preciosa en París...

—Nos casaremos enseguida, mamá — dijo Lisa con una sonrisa —. En cuanto estén las amonestaciones.

—Pero hija, hay que preparar muchas cosas. El vestido, enviar las invitaciones...

—Empezaremos hoy mismo, mamá. Céline se encargará de mi vestido y la mayoría de invitaciones se pueden llevar en mano. No quiero nada excesivo, por favor, algo sencillo, mamá.

—Yo debo marcharme ya —dijo Reece viendo que Lisa tenía muchas cosas que hablar con su madre —. Tengo trabajo en *Le Colisée*. Jacques, ¿vienes conmigo? Hay unos documentos que quiero que veas y hoy es el mejor día para trabajar sin que nos molesten, pues estamos cerrados.

El otro asintió una vez y tras despedirse, los dos hombres salieron de la casa.

No dijeron una palabra hasta que estuvieron dentro del despacho de Reece y con la puerta cerrada.

—¿No te parece bien que me case con tu hermana? — le lanzó la pregunta a bocajarro —. Creí que estarías contento con mi decisión.

Jacques lo miró a los ojos con frialdad.

—Eso no va a borrar lo que hiciste. Y que le pidas a mi hermana que me mienta, tampoco.

Reece frunció el ceño sin saber de qué hablaba.

—Lisa me contó que fue ella la que te provocó para...

Su amigo apartó la mirada para que no pudiese leer en sus ojos, pero no fue lo bastante rápido. Jacques entornó los ojos, inquisitivo.

—¿Quieres que crea que mi hermana es una furcia?

—No hables así de ella —dijo Reece mirándolo amenazador—. Jamás digas nada malo de tu hermana en mi presencia. Puedes pensar lo que te dé la gana de mí, pero a ella, trátala con el respeto con el que la has tratado siempre.

—¿Te buscó ella?

—Es complicado, Jacques.

—¿Qué es complicado?

—¡Esto! —estalló—. ¡Todo esto!

—¿De qué estás hablando? Os queríais desde hace años, era más que evidente. ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil, Reece?

—Tú no lo entiendes.

—Explícamelo —pidió—. Dime algo para que no tenga que odiarte el resto de mi vida.

—Tú sabes cómo es mi vida, Jacques, no hace falta que entre en detalles.

Lo miraba con cierta súplica y Jacques se sintió confuso y preocupado.

—¿Estás hablando de tus... escarceos? ¿Es eso? — Se sentó en el brazo de un sillón y entrecruzó los dedos de ambas manos—. ¿No se lo has contado a Lisa y temes que se entere?

—Sí, se lo he contado, le he contado todo de mí, pero es una cabezota y no ha escuchado nada de lo que le he dicho — masculló.

—¿Podrías ser más claro? No sé por dónde vas.

—Intenté apartarla de mí, Jacques, por todos los medios a mi alcance. Y cuanto más lo intentaba, más se esforzaba ella en acercarse. Aquella noche estaba desquiciado, no podía dejar de pensar en ella y apareció con aquel vestido azul...

—No hace falta que me cuentes los detalles — dijo su amigo recuperando su enfado—. Me dan ganas de romperte la crisma.

—Sé que no me crees, pero solo quería protegerla. En mi cabeza hay algo que no funciona bien.

—¿De qué hablas? —No le gustaba cómo sonaba aquello.

Reece se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. No podía contárselo a Jacques. Si lo hacía no permitiría que se casara con Lisa y eso la destrozaría. Y a él. Ahora que había tomado aquella decisión, nada en el mundo lo haría desistir. Por primera vez desde que se leyó el testamento de su padre, podía dormir. Su mente se había calmado y su cuerpo estaba tranquilo y sin aquella ansia infinita de poseer. Se sentía en una placidez desconocida y no iba a renunciar a ella. Menos, sabiendo que eso destruiría a Lisa.

—Sabes lo mucho que me gustan las mujeres, Jacques — dijo sonriendo.

—Si engañas a mi hermana, la paliza que te di después del combate te parecerá cosa de niños.

—Ya me pareció cosa de niños — se burló.

Jacques entornó los ojos y apretó los puños, amenazador.

—¿Quieres probar de nuevo? Que no combata no significa que no tenga un buen derecho, como pudiste comprobar por ti mismo.

—Cierto —afirmó Reece sincero—. No imaginaba que supieras pegar tan bien. Creí que me habías partido la mandíbula.

—¿Viste la cara de aquellos tipos del bar? ¡Hicieron falta tres para sacarme de allí!

—Encima estarás orgulloso. — Reece movía la cabeza, reprobador —. Debería darte vergüenza. No podremos volver a beber allí y era una buena taberna.

—Claro que sí, le daremos al dueño una buena razón para dejarnos volver.

—¿Crees que unas pocas monedas servirán?

—Estoy seguro —afirmó Jacques—. De hecho, lo sé porque he ido un par de veces y, has de saber, que me reciben con los brazos abiertos.

—¿Has ido a beber solo? —Reece frunció el ceño preocupado —. Prometimos no hacerlo nunca.

—Sí, lo sé, pero no tenía con quien.

—¿Y tanta falta te hacía beber? ¿Qué ocurre, Jacques? — Reece se sentó en el pico de su escritorio.

—Estaba agobiado por lo que me contaste...

—Vamos, Jacques, no me vengas con esas. El odio no te haría emborracharte solo.

—Tienes razón —confesó aliviado. Echaba mucho de menos tener un amigo —. Es Céline.

—¿Qué ocurre con Céline? Pensé que todo iba muy bien entre vosotros.

—Al principio sí, pero últimamente está muy extraña. Tengo la impresión de que se ha cansado de mí.

—¿Cansado? ¿Cómo que se ha cansado?

—Sí, siempre tiene una excusa para no dejarme que la acompañe al salir del taller. Unas veces ha quedado con una compañera para ir a su casa, otras se marcha antes de que yo termine...

—¿Le has preguntado?

Jacques negó con la cabeza.

—¿Por qué? Se supone que piensas casarte con ella, deberías tener la confianza suficiente para preguntarle si le ocurre algo.

—¿Y si me dice que sí? ¿Y si decide romper el compromiso?

Su amigo lo miró incrédulo.

—¿En serio me estás diciendo que tienes miedo y por eso no le preguntas? Pero ¿qué clase de cobarde eres?

Jacques suspiró pensativo. Reece estaba en lo cierto, no tenía sentido negar lo evidente. El día anterior había tratado de besarla y Céline lo había evitado con mucha sutileza. Se levantó y miró a su amigo con clara resolución.

—Hablaré con ella —dijo.

Reece sonrió con ironía.

—¿Ahora mismo?

—¿Para qué esperar? Las malas noticias es mejor conocerlas cuanto antes.

—Con ese pesimismo te auguro un mal resultado. — Se puso de pie también y lo miró con simpatía —. Sé sincero con ella, sea lo que sea lo que necesita, dáselo. Con ellas no hay otro modo.

Jacques asintió y salió del despacho dejándolo solo. Reece se giró hacia la ventana y miró a través de los cristales el movimiento de la gente un día como aquel en que *Le Colisée* estaba cerrado al público. Pensó en Lisa y una cálida sensación se extendió por su cuerpo. Tardarían un tiempo en acostumbrarse a su nueva vida, pero cualquier cosa sería mejor que estar separados. De eso era de lo único de lo que no tenía la menor duda.

Capítulo 18

Céline se sorprendió al verlo en su casa a esas horas. Lo recibió en el saloncito y le pidió a Hilona que le preparase un refrigerio.

—Por mí no se moleste, señora Gemini — pidió Jacques —. He venido solo a hablar con Céline de algo y me iré enseguida, es casi la hora del almuerzo.

—Está bien, Hilona, no traigas nada.

La criada salió del salón y cerró la puerta tras ella sin mucho entusiasmo. Que estuviesen solos en una habitación con la puerta cerrada no era muy apropiado, dada su relación, pero estaba claro que necesitaban intimidad. La cara de Jacques no dejaba lugar a dudas.

—¿Ocurre algo? ¿Es por a la boda de tu hermana? — preguntó preocupada —. ¿Hay algún...?

—No, no es por eso. Esta conversación es sobre nosotros, sobre nuestra relación.

Céline perdió un poco el color de sus mejillas.

—He notado un claro distanciamiento por tu parte en las últimas semanas y me gustaría saber el motivo — dijo Jacques, agitado.

Céline apartó instintivamente la mirada y eso confirmó todos los temores de su prometido.

—Así que no son imaginaciones mías... Lo cierto es que no me cabía la menor duda, no soy un hombre imaginativo. ¿Qué ocurre, Céline? Soy una persona razonable, entenderé lo que me digas.

—No sé... —Se retorció las manos resistiéndose a responder sin prevención.

—Oh, por favor, Céline, no te guardes nada. Habla sin tapujos. ¿Has cambiado de opinión respecto a... lo nuestro?

Se sintió verdaderamente angustiada. Quería hablar y su buen juicio no se lo permitía.

Jacques empezó a dar vueltas por la habitación y Céline lo observó en silencio, esperando que aquel nerviosismo lo hiciera estallar y sincerarse con ella sobre sus verdaderos sentimientos. O la ausencia de ellos. Finalmente, se detuvo y la miró con intensidad.

—Cuando tomé la determinación de hablar contigo para proponerte esta... relación, no pensé demasiado en ello, tan solo me dejé llevar por el momento. Cuando Anna me insinuó que tenías sentimientos románticos hacia mí, me pregunté si tú serías una solución satisfactoria a mis problemas. Yo estaba enamorado de Anna y me había dejado claro que ese amor nunca sería recíproco.

La estupefacción de Céline era tal, que su rostro fue incapaz de mostrar el más mínimo atisbo de tamaña emoción. Tan solo un leve sonrojo en sus mejillas.

—Eres una mujer sencilla, amable y muy agradable a la vista. No tienes familia, es cierto, y tampoco perteneces a nuestro... ambiente, pero suples esas carencias con una extraordinaria capacidad para proporcionar bienestar emocional a aquellos que están a tu lado. No creo haber hecho nada indebido, al contrario, he sido comedido en mis muestras de afecto y te he tratado con respeto en todo momento. Sin embargo, percibo cierto distanciamiento por tu parte y me resulta incomprensible.

Céline hacía grandes esfuerzos por mantener la calma. Había tantos motivos en sus palabras para sentirse ofendida y triste que la arrolló un inesperado sentimiento de ira hacia él.

—Te agradezco enormemente la sinceridad con la que me has hablado y siento que hayas tenido que sufrir ese incomprensible rechazo por mi parte. La señorita Bourdeau es ciertamente perspicaz y se dio cuenta de mis sentimientos, antes incluso que yo misma. Aunque, después de estos meses de compromiso, he llegado a la conclusión de que no eran lo bastante fuertes como para sobrevivir a la experiencia real que hemos compartido. Estaba muy preocupada pensando en cómo podría decirte esto sin causarte un gran dolor, pero tus palabras me han enseñado que no tengo nada que temer. Lo cierto es que nuestra relación no mostraba en absoluto ninguna de las vitales emociones que debería esperarse de una pareja romántica. Tus besos eran castos y desapasionados, tu compañía aburrida y los temas de conversación que solíamos mantener versaban siempre sobre el mismo tema: *Le Colisée*.

Jacques no estaba seguro de si se sentía más ofendido o furioso. Céline sonrió afable fingiendo ignorar el cambio en su estado de ánimo. Se sentía tan dolida que no podía parar.

—Es un alivio que hayas decidido sincerarte conmigo confesándome que no sientes el menor afecto romántico por mí y permíteme que te agradezca lo generoso que fuiste, a pesar de mi orfandad, mi aspecto poco destacable y mi carencia de dinero y clase, por darme la oportunidad de vivir una experiencia tan enriquecedora como esta. Experiencia que sin duda no volverá a repetirse, ya que ningún hombre respetable se dignaría a rebajarse de ese modo.

Jacques la miraba pálido como la nieve y sin saber qué decir.

—No sabía que fueses tan cínica.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, pero tampoco importa ya, ¿verdad? Te devuelvo tu palabra y por mi parte no hay nada más que decir.

—Me duele que tengas tan mala opinión de mí. Está claro que me he comportado de un modo imperdonable contigo, o no me tratarías con tanto desprecio. En ningún caso pretendía menospreciarte y me disculpo si es así como ha sonado lo que he dicho. Siempre he pecado de ser excesivamente franco, Lisa me lo ha reprochado muchas veces y Reece también. Ahora veo el motivo. También me disculpo por no haber mostrado mayor... pasión en mis afectos. Quizá mi excesiva compostura haya jugado en mi contra en este asunto, pero no soy hombre que deje que sus sentimientos e instintos campen a sus anchas. Lamento tu decepción al respecto.

Esperó unos segundos para darle la oportunidad de decir algo más y al ver que Céline no parecía dispuesta a separar los labios de la presión a la que los tenía sometidos, se dispuso a marcharse.

—Te deseo toda la felicidad del mundo, Céline, y espero que puedas considerarme un amigo, a pesar de mi pésima actuación como tu prometido.

—Quizá ese haya sido el problema, Jacques, que para ti esto solo ha sido una actuación. Ni sientes amor por mí ni tienes el menor interés en sentirlo. Yo también te deseo la mayor

felicidad, de todo corazón.

El hermano de Lisa hizo una inclinación y salió del salón sin más protocolos.

Céline se sentó en el sofá con la mente en una vorágine de autocompasión y desesperación que a punto estuvo de hacerla gritar. Las lágrimas fluyeron imparables de sus ojos y ocultó la cara en las manos para tratar de ahogar sus sollozos. Ella no lo sabía, pero Hilona había entretenido a Jacques en el pasillo, solicitándole trabajo en *Le Colisée* para un sobrino nieto. Los sollozos llegaron hasta ellos en forma de murmullo, pero el sentimiento que trasmitían fue igualmente conmovedor.

—Debería irse, señor —pidió Hilona al ver que dudaba.

Después de unos segundos, Jacques asintió y se marchó sin decir nada.

Jacques no pegó ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos veía a Céline frente a él, regia y altiva, mirándolo con frialdad y tristeza. Escuchó sus propias palabras como un espectador ajeno y se torturó con su poca sensibilidad y sutileza. Después volvía a sumergirse en su desprecio y todas aquellas hirientes palabras que le había dedicado caían sobre él como el agua de una cascada putrefacta.

Había sido muy cruel dando una imagen de él tan terrible. En ningún momento había pretendido hacerle daño, al contrario. Quería dejar claro que su gesto hacia ella había sido de una total... La palabra «generosidad» vino de nuevo a su mente, pero ni siquiera pudo mencionarla en silencio porque de nuevo la veía a ella con aquella mirada de desprecio en sus ojos.

¿Qué le había resultado tan ofensivo? ¿Que mencionara sus sentimientos por Anna? ¿Prefería que la engañara haciéndola creer que se había enamorado perdidamente de ella en el mismo instante en el que Anna lo rechazaba?

Se sentó en la cama, harto de darle vueltas a todo y bajó los pies al suelo con evidente malhumor. ¿Qué se había creído? No merecía que lo tratase de ese modo. ¡Había roto el compromiso! ¿Qué explicación daría a sus padres? ¿Cómo iba a explicarles lo que ella le había dicho?

«... Lo cierto es que nuestra relación no mostraba en absoluto ninguna de las vitales emociones que debería esperarse de una pareja romántica. Tus besos eran castos y desapasionados, tu compañía aburrida y los temas de conversación...».

—Maldita sea —farfulló entre dientes al tiempo que se ponía de pie y se dirigía al gran ventanal.

Lo abrió de par en par y dejó que lo bañase el frescor de la mañana. Necesitaba algo que calmase su agitado ánimo.

Jacques entró en el comedor y saludó a sus padres y a su hermana, que ya estaban sentados.

—¿Has ido a dar un paseo tan temprano? — preguntó su madre después de que la besara, como hacía todas las mañanas.

—Tenía que aclarar mi cabeza — dijo sincero al tiempo que se servía en el plato un par de cucharadas de huevos revueltos y una tostada.

El lacayo acababa de servirle el café y se sentó dispuesto a soltar la bomba cuanto antes.

—La señorita Visonneau ha roto el compromiso — dijo llevándose la taza a los labios.

—¿Qué? —Lisa lo miró asustada—. ¿Qué le has hecho?

—Vaya. —Sonrió sin humor al tiempo que pinchaba un pedazo de huevo y se lo llevaba a la boca —. Veo que mi hermana ya ha decidido que es culpa mía.

—Lisa, deja que se explique — pidió su madre —. Y tú, no seas tan melodramático y cuenta toda la historia de una vez.

—No hay mucho más que contar. Ayer fui a visitarla y me lo dijo.

—¿Así, sin más? —dijo Lisa malhumorada.

Su hermano la miró a los ojos y lo que Lisa vio en ellos la confundió e hizo que bajase el grado de su enfado. Puso una mano en su brazo con expresión comprensiva, y cerró la boca.

—Parece que, finalmente, este año solo tendremos una boda. — Jacques revolvió el huevo y apartó el plato con desgana —. Será mejor que me marche o llegaré tarde. Que tengáis un buen día.

Salió del comedor dejando un silencio tras él casi visible. Después de unos segundos su padre carraspeó y miró a su esposa y a su hija.

—¿Alguien ha entendido algo?

Las dos negaron con la cabeza. Aunque Lisa sí tenía una vaga idea de lo que había pasado.

Lisa entró en *Le Colisée* y se maravilló del bullicio que había ya a aquella hora de la mañana. Por mucho que lo viese, no dejaba de sorprenderle que la gente acudiese en tan alto número día tras día. Algunas de aquellas mujeres iban más a menudo de lo que sería necesario o aconsejable para sus bolsillos, aunque muchas de ellas acababan comprando tan solo unas cintas en el apartado de mercería.

Ajena a los comentarios de las señoras y a algunas quejas de sus esposos, a los que no se les había permitido retirarse a la zona de lectura, Lisa siguió hasta las escaleras y bajó a los talleres con paso ligero.

Desde que se anunció la ruptura de Lena y Reece y su compromiso con él, había visitado los talleres un par de veces, así que la sorpresa y los interrogantes en las miradas furtivas de las costureras, se habían suavizado ligeramente. Saludó a todas en general y se entretuvo con alguna que le salió al paso para comentarle algún asunto relacionado con los diseños que había enviado. Aclaró sus dudas y se dirigió al despacho en donde Céline trabajaba concentrada. Cerró la puerta con suavidad, consciente de que su amiga no se había siquiera percatado de que había entrado. Así era Céline, el mundo desaparecía para ella cuando diseñaba algo.

—Me gusta ese escote —dijo a modo de saludo.

Céline dio un respingo y la miró sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando se hubo recuperado del sobresalto.

Su amiga la miró fijamente con una mirada elocuente.

—Ah, ya...

Céline se levantó y fue hasta la mesa en la que tenía ordenadas varias muestras de tela blanca. Cogió varias y las tocó valorando su textura mientras las imaginaba en su diseño.

—Quiero algo sencillo —dijo Lisa mirando el montón de muestras esparcidas sobre la mesa.

Céline la ignoró por completo y continuó valorando cada pieza.

—Y no debería ser blanco —apuntó Lisa, incansable.

Su amiga dejó la tela que tenía en las manos y se volvió a mirarla con severidad.

—Será blanco, como ya te dije. Y yo hago el diseño, así que deja de darme indicaciones que sabes que no tendré en cuenta. Dijiste que sería la diseñadora, no la costurera.

—Céline, el vestido de novia blanco es un invento de la reina Victoria de Inglaterra y ya sabes que para ella simboliza la pureza virginal. Algo de lo que yo carezco.

—Shsssss —la conminó haciendo aspavientos y mirando hacia la puerta cerrada —. Me importa muy poco lo que opine la reina Victoria sobre el tema. Y ahora, déjate de historias y dime a qué has venido. Estoy muy ocupada para charlas banales.

—¿Crees que voy a quedarme tan tranquila después de saber que has roto el compromiso con mi hermano?

Céline suspiró, dándose por vencida.

—Pregúntame lo que quieras para que pueda contestarte y te marches tranquila.

—¿Estás bien?

—No, no estoy nada bien —dijo sincera.

No tenía sentido intentar engañar a su mejor amiga. Era la única persona que tenía en el mundo.

—¿Por qué no me contaste cómo te sentías? Habría tratado de ayudarte.

—Por eso mismo —respondió Céline volviendo a sentarse frente a su mesa —. Tú tienes tus propios problemas, no necesitas que te abrume con los míos.

Lisa se acercó y la miró con tristeza.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿Sabes el daño que me hace pensar que, mientras yo te hablaba de mi boda tú estabas sufriendo y pensando en cancelar la tuya?

—Fue una estupidez, sí. Después de todo Jacques es tu hermano, ibas a enterarte igual, pero no quería hablar de ello. Además, no tenía pensado cancelar la boda, lo decidí en aquel mismo instante.

Lisa frunció el ceño sorprendida.

—¿Quieres decir que mi hermano hizo algo que te empujó a...? — Abrió los ojos asustada —. ¿Jacques se ha propasado contigo?

—No —la cortó su amiga—, nada de eso, tranquila, tu hermano es todo un caballero y jamás haría nada indebido. No he corrido ningún peligro a su lado, para eso tendría que gustarle.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Las dos sabemos que está enamorado de Anna Bourdeau, no hace falta que finjamos.

Las nubes se despejaban rápidamente en aquel escenario. Lisa empezaba a comprender el padecimiento de su amiga.

—¿Te lo ha dicho él?

Céline asintió.

—Mi hermano es estúpido —dijo dándose la vuelta con expresión furiosa —. Un completo estúpido.

Céline dejó escapar un sentido suspiro.

—Es lo mejor que podía hacer por mí — dijo con sinceridad —. Yo lo sabía, Lisa, sabía que no me amaba, que me había escogido por despecho. No sé si pensaba que así Anna cambiaría de opinión o que más valía tener a alguien, aunque no fuese la persona que él quería... Estaba tan resignada, que no me daba cuenta del suplicio que me esperaba. Cuando me habló con tanta sinceridad y me describió tal y como él me veía, me di cuenta de que esa era la persona en

la que me acabaría convirtiendo. Que ya empezaba a no valorarme y me estaba resignando a ser esa persona mediocre que él cree que soy, alguien que no merece que la amen con pasión. — Sus ojos brillaban por las lágrimas, pero no había autocompasión en su mirada, sino una fuerza incontestable que coloreaba sus mejillas y la hacía más hermosa que nunca —. No quiero que me besen como si fuese un mero trámite, quiero sentir la fuerza de un tornado.

Lisa la miraba sonriendo, emocionada.

—¿La fuerza de un tornado? ¿Qué clase de novelas estás leyendo, Céline?

Su amiga sonrió también, aunque enseguida se puso seria de nuevo.

—No voy a mentirte —siguió la modista —, me dolió muchísimo enfrentarme a la verdad, pero es lo mejor para mí y me siento orgullosa de haber sido capaz de dar el paso.

Lisa no pudo contenerse y la abrazó con sentida emoción. Le hacía mucha ilusión que se casara con Jacques, pero la entendía bien. Sabía que estaba enamorada de él y no podía imaginar lo triste que sería vivir con el hombre al que amas, sabiendo que él no siente lo mismo.

—Para mí siempre serás mi hermana — dijo con voz entrecortada.

—Siempre —confirmó Céline apartándose para mirarla —. En cuanto a tu vestido, será blanco porque es el color que mejor te queda. Después del azul, claro.

—Azul no, nunca más me pondré un vestido azul.

—Hablando de eso... —Céline abrió el armario que había en el rincón del despacho, cerca de la mesa de Lisa y sacó una caja —. Ayer encontré esto.

Sacó el vestido de la inauguración, que estaba hecho un desastre.

—Debería haberme deshecho de él — dijo Lisa cogiéndolo de sus manos y mirándolo con tristeza —. Pero creo que voy a guardármelo. Haré que lo laven y lo planchen, y lo meteré en algún baúl.

—Yo quitaría primero unas reveladoras manchas de sangre...

Lisa se ruborizó intensamente y buscó esas manchas. Después miró a su amiga con expresión culpable.

—Me lo llevaré a casa y te lo devolveré limpio — dijo la modista, cómplice.

Lisa se lo entregó a su amiga sin protestar y entonces se fijó en la caja en la que lo había escondido. Se acercó a ella y se agachó para mirar dentro. La voz del capataz de la obra sonó en su cabeza.

«Hemos dejado una caja que encontramos en el sótano antes de levantar los tabiques. Debe pertenecer al anterior dueño. No la hemos tirado porque contiene documentos...».

—Estos papeles eran de Adrien Canaveris — musitó revisando por encima —. Deberíamos llevárselos a su esposa.

Céline frunció el ceño, nada convencida con la idea.

—Quizá contenga información que no sea de su agrado — dijo sin pensar —. Si el señor Canaveris la guardaba en el sótano del edificio, estaba claro que no quería que su mujer la viese.

—¿Tú crees? —preguntó su amiga poniéndose de pie —. ¿Entonces qué hacemos con ella? ¿La dejamos para siempre en un armario? ¿Destruimos su contenido?

Céline se llevó un dedo a los labios, pensativa.

—Deberíamos leer esos documentos. Tú y yo. Pero aquí no podemos hacerlo, alguien podría entrar y verlos... Haré que me la lleven a casa, si a ti te parece bien. Y el domingo la revisamos juntas.

Lisa se inclinó para tratar de levantarla del suelo, pero la madera era demasiado pesada para ella y desistió enseguida.

—Está bien —aceptó—. Pero antes de pedir que la lleven a tu casa, hay que cubrirla.

Céline sonrió satisfecha y asintió.

Reece la miraba entre divertido y espantado. Lisa estaba sentada frente a su escritorio. Había entrado en el despacho a media mañana, con las galerías funcionando a pleno rendimiento y le había soltado una pregunta que no sabía cómo debía responder.

—¿Cuánto? —repitió ella al ver que no decía nada —. ¿Cuánto lo necesitas? ¿Una vez al mes? ¿A la semana?

Su futuro esposo carraspeó incómodo.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿Para qué?

—He escuchado una conversación en el taller y quiero aclarar mis dudas.

—¿Qué conversación?

—Una de nuestras costureras dice que su marido la busca todas las noches. Las otras mujeres casadas del taller la han mirado sorprendidas y han asegurado que eso no era normal, que ningún hombre puede rendir tanto. Entonces me he dado cuenta de que no hemos hablado de este tema y es importante. Si vas a visitar el burdel de *madame* Truffaut, deberíamos...

—¿Te parece bien que visite el burdel? — preguntó sorprendido.

Lisa se mordió el labio reflexiva y Reece se dijo que nunca la había visto tan hermosa.

—No se trata de si me parece bien, supongo — respondió ella —. Es una cuestión inevitable, me temo. Si yo no... Tendrás que...

—Todos los días —dijo él sin entonación —. Aunque «necesitarlo» me parece un verbo excesivo. Digamos que mi cerebro pensará más en ello, cuanto menos lo sacie.

—¡Todos los días! —musitó—. Eso puede ser un inconveniente. Si invitamos a mi familia a cenar, por ejemplo. O si...

—Lisa, no voy a ir al burdel todos los días, tranquila — dijo él, burlón —. No debes preocuparte por mis «necesidades», encontraré el modo de satisfacerlas sin incomodarte en modo alguno.

Ella lo miraba confusa y con una expresión de lo más divertida, pero Reece sintió que su cuerpo respondía de manera no deseada y decidió atajar el asunto.

—Creo que no deberíamos seguir hablando de esto. De hecho, no quiero que vuelvas a hablarme de ningún tema parecido.

Desvió la mirada, visiblemente turbada. Esperaba poder tener una relación amigable y totalmente sincera y estaba segura de que si podían hablar de ese tema resultaría mucho más sencilla la convivencia. Pero estaba claro que Reece no pensaba lo mismo.

—El domingo por la tarde iré a ver a Céline a su casa — dijo, cambiando de tema —. ¿Te acuerdas de la caja con documentos de Canaveris que dejaron los obreros en el taller?

Reece no se acordaba en absoluto.

—Bueno, pues hay una caja de madera con documentos y yo la dejé en un armario a la espera de decidir qué hacer con ella, pero me olvidé por completo. Cuando escondí el vestido azul...

—¿Escondiste el vestido?

Asintió antes de responder.

—Estaba demasiado deteriorado como para presentarme con él en la fiesta. Me puse uno de mis diseños *prêt-à-porter* y dejé ese en la caja dentro del armario.

Reece apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—¿Te parece bien?

—¿Que escondieras el vestido?

—No, tonto, que vaya a casa de Céline y miremos los documentos juntas.

—¿No deberíamos enviárselos a su viuda?

—Eso fue lo primero que pensé, pero Céline me dijo, muy acertadamente, que si Canaveris los guardaba allí sería por algún motivo. No quisiera agravar la tristeza de la señora Canaveris innecesariamente.

Reece asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Me parece muy bien, ya me contarás lo que descubras.

—También quiero pasar más tiempo con Céline, últimamente la tengo un poco abandonada y después de lo que ha hecho Jacques... — dijo consternada —. Siempre creí que Jacques era más inteligente que yo y, mira, ha resultado ser un imbécil.

—¿Por qué soy imbécil?

Lisa se giró bruscamente, ni siquiera se había percatado de que la puerta se había abierto.

—¿Cuánto hace que estás ahí? — preguntó sobresaltada.

—Acaba de entrar —respondió Reece para tranquilizarla.

—¿Por qué piensas que soy imbécil? — repitió su hermano muy serio al tiempo que se apoyaba en la puerta cerrada y cruzaba los brazos frente al pecho en actitud defensiva.

—Por dejar que Céline se te escape. — Se puso de pie y se colocó frente a él.

—No me dio muchas oportunidades. Para ser exactos, no me dio ninguna.

Lisa apretó los labios visiblemente enfadada.

—¿La amas?

—Ya sabes que no.

—Entonces, ¿por qué le pediste matrimonio?

—Estaba despechado.

Lisa no daba crédito a lo que oía. Tenía en tan buen concepto a su hermano que todo aquello le parecía imposible de creer. Aunque detectaba algo en su mirada que contradecía la firmeza de sus palabras. Lisa entornó los ojos y lo miró con mayor atención.

—Jacques, ¿qué te pasa? Tú no eres así.

—¿Así, cómo?

—Así. —Lo señaló de arriba abajo —. Tan cínico.

—No pretendía hacer daño a Céline. Es la mujer más buena que conozco y no se merecía esto — dijo sincero —. No sé por qué me acerqué a ella cuando Anna me rechazó. Supongo que sentí que había perdido mi oportunidad para ser feliz. Simplemente vi a Céline, me di cuenta de lo que sentía por mí y pensé que era mejor casarme con alguien que me amaba, que estar solo.

—Pero Jacques, ¡eres demasiado joven para pensar así! — exclamó su hermana sorprendida —. Cualquiera diría que estás al borde de la muerte.

—Todos estamos al borde de la muerte, Lisa. La vida es un constante salto al vacío. No podemos perder las oportunidades que se nos presentan o podríamos arrepentirnos sin remedio.

Reece miró a Lisa y sintió un escalofrío. Ella era su salto al vacío.

—Siento muchísimo haberla hecho sufrir — siguió Jacques —, pero en mi descargo diré que estaba dispuesto a ser un buen marido, fiel y cariñoso con ella.

—Ella te ama, ¿cómo iba a conformarse con eso?

—Lo sé, lo vi en sus ojos mientras me vapuleaba — dijo sonriendo con tristeza —. No imaginaba que le estaba haciendo tanto daño, de haberlo pensado no...

Su hermana lo cogió del brazo mirándolo con cariño, ahora sí lo reconocía.

—Habla con ella. Dile cómo te sientes, todo, sin tapujos ni medias tintas. Sé un buen amigo, ya que no puedes ser nada más.

Jacques la miró dubitativo y ella asintió con la cabeza.

—Conozco muy bien a Céline, eso la aliviará.

Cuando su hermano salió del despacho, Lisa se volvió a mirar a Reece y este le devolvió una mirada irónica.

—Piensas que eso los unirá — dijo burlón.

—Estoy segura. Conozco a mi hermano, ni siquiera sabe lo que siente. — Se acercó a la mesa y se apoyó en ella con las dos manos para mirarlo más de cerca —. Ella es la mujer perfecta para él y estoy segura de que el amor que siente será lo bastante fuerte para lograr la magia.

Reece movió la cabeza, dubitativo. ¿Hablaba de Jacques o de él?

—Eres una alcahueta.

Lisa se irguió y se encogió de hombros, como si no le importara.

—Es mi hermano y quiero que sea feliz. No se me ocurre nadie mejor que Céline para conseguir eso.

Capítulo 19

Jacques la abordó en el *hall*. Llevaba un buen rato deambulando por allí para hacerse el enconradizo, sabiendo que esa era la hora a la que solía marcharse a casa.

—Buenas tardes, Céline. —Acompañó el saludo con una leve inclinación —. ¿Me permitirías acompañarte a casa? Me gustaría que hablásemos.

La costurera no pudo evitar el rubor de sus mejillas y se mortificó por ello llamándose estúpida, tonta y un montón de cosas más, mientras se esforzaba en mantener una expresión neutra.

—Suelo caminar deprisa para regresar a casa.

—Intentaré esforzarme en seguirte el paso — aseguró con una ligera sonrisa.

—Está bien —aceptó ella resignándose —, si no puedes esperar a mañana.

Él la dejó salir delante y la siguió fuera del edificio. La tarde era cálida y agradable, los días eran cada vez más largos y se aproximaba el verano a pasos gigantes. París estaba preciosa en primavera y después de caminar unos minutos en silencio, Jacques tuvo que reconocerse que le resultaba agradable pasear con ella una vez más.

—Si quieres podemos ir por la rue Neuve-Saint-Augustin — propuso.

Céline asintió varias veces y cruzaron la calzada vigilando el paso de los carruajes. A esa hora había mucho movimiento en la ciudad. Sin darse cuenta, los dos aminoraron el paso y poco a poco consiguieron librarse de la incomodidad que caminaba con ellos.

Jacques empezó a hablar con cierta timidez y total sinceridad. Le habló de sus sentimientos por Anna y de cómo ella lo había rechazado tan sutilmente antes incluso de declararle su amor. Le abrió su corazón de par en par, sin ocultarle lo más mínimo. Le confesó que sabía lo que sentía por él y que por eso se decidió a dar el paso, convencido de que era mejor ser amado que estar solo. Céline tuvo que contener las lágrimas en más de una ocasión al escucharlo, pero logró hacerlo porque se sentía agradecida por su sinceridad. Lo más doloroso de todo aquello era que Jacques no se hubiese comportado siquiera como un amigo, que la hubiese utilizado sin darle nada a cambio.

Cuando se detuvieron frente a la casa de la costurera, Céline ya pudo sonreír, aunque sus ojos brillasen acuosos.

—Gracias por ser tan sincero.

—¿Crees que podríamos ser amigos? — preguntó él visiblemente preocupado —. No quiero perderte, Céline, ni que me trates como a un extraño.

Ella lo miraba con expresión serena. Sabía que eso le iba a causar dolor porque, al contrario de lo que él pensaba, estaba segura de que volvería a enamorarse y sería testigo de ese momento. Pero también sabía que podía soportarlo. Había soportado mucho dolor en su vida y en ese caso supondría la felicidad de Jacques. Eso sería suficiente. Tenía que serlo.

—Sí —respondió asintiendo y al tiempo se dirigió hacia la puerta de su edificio —. ¿Te apetece una copa de Borgoña antes de regresar a casa?

Jacques sintió una reconfortante y cálida sensación. Asintió sonriendo y la siguió.

Habían esparcido el contenido de la caja sobre la larga mesa y las dos jóvenes miraban con cierto nerviosismo aquellos documentos. Había facturas, albaranes, planos, y un diario del proyecto que Canaveris había ideado para *Le Colisée* y que al ir avanzando en sus páginas se había convertido en otra cosa. Fue Lisa la encargada de leerlo en voz alta.

Mis ojos quieren cerrarse. Lo percibo en la mañana cuando el sol despunta y el ánimo no me deja levantarme de la cama. Porque en mi corazón sigue siendo de noche.

La miro sentada al otro lado de la mesa y me pregunto quién es esa extraña que me mira con ternura. ¿Por qué no siento nada por ella? Y de pronto las brumas se dispersan y la reconozco. La veo riendo en los jardines de Montignac la primera vez que la vi. Llevaba un vestido verde y un sombrero coqueto que le daba un aspecto aún más juvenil. Y, sin embargo, no recuerdo cómo se vistió ayer y me sorprende el paso del tiempo en su rostro. Ahora hay arrugas alrededor de sus ojos y algún cabello blanco que oculta con gran maestría.

Danielle. Danielle. Danielle...

Cada día que pasa son más veces las que olvido su nombre. Ella me mira impaciente y con expresión asustada y yo quiero decirle que no voy a irme a ninguna parte, que estaré aquí para ella. Pero no puedo, porque nunca he podido mentirle.

Su ternura me conmueve, el modo en que aprieta mi mano antes de dormirse, la dulzura de sus labios cuando me besa tratando de enmudecer mis desvaríos. Sé que llora, la he oído detrás de la puerta del vestidor. Y yo me quedo allí quieto, con la espalda apoyada en la superficie de madera dejando que mis propias lágrimas se deslicen silenciosas por mi aterrado rostro. Quisiera entrar y abrazarla tan fuerte que le crujieran los huesos. Tomarla en mis brazos y decirle que no la olvido, aunque parezca que no la recuerdo.

He comprendido que es algo que debo aceptar y ha sido hoy, al ver a mi hijo. Se ha parado frente a mí y me ha preguntado: Padre, ¿quién soy? Y he sentido un dolor intenso y profundo en el centro de mi pecho. Ya no hay vuelta atrás. Lo saben y a partir de ahora me mirarán de soslayo, cuchichearán a escondidas y me tratarán como a un niño estúpido que no debe saber que su vida se acaba.

Porque mi vida se acaba. Lo que no saben es que se acaba hoy...

Lisa se detuvo y miró a Céline con expresión turbada. Las dos percibían la solemnidad del momento.

—Sentémonos —dijo Céline señalando el sofá.

Lisa asintió y la siguió.

—¿Continúo? —preguntó.

Céline asintió sacando el pañuelo que llevaba oculto en su manga.

Querida Danielle, mi amada, mi adorada esposa. Ayer viniste a besarme y sé que te rechacé. Fue un instante de oscuridad, casi un parpadeo, pero vi el daño que mi debilidad te está causando. Tus ojos se secaron como las hojas en otoño y tu boca se contrajo en un rictus doloroso.

Nunca he temido a la muerte, aunque no me tengo por un hombre valiente. Pero sí temo perderme para siempre. Vagar por este mundo sin saber quién soy ni quién fui. Caminar al lado de una sombra triste y melancólica que llora tras las puertas y sufra en silencio.

Si he de morir, que sea mi alma la que escape primero. Quiero irme dejando un recuerdo, no mi ausencia. Ahora miro el edificio que imaginé, Le Colisée, magnífico nombre para una magnífica idea, y pienso en los que me llamaban loco. Estoy sonriendo porque sé que algún día mi proyecto será copiado por otros sin saber que hubo alguien que lo imaginó antes que ellos.

Me voy en paz, con el corazón lleno de amor y mis recuerdos junto a mí. Mis hijos, mi vida... Y tú, Danielle, sobre todo, tú. No me odies por irme tan pronto, olvida mis ausencias y mi ánimo esquivo. Piensa solo en que te amé, te amé profunda y completamente. Pocos hombres tienen la suerte de poder decir que han conocido al amor de su vida. Es tan imposible que se dé ese milagro. Habiendo tantos lugares en la tierra en los que podrías haberte escondido, te apareciste en aquel jardín con tu vestido verde y aquel sombrero coqueto. Danielle, Danielle, Danielle... ¿Qué más puedo pedir que morir repitiendo tu nombre?

Lisa cerró el diario y se cubrió el rostro con las manos.

—Señora —anunció el mayordomo—, está aquí la señorita Lacroze con una amiga y preguntan si está usted en casa.

Danielle Canaveris frunció el ceño desconcertada. No recibía muchas visitas y las pocas que recibía eran de personas lo bastante viejas como para no tener nada mejor que hacer.

—¿Y dónde iba a estar, Víctor? Todo el mundo sabe que no salgo de casa más que para ir a la iglesia y ¿quién va a la iglesia a estas horas? Anda, hazlas pasar.

El mayordomo regresó con las dos jóvenes y Danielle se apresuró a recibirlas con un gesto cariñoso.

—Qué alegría —dijo sincera, acompañándolas hasta el sofá—. No suele venir a verme mucha gente. Mis hijos y sus esposas, pero ellos no cuentan. Solo quieren darme indicaciones de cómo debo vivir. Seguro que vosotras no habéis venido a eso. Víctor, haz que nos traigan vino dulce y unos pastelitos de esos que ha preparado Monique esta mañana.

—Por nosotras no se moleste — dijo Lisa.

—¿Me vas a privar de darme un gusto? — La mujer sonrió y le hizo un gesto al mayordomo para que hiciese lo que le había pedido —. ¿Y a qué se debe esta grata visita?

—Hemos venido a traerle algo — dijo Céline ofreciéndole el diario que había estado sosteniendo entre sus brazos.

Danielle cogió el cuaderno y lo miró desconcertada.

—¿Qué es esto?

—Lo encontramos dentro de una caja con otros documentos — empezó Lisa —. En realidad, lo encontraron los obreros cuando hacíamos la reforma en *Le Colisée*. Si no lo hemos traído antes es porque me olvidé de esa caja por completo.

—La encontramos hace unos días — siguió Céline —. El diario estaba bajo un montón de facturas, albaranes y cosas así...

Danielle acariciaba las tapas del cuaderno con expresión lejana, como si con el tacto pudiera sentir la calidez de las manos de su esposo.

—¿Lo habéis leído?

—Una parte, sí —asintió Lisa con expresión avergonzada—. No pretendíamos chismorrear, tan solo queríamos asegurarnos de que no había nada malo antes de...

Danielle sonrió con tristeza y se llevó el cuaderno al pecho mientras las miraba.

—Lo entiendo. La gente habla mucho y pensasteis que quizá mi esposo tenía una amante. Sé que muchos piensan eso de él y creen que se suicidó porque no podía estar con esa otra mujer.

— La sonrisa se esfumó de sus labios —. Le dije muchas veces que nuestro «juego» acabaría afectando a nuestra reputación, pero no quiso hacerme caso.

Lisa y Céline se miraron sin comprender.

—¿No lo habéis leído en este diario? Sé que escribía sobre ello porque a veces me leía algún párrafo para hacerme reír. Todos los años, durante el verano, yo fingía irme a los baños de Trevigne una semana. Se suponía que él se quedaba aquí esperándome, pero a las pocas horas de partir yo, él también se marchaba furtivamente, lo que hizo pensar a algunos que tenía una amante. Lo que no sabían era que nos reuníamos los dos en Lyon, en el balneario de Montignac.

—El lugar en el que se conocieron — musitó Lisa al recordar.

Danielle asintió sin dejar de acariciar suavemente las tapas del cuaderno que se apoyaba en su pecho.

—Por aquel entonces tenía yo... dieciséis años, sí. Casi no lo recuerdo, después de tanto tiempo y de la soledad... Realmente me he hecho mucho más vieja al estar sola, ahora me sorprende al verme en el espejo todas las mañanas. Es como si no fuese yo esa que me mira con cara de estúpida.

Las dos jóvenes permanecían inmóviles en su asiento, con la espalda enervada y tensa y una mirada cohibida. Una doncella entró en el salón, portando una bandeja de plata, y la depositó sobre una mesita auxiliar situada frente a la señora de la casa.

—Muy bien, Marie, excelente. Ya nos servimos nosotras, gracias.

La joven salió del salón y Danielle se dispuso a llenar las tres pequeñas copas de cristal que había sobre la bandeja.

—Será mejor que las cojáis vosotras mismas — dijo tomando la suya con manos temblorosas —. No quisiera manchar la alfombra.

Céline se levantó presurosa y cogió la de Lisa y la suya. Su amiga le hizo un gesto de agradecimiento y, con la copita en la mano, se dispusieron a seguir escuchando a la señora Canaveris. Las dos estaban fascinadas con la situación.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí, Montignac! ¿Habéis estado? Oh, es un lugar maravilloso, os lo recomiendo. No se parece nada a París. En realidad, no se parece en nada a ningún lugar en el que yo haya estado, y sabed que a mi marido y a mí nos gustaba mucho viajar. Montignac es un paraíso entre montañas. Las cumbres nevadas se ven majestuosas en invierno, y los parajes que bordean el río que atraviesa la población brillan en primavera. Pero la estampa veraniega era nuestra preferida porque nos llevaba hasta el momento en que nos conocimos.

La mujer se llevó la delicada copa a los labios y bebió un sorbito. Lisa se fijó en el anillo que llevaba en su mano.

—Es un rubí —explicó Danielle—. Es el último anillo que me regaló Adrien antes de morir. No me lo quito nunca. Para mí este rubí simboliza su corazón, tal y como él me dijo al dármele.

—Es usted muy afortunada —dijo Céline sin pensar —. Ha conocido el verdadero amor. Su alma gemela.

La señora Canaveris asintió despacio.

—Lamento oírte hablar así — dijo con pesar —, eso significa que tú no lo has encontrado aún.

—Creo que casi nadie lo encuentra — dijo la modista, desencantada.

—Eres muy joven para resignarte. Deberías tener más confianza, si no acabarás casándote con el primero que te lo pida y cerrarás la puerta a encontrar al verdadero.

—Usted lo conoció con dieciséis años.

—¿Y crees que lo supe enseguida? — Negó con la cabeza —. Adrien estuvo cortejándome todo el verano, pero yo me dejé confundir por mi madre, que opinaba que no era un buen partido para mí. Por aquel entonces había un joven muy cotizado y coincidió que también veraneaba en Montignac. Me pasé la mayor parte del verano acudiendo a fiestas a las que él asistía, convencida de que me interesaba.

—Pero no era así —afirmó Lisa.

—No, no lo era. Me parecía aburrido, pretencioso y muy pagado de sí mismo. Era insufrible. En cambio, Adrien era divertido y apasionado. No me cansaba de estar con él y pensé que, si tenía que pasar toda la vida con un solo hombre, debía ser alguien que me provocara esas emociones.

Céline asintió. Eso era exactamente lo que ella pensaba, por eso rompió su compromiso con Jacques. Sin embargo, a veces no podía evitar arrepentirse. Desde que habían vuelto a ser solo amigos, su relación se había convertido en algo agradable y esperado. Él era divertido, la hacía reír a carcajadas y le gustaba cómo la miraba cuando eso pasaba. Su conversación nunca la aburría y la empujaba a hacer cosas que quería hacer, pero que no se habría atrevido a realizar sola. Como remar en el lago o montar a horcajadas.

Lisa pensaba en Reece. Desde que decidieron casarse, toda aquella tensión que casi la había enfermado, desapareció. Y su lugar fue ocupado de nuevo por el compañerismo, la confianza, la ternura... No había pasión entre ellos, Reece no lo permitiría, pero el amor que Lisa sentía crecía cada día y amenazaba con arrasarlo todo. Lo deseaba, ahora lo sabía, ya había probado las mieles de la pasión y conocía muy bien sus síntomas. Ansiaba sentir sus brazos rodeando su cuerpo. Que la acariciase con la maestría que había demostrado aquella única vez. Que la tomase sin que hubiese tanta tela de por medio. Noche tras noche lo imaginaba desnudo en medio de su habitación, esperándola con mirada intensa. Dispuesto a hacerla sentir de nuevo, llevarla al éxtasis sin prisa y sin miedo. Se mordió el labio y apartó la mirada al borde de las lágrimas. No podía hacerse eso, o su vida se convertiría en un infierno.

Danielle había abierto el cuaderno y había llegado hasta las últimas páginas, las únicas que no conocía. Leyó en silencio y las lágrimas se deslizaron silenciosas por sus mejillas. Cuando terminó, cerró el diario, sacó un pañuelo de un bolsillo y se limpió el rostro con suavidad.

—Sabía por qué lo había hecho — dijo con voz ronca —. Cuando me dieron la noticia, recordé cómo se había despedido aquella mañana y lo comprendí. Sus palabras y sus gestos fueron una despedida... definitiva.

—Entonces, ¿no le guarda rencor? — preguntó Céline.

—No —respondió negando con la cabeza —. Fue un gesto de amor, no quería perderme ni que yo lo perdiera. Cada día eran más los momentos en los que le sobrevenían aquellas lagunas.

Al principio se sorprendía de ello. Después empezó a irritarlo. Pero los últimos días... se entristecía hasta el punto de llorar cuando creía que no lo veía.

—Consultarían a algún médico — afirmó Céline —. ¿No les dieron solución?

—Decían que era una enfermedad propia de la vejez, que a él le había atacado demasiado pronto y por eso todo iba a ser mucho más rápido. Nos recomendaron resignación, esa fue su medicina: resignación. Al principio, Adrien me preguntaba cada mañana en el almuerzo: «querida, ¿te has tomado tu dosis de resignación esta mañana?». Yo le regañaba fingiendo enfadarme, pero lo cierto es que me hacía reír con esas bromas macabras.

Lisa no pudo contenerse más y dejó que las lágrimas fluyeran. No estaba muy segura por quién lloraba, si por Danielle o por ella misma, pero estaba cansada de contenerse. Y nadie la recriminó por ello.

Emily se detuvo frente a la mansión de los Dubois y miró hacia arriba con admiración. Connor la observó sonriente.

—¿Te impresiona? —preguntó divertido.

Su esposa no había dejado de admirar cada uno de los edificios de París por los que habían pasado. Le había pedido al cochero de los Dubois que los dejara bajar cuando faltasen dos kilómetros para llegar y el pobre hombre se afanó en darles las indicaciones necesarias para que no se perdieran en una ciudad tan grande como aquella.

—¿Cuántas habitaciones crees que tienen? — preguntó ella agarrándose de su brazo, sonriente —. ¿Cincuenta? Newley House siempre me pareció enorme, pero es que esto...

—Ahora entiendes por qué Reece no volvió, ¿verdad?

—No digas tonterías —lo regañó dándole un manotazo en el brazo, lo que provocó que algunos transeúntes los miraran con severidad.

—Estás llamando la atención de los parisinos — dijo Connor fingiendo enfado —. ¿Te parece bonito pegarle a tu marido en público?

—Yo no te he pegado, te he reprobado un poquito — respondió Emily mirando a su alrededor con preocupación —. Reece debería habernos explicado mejor las costumbres francesas, a lo mejor estamos haciendo algo incorrecto y no lo sabemos.

—Vamos a entrar cuanto antes — dijo Connor arrastrándola apresuradamente hasta la puerta —. No quisiera que vinieran a detenernos.

Emily no tardó en darse cuenta de que se estaba burlando de ella y a punto estuvo de propinarle otro manotazo, pero la mirada atenta de dos damas la frenó.

Emily observaba el sentido abrazo entre los dos hermanos con el corazón henchido de gozo, mientras Lisa la observaba a ella sin disimulo. La joven francesa se sentía como si estuviese ante una diosa, pero no era por su belleza o la arrolladora personalidad que había derrochado nada más entrar en el salón dónde los esperaban. Había saludado a todo el mundo con simpatía y confianza, sin mostrar la menor timidez o inseguridad y eso solo ya bastaría para dejar a alguien como Lisa completamente anonadado. Pero es que además era Emily. La Emily de Reece.

Connor se acercó en ese momento a Marguerite y la saludó también con un efusivo gesto que hizo que se sonrojara. Los ojos de su madrastra se llenaron de lágrimas y no fue capaz de decir

nada. Se alegraba mucho de verlo y de saber que era tan feliz con Emily. Le alegraba mucho verlos tan enamorados.

—Supe que tu madre se había vuelto a casar — dijo secándose las lágrimas con disimulo —. Me escribió una larga carta para decírmelo. Un conde, nada menos.

—Supongo que eso fue lo primero que puso en la carta — respondió, con una sonrisa irónica —. Lo cierto es que Jason Okten es un buen hombre y parece hacerla feliz. Lo de que sea conde, es meramente anecdótico, su título ya no es más que una rémora del pasado.

Marguerite sonrió al tiempo que asentía, cómplice.

—Lo importante es que es feliz.

—Estoy deseando conocer al señor Besson — dijo Connor y le conmovió ver la turbación de Marguerite al mencionarlo —. Reece me ha hablado de él en sus cartas. Podríais haber celebrado una boda doble.

—¿Cómo voy a quitarle protagonismo a mi hijo en el día más importante de su vida? Nosotros nos casaremos de manera privada y con una celebración sencilla.

Connor soltó las manos de Marguerite y se fijó entonces en Lisa. Era una joven bonita y de aspecto agradable. Por algún motivo supo que era la clase de mujer perfecta para Reece. Estaba junto a Emily y se sintió reconfortado al ver que no se parecían en nada, absolutamente en nada.

—Señorita Lacroze, si me lo permites me gustaría llamarte Lisa, ya que vas a ser mi hermana.

—Por favor —pidió ella haciendo una ligera reverencia.

—Disculpen nuestro torpe francés — pidió Emily mirando a los abuelos de Reece —. Espero que, entre lo que ustedes saben de inglés y lo que nosotros chapurreamos de francés, podamos entendernos mientras estemos aquí.

—¡Oh, señora! —exclamó riendo Isabella, la abuela de Reece —. Lo cierto es que es muy divertido.

Connor y Emily se miraron con el ceño fruncido y Reece le dio unas palmaditas a su hermano en la espalda.

—Mejor que habléis en inglés, mis abuelos lo entienden perfectamente.

—¿Hemos dicho algo malo?

—Malo no, pero sí divertido. Tenéis algún problema con los pronombres y los verbos, pero nada importante, ya que todos aquí entienden el inglés, así que podéis dejar de esforzaros.

—Pues yo lo agradezco —confesó Emily —. Me sentía muy torpe tratando de que Lisa me entendiera cuando le pedía que me enseñara sus diseños.

—¡Oh! —exclamó la joven sorprendida —. ¿Era eso lo que me decías? Lo siento, pensaba que...

—No importa —la cortó Emily con una sonrisa —. Ahora que ya nos entendemos, ¿podré ver tu trabajo?

—¡Por supuesto! Me encantaría enseñártelos — dijo la diseñadora, orgullosa —. Pasado mañana partiremos todos hacia *Louie-la-Ville*, donde se celebrará la boda. Podría enseñártelos mañana.

—¿Mañana? —preguntó Emily con rostro confuso —. ¿Y por qué no hoy? Esta tarde...

Lisa sonrió ante la impaciencia de Emily. Su mirada mostraba un sincero interés y eso hizo que la simpatía que estaba predispuesta a sentir, después de haber escuchado a Reece hablar de

ella durante años, se materializara como por arte de magia como un sentimiento completamente real.

—Esta tarde, entonces. Si quieres, después podemos ir a *Le Colisée* juntas.

Emily no disimuló su entusiasmo y sus pies dieron unos ligeros saltitos que controló enseguida con un gesto de disculpa.

Capítulo 20

Connor saboreaba a su esposa lentamente. Bajaba por su cuello sin prisa, no había urgencia en sus movimientos, tan solo un deleite profundamente asentado en su espíritu. Y Emily tampoco le urgía a que se apresurase, concentrada en cada roce de su piel, el muslo que se desliza mientras su boca desciende, los brazos que se mueven anclando y soltando según la necesidad. Los gemidos eran familiares y hablaban mejor que las palabras. Era un lenguaje que solo ellos conocían y al que respondían con certera precisión.

No dejaba de sorprenderse de la ternura de Connor y de lo fácil que podía pasar de esa ternura, a una completa vorágine de pasión descontrolada. Eso la hacía estremecerse por no saber si sería en ese momento en el que sus dientes jugueteaban con el botón situado en el centro de su pecho, o quizá ocurriría cuando ella tomase su cara y lo besara con voracidad.

Cada noche, cada día eran un completo misterio, a pesar de la familiaridad, la confianza y la entrega de ambos. Nunca sabía en qué momento se produciría la explosión. No había un ápice de rutina o aburrimiento en su entrega mutua. Tan solo los sentidos, libres y sin cautela, expresándose.

Connor se sentía embriagado por el aroma de su piel y sus fluidos, eran una combinación mágica y poderosa capaz de llevarlo a la siguiente fase, aquella en la que su cuerpo le exigía satisfacción y él se resistía por no querer que terminase nunca. Seguía con sus caricias, torturando su impaciencia y haciéndola disfrutar a ella sin descanso. Las sábanas ardían como su cuerpo, cuando finalmente soltaba las cuerdas invisibles que lo retenían y se adentraba en ella lento y poderoso.

Emily se agarró a las sábanas y arqueó su cuerpo para admitirlo por completo y entonces él se alejó tan suavemente como había llegado. Lo miró fijamente y se mordió el labio, consciente de que eso lo excitaba. También se colocó las manos en los pechos y los acarició sensual provocando un gemido en los labios de su esposo y una contracción en su pene.

—¿Quieres que pierda el control? — preguntó él con ojos brillantes.

—Por favor, señor Darwood — pidió ella —. Lo estoy deseando.

Connor gruñó con mirada peligrosa y se hundió en ella hasta el fondo una y otra vez. Emily intentaba absorber el placer que le provocaba con cada arremetida, pero enseguida llegaba la siguiente y apenas podía reaccionar a ellas. Sentía que el orgasmo llegaba y no podía contenerlo. Él lo vio en sus ojos, antes de sentirlo alrededor de su pene. Los músculos internos de Emily lo apretaron con fuerza, contrayéndose con violencia y llevándolo a un punto de no retorno.

Miraba a su esposo desde la almohada. Estaban de lado, uno frente al otro y Connor tenía el brazo sobre su cintura en una pose relajada.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó ella.

—¿Qué opinas de Lisa?

Emily se colocó bocarriba mirando al techo, con el brazo levantado y apoyado en su frente, y sus pechos mostrándose sin recato, libres y arrogantes.

—Es una mujer muy interesante. Sus diseños son...

—No hablo de eso. ¿Crees que está enamorada de Reece?

Su esposa giró la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas eso? Claro que está enamorada, ¿no la has visto? Lo mira como si fuese Dios encarnado. — Sonrió coqueta —. Como tú me miras a mí.

—Ah, ¿sí? —Sonrió él también—. O sea, como yo te miro a ti, no al revés. Señora Darwood es usted muy mala.

Emily sonrió con ternura y lo miró con tal devoción, que Connor sintió que su corazón necesitaba más sitio.

—Cuéntame lo que te preocupa — dijo su esposa dejando a un lado las bromas —. ¿Te ha dicho Reece algo que te haya hecho pensar que él no...?

Connor soltó un largo suspiro y se incorporó apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Emily cogió el camisón del suelo y se lo puso antes de sentarse frente a él. No quería distraerlo.

—Reece está convencido de que es como nuestro padre — empezó —. Me habló de ello en su última visita.

—Ahora entiendo tu comportamiento. Sabía que habíais discutido, pero no imaginaba...

Connor le explicó en qué consistió la discusión y mientras el relato avanzaba, el rostro de Emily fue transfigurando cada una de las imágenes que su esposo iba proyectando ante ella. Connor no se calló nada de lo que su hermano le había contado cuando los visitó unos meses atrás. Comprendió entonces la turbación que había visto en su marido durante semanas, tras la partida de Reece. Ella misma estaba sintiendo una conmoción por su narración y estaba segura de que su esposo estaba poniendo mucho cuidado en la descripción de los hechos para hacerlos menos duros.

—Esas cosas... —Emily no sabía cómo describirlas —. ¿Crees que él...?

—Sí, Emily, eso es lo que Reece cree. Que es como nuestro padre. Piensa que hay hombres que disfrutan más por el hecho de dominar que por cualquier otro motivo. Y que esa era la enfermedad de nuestro padre. Está convencido de que él también la padece.

—Pero tu padre no estaba enfermo.

—No, pero para Reece es más sencillo creer que sí. — Se levantó de la cama, se puso una camisola y una bata encima, mientras se calzaba las zapatillas —. Necesito beber algo.

Emily se apresuró a coger la bata y las zapatillas y lo siguió. Connor se orientó sin esfuerzo hasta el salón en el que habían charlado después de la cena y fue directo hasta el mueble con las bebidas. Sirvió un *brandy* para él y una copita de jerez para Emily. Cuando sintió el calor que le provocaba la bebida en el pecho, se sentó en una butaca y colocó los pies en el escabel. Emily se había recostado en un diván forrado de terciopelo y lo miraba expectante.

—Reece no es como James. Mi madre me contó las cosas que le hacía tu padre y no creeré que él es capaz de brutalidad semejante, por mucho que él lo diga.

Su marido la miró con ternura.

—El Reece que tú conociste jamás haría nada de eso, pero entonces era solo un niño.

Se quedó unos momentos pensativa, con aquella mirada que Connor conocía tan bien. Casi podía imaginar su cerebro trabajando, como una intrincada maquinaria repleta de engranajes y ruedas girando todas a la vez.

—Tú también temiste eso —dijo en voz alta, pero sin dejar de elucubrar al mismo tiempo —. Creías que podía haber algo oscuro en ti por todo lo que habías visto en tu padre. Aquellas imágenes te torturaron durante años. Incluso ahora, después de tanto tiempo, sigues teniendo esas pesadillas de vez en cuando.

Connor asintió sin decir nada. Ni siquiera Emily sabía cómo eran sus pesadillas, no le había contado nunca toda la verdad. En esos sueños malditos se veía a sí mismo y a ella también, y las cosas que sucedían entre ellos no podría decírlas en voz alta.

—Tú fuiste testigo de esas atrocidades, pero Reece no vio nunca nada, tan solo escuchó el relato de mi madre — apuntó Emily.

—Pero estoy seguro de que Imogen se encargó de causarle a Reece la mayor impresión posible. Piensa que en ese momento trataba de protegerte de nosotros porque temía que te pasara lo mismo que a ella si te dejaba a nuestro alcance.

Emily sabía lo mucho que se arrepentía su madre por eso, después de ser testigo de la felicidad que le habría arrebatado.

—Para Reece fue un *shock* descubrir toda la verdad — añadió Connor.

—Y más sabiendo que esas cosas también le pasaron a su madre.

Connor asintió.

—Mi hermano siempre fue una persona muy sensible. Está claro que esto le afectó de un modo enfermizo.

Emily entornó los ojos para mirarlo antes de llevarse la copa a los labios.

—¿Crees que puede haber algo de verdad? — preguntó temerosa —. ¿Podría haber algo de tu padre en él?

Connor tardó en responder, pero finalmente lo hizo. Estaba ante Emily y a ella no podía ocultarle nada.

—No lo sé. Mi corazón me dice que es imposible, pero está tan seguro...

Emily sintió un estremecimiento involuntario y frunció el ceño.

—¿Te ha dicho específicamente que disfrute haciendo daño?

—No hemos entrado en detalle.

—¿Crees que podría hacer daño a Lisa? Yo no lo creo, si lo creyera no lo permitiría. Está muy enamorada de él, Connor.

—Ella ya sabe dónde se mete — dijo su esposo mirándola por encima de su vaso con ojos somnolientos —. Él mismo se lo contó.

—Y, aun así, quiere casarse con él.

Su esposo asintió lentamente y Emily se levantó del canapé y dejó la copita sobre una mesilla antes de sentarse en sus fuertes piernas y rodearle el cuello con sus brazos.

—Entonces no debemos hablar con ella — dijo convencida —. La pondríamos en una situación muy incómoda. Si ella lo sabe y ha decidido casarse con él, se sentiría cuestionada.

Connor miraba hacia la ventana con expresión pensativa.

—Si Reece fuese como mi padre, yo lo sabría — murmuró.

—Yo también —añadió ella.

La miró con dulzura y acarició su espalda suavemente con una mano.

—Solo erais unos niños.

—Te recuerdo que nos bañamos en el mar casi desnudos — dijo con expresión de mujer experta.

—Y os besasteis —añadió burlón.

—No hubo nada pecaminoso en aquel beso, te lo aseguro. Fue hermoso y casto. Y, si hay algo malo en Reece, no estaba en él entonces.

La miró con tal intensidad que Emily se estremeció. Le cogió la cara entre las manos y buceó en su mirada cuyo azul seguía sorprendiéndola.

—Entonces yo no sabía quién eras — susurró —. Estaba tan equivocada contigo, amor mío.

Lo besó con ternura y delicadeza. Era un beso que hablaba de amor, pero no de pasión. De un amor profundo. Un amor cómplice y fiel. Amor eterno.

Pero como suele pasar cuando se le abre la puerta al amor, tras unas pocas caricias el fuego prendió y sus cuerpos se inflamaron con la voracidad de un incendio.

A la mañana siguiente, Emily estaba enfadada y sin hablar, algo que era excesivamente notable en su caso como para ignorarlo.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó Connor mirándola desde la cama mientras ella preparaba su ropa.

Había rechazado la ayuda de la doncella, no tenía ganas de disimular y no quería que el servicio cuchichease sobre ellos.

—Emily, por favor... —Connor se levantó de la cama y se paró frente a ella, tal y como Dios lo trajo al mundo.

Su esposa apartó la mirada con un gesto de desprecio que estaba lejos de sentir. Connor suspiró y se puso unos calzones antes de volver a hablarle. La agarró de los brazos y la obligó a mirarlo.

—No quería molestarte, tan solo...

—Tan solo querías demostrar quién manda aquí. — Lo miró furibunda.

—Estás siendo irracional. Reece es mi hermano.

—¡De los dos! —masculló lanzando llamaradas por los ojos —. Es hermano de los dos, al menos es así como lo habíamos visto hasta ahora.

Se soltó con brusquedad y le dio la espalda para que no viese sus lágrimas. Pero Connor la conocía demasiado bien y no pudo permitírselo. La abrazó por detrás y la pegó a su cuerpo con ternura.

—Tienes que comprenderme, Emily. Nunca te prohíbo nada.

—Hasta ahora —lo corrigió ella.

Su esposo la giró para verla.

—No puedo dejar que hables a solas con él de esto, ¿cómo no logras entenderme?

—Es Reece, Connor, jamás haría nada indebido.

—No temo que haga nada indebido, temo que te cuente cosas que te afecten.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Crees que va a contarme lo que hace con esas mujeres? Él jamás haría eso. Tan solo quiero que recuerde quién es, solo eso. Y decirle que mi madre fue cruel y que buscaba apartarlo de mí...

—Él ya sabe todo eso.

—Pero no por eso puedes prohibirme que hable con él. ¿Qué crees que pensaría si lo supiera? Sentiría que ya lo has condenado.

Connor se puso las manos en la cintura y la miró dando un paso atrás. Estaba tan hermosa con su cabello alborotado, las mejillas sonrosadas y aquella mirada desafiante...

—No pensaré nada de eso porque nadie va a decírselo.

—¿Estás seguro de que quieres continuar con esta actitud prepotente y autoritaria?

Connor entornó los ojos, consciente de que habría repercusiones.

—¿Ni una sola vez vas a hacer lo que te pida?

Emily dejó escapar el aire de golpe y sus brazos cayeron resignados.

—Está bien —cedió—. No hablaré con Reece de esto.

Su esposo le sostuvo la mirada profundizando en aquella rendición.

—¿Qué es lo que tramas?

—No tramo nada —dijo ella acercándose y rodeándole la cintura con los brazos—. Te amo y si es importante para ti que no lo haga, no lo haré. Aunque me duela que no creas que merezco poder decidir. Desde el principio de nuestra relación siempre me hiciste creer que para ti soy una igual.

—Y lo eres.

—No lo soy, pero te quiero y estoy dispuesta a aceptarlo si es el precio que debo pagar por qué me ames.

—No has de pagar ningún precio, te amo incondicionalmente.

—Ya —dijo apoyando la cabeza en su pecho.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que Connor no pudo más.

—Está bien —cedió—. Puedes hablar con él si lo crees necesario. Pero si te cuenta algo que te disgusta, no vengas luego a quejarte.

Emily levantó la cabeza y lo miró con fuego en los ojos.

—No soy ninguna florecilla indefensa —dijo mirándolo altanera—. Soy una mujer inteligente y fuerte, y no dejaré que me amilanen con sensiblerías estúpidas. Mi respeto es suyo, señor Darwood, tan solo espero recípro...

Connor le tapó la boca con un beso largo y apasionado. La respiración de Emily se aceleró rápidamente y le devolvió la caricia con la misma pasión. Sin saber cómo, de repente estaba en la cama y su esposo, que se había puesto a horcajadas sobre ella, la miraba con fiereza.

—No respeto a nadie en el mundo como te respeto a ti. No deberías ni mencionarlo —dijo.

Emily se mordió el labio con pícaro expresión.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué sientes? —dijo él apartándose lo suficiente para subirle el camisón y poder tocarla—. ¿Siente esto, señora Darwood?

Emily se arqueó y gimió al mismo tiempo, mientras su cabeza giraba hacia la puerta.

—Podría entrar alguien.

—Sí, querida, alguien va a entrar ahora mismo...

La penetró de una embestida rápida y profunda, dejándola sin aliento. Su cuerpo ardió y un sinfín de sensaciones la recorrieron imparables. Connor se puso entonces de rodillas y la arrastró con él sujetándola por las caderas. Era increíble la capacidad que tenía para moverla como quisiera. Tan solo la tensión de sus músculos mostraba el esfuerzo físico que realizaba. Ahora era ella la que estaba a horcajadas sobre él y se sintió poderosa cuando sus miradas se engarzaron y vio el deseo en sus ojos.

—Me vuelves loco —murmuró enfebrecido cuando Emily echó la cabeza atrás acariciándose los senos.

Connor se sintió morir en un agónico éxtasis. La sujetó de las caderas y con la mandíbula apretada se derramó en su interior con un silencioso y profundo gruñido.

Emily se detuvo ante los altos espejos de la planta de alta costura y se miró de cuerpo entero, revisando su vestido. Había visto auténticas obras de arte durante su visita aquella mañana a *Le Colisée* y se sentía como una pueblerina con su sencillo atuendo.

—Este lugar es maravilloso — dijo volviéndose hacia Lisa y Céline —. Un paraíso.

Las dos jóvenes sonrieron satisfechas.

—Aunque lo que me ha gustado especialmente son los talleres — confesó —. Esas máquinas de coser...

Lisa asintió.

—¿Te gustaría desmontar una y ver cómo funciona? — Sabía de su afán por inventar cosas que tuvieran alguna utilidad.

Emily abrió los ojos como platos.

—¿De verdad me lo permitirías? ¡Oh, me encantaría!

—Haré que lleven una a casa de los Dubois. Cuando regreséis a París, después de la boda, podrás llevártela a casa.

—Pero eso no está bien —dijo la inventora frustrada, riendo —. Tú eres la novia, eres tú la que ha de recibir regalos, no yo.

—Estoy tan contenta de conocerte, Emily. — Lisa era muy sincera —. He soñado con este momento muchas veces.

—Doy fe de ello —confirmó Céline —. Te tenía por una diosa.

—Pues ya ves que no tengo nada de especial, al contrario, soy más bien torpe y excesivamente sencilla, me temo. Más viendo lo que tenéis aquí — dijo acercándose a uno de los modelos de Lena —. Me parece maravilloso lo que habéis hecho, de verdad. Aunque, si puedo ser sincera, mis favoritos son los diseños de *Madame O*. Nunca había visto nada igual.

—Son de Lisa —dijo Céline sin pensar.

—¡Céline! —la regañó su amiga.

—No debo decirlo en voz alta — siguió la modista —. Lena se los robó, pero creo que a ti podemos decírtelo.

Emily la miró sorprendida y preocupada.

—¿Cómo que te los robó?

—Es complicado.

Emily percibió que era algo más que complicado, a juzgar por la mirada que trató de ocultarle. Asintió como si aceptara cambiar de tema y siguieron hablando de las galerías y de los trajes.

Después de recorrer todo el edificio y pasar por el taller una vez más, Lisa se lamentó de no poder presentarle a Lena Mayer, pero la diseñadora había tenido que viajar a Viena por un acontecimiento familiar y no regresaría hasta después de la boda, por lo que Emily no iba a poder conocerla.

—Yo iré a saludar a mi hermano — dijo Lisa dejándola junto a la mesa del secretario de Reece, que fingía no prestarles atención —. Así os dejaré charlar solos un rato, seguro que tenéis cosas que contaros. Esa de ahí es la puerta del despacho de Jacques, te espero para presentártelo antes de que nos marchemos.

Emily asintió y le hizo un gesto al secretario para que no se levantara.

—Prefiero darle una sorpresa — musitó cómplice.

Capítulo 21

Reece levantó la mirada y su rostro se iluminó al verla. Se puso en pie rápidamente y fue a recibirla, solícito.

—¡Qué alegría, Emily! ¿Lisa no estaba contigo?

—Sí, ha ido a ver a su hermano para dejarnos charlar «de nuestras cosas» — dijo sonriendo abiertamente —. Tu inminente esposa es adorable.

—Lo es —confirmó él—. Pero pasa, siéntate.

Emily lo acompañó hasta una zona de estar y se sentó en el sofá, admirando el mobiliario y el artesonado de paredes y techo. Era un edificio magnífico y así se lo hizo saber.

—La mayor parte del trabajo ya estaba hecho. Lo llevó a cabo Adrien Canaveris.

—El antiguo propietario —dijo Emily asintiendo —. Tu abuelo mencionó que se había suicidado.

—Así es. ¿Te apetece una copita de burdeos? También tengo *whisky*, pero no creo que te guste.

—Burdeos estará bien —dijo ella sonriendo.

—Canaveris era un hombre extraño. Tenía una esposa a la que amaba, hijos saludables y un proyecto espectacular y, aun así, se colgó de una de las vigas de la última planta. — Le entregó su copa y se sentó frente a ella con otra en la mano —. Mucha gente viene solo para ver el lugar exacto en el que sucedió y se sienten muy desilusionados al ver que hemos tapado las vigas.

—¿Nadie sabe por qué lo hizo? — Emily se llevó la copita a los labios y bebió un pequeño sorbo sin disimular lo delicioso que le parecía.

—Hay muchas historias sobre ese tema. Unos dicen que tenía una amante y que había quedado trastornado tras su muerte. Otros cuentan que lo atormentaban visiones catastróficas sobre el futuro de su familia. — Se encogió de hombros —. La gente inventa cuando no sabe.

Emily lo miró durante unos segundos con fijeza, hasta hacerlo sentir incómodo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—¿Qué ocurre, Reece?

Su amigo entornó los ojos y la miró con mayor atención.

—Connor me ha contado lo que... crees. — Él seguía mirándola confuso —. Que piensas que hay algo... malo en ti. Algo de James.

La sangre le cayó a los pies, dejándolo sin aliento. Emily lo vio empalidecer de golpe, pero no se conmovió.

—Lo mato, te juro que lo mato — musitó con voz temblorosa. Se puso de pie y deambuló por la estancia visiblemente alterado —. Contigo no quiero hablar de esto.

—Creía que éramos amigos —dijo, decepcionada —. Que siempre lo seríamos.

Lanzando una larga y sonora exhalación, se sentó frente a ella de nuevo y la miró con intensidad. Seguía siendo Emily. Su Emily.

—Tú eras el único remanso de paz en el caos que se despertó a mi alrededor después de descubrir todo aquello. Me gustaría que siguieras siendo eso.

Su amiga lo miró carente de todo reproche.

—No utilices ese lenguaje cursi conmigo, no te funcionaba cuando éramos niños y tampoco te funcionará ahora — sentenció adornándolo con una sonrisa.

—¿Lenguaje cursi? ¿Intento abrirte mi corazón y me dices eso? — preguntó con falso enfado, pero enseguida una sonrisa apareció en su rostro y la tensión se suavizó.

—¿La amas? —preguntó Emily con sincera preocupación —. ¿Amas a Lisa?

Reece asintió con la cabeza.

—Sé lo que te contó mi madre — siguió Emily —. A mí también me lo contó. Tardó mucho tiempo en hacerlo, pero finalmente lo conseguí. Fue después de nacer Caleb, una conversación intensa y terrorífica que me mantuvo en vela muchas noches después. Y yo tenía a Connor y a mi hijo para aportar luz a mi vida, no puedo imaginar lo que debió ser para ti. ¿Lo hablaste con alguien?

Reece negó con la cabeza.

—Lo imaginaba. Mi madre me dijo que te lo contó justo antes de marcharte. Cuando me lo contó a mí ya sabía que se había equivocado con vosotros y se sentía terriblemente mal por cómo se había comportado. Por pensar que erais como... él. — Hizo una pausa tratando de calmar los nervios que hacían temblar sus labios —. Yo ya sabía que tu padre fue una mala persona. Conocía muchas cosas de las que le había hecho a Connor y él me había insinuado algunas de sus perversiones sexuales, pero te juro que cuando oí todo lo que le hizo a mi madre, lo odié tanto que sentí deseos de sacar sus huesos de la tumba para quemarlos en una pira.

Reece la observaba sorprendido. Emily se había metido en la ciénaga oscura y maloliente, y avanzaba imparable sin prevención ni temor alguno.

—Debiste de sentirte muy solo. Habías estado lejos de casa durante años, tus recuerdos de Newley eran los de un niño de once años. Y cuando regresaste a casa te encontraste con que la mujer a la que creías amar, amaba a tu hermano, y descubriste que tu padre no era el hombre que habías creído, sino alguien depravado y cruel que había hecho daño a muchas personas. Entre ellas tu madre y Connor.

—¿Creía amar? —preguntó con gesto cínico.

—Los dos sabemos ya que eso no era amor.

Había algo oscuro en los ojos de Reece y Emily se sumergió en aquella negrura sin dudar.

—Sé muy bien cómo eres, Reece Darwood — susurró con tal ternura, que su amigo sintió un estremecimiento como una sacudida —. Veo tu corazón, como lo veía entonces. No hay nada malo en ti.

Se levantó y fue a sentarse junto a él en el sofá.

—Pregúntamelo —le espetó de pronto.

Reece sintió una extraña debilidad. La garganta se le quedó seca y su corazón empezó a acelerarse.

—Sé lo que pensaste. Lo supe anoche. Al principio, cuando Connor me lo contó, no caí en ello. Pero tu hermano se durmió y yo me quedé despierta dándole vueltas. Había mucho ruido en mi cabeza porque no dejaba de imaginarte en aquel momento. Todo lo que se te debió pasar por la mente. Las dudas, las preguntas... Y supe que había una que jamás habrías podido hacerle a mi madre. Y creo que es esa pregunta la que te ha traído hasta aquí. — Lo miró con tal intensidad que Reece se quedó sin respiración —. Pregúntamelo, Reece. Estamos solos tú y yo y te juro por mis hijos que te diré la verdad.

Los ojos de Reece se llenaron de lágrimas y sus labios temblaron antes de pronunciar las palabras que llevaba años guardándose para sí.

—Él... Mi padre te...

Emily sintió aquellas lágrimas como suyas. Recordó aquella visita, su beso en cuanto estuvieron a solas, lo bien que encajó la noticia de que amaba a su hermano. Se comportó con una generosidad tan extraordinaria, que le partía el corazón verlo así y saber que habría estado en su mano ayudarlo. Se marchó de Newley con el alma emponzoñada. Dudando. Temiendo. Sintiendo culpable por haber permanecido todos aquellos años lejos de un lugar que recordaba como su hogar. Culpable por haberla dejado sola. A merced de un monstruo.

—Dilo, Reece, tienes que decirlo en voz alta para que compruebes que no es un conjuro que abre la entrada a los infiernos.

La pregunta le quemaba en la garganta y en el corazón. Una pregunta con la que había convivido todos aquellos años y que se esforzaba en ocultar en su mente cada vez que estaba con una mujer. Siempre, cada una de las veces le venía esa pregunta a su mente. Y nada importaba que Emily se hubiese casado con Connor. Ni que tuviese dos maravillosos hijos y fuese tremendamente feliz. Porque la Emily en la que él no podía dejar de pensar era en la que dejó atrás cuando se marchó a París.

Durante el viaje de vuelta desde Newley, aquel aciago día en el que Imogen le abrió los ojos, no dejó de consumirlo la terrible certeza de que Emily también había sido víctima de su padre y la rabia y la angustia que lo arrollaron entonces, ennegrecieron su alma a base de culpa y autocompasión. Jamás había podido verbalizarlo, era como si creyera que si lo decía en voz alta el dolor lo mataría a él y a cualquiera que lo oyese. Debería haber estado allí con ella. Debería haber vuelto a verla. Debería haberla protegido. Pero se marchó y vivió una vida feliz. Haciendo planes. Enamorándose de Lisa.

Imogen le contó cómo su padre abusaba de jovencitas, apenas niñas, acallando las protestas de sus padres con dinero o amenazas. El dolor y el odio en los ojos de la criada lo traspasaron como un puñal. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Por qué quería que él lo supiera? No pudo preguntárselo. ¿Cómo habrían podido soportarlo ninguno de los dos? En ese momento solo podía pensar en irse, marcharse de allí y no volver jamás. Seguir con su vida. Cortejar a Lisa, casarse con ella y olvidarse de todo. Pero cuando regresó, cuando estuvo frente a Lisa y vio en sus ojos la inocencia y la fe que tenía en él, recordó otros ojos tan inocentes y puros como los suyos.

La culpa le explotó en el pecho y lo hizo pedazos. Las imágenes de su padre obligando a Emily anegaron su cerebro y lo sumieron en un estado de desesperación absoluta. Las pesadillas comenzaron a torturarlo, no podía dormir, y comer le suponía un esfuerzo sobrehumano. Solo

tenía una opción aceptar que era un cobarde y que la semilla del mal también estaba en él. Si pudo abandonarla a su suerte, ¿qué más podría hacer? Enterró todas sus certezas y a su antiguo yo en el lugar más oscuro de su mente y lo cubrió con una dura capa de dolor y culpa.

—¿Te forzó? —Su voz se quebró, pero no apartó la mirada de aquellos ojos que lo miraban sin temor —. Mi padre, ¿abusó de ti, Emily?

Ella negó con la cabeza, viendo en sus ojos cómo la tristeza, la angustia de años, emergía como un río caudaloso a punto de desbordarse.

—Me ignoraba la mayor parte del tiempo y solo me dedicaba algo de atención cuando jugábamos al ajedrez. Cuando descubrí la clase de hombre que era, es cierto que comprendí algunas miradas que me turbaron o expresiones en su rostro que me incomodaron, pero te juro que nunca me rozó siquiera.

Reece se mordió el puño con tal rabia que sus dientes traspasaron la carne. La sangre corrió hacia el puño de su camisa ante la horrorizada mirada de Emily que, rápidamente, lo obligó a soltar su presa y le envolvió la herida con su pañuelo. Un largo y contenido gruñido salió de la garganta de su amigo y las lágrimas anegaron sus ojos sin que hiciese nada para ocultárselas.

—¿Por qué no me lo preguntaste? ¿Por qué esta tortura, Reece? — preguntó angustiada.

—Tú confiabas en mí y yo me marché. Te dejé allí sola, sin protección. ¿Cómo no ibas a amar a Connor? Él estuvo a tu lado.

—Cuando te marchaste éramos solo dos niños, no me abandonaste.

—Él podría... Si hubiese querido...

—No se lo hubiese permitido — afirmó rotunda —. Antes lo habría matado.

Reece se apartó el pelo de la frente con una tensión animal. Sentía tal furia que apenas podía contenerla.

—Tú no eres como él. Nunca lo has sido, por más que te hayas empeñado en torturarte diciéndotelo. Lisa te ama, verdadera y profundamente, esa era la única prueba que necesitabas.

—Ellas también lo amaban. Elizabeth, mi madre, la tuya...

Emily endureció su expresión y lo miró con intensidad.

—Eso no era amor —negó con la cabeza —. No lo amaban. Ninguna de ellas. No se puede amar a un hombre así. Me costó mucho que mi madre me lo confesara, pero no le dejé escapatoria. Para ellas era más soportable la situación si se decían que lo amaban. Tu padre no era un hombre violento, no era de los que las golpeaba por cualquier situación. Hay hombres que pegan a sus mujeres cuando beben, James se desataba cuando se excitaba. Por eso las vidas de sus mujeres eran vidas normales, la mayor parte del tiempo. Aprendieron a soportarlo porque creyeron que no tenían más opción. Elizabeth era hija de un hombre de iglesia, su padre no la habría aceptado de vuelta si se hubiese marchado por decisión propia. Tu madre lo soportó por ti. Si ella lo hubiese abandonado, James podría haberte reclamado y haberte privado del futuro que tu abuelo te ofrecía. Y mi madre... Yo fui su talón de Aquiles. En Newley tenía una vida cómoda y un futuro estable. De haberse negado a satisfacer a tu padre, él nos habría echado sin que le temblase la mano. ¿Entiendes que eso no es amor, Reece?

Él no respondió, pero su desquiciada expresión pareció suavizarse.

—Lisa, sí te ama. Tanto como yo amo a Connor. Y tú la amas a ella, lo he visto en tus ojos cuando la miras.

—¿Y si no puedo contener mis instintos? Están ahí, Emily, no son imaginaciones mías. Soy increíblemente imaginativo, no me sacio nunca, siempre quiero más y más...

—Cuando tengas a tu lado a la mujer que amas, todo se calmará, estoy segura.

—No sabes de lo que hablas, Emily.

—¿Has hablado con tu hermano de esto? Entre hombres será más sencillo. A lo mejor lo que tú consideras aberraciones, no lo son tanto.

Él torció una sonrisa.

—Emily, son prostitutas, si lo que les hago fuese normal no se sorprenderían.

—Eso solo demuestra que eres... creativo, no que seas un monstruo. ¿Te temen? ¿Alguna vez se han negado a seguirte?

—No tienen opción.

Su cuñada se dio cuenta de que su argumento no era lo bastante sólido. Ciertamente esas chicas no podrían hacer nada, aunque le tuvieran miedo. Estaba claro que aquel no era un tema para tratar con ella. No podía profundizar en el asunto.

—Habla con tu hermano, cuéntale a él todo lo que te pasa, lo que temes. Ábrele tu corazón por completo. Descríbele esos actos que te parecen tan aberrantes y escucha lo que él te diga. Connor te quiere muchísimo y está dispuesto a ayudarte con total sinceridad. Si tu hermano ve en tu comportamiento algún peligro para Lisa, te lo dirá y podrás actuar en consecuencia.

Reece desvió la mirada visiblemente afectado y ella le cogió las manos sin dudar, haciendo que la mirase a los ojos.

—Compartí mi infancia contigo. No hubo un solo día que no estuviéramos juntos entonces y te aseguro que tus ojos jamás tuvieron contacto con la oscuridad que envolvía a tu padre.

—¿Y qué pasa con Connor? Yo veía cómo lo trataba. Era consciente de lo que mi hermano sufría...

—Yo también lo veía, pero creímos que era él el causante. Connor era cruel y despreciativo, hacía cosas que no comprendíamos. Ahora sabemos que tan solo reflejaba la oscuridad en la que vivía. La soledad y la desesperación que le provocaba ser testigo de lo que pasaba a su alrededor, mientras nosotros crecíamos felices e ignorantes. No sé qué tenía tu padre en la cabeza, Reece, pero estoy absolutamente segura de que, fuese lo que fuese, tú no lo tienes.

Reece jugueteó con aquellos dedos delicados mientras su mente viajaba lejos de aquel despacho.

—Antes de que tu madre me hablase de... todo, Connor me contó lo que pasó con *Kanuck* y *Rockett*. Sus ojos mostraban tanto dolor, que me dejó sin respiración. No podía creer que eso hubiese pasado y no lo hubiese gritado a los cuatro vientos. La imagen de mi padre diciéndome que lo había matado porque estaba herido... — Negó con la cabeza, incrédulo —. Mi hermano soportó lo indecible, Emily, no puedo entender cómo se sostuvo en pie.

—Por ti, Reece —dijo sosteniéndole la mirada —. Lo soportó por ti. Tú eras lo único bueno que había en su vida. Tú estuviste siempre a su lado, sin juzgarlo ni condenarlo. Lo tranquilizabas cuando perdía los nervios, creías en él. Confiabas en él.

Emily no pudo contener la emoción al hablar de su esposo. Esas eran cosas del pasado, pero aún le arañaban el corazón cuando hablaba de ellas. Saber lo mal que lo había juzgado, que de algún modo había contribuido a su tortura al juzgarlo mal, le partía el alma.

—Sin saberlo, tú lo sostuviste, Reece. ¿Cómo va a haber nada malo en ti? No tienes que pagar por haber sido un niño feliz mientras otros sufrían. No los resarcirás con ello, al contrario.
— Apretó su mano con firmeza —. Habla con tu herm...

La puerta del despacho se abrió y Lisa entró sin llamar. Sus ojos se posaron un instante en las manos de Emily unidas a las de Reece, pero no mostró la más mínima sorpresa.

—Deberíamos irnos, Emily —dijo con una afable sonrisa —. Nos esperan para comer.

Connor miraba a su hermano desde la distancia, parapetado tras una de las columnas de entrada. Hacía una tarde serena y la suave brisa primaveral desplegaba fragancias dulces y embriagadoras. Se apartó de su apoyo y bajó los escalones hasta poner pie en la gravilla. Caminó tranquilo hasta ponerse al lado de Reece.

—Me gustaría dar un paseo — dijo mirando hacia el horizonte.

Reece se giró y sonrió.

—¿Quieres caminar?

—He visto que los Lacroze tienen una buena cuadra con varios caballos. ¿Podríamos cabalgar? Me apetece un poco de ejercicio y estoy seguro de que hay parajes hermosos por aquí.

Reece comprendió lo que quería hacer y sonrió.

—¿Vas a darme una charla?

Connor giró la cabeza y posó su azul e intensa mirada en él. Levantó ligeramente una ceja y sonrió.

—Una charla o una paliza, aún lo estoy decidiendo.

—¡El primero que conquiste aquella loma! — gritó Reece señalando con el dedo.

Connor apretó las piernas contra su montura y se inclinó hacia delante dispuesto a darle una lección a su hermano pequeño. El mayor de los Darwood siempre había sido un magnífico jinete, pero Reece no se quedaba atrás, así que la lucha fue encarnizada y la victoria más gratificante para el vencedor.

—¡Te gané! —Reece saltó del caballo y levantó los brazos con orgullo mientras su hermano desmontaba con expresión malhumorada.

—Conoces estos parajes mejor que yo.

—Claro y eso importa mucho para una carrera en línea recta. Hermanito, te estás haciendo mayor. La paternidad te ha apoltronado.

—Eso es falso. Mi estado físico es inmejorable — dijo Connor irritado. No le gustaba nada perder.

—Acéptalo, soy más joven y mejor jinete que tú.

—Lo de tu juventud no puedo discutirlo, pero en cuanto a lo de que eres mejor jinete... Eso no se puede juzgar por una sola carrera. Me debes la revancha.

—Te vas pasado mañana, ¿cuándo quieres la revancha?

—Ya encontraremos el momento.

—Solo faltaría que te cayeras y te hicieras daño — dijo Reece burlándose —. Emily no me lo perdonaría. La próxima competición la haremos al ajedrez, es mucho más seguro para ti.

Connor se lanzó hacia él y trató de derribarlo, pero Reece consiguió librarse de su garra riéndose a carcajadas. Connor se detuvo y dejó que se riera durante unos segundos en los que su

hermano pequeño siguió burlándose de él. Cuando Connor hubo calculado bien sus movimientos, volvió a intentarlo y esta vez no hubo forma de que Reece se librara, dando con la espalda en el suelo.

—¡Eh, cuidado! —exclamó cuando Connor lo soltó y pudo levantarse—. A ver si va a ser a mí a quien lesiones, no olvides que mañana me caso.

—Hablando de eso...

Connor se puso serio y Reece supo que se había acabado el juego.

—¿Para eso querías alejarte de la casa? —preguntó el pequeño de los Darwood con ironía en la mirada—. No quieres que oigan tus gritos cuando me abronques.

—O los tuyos cuando te dé una paliza —respondió Connor entornando los ojos y cruzando los brazos frente al pecho—. Empieza a hablar.

Reece se movió inquieto, aquello era una auténtica encerrona.

—Emily...

—Sí, Reece, Emily me ha contado vuestra conversación.

—Entonces ya lo sabes todo.

—No, no lo sé todo. Hay cosas que solo puedes explicarme tú.

Connor lo miró unos segundos con la cabeza inclinada, como si valorara sus posibilidades. Después descruzó los brazos y se desabotonó la chaqueta, ante la desconcertada mirada de su hermano.

—¿Qué haces?

Connor se quitó la chaqueta y la dejó bien puesta sobre una piedra. Después empezó a doblarse las mangas para liberar sus antebrazos.

—Hay dos maneras de solucionar este tema —dijo mientras se remangaba—. Por las buenas o por las malas.

—¿Piensas pelear conmigo? —Reece empezó a soltar los botones de su chaqueta—. Te advierto que soy muy buen boxeador. He ganado muchos com...

—Ya me lo han contado —lo cortó Connor poniéndose las manos en la cintura con expresión divertida—. Lástima que hoy no haya nadie aquí para apostar, me sacaría una pasta.

Cuando los dos hermanos estuvieron listos se colocaron frente a frente con los puños levantados y caminando lentamente alrededor de un círculo imaginario.

—¿Por qué vamos a pegarnos, exactamente? —preguntó Reece.

—Porque tengo que traer de vuelta a mi hermano pequeño y eres tan estúpido que no vas a ponérmelo fácil.

—¿Yo estúpido?

—Que yo sepa no tengo más hermanos. —Connor dio dos ágiles pasos y le propinó su primer derechazo.

Reece aguantó el golpe con una sonrisa e inclinó la cabeza a un lado y al otro para recuperarse.

—Ayer tuve una tarde muy entretenida —dijo Connor sin dejar de moverse—. Mientras Emily y tú charlabais en *Le Colisée*, yo visité el burdel de *madame Truff*...

Ahora fue Reece el que lanzó un derechazo que impactó directamente en la mandíbula de su hermano.

—¡Hostia puta! —gritó Connor, provocando una sonrisa de satisfacción en el rostro de Reece —. Deberíamos establecer una norma, nada de golpes en la cara, mañana te casas.

—Tú has sido el primero.

—Lo sé, pero no es buena idea — argumentó Connor.

—Nada de golpes en la cara — confirmó Reece.

Siguieron moviéndose en círculo mientras preparaban el siguiente golpe.

—¿Lo pasaste bien en el burdel? — preguntó Reece buscando el mejor ángulo para golpearlo sin hacerle demasiado daño.

—Lo pasé muy bien. —Connor no se lo pensó mucho y asestó un puñetazo en el estómago con el puño izquierdo, provocando que su hermano se doblase al tiempo que contenía un grito de dolor —. Eso es por llamarlas Emily, cabrón.

Reece levantó la cabeza y lo miró confuso y apenado al mismo tiempo, momento que Connor aprovechó para darle varios golpes seguidos que lo sacaron del imaginario cuadrilátero.

—No es lo que parece —dijo Reece cuando pudo hablar —. No pretendía...

—Esa Emily, la que se llama así de verdad, es casi una niña. — Connor se movía serio, parecía haber perdido las ganas de bromear —. Tú la desvirgaste.

Esta vez Reece lo esperaba, por lo que pudo esquivar el golpe y tomar la iniciativa. Ahora fue Connor el que se dobló de dolor, aunque solo un instante.

—Tendrás que darme más fuerte si no quieres que te machaque — dijo con falso desprecio.

—No quisiera hacerte mucho daño, tus hijos te necesitan. — Reece se adelantó de nuevo y le dio tres golpes seguidos, derecha, izquierda, izquierda.

Ahora sí que Connor quedó un momento en pausa. Le costaba respirar y dolía como mil demonios.

—¿Y qué me dices de la tal Madelaine?

Reece se detuvo y bajó los brazos.

—¿Qué sabes tú de eso?

Madame Truffaut pagaría por haber permitido que su hermano se enterase. Averiguaría cuál de las chicas lo había traicionado y no volvería a...

—Hablé con ella. —Connor también se había detenido. Ninguno de los dos tenía interés en seguir jugando —. Me contó lo ocurrido.

—¿Fuiste a Lyon? Es imposible que pudieses ir y volver en una tar...

—No vive en Lyon. Puedes ir a visitarla, vive en la rue des Marmousets, una calleja sombría donde las haya, por cierto.

Reece apretó los dientes y su mandíbula se marcó tensa.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Nunca se fue. Te engañó, Reece. Cogió tu dinero y siguió con su vida.

Su hermano respiró hondo por la nariz sin variar su expresión.

—No la culpo, después de lo que le hice... ¿Está... bien?

Connor asintió al tiempo que torcía una sonrisa con mirada irónica.

—Mírate, te preocupas por ella.

—Le di una paliza de muerte.

—¿No se supone que eres un monstruo? Debería importarte un bledo. A papá no le importaba. Claro que él no golpeaba a prostitutas, sino a nuestras madres, y siempre en lugares

que no fueran visibles. No como tú, que le diste en plena cara.

Reece apretó los puños en un gesto involuntario.

—Papá prefería la fusta a los puños — siguió Connor —. Les ataba las muñecas al dosel de la cama para que no pudieran defenderse. ¿A ti te gusta eso? ¿Te gusta atarlas para que no puedan defenderse?

Reece empalideció. Al parecer sus Emilys tenían muchas ganas de hablar.

—Veo que lo pasaste bien —dijo visiblemente enfadado—. ¿Te follaste alguna? No creo que a Emily le guste la idea de que su marido haya...

—¿Estás enfadado? Me gusta, porque yo lo estoy. ¿Y sabes por qué estoy enfadado? Porque mi hermano, mi estúpido hermano, lleva años destrozándose la vida hasta el punto de haber estado cerca de perder a la mujer que ama.

—¿Todavía piensas eso? ¿Después de visitar el burdel?

—¡Reece! De verdad que no es posible que no sepas que esas mujeres te adoran.

—¿Qué me adoran? ¿Es que crees que tienen otra opción? Si no me adorasen, *madame* Truffaut las echaría, como hizo con Madelaine.

—No la echó por eso, fue porque no confiaba en ella. Como deberías haber hecho tú. ¿Cómo te dejaste engañar tan fácilmente?

—Tú no lo entiendes, no viste...

—Me lo confesó ella, Reece, Madelaine me contó la verdad. Estaba deseando contarle, pero tenía miedo por su hijo. Fue un tal Bouvier, un magistrado del supremo.

—¿Gerard Bouvier? Él no estaba...

—Pagó a un matón para que le diera una paliza cuando estuviera contigo. Ella lo dejó colarse por una ventana y se dejó pegar mientras tú dormías la mona. Estabas tan borracho que creyeron que no te enterarías de nada.

—Yo tenía las manos destrozadas, los nudillos...

—Te despertaste y viste lo que pasaba. Estabas demasiado borracho, pero aun así, golpeaste a ese tipo de tal modo que tuvo que huir. Madelaine está convencida de que su intención era matarla y que tú le salvaste la vida.

—No entiendo nada. —Reece se pasó la mano por la nuca, frotando nervioso.

—Bouvier tenía algo contra ti...

—Le di una paliza por mutilar a una de las Emi... chicas. A Riviere. — Se sintió raro llamándola por su nombre.

—Bien, pues te la tenía jurada desde entonces. Pagó a un matón para que le diera una paliza a Madelaine y que tú cargaras con la culpa. Eso es lo que le dijeron a ella cuando contactaron, aunque yo creo que querían que cargases con algo más que con una paliza.

—¿Madelaine estaba de acuerdo con eso?

—No tuvo opción. Un tipo capaz de hacer algo así, no se detendría ante nada. Amenazaron a su hija. Tenía que elegir entre coger el dinero que le ofrecían por colaborar, o perder a su pequeña.

—Hijo de puta...

—Ella dejó que la golpearan, pensando que podría soportarlo, pero ahora está convencida de que pensaban matarla. Cree que si no llegas a despertarte no lo habría contado.

—¿Y por qué no lo recuerdo?

—Estabas demasiado borracho. Una vez que el tipo huyó, caíste de nuevo en un sopor profundo. Ella no sabía qué hacer, estaba aterrada, por eso siguió adelante con el plan original. Quería proteger a su hija.

—Lo entiendo.

—Cogió tu dinero y el de ese cerdo y le dijo a todo el mundo que se marchaba a Lyon, pero en realidad se trasladaron a la rue des Marmousets.

—¿Bouvier la dejó en paz?

—Él también debe creer que está en Lyon y supongo que no le importa demasiado. Es un hombre poderoso y debe sentir que está muy por encima de ti.

—Maldito cabrón.

—Pero eso no importa, porque lo que a ti te preocupaba era la idea de ser capaz de hacer algo así. Ya ves que te equivocabas.

Reece frunció el ceño con actitud reflexiva.

—Esas mujeres no te tienen miedo, Reece. Sí, aseguran que eres un hombre difícil de contentar y que tus peticiones son algo... peculiares, pero de ningún modo te consideran violento. No creen que seas un monstruo en absoluto y creo que son las que mejor te conocen en ese aspecto, hermano.

Reece se frotó de nuevo la nuca sintiendo un escalofrío.

—Vamos —dijo Connor haciéndole un gesto con la mano —, sentémonos ahí y hablemos tranquilamente de hombre a hombre. Creo que tienes una visión sesgada de lo que es la intimidad entre un hombre y una mujer que se aman.

—¿Vas a contarme lo que haces en la cama con Emily? — preguntó Reece, reacio a escucharle.

Connor le dirigió una mirada asesina que no dejaba lugar a dudas.

—Tendrás que olvidar que hablamos de ella, o te daré una paliza que no olvidarás en tu vida.

—¿Sabes cuántos combates he ganado? — Reece se sentó frente a él.

Su hermano levantó una ceja mirándolo con aquella ironía que tanto lo caracterizaba.

—Empieza a hablar —ordenó.

—¿Yo? Se supone que eres tú el que va a aleccionarme.

—Antes de enseñarte debo ver lo que no sabes.

—Ya. ¿No será que te interesa aprender?

Connor se cruzó de brazos poniéndose cómodo.

—Podemos estar aquí todo el tiempo que sea necesario. No nos iremos hasta que hayamos aclarado este tema. Así que, cuanto antes empieces...

—¿Qué quieres que diga?

—Empieza por el principio. ¿Cómo fue tu primera vez?

Reece se movió incómodo sobre la piedra en la que se estaba sentado.

—Está bien, empezaré yo —cedió Connor —. ¿Te acuerdas de Molly Brown?

—¿La hija de Finlay? —preguntó Reece sorprendido —. Pero si era mucho mayor que tú.

—Cierto. Tuve mucha suerte...

Capítulo 22

La boda se celebró en la capilla de la villa. Fue una ceremonia corta, gracias al reverendo Benoit y a su insaciable apetito. Una vez casados, los novios y sus invitados se trasladaron a la casa para disfrutar de abundante comida, generosa bebida y todo el baile que sus pies pudiesen aguantar.

Reece observaba a su hermano, que bailaba con Emily. La complicidad que compartían era como un estandarte luminoso. Se miraban con absoluta entrega y nadie podía dudar del amor que se tenían. Sintió una extraña emoción en el pecho, algo parecido a la felicidad que lo embargaba de niño, cuando corría por la costa de la mano de su amiga. El cielo era más azul entonces y la brisa tenía un perfume dulce y especiado.

Buscó a Lisa entre la multitud y la vio hablando con Céline y Jacques. Su corazón se aceleró vertiginosamente al verla reír. Estaba espléndida con aquel vestido blanco que su amiga había diseñado para ella. No tenía apenas adornos y sus líneas eran diáfanas y sencillas y, sin embargo, para él no había mujer más hermosa en aquella sala.

—Cierra la boca o se te va a caer la baba.

Miró a su madre sorprendido, no se había percatado de que se acercara siquiera.

—Es una gran chica —dijo Marguerite siguiendo su mirada—. Estoy segura de que te va a hacer muy feliz.

—Espero hacerla feliz a ella —murmuró él con emoción contenida.

Su madre lo miró con atención.

—Por supuesto que la harás feliz. Eres un hombre extraordinario, harías feliz a cualquier mujer. Mírala, hijo, ¿no ves lo maravilloso que es para ella este día?

Reece se giró para mirarla a los ojos.

—¿Así fue para ti? ¿El día de tu boda fue maravilloso, madre?

Marguerite asintió con la cabeza, pero sus ojos se enturbiaron instantáneamente.

—Mi padre, ¿también era un hombre extraordinario entonces?

—No, Reece. —Negó con la cabeza—. Tu padre era inteligente, ladino y embaucador. Sabía comportarse como un auténtico caballero y era tan seductor que resultaba irresistible. Pero no era un hombre extraordinario.

—¿Y cuándo te diste cuenta de eso?

Marguerite no quería hablar de eso, no ese día. Pero miró a Connor y a Emily que se deslizaban con la música formando una pareja ideal y sintió un puñal atravesándole el pecho. De repente su vida en Newley regresó a ella como una enorme ola que lo arrasaba todo. Buscó a

Alain y él la miró desde la otra punta del salón. Su porte firme y seguro, su mirada confiada y serena... Se volvió hacia su hijo de nuevo.

—Yo era una niña estúpida que se dejó deslumbrar por la experiencia de un hombre corrompido y cruel. No sé en qué momento me di cuenta, solo sé que no me arrepiento de nada de lo que hice, porque gracias a eso te tuve a ti. El pasado es pasado, hijo, y hay que dejarlo ir para que pueda volver a salir el sol. Yo no quiero vivir en el pasado y tú tampoco deberías.

Sin más se alejó de él y se dirigió presurosa al lugar en el que la esperaba Alain Besson. Sus brazos la acogieron solícitos para unirse al baile.

Lisa los vio pasar cerca de ella y Marguerite le sonrió con afecto. Al principio, la madre de Reece no la miraba con buenos ojos, era muy consciente de ello, pero con el tiempo las cosas parecían haber cambiado entre ellas. Ahora se mostraba mucho más afable.

—Es increíble que no se cansen — decía Céline respondiendo a un comentario de Jacques sobre algunas parejas que bailaban una pieza tras otra.

—A mí me duelen los pies de tanto bailar — dijo Lisa riendo —. Creo que cuando me siente no podré volver a levantarme. Vosotros apenas habéis bailado un par de piezas.

—A mí no me gusta —dijo Jacques.

—A mí tampoco —corroboró Céline —. Además, hace mucho calor aquí dentro, a pesar de que los ventanales están abiertos.

—¿Queréis que demos un paseo hasta el estanque? — preguntó Jacques con una sonrisa.

—Id vosotros —dijo Lisa—. No estaría bien que la novia desapareciese de su propia fiesta.

Céline y Jacques se despidieron de ella y caminaron hacia la puerta del jardín, sorteando a los invitados que atestaban el salón.

—¡Oh, qué alivio! —exclamó Céline al notar la brisa en su rostro —. No podía más.

Jacques la miró con una enorme sonrisa.

—Me aburren mortalmente esta clase de celebraciones — dijo sincero —. Ya sé que eso me convierte en un hombre aburrido...

—No estoy de acuerdo —lo cortó Céline —. Al menos no para mí. Aunque es muy distinto para un hombre que para una mujer.

—¿Distinto por qué?

—Pues porque no sois analizados con tanta inquina como nosotras. Debemos estar perfectas y actuar de manera intachable. Ser amables, bellas, ingeniosas y estar dispuestas a bailar con todo aquel que nos lo pida. Un horror.

Caminaban por el sendero que llevaba hasta el estanque. Los sirvientes habían colocado farolillos por todo el camino y, según se alejaban, la villa se mostró magnífica a sus ojos.

—He oído que Anna se marcha con Lena a Viena — dijo Céline cuando se detuvieron frente al agua. La luna brillaba en la superficie del estanque lanzando destellos plateados.

—Sí.

Céline desvió la mirada hacia su derecha, dispuesta a mantener la boca cerrada.

—Temí que Lisa no aceptara ocuparse de la colección de alta costura. Después de todo ahora será una mujer casada y tendrá otras obligaciones...

—Por suerte, tú te encargas del taller de *prêt-à-porter* — dijo Jacques sin entonación —. Creo que ese es uno de los motivos por los que aceptó la propuesta.

—Lisa no tiene nada que envidiarle a Lena.

—Estoy de acuerdo —dijo Jacques con voz suave —. Y tú tampoco.

Céline giró la cabeza para mirarlo sorprendida y vio su perfil, perfectamente dibujado, contra la luz que titilaba en los farolillos.

—He visto tus últimos diseños. — Se volvió hacia ella y sus ojos tenían un brillo especial —. Son magníficos, Céline.

Sonrió turbada, agradeciendo que la luna disimulara el rubor de sus mejillas.

—Creo que la colección será todo un acontecimiento. En especial esos trajes de montar que has diseñado.

—En realidad, los creé hace mucho tiempo, tu hermana los ha estado utilizando desde entonces.

—Le permiten montar como un hombre. Siempre ha sido una rebelde.

Céline lo miró con atención.

—¿Estás contento con la boda? Reece es tu mejor amigo...

Jacques asintió.

—Tuve mi momento de duda, la verdad, las cosas entre ellos no estaban del todo claras. Supongo que tú lo sabes mejor que yo, mi hermana no tiene secretos para ti.

—Solucionarán sus problemas.

Él hizo un gesto para que siguieran caminando.

—Hay una exposición en el Palacio de Valois...

—¡Oh! «Historia del traje» — comentó Céline emocionada —. He visto los carteles. Solo puede visitarse con invitación personal. Los periódicos hablan maravillas de ella, pero por desgracia no estoy en la lista de candidatas a recibir una de esas invitaciones.

—¿Te gustaría ir?

—¿Esa pregunta requiere contestación?

Jacques sonrió divertido.

—¿Te han invitado? —preguntó ella abriendo mucho los ojos —. ¡Claro que te han invitado!

—Podemos ir juntos el próximo viernes, si quieres.

—¿Juntos? ¿Tú y yo?

Jacques frunció el ceño y se giró antes de responder.

—¿Creías que había alguien más aquí? Pues te advierto que estamos solos.

Céline se puso seria y lo miró con una mirada limpia y sincera. Esperaba algo, aunque no estaba segura de qué era.

—Y ahora voy a besarte —dijo Jacques antes de cogerla suavemente del brazo para atraerla hacia su cuerpo.

Céline no se resistió, su corazón bombeaba sangre con violencia mientras sus ojos no podían apartar la mirada de aquellos otros que se acercaban lentamente. Las sensaciones eran perturbadoras. Necesitaba aire y entreabrió los labios, inocente, antes de sentir aquella boca cubriendo la suya, suave pero contundente.

La ciñó contra su cuerpo y deslizó su lengua impenitente disfrutando del su sabor mientras asimilaba la suavidad de sus labios. El beso se tornó entonces más profundo e intenso, y un breve jadeo se escapó de la garganta de Céline. Aquel casi imperceptible sonido desató en Jacques un tumulto de sensaciones que provocaron la reacción inmediata de su cuerpo. Se separó un instante

para mirarla y el brillo que vio en los ojos de Céline lo socavó por completo haciéndole perder las fuerzas.

Ella se agarró a su chaqueta, le temblaban las piernas. Estaba asustada, abrumada y confusa. Nunca nadie...

Jacques la atrajo hacia sí poniendo una mano en su nuca para volver a besarla. Su lengua no se contuvo y se aventuró en busca de las sensaciones que aún palpitaban en su pecho. La sentía completamente rendida y esa sensación poderosa lo arrolló sin remedio. Había besado a otras mujeres, pero nunca había sentido nada parecido.

Céline tenía su mente girando en una espiral incesante de anhelo y placer que no podía parar. Aquellos brazos la rodeaban, una mano se movía por su espalda, los labios que presionaban, y aquella lengua... El corazón le latía desbocado y una desconocida sensación temblaba en su vientre. Más abajo de su vientre...

Inesperadamente, él la soltó y fue como si alguien hiciese sonar un potente gong dentro de su cabeza.

—Será mejor que volvamos —dijo con aspereza.

Céline soltó su chaqueta y dio un paso atrás visiblemente turbada.

—Yo... Lo siento, no...

Jacques frunció el ceño y masculló algo ininteligible. Por la expresión de su rostro, ella habría jurado que había sido una blasfemia. Se dio la vuelta para regresar y también para que no viera que había lágrimas en sus ojos, pero no tuvo suerte.

—Céline... —La detuvo cogiendo una de sus manos y haciendo que se volviera de nuevo hacia él.

La modista no levantó la mirada, estaba empleando todos sus esfuerzos en evitar que una sola de aquellas estúpidas lágrimas la traicionase.

Él cogió su barbilla y alzó su rostro.

—Mírame, Céline —pidió con voz profunda.

Obedeció sin poder resistirse y se sorprendió al verlo sonreír.

—Si me miras de este modo no voy a poder parar de besarte — dijo acariciando suavemente su mejilla.

Ella giró la cara en un instintivo gesto de protección. Aquellas caricias la subyugaban de un modo estremecedor.

—¿No quieres que te toque? — Jacques se apartó rápidamente dejando caer las manos —. No pretendo molestarte.

Ella lo miró de nuevo y soltó el aire que había retenido en sus pulmones con un suspiro.

—No soy una mujer experta en estas cosas — dijo sincera —. No sé cómo debo responder ni qué es exactamente lo que pretendes. Tampoco sé por qué deseo que sigas haciéndolo a pesar de saber que no me amas, y eso me hace sentir...

—Sí te amo, Céline —la interrumpió —. Te amo.

—No me amas —dijo molesta—. Tú mismo me lo dijiste.

—Estaba confundido.

—¿Y ahora no?

¿Por qué le hacía aquello? ¿Por qué trataba de confundirla de aquel modo? Se dio la vuelta bruscamente y caminó para alejarse de él. Jacques corrió para cortarle el paso y la detuvo.

—Escúchame, Céline.

—No hagas esto —le pidió—. No te burles de mí.

—¿Burlarme? ¡No! Te amo, Céline, es la verdad. Probablemente ya te amaba cuando te dije todas aquellas estupideces, pero estaba tan ciego que no me daba cuenta. Pasé muchas noches sin dormir cuando rompiste el compromiso. Me sentía vacío y solo quería volver a verte...

Ella lo miraba confusa, anhelante y asustada. ¿De verdad estaba pasando?

—¿Es que acaso tú no me amas? — preguntó él y su voz parecía insegura.

—Yo... hace mucho tiempo que te am...

Volvió a besarla con tal ímpetu, que la hizo trastabillar. La rodeó con sus brazos y la sujetó con firmeza contra su cuerpo sin permitir que sus bocas se separaran. Céline dejó que las lágrimas escaparan, pues eran lágrimas de felicidad.

—¿Abrumada por la situación? — Emily estaba de pie tras ella.

Lisa la miró entre sorprendida y turbada. Sus pensamientos la habían llevado a alejarse del bullicio de la fiesta y se había ocultado en su despacho. Allí se sentía segura y cómoda, con sus diseños y sus telas.

La novia la miraba admirada. Emily era tal y como la había imaginado: abierta, segura de sí misma, hermosa e inteligente. No era de extrañar que Reece la amase.

—¿Necesitas hablar de algo? — preguntó la inglesa —. No quiero que sientas que me entrometo, pero si puedo ayudarte debes saber que estaré encantada de hacerlo. Reece es mi hermano y solo quiero lo mejor para vosotros.

Lisa sabía que Emily era famosa por decir siempre la verdad y estaba segura de que era sincera. Pero ¿cómo iba a ayudarla si era ella el problema?

—Supongo que Reece te habrá contado la historia entre Connor y yo... — Emily esperó a que Lisa asintiera, antes de continuar —. Tenemos ya dos hijos y todavía hoy me sorprende a veces de que estemos casados.

Lisa sonrió contagiada por su sonrisa, aunque por dentro era un mar de nervios. Emily se acercó a su mesa y contempló los diseños en los que trabajaba.

—Eres una diseñadora maravillosa. Estos trajes son... ¿Vas a deshacerte del polisón?

—Hace tiempo que Céline y yo le damos vueltas a la idea de quitar todos esos añadidos. No me gustaba nada la crinolina y tampoco me gusta el polisón. No digo que no realcen la figura femenina, pero ¿realmente queremos que la realce a costa de estar tan incómodas?

Emily sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Líneas suaves —dijo acariciando el papel como si pudiera sentir la tela en la punta de los dedos —. Caída libre...

—Adoro la moda imperio —confesó Lisa —. Esos vestidos de líneas sencillas, talles cortados bajo el pecho, con telas suaves y tonos naturales... Quiero recuperar esa esencia, pero dándole algo de lo que hemos aprendido todos estos años. Me gustaría acortar un poco las faldas también, pero eso creo que va a tener que esperar porque no parece que estemos preparados para ello.

—¿Y esta prenda qué es? —preguntó señalando el dibujo de una especie de camisola corta, que se ajustaba al pecho y se ataba con cintas como un corsé.

—Aún no le he puesto nombre. Céline y yo estamos trabajando en ello. Queremos algo que sujete los senos, pero que libere nuestro cuerpo de este armazón — dijo poniendo sus manos sobre el estómago —. ¿No querrías dejar de usarlo?

—Yo no utilizo corsé —confesó Emily y cogiéndole la mano la llevó hasta sus costillas para que la tocara —. Nunca me gustó y como no era una dama podía prescindir de él sin que me emparedaran.

—Pero tu figura... —Lisa la miró con su mirada de diseñadora. Siguió las líneas de su vestido, que se adaptaba a su cuerpo a la perfección —. ¿Le han puesto un armazón al corpiño?

—No, nada.

—Pero tu cintura es muy estrecha.

—Eso es genética, me temo. Y hago ejercicio a diario, me gusta mucho caminar y correr.

— Sonrió Emily —. Y mi marido es muy exigente por las noches.

Lisa sintió que sus mejillas ardían y miró hacia otro lado.

—¿Te incomoda hablar de este tema?

—No estoy acostumbrada —confesó con sinceridad —. Mi madre trató de hablarme de ello hace dos días y la pobre lo pasó peor que yo. Claro que ella pensaba que yo no sabía nada de nada.

Emily sonrió comprensiva y dio la vuelta al escritorio para acercarse.

—¿Nos sentamos? —preguntó.

Lisa señaló el sofá y se acomodaron la una junto a la otra.

—Yo llegué al matrimonio sin tener la menor idea de lo que me iba a encontrar — empezó Emily —. No me malinterpretes, conocía perfectamente el proceso, lo había leído en libros, pero nada te prepara para la experiencia empírica.

Lisa bajó la mirada, visiblemente azorada.

—Sé que Reece y tú ya habéis tenido intimidad — dijo Emily, sincera, segura de que cuanto antes superasen aquel escollo más lejos podrían llegar.

El rostro de Lisa se tiñó de un rojo intenso y la joven se retorció las manos con nerviosismo. Emily se las agarró para tratar de transmitirle calma.

—No hay un ápice de reproche en mis palabras, Lisa. Yo misma intenté que Connor me tomara antes de estar casados.

Lisa la miró ahora sorprendida y casi aliviada.

—No lo conseguí y eso que me presenté en su cuarto a medianoche, completamente desnuda y dispuesta, pero nada — negó con cierta irritación —. Todavía no se lo he perdonado.

Lisa no salía de su asombro.

—Pensaba que en Inglaterra era como aquí...

—Y lo es. Aquello habría echado por tierra cualquier vestigio de reputación que hubiese podido tener. Pero aunque no lo sepamos, estas cosas ocurren, Lisa. Cuando el amor es tan grande la pasión puede ser arrolladora.

—Si mis padres lo supieran no podrían perdonarnos.

—Entonces, mejor que no lo sepan — dijo Emily sonriendo.

—Reece no quería casarse conmigo — confesó Lisa con pesar —. Aun después de...

—Pero no es porque no te ame, al contrario. Te quiere con locura, Lisa.

La novia apartó la mirada para que no viese la incredulidad en sus ojos.

—¿Qué te perturba? Noto que hay algo que quieres decirme, pero no te atreves. Habla sin miedo, ahora eres mi hermana también.

Lisa la miró agradecida y temerosa al mismo tiempo.

—No quisiera molestarte.

—No me molesto fácilmente, te lo aseguro.

La francesa aún dudó unos segundos, pero finalmente se rindió.

—¿Y si aún te ama? ¿Y si todo su sufrimiento nace del hecho de no haber podido tenerte? Lo he pensado muchas veces y es la conclusión más sencilla. Cuando se marchó porque su padre estaba muy enfermo, se fue dispuesto a regresar contigo, quería convertirte en su esposa. Y si volvió solo fue, única y exclusivamente, porque tú no lo amabas ya.

—Reece y yo nos amamos como dos niños pueden amarse. No había entrega ni pasión, ni nada de lo que tiene el amor adulto. No sé qué habría pasado si Reece nunca se hubiera marchado, no soy adivina, aunque mi marido y mis hijos crean que sí. Lo que sí puedo asegurarte es que cuando Reece vino a buscarme ya no me amaba. — Hizo una pausa. Recordar aquella época aún la hacía estremecer de terror —. Lisa, amo a Connor con toda mi alma y doy gracias, cada día, porque las cosas sucedieran como sucedieron. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Pero él vive torturado por el temor de ser como su padre y yo no sé cómo voy a poder...

—Lo sabrás, no te preocupes. Llegado el momento sabrás exactamente cómo vencer todas sus defensas para eliminar las barreras que os separan. Tú solo tienes que dejarte llevar por sus sentimientos y por las emociones que esos sentimientos te provocan. No hay nada «malo», nada «prohibido» en el dormitorio de dos personas que se aman. Porque si amas a alguien jamás harás nada que le cause mal alguno. No importa lo que los demás digan, si tú deseas hacerlo, estará bien. Ese es el código secreto entre Connor y yo. Podemos pedirnos y hacernos cualquier cosa el uno al otro, siempre que los dos estemos de acuerdo.

—¿Quieres decir que yo puedo pedirle que haga algo? — Emily asintió —. ¿Cualquier cosa?

La inglesa volvió a asentir.

—Y él a ti —añadió—. Al principio algunas cosas pueden resultar chocantes, incluso pueden asustarte. Di que no, si no quieres hacerlo, pero que no sea porque sientas la presencia de otras personas en tu dormitorio. Allí no debe haber nadie más que vosotros dos. Verás que así las cosas son mucho más sencillas y naturales.

Lisa la miraba ansiosa, quería preguntarle un millón de cosas, pero no se atrevía a hacerlo.

—¿Quieres que te explique en qué consisten algunas de esas cosas de las que te hablo?
— preguntó Emily consciente de su turbación.

—Por favor —pidió y después suspiró aliviada.

—Está bien, pero debes abrir tu mente. — Esperó a que estuviese preparada —. Bien, el acto en sí ya lo conoces, pero lo más interesante está en los preámbulos. No solo está nuestro sexo, hay otros agentes en escena.

Lisa frunció el ceño interrogadoramente y Emily se llevó un dedo a los labios.

—Tanto el hombre como la mujer tienen aquí una herramienta capaz de provocar las más increíbles sensaciones.

—¿Te refieres a los besos? — Se estremeció al recordar los labios de Reece tocando los suyos.

—Algo así, pero no exactamente.

Según iba narrando Emily, los ojos de Lisa se iban abriendo acompañados de su boca, que tampoco pudo contener la sorpresa. Las imágenes que se fueron sucediendo al relato desplegaron ante Lisa un mundo desconocido, inquietante y, al mismo tiempo, tremendamente inspirador. Emily hablaba de ello con total naturalidad, exponiendo no solo posturas, actitudes y gestos, también compartió con ella las sensaciones que eso provocaba y el éxtasis que se podía llegar a conseguir. No había temor en sus palabras ni repugnancia ante nada, todo era mágico y maravilloso a sus ojos, y Lisa comprendió por primera vez que iba a entrar en un mundo desconocido y apasionante del que nadie le había hablado. La relación entre esposo y esposa no se limitaba tan solo a copular con el fin de engendrar hijos, sino que podía estar repleta de juegos, aventura y pasión.

Cuando acabó la charla, las dos mujeres estaban visiblemente sofocadas y nerviosas.

—¿A qué hora se considera pertinente abandonar un evento como este, aquí en París?

— preguntó Emily.

—No hay una hora concreta — respondió Lisa dándose aire con la mano —. Cada uno hace lo que le place.

Su invitada sonrió satisfecha y las dos se pusieron de pie.

—Pues creo que ha llegado la hora de retirarse — sentenció Emily.

Epílogo

—Lisa te espera en el dormitorio — le dijo Emily a Reece con una sonrisa —. ¿Sabes dónde está Connor?

—Jugando una partida de billar — respondió su hermano con voz temblorosa.

Emily lo cogió del brazo y apretó suavemente para reconfortarlo.

—Todo va a ir muy bien, Reece. Sé feliz.

Emily se alejó de él y salió del salón de baile. Muchos invitados ya se habían marchado y tan solo quedaban los rezagados, esos que se quedan hasta el final y a los que no les importa lo que hagan los anfitriones. Apuró su copa y la depositó sobre uno de los bufés repartidos por la sala.

Había llegado el momento de la verdad y se sentía como un inexperto principiante. Salió del salón con paso tranquilo, aunque su corazón latía tan rápido que parecía querer salirse del pecho. Subió los escalones, uno detrás de otro, conteniendo las ganas de echar a correr escalera arriba.

—¿Ya te retiras? —preguntó su abuelo detrás de él.

Reece se giró para mirarlo y asintió. Marcel Dubois sonrió con complicidad y añoranza.

—Que tengas una buena noche, hijo.

Su abuelo se alejó en dirección a la biblioteca. Cuando se disponía a darse la vuelta para seguir subiendo las escaleras sus ojos se encontraron con los de Connor, que lo observaba desde la entrada al salón. La charla que habían tenido duró varias horas y, en ese tiempo, Connor consiguió abrirlo en canal y sacarle toda la angustia y el sufrimiento que había acumulado en los últimos años. Su hermano era un hombre increíble, siempre lo había sabido, pero ahora más que nunca. Ciertamente era que él le dio amor cuando nadie más lo quería, pero Connor también estuvo siempre a su lado, a pesar de su propio sufrimiento y de ver que su hermano pequeño se llevaba el mejor trozo del pastel. Todo el pastel, en realidad.

«Ve», leyó en sus labios y asintió en respuesta antes de darse la vuelta y echar a correr.

Lisa lo esperaba nerviosa, tratando de distraerse mirando el paisaje a través de la ventana. Cuando la puerta se abrió, ella se giró y él pudo comprobar la inquietud que la embargaba. Una punzada de culpa lo atravesó. Aquella debería ser su primera vez y en cambio debía enfrentarse a su noche de bodas con el recuerdo de...

—Va a ser una noche preciosa — dijo Lisa como si pudiera leerle el pensamiento.

Reece se acercó despacio y se detuvo a solo un palmo de ella.

—Esta noche será solo para ti — dijo con la voz ronca —. Ya vendrán otras en las que pueda disfrutar de tu cuerpo tanto como deseo, pero hoy voy a hacerte sentir como nunca has...

Ella lo hizo enmudecer con su boca. Había esperado demasiado y ya no quería esperar más. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con pasión, sorprendiéndolo, exigiéndole... Reece no estaba preparado para esa reacción y gimió contra su boca. No quería desatar la tormenta, quería calma, deslizar sus manos lentamente sobre su cuerpo, saborear cada porción de él. Pero Lisa era un volcán en erupción. Su beso era excitante y demoledor. Lo sentía en los labios, pero también en el pecho, en la punta de los dedos y en un lugar en el que no debía pensar. No todavía.

—Puedo hacer cualquier cosa que quiera — dijo ella apartándose y mirándolo con ojos encendidos —. Eres mío y yo soy tuya.

—Dios Santo —musitó él—. Si sigues hablando así, no voy a poder contenerme.

—No te contengas, amor mío, aquí estoy para ti.

—Ya tuvimos una primera vez nefasta. En esta ocasión quiero que todo sea perfecto — dijo acariciándole el rostro.

—Será perfecto, porque serás tú. Te amo tanto, Reece. Siempre te he amado. Desde aquella vez que te vi sentado en el salón de tus abuelos, con aquella mirada triste y curiosa al mismo tiempo.

El corazón de Reece se reflejaba en sus ojos y el amor que sentía en ese momento era como fuego en sus venas.

—No me importa cuándo empezaste a amarme tú — dijo ella sonriendo —. Voy a hacer que me ames tanto que no puedas vivir sin mí.

—No puedo vivir sin ti —dijo él con voz ronca.

—Pues tómame, quiero tenerte dentro de mí.

Lisa se apartó de él y comenzó a quitarse el vestido sin dejar de mirarlo a los ojos. Reece se sentía hipnotizado, no podía moverse y casi se olvidó de respirar. Cuando Lisa se mostró desnuda ante él, el mundo desapareció de su vista.

—Eres tan hermosa... —musitó.

Su esposa sonrió con timidez y, conteniendo el impulso de taparse, se acercó a él y le cogió las manos para llevarlas hasta sus firmes senos. Reece no apartó la mirada de sus ojos mientras los envolvía con delicadeza. Eran cálidos y suaves, como ella. Capturó el botón de sus pezones con dos dedos y los presionó rítmicamente, provocando que se endurecieran. Después sus manos se deslizaron hacia la cintura y la rodearon hasta llegar a su espalda, bajó suavemente y cubrió sus nalgas. Entonces la atrajo con firmeza y la apretó con su cuerpo.

Ahora fue él quien inició el beso. La besó como no había besado a ninguna mujer, con un sentimiento que brotaba de lo más profundo de su alma. La deseaba con desesperación, pero había una emoción más fuerte que lo retenía y guiaba con mano experta. Le resultaba excitante tenerla desnuda entre sus brazos mientras aún estaba vestido. Sintió cómo se entregaba sin reservas y esa entrega lo derribó por completo, sometiéndolo y torturándolo. Tomó su lengua y la mantuvo en su boca tan hondo, que solo podía pensar en el momento en el que fuese él quien se hundiera en ella.

Cuando se separó, Lisa emitió un leve sonido de queja que lo hizo sonreír.

—La noche es larga, amor mío — susurró —. Y creo que yo llevo demasiada ropa.

Ella se mordió el labio y asintió demostrando que estaba de acuerdo. Reece dio un paso atrás para poder moverse con libertad y comenzó a desnudarse. Lo hizo lentamente, provocando una

gran tensión en su inexperta esposa, que se sentía vulnerable y expuesta en medio del cuarto mientras él se recreaba con cada botón de la camisa.

—¿Te ayudo? —preguntó impaciente.

—No debes tocarme —advirtió él—. Todo esto se mantiene sobre un frágil equilibrio que se romperá si me tocas.

Lisa frunció el ceño sin comprender. Emily no le había hablado de ningún maldito equilibrio.

—¿Qué quieres decir?

—Para que la noche sea plenamente satisfactoria para ti, debes dejarme actuar sin intervenir. Si no lo haces, me temo que seré yo el único que disfrute hoy, lo que me produciría una profunda tristeza. — La miró con expresión divertida —. Tú no quieres eso, ¿verdad, esposa mía?

Se estremeció al oírlo llamarla así. Era su esposa. Sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Haré todo lo que me digas — dijo inclinando la cabeza para mostrarse sumisa, aunque su mirada no decía lo mismo.

—¿Quieres que apague la vela? — preguntó cuando estuvo completamente desnudo.

Ella negó con la cabeza y sus ojos se deslizaron desde su musculoso pecho, bajando por el abdomen marcado y deteniéndose en...

—Deja de mirarme así —pidió él.

—Así, ¿cómo? —preguntó sin obedecer esta vez.

—Como si quisieras comerme.

Lisa se sobresaltó y lo miró de nuevo a los ojos. Las cosas que le había dicho Emily debían quedar entre ellas y, por mucho que lo pareciera, Reece no podía leerle la mente. Sonrió con picardía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con voz inocente —. Puedes pedirme lo que quieras. Cualquier cosa.

—De momento solo quiero que te tumbes en la cama.

La inexperta esposa se apresuró a obedecer y lo esperó con los brazos bajo el pecho, conteniendo nuevamente el impulso de taparse. Reece subió a la cama y se tumbó junto a ella, muy cerca, permitiendo que sus cuerpos se tocasen. Con una mano comenzó a trazar una línea que recorría el cuerpo femenino, dibujando cada curva, deteniéndose en cada marca, por ligera que fuese. Lisa se estremecía y contenía la respiración.

Hasta que acarició el interior de sus muslos, subió sinuoso hasta abrirse paso y comenzó a acariciarla en aquel lugar tan escondido y tan sensible. Entonces él volvió a besarla para ahogar sus gemidos. Su cálida lengua le exigía pleitesía, quería que se rindiera por completo a sus deseos y para ello le mostraba lo dulce y vibrante que podían ser sus besos. La mano de Reece serpenteó hacia arriba y buscó el botón en su pecho, ella se arqueó hacia él, buscándolo, gimiendo...

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él separándose.

Lo miró con intensidad, le cogió la cara con las manos y lo empujó suavemente hacia abajo llevándolo hasta uno de sus senos. Reece sonrió y, sin dejar de mirarla rozó aquel pezón enhiesto con la punta de su lengua.

—¿Esto? ¿Es lo que quieres?

Lisa asintió y él se mojó los labios antes de atacar el botón que pondría la inexperta maquinaria de su flamante esposa a plena potencia. Ella lanzó un largo y sentido gemido cuando

él succionó sin piedad, y se tapó la boca para no gritar cuando sintió los dientes jugueteando con aquella parte tan sensible de su anatomía.

La besó de nuevo para ahogar sus lamentos y, cuando se separó, la miró a los ojos con aquel interrogante que empezaba a irritarla.

—¿Y ahora, señora Darwood? ¿Qué desea?

—¿Vas a preguntarme todo el rato? — dijo arrugando la nariz —. No me gusta que hagas eso, parece que estés a mi servicio.

—Estoy a tu servicio.

—No quiero eso —dijo dándole la espalda y haciendo que su trasero chocase con su erección.

Reece cerró los ojos un instante ante semejante provocación y la cogió con suavidad para darle la vuelta.

—No me des la espalda —pidió con firmeza —. Mi autocontrol está en una situación bastante precaria ahora mismo.

Lisa frunció el ceño y lo miró enfurruñada.

—Quiero una noche de bodas normal. Quiero que me beses y que me tomes en tus brazos. Quiero sentir, pero también que tú sientas y si no sale como esperas la primera vez, ya tendremos tiempo de practicar hasta que nos salga perfecto.

Reece frunció el ceño, sorprendido.

—¿De dónde has sacado esos pensamientos? Nadie diría que es casi tu primera vez.

—No soy ninguna tonta. —Ni loca iba a confesarle que había hablado con Emily.

—Desde luego que no —dijo, admirado.

—¿Puedes comportarte como se espera de un marido? ¿Sin tanto cuidado y tanta paciencia, por favor?

—Esto se me escapará de las manos, Lisa — aseguró acariciándole el rostro con ternura —. Si dejas libres mis deseos...

Entonces Lisa hizo de nuevo algo inesperado, se colocó sobre él, tumbándose sobre su cuerpo.

—Esta postura no es la más óptima — declaró sintiendo el temblor de su pene presionado por el pubis de su esposa —. Abre las piernas — ordenó agarrándola por la cintura —. Siéntate a horcajadas sobre mí.

Lisa obedeció y Reece tuvo que respirar hondo al verla desde ese ángulo, con aquellos pechos firmes y rotundos desafiando al señor Newton.

—Lo harás tú —dijo mirándola a los ojos —. Quiero que seas tú la que mande.

Lisa abrió mucho los ojos y contempló aquel palo duro que se presentaba ante ella en toda su extensión. ¿De verdad aquello había estado dentro de su cuerpo?

—¿Cómo...?

Reece tomó su pequeña mano y la llevó hasta su miembro.

—Agárralo y ponte encima. — La cogió de la cintura y la guio sosteniéndola —. Deja que se desli... Aaaah.

Lisa se paró en seco.

—¿Te hago daño?

—¡Dios Santo! —exclamó Reece y después se mordió el labio hasta hacerse daño de verdad.

Bajó las manos de su cintura hasta sus nalgas y la empujó al tiempo que se incorporaba lo bastante para penetrarla por completo. Lisa gritó sin poder contenerse y rápidamente se tapó la boca. Reece seguía con las manos en sus nalgas y la hizo moverse rítmicamente al tiempo que él también se movía hacia ella. La contemplaba extasiado y anhelante, con una imperiosa necesidad que le hacía arder las entrañas.

Lisa empezó a gemir mientras echaba la cabeza hacia atrás. Le faltaba el aire y le sobraba todo lo que no fuera aquella sensación de plenitud en su interior. Cuando miró a su marido vio que tenía los ojos cerrados y una expresión concentrada, casi de dolor.

—¿Te hago daño? —repitió dispuesta a apartarse dependiendo de la respuesta.

—Me estás matando —dijo él entre dientes, pero cuando notó que ella trataba de salirse la sujetó con firmeza de las caderas y abrió los ojos —. No es dolor lo que siento, tontita, es un inmenso placer y estoy haciendo acopio de toda mi fortaleza para no tumbarte de espaldas y poseerte como un animal salvaje.

Una lenta sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Lisa y se mordió el labio dispuesta a disfrutar de infligirle aquella tortura. Se movió lentamente hacia arriba para después deslizarse de nuevo sobre él. Aquello le gustó y volvió a repetirlo, inclinándose ligeramente hacia delante y después hacia atrás. Dejó que su mente se concentrara en las sensaciones y fue modificando sus movimientos de acuerdo a ellas.

Primero gimió con suavidad, casi con sorpresa, pero poco a poco aquellos gemidos se hicieron cada vez más intensos, hasta que una explosión de sensaciones la sacudió como una ráfaga de viento huracanado. Reece la sujetaba por las caderas para que se mantuviera allí hasta que él también hubiese terminado y juntos se dejaron llevar por la naturaleza inclemente de sus sentidos hasta el destino final.

—¿Estás bien? —preguntó él con un deje de temor en su voz.

—Estoy muy bien —respondió Lisa con una sonrisa tímida, mientras lo abrazaba —. ¿Y tú?

—¿Yo? —Se sorprendió de que le preguntara —. ¿Cómo crees que estoy?

Ella lo miró con los ojos brillantes aún por la excitación y se mordió el labio con una expresión entre avergonzada y anhelante. Reece la miraba con el codo doblado y la cabeza apoyada en su mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó curioso.

—Nunca me había sentido tan bien en mi vida — dijo ella —. Esto es... delicioso.

Reece sonrió satisfecho y admirado. Con la mano libre le acarició el rostro y después se inclinó para besarle la frente. Los ojos. Los labios. La miró sorprendido.

—¿Podríamos hacerlo... otra vez? — preguntó ella con total inocencia —. No sé si eso es posible o si está bien, o si...

Reece se incorporó rápidamente poniéndose de rodillas. Lisa vio cómo su erección crecía a ojos vista.

—Es impresionante —dijo espontánea y provocó una carcajada en su esposo.

—Tú sí que eres impresionante — dijo colocándose entre sus piernas y mirándola de arriba abajo —. Esta vez creo que me voy a tomar la libertad de tomarla con un poco más de egoísmo, si usted me lo permite, señora Darwood.

Lisa asintió y Reece le hizo doblar las rodillas antes de colocarse. Ella lanzó un grito cuando la penetró. Se aferró a él dejando que sus sentidos tomaran el control. El calor fundió sus venas

convirtiéndolas en lava volcánica.

—¿Estoy siendo demasiado duro? — preguntó él sin dejar de moverse —. Puedes pedirme que pare.

—¡Dios! No pares, no pares...

Él la besaba por todas partes mientras la embestía una y otra vez.

—Si me das carta blanca —dijo él con la voz ronca —, no podrás moverte cuando esta noche acabe.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella con ojos vidriosos, justo antes de que escapara de sus labios un grito de agónico placer.

Debían ser cerca de las tres de la madrugada cuando Reece se despertó. Al extender la mano notó que la cama estaba vacía y abrió los ojos sobresaltado. La vio recortada por la luz de la luna que entraba por la ventana y sintió un pellizco en el corazón. ¡Dios! ¡Cuánto la amaba!

Se levantó y fue hasta ella para abrazarla por la espalda. Necesitaba sentir la calidez de su cuerpo en su piel. La giró dentro de sus brazos y un sobresalto lo hizo contener el aliento.

—Estás llorando —dijo mortificado.

Lisa sonrió y se limpió las lágrimas que no dejaban de fluir imparables.

—Es de felicidad —afirmó abrazándose a él.

Reece la apretó con fuerza contra su pecho y cerró los ojos aliviado, durante un instante el terror lo había paralizado.

Después de unos segundos ella levantó la mirada y la posó en sus ojos, entregada y vulnerable.

—¿No hay nada...? ¿No necesitarás a otras...?

Reece cerró los ojos un instante para calmar la angustia que esa pregunta le causaba.

—¿Podrás olvidar alguna vez todo lo que te dije? — preguntó suplicante —. Puedes torturarme el resto de nuestra vida para hacerme pagar por ello, si lo deseas. Te amo, Lisa. Con cada fibra de mi ser y mi alma. Eres todo mi mundo y no necesito nada más que tenerte así, en mis brazos, para sentirme el hombre más afortunado de la Tierra.

Ella puso una mano en su mejilla y lo miró sin protección.

—Tú eres mi único amor, Reece. Me duele lo mucho que te quiero.

—¿Dónde te duele? —preguntó él con voz profunda —. ¿Aquí? — La besó en la frente —. ¿O es aquí? — En la sien —. ¿Te duelen los labios, amor mío? Estos labios dulces y suaves como la seda. Estos labios que me matan cuando rozan los míos.

Lisa lo besó con ternura y él le devolvió el gesto con la misma delicadeza. Los dos estaban rendidos, pero sus cuerpos reaccionaron al estímulo del otro. El calor los envolvió de nuevo y sus lenguas se enredaron en una danza perpetua de entrega y abandono. Reece nunca había sentido nada parecido a aquella ansia que no se saciaba. Si tenía muchas noches como aquella, acabaría enfermando, pero no podía parar, Solo se sentía completo estando dentro de ella.

Quería llevarla a la cama, pero ella tiró de él y se tumbaron en la alfombra. Con un gruñido su esposo se colocó entre sus piernas, pero en lugar de penetrarla se inclinó sobre sus pechos y disfrutó de aquel manjar hasta que ella se arqueó en busca de lo único que podía saciarla. Él no cedió a sus súplicas y, en lugar de darle lo que le pedía, deslizó su lengua trazando un recorrido sinuoso hasta tener la cabeza entre sus piernas. Lisa lo agarró del pelo cuando sintió aquella

lengua dando placer a todos sus sentidos y gimió desesperada cuando succionó aquel nudo de sensaciones sin compasión.

—Dios mío... —susurró entre suspiros y grititos agónicos —. ¿Qué me estás haciendo?

Reece no se detuvo, concentrando toda su atención en la tarea que se había encomendado y sin pensar en lo mucho que su cuerpo le pedía consuelo. Siguió hasta que Lisa, aferrada a la alfombra con las dos manos, estalló en un orgasmo catártico que la dejó moribunda.

Subió hasta cubrirla con su cuerpo y sonrió extasiado viendo su expresión rendida y confusa.

—Voy a morir esta noche, ¿verdad? — preguntó ella sin fuerzas.

—Si mueres, yo moriré contigo — dijo él y la penetró lentamente sin dejar de mirarla.

Newley House, 1884

—Y este es mi taller.

Lisa entró en la enorme sala repleta de pizarras, con objetos extraños colgando del techo y otros esparcidos por el suelo. Su rostro pasaba de la sorpresa al desconcierto, deteniéndose en la admiración hacia Emily, que iba creciendo por momentos. Había oído hablar de la sala *DaVinci*, pero nada de lo que hubiese podido imaginar se parecía a aquello.

Habían pasado las primeras dos horas, desde que llegaron, hablando de sus hijos. Caleb y Eric estaban muy grandes y eran dos muchachitos encantadores, que recibieron a sus tíos con alegría y se desilusionaron un poco al ver que su primita francesa no los acompañaba. Por suerte, consiguieron distraerlos con los numerosos regalos que les habían llevado y que los mantendrían entretenidos al menos durante un día entero.

La pequeña Isabella se había quedado en París con sus abuelos, que insistieron en que aquel era un viaje demasiado incómodo para una criatura de solo un año. Además, Marguerite le recordó a Lisa que esa sería una buena excusa para poder dedicarle tiempo de calidad a su marido. Desde que nació su hija, Lisa no se separaba de la pequeña, incluso le gustaba tenerla con ella cuando trabajaba en sus diseños. Era normal que su suegra pensara que tenía algo abandonado a su marido. Se equivocaba, por supuesto, Reece estaba realmente feliz con la situación. Lisa siempre encontraba tiempo para él y sus noches eran completamente suyas y muy satisfactorias para ambos. Pero Marguerite tenía razón, a los dos les vendría bien aquel mes juntos, ocupándose solo el uno del otro y disfrutando de la compañía de Connor y Emily.

—Este es mi último invento — dijo Emily sacándola de sus pensamientos y atrayéndola hasta una mesa.

—Parece un fonógrafo —dijo Lisa observándolo con atención —. Aunque es distinto.

—Sí, me basé en el fonógrafo para construirlo, pero en lugar de funcionar con un cilindro he creado este disco plano que gira gracias a esta palanca. Este brazo articulado tiene una aguja que, al ponerla sobre el disco y girar la manivela, transmite las vibraciones grabadas en los surcos y las pastillas las transforman en impulsos que se amplifican dentro de la corneta...

Lisa no había entendido nada de lo que había dicho, pero cuando el aparato empezó a emitir sonidos, no muy inteligibles, pero claramente humanos, sonrió entusiasmada.

—A Eric y Caleb les fascina, creen que su madre es una poderosa maga — dijo sonriendo satisfecha.

—No me extraña nada. Yo misma empiezo a creerlo también. ¿Tienes alguna pócima de esas de las que hablan las novelas? Una de amor eterno.

Emily la miró entornando los ojos.

—¿Y para qué necesitas tú una pócima de esas, si puede saberse? — preguntó riendo —. Por lo que he visto desde que habéis llegado, no os hace ninguna falta.

Lisa se mordió el labio entre turbada y anhelante.

—¿Quieres hablarme de algo? — preguntó Emily —. En tus cartas siempre me dices que todo va muy bien y deduzco que ese «todo», se refiere realmente a todo.

—Hay cosas que no se pueden escribir en una carta, Emily.

—No, desde luego. —La cogió de la mano y la llevó hasta el sofá —. Cuéntame. Nuestros maridos no tardarán en buscarnos. A veces me preguntó qué sería de ellos si no nos tuvieran. No sabrían en qué emplear su tiempo si no vinieran a contarnos detalladamente todo lo que piensan hacer.

—O a preguntarnos cómo hacerlo — añadió Lisa.

—O dónde están sus cosas —continuó Emily —. Como si estuviésemos siempre vigilando dónde las dejan.

Lisa sonrió feliz y Emily la acompañó con la misma satisfacción en su rostro.

—No deberíamos quejarnos, somos muy afortunadas — dijo la inglesa con expresión culpable.

—Mucho —afirmó Lisa.

—Pues dejemos eso y cuéntame qué tal vuestros «asuntos de cama» — dijo bajando el tono, aunque estaban solas y con la puerta de la sala, cerrada.

—Me da vergüenza —confesó la francesa.

—¿Vergüenza? ¡Yo te conté un montón de intimidades y apenas nos conocíamos! Somos hermanas, ¿no?

Lisa asintió repetidamente, aunque eso no evitaba que sus mejillas ardieran.

—Todo ha sido tal y como tú me dijiste. Maravilloso. Sorprendente. Abrumador algunas veces, pero siempre satisfactorio.

Emily sonrió feliz.

—Al principio te sientes un poco desbordada — dijo recordando aquella época en la que ella no sabía nada de esos temas y Connor tuvo que ser su maestro, noche tras noche. Una tarea agotadora que a él no parecía disgustarle realizar, en absoluto —. Debo decir que con el tiempo descubres cosas de ti misma que no sabías.

Lisa asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya veo que a ti también te ha pasado — dijo Emily riendo.

—¡Oh, Emily! Reece es un amante experto que nunca deja de sorprenderme. Me hace hacer cosas... No puedo pensar en ello sin que se me acelere el corazón.

—Pero siempre haces lo que deseas, ¿verdad?

Lisa asintió poniéndose seria.

—Jamás ha hecho nada que me resultara desagradable. Tampoco me pide cosas que me incomoden. Reconozco que al principio estaba segura de que algunas de esas cosas podrían considerarse... inapropiadas. Pero después de hacerlas comprendí lo que tú me dijiste, que...

—... nada de lo que ocurra entre un marido y su esposa es inapropiado si ambos lo desean y lo disfrutan — sentenció Emily.

—En estos años, Reece me ha llevado de la mano por todas las sendas del amor y la confianza. Ha sido mi amigo, mi compañero, mi apoyo y mi amante. Me ha consolado si he estado triste, me calmó cuando me entró el pánico al final del embarazo...

—Es aterrador cuando ves que el tiempo avanza — intervino Emily al tiempo que asentía —. Que se acerca el momento y temes no ser capaz de hacerlo, pero sabes que no hay más remedio...

Lisa se mordió el labio al recordarlo.

—No debería hablar de esto ahora — dijo mirándola a los ojos —. No me conviene pensar en ello a estas alturas.

Emily la miraba interrogadora.

—Estoy embarazada.

—¡Lisa! —Emily la abrazó con sincero afecto y alegría —. ¿Cómo no dijisteis nada al llegar?

—Reece quería contárselo a Connor, ya sabes, cosas de hombres.

—Ven aquí, hermanito —dijo Connor tirando de él para abrazarlo y darle una buena tanda de sonoras palmadas en la espalda —. ¡Otra criatura!

Reece lo miraba satisfecho y con una sonrisa de oreja a oreja que parecía no poder descolgarse.

—Como sabía que íbamos a venir, no te lo dije en mi última carta. Prefería decírtelo en persona.

—No sabes la alegría que me das, hombre — manifestó Connor dirigiéndose a la puerta para avisar al servicio —. Vamos a descorchar una botella de espumoso, ahora mismo y brindaremos por mi futuro sobrino o sobrina.

—Espero que sea niño, porque me gustaría que llevase tu nombre.

Connor se detuvo en seco y se volvió bruscamente a mirar a su hermano.

—¿Qué has dicho?

—Si es niño lo llamaremos Connor — repitió Reece visiblemente emocionado —. No sé si eres verdaderamente consciente de lo mucho que significas para mí. Siempre has sido mi apoyo y un ejemplo a seguir. Lo fuiste cuando era un crío estúpido que no se daba cuenta de nada y te esforzabas en engañar a todos fingiendo ser quien no eras. Y también cuando te escapabas de la universidad para venir a visitarme a París. Pero sobre todo, lo fuiste en el peor momento de mi vida, cuando creía que era como él. Nunca te importó haber tenido que vivir todo aquello solo, nunca me has guardado rencor por ello. No se me ocurre otro modo de demostrarte lo mucho que te quiero, hermano.

Connor no quería echarse a llorar como Reece, así que llegó hasta él con dos pasos y lo abrazó, sacudiéndolo para que se callara.

—Maldito seas. ¿Cuándo vas a dejar de ser tan estúpido?

Reece apretó aquel abrazo sin poder contener las lágrimas. Sabía que no había palabras para transmitirle lo que sentía por él. Tenía miles de recuerdos, pequeños detalles y grandes proezas de su infancia que solo ellos conocían y que, después de descubrir la verdad que le ocultaron todos en aquella casa, habían cobrado una nueva dimensión, más valiente y sacrificada aún. Como

aquella vez que su padre preguntó en la mesa quién había entrado en su despacho y Connor dijo que había sido él para protegerlo. Entonces le pareció un gesto admirable por parte de su hermano, que le costó llevarse una buena reprimenda y quedarse sin comer, pero jamás relacionó aquel suceso con el brazo en cabestrillo que llevó Connor durante un mes.

Hubo muchos de esos gestos heroicos por parte de su hermano. Gestos silenciosos fruto de un corazón, generoso y valiente, que aceptó su destino consciente de que así lo protegía a él.

¿Qué más se puede desear para un hijo?

—Espero que sea un niño —repitió Reece cuando Connor lo apartó sin soltarlo, sujetándolo de la nuca y apretando los labios para contener la enorme emoción que lo embargaba.

—Como vuelvas a hacerme llorar, te doy una paliza. — Connor se soltó de un empujón y le dio la espalda al tiempo que se sacaba el pañuelo del bolsillo.

Nota de la autora

Gracias por leer *Hijo de la Luz*. Ojalá que te haya gustado tanto como a mí escribirla. Curioso, ¿verdad?, Connor siempre rodeado de oscuridad estaba lleno de luz. Y Reece, al que la vida había bendecido, se encontró sumido en un pozo oscuro que él mismo cavó con sus manos.

Si es la primera vez que me lees (en este caso, la segunda), puedes encontrar todas mis novelas en Amazon poniendo Jana Westwood en la cajita del buscador. ¿Me dejarás tu opinión?

Puedes seguirme en Facebook, Instagram y Twitter para enterarte de mis novedades.

Ahora mismo estoy escribiendo mi siguiente novela y es una historia muy distinta a esta. En esta ocasión nos moveremos de la época victoriana e iremos un poquito más atrás en el tiempo, 1830 aproximadamente, con el rey Guillermo IV de Reino Unido. Espero que la tengas disponible el día 10 de abril, apúntame en tu calendario y nos reencontramos entonces.

Este año van a llegar muchas historias de Jana Westwood a Amazon y cuento contigo para compartirlas.

Un beso grande.

Jana.

JANA WESTWOOD (Tarragona, España, 1992). Empezó a escribir cuando era una niña, aunque hasta ahora no se había atrevido a dar el salto de publicar.

Es una apasionada de la novela romántica, a la que no considera un género menor.

Actualmente, vive en un pueblecito de la costa catalana donde trabaja en su siguiente novela.

Índice de contenido

Cubierta

Hijo de la luz

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora